



HISTORIA
COMPENDIADA
DEL
Reino de Navarra
Por
D. José Yanguas y Miranda.



CON LICENCIA.
EN SAN SEBASTIAN
En la imprenta de IGNACIO RAMON BAROJA.
.....
Setiembre de 1832.



Legado

del Excelentísimo Sr.

D. Esteban Bilbao Eguia

a la

Universidad de Deusto

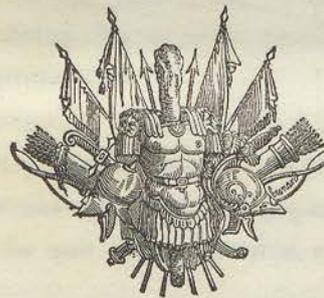
**HISTORIA
COMPENDIADA**

DEL

Reino de Navarra.

Por

D. José Yanguas y Miranda.



CON LICENCIA.

EN SAN SEBASTIAN,
En la imprenta de IGNACIO RAMON BAROJA.

Setiembre de 1832.



142326



HISTORIA
COMPENDIADA

DEL

*Los ejemplares que no lleven la siguiente rúbrica
de su autor serán denunciados legalmente.*

[Handwritten signature]



En la imprenta de Iñaculo Rivas Baroja
Septiembre de 1832.

145228

PROLOGO.

Este compendio es en su mayor parte un extracto sencillo de la historia de Navarra escrita por el P. Moret. Ya en el año 1732 dió otro á luz el P. Pablo Miguel de Elizondo; pero es demasiado voluminoso, por que este autor quiso esplicarlo todo y moralizarlo en perjuicio de la claridad de la historia y de la brevedad de un compendio.

Yo no he extractado sino lo conveniente á la instruccion y á la curiosidad de los lectores; y solo esplico los hechos á la manera de un pintor que retrata fielmente lo que vé sin manifestar la impresion que causa en sus sentidos. No sé si he pintado bien; pero sí que lo he procurado.

Tampoco he seguido enteramente á Moret en lo que es opinable; y algunas veces me he adherido á las doctrinas de sus refutadores, copiando literalmente de todos lo que es compatible con un compendio.

He añadido lo que he podido adquirir con mis propias observaciones en los archivos que he examinado, y entre estas cosas nuevas se verá que el último rey de Navarra D. Juan de Labrit no fué excomulgado como suponen con error los historiadores casteñanos.

Siendo las costumbres de nuestros abuelos una de



las materias mas interesantes en la historia he procurado reunir acerca de ellas todas las noticias que me ha sido posible, tomadas ya de la antigua legislacion de Navarra, y ya de los autores nacionales y extranjeros.

En cuanto á lo que pertenece á la historia eclesiástica lo he omitido todo; pues ademas de que sería muy embarazoso para un compendio, anda impresa con el título de *Historia de la Iglesia y obispos de Pamplona*; y el presbítero D. Miguel José de Maceda aclara varios puntos interesantes, sobre la época de la introduccion del evangelio, en sus *Actas sinceras de los santos Saturnino, Honesto y Fermin* que publicó en 1798.

Al tratar del origen de los antiguos vascones, sobre el cual se contaban á principios del siglo pasado mas de ciento noventa opiniones diferentes, no he tenido inconveniente en elegir la que se reputaba entonces por la mas intolerable, esto es la de Genebrardo que cree que la España no se pobló ni en dos mil años despues del diluvio. Otros críticos modernos han refutado ya sabiamente la venida de Tubal á España y está bastantemente desacreditada para que nos ocupemos de ella.

Sobre los puntos tan controvertidos por los historiadores, que han hablado de las cosas de Navarra, relativos á sí desde los primeros tiempos de la restauracion de España tuvieron los navarros reyes propios, ó si militaron bajo las banderas de los duques de Cantabria ó

de D. Pelayo como rey de Asturias hasta D. Alonso III, en cuyo reinado quieren algunos que haya dado principio la monarquía de Navarra, he creído deber seguir en todo á Moret, por que sus refutadores están muy lejos de haber fijado la cuestion con la claridad que necesita.

Célebres historiadores y sabios críticos sostienen la opinion de Moret: Morales, Garibay, Yepes, Sandoval y Mariana, que le precedieron, son de la misma, y el mérito de los Anales de Navarra es reconocido hasta de los antagonistas de su autor. Mondejar, que lo es tambien, dice que nada tiene comparacion con la historia de Moret, si el empeño de defender la grande antigüedad de su reino no le hubiese obligado á discurrir tantos sucesos fantásticos con que suplir la ignorancia de los reyes que primero le poseyeron. Los críticos de nuestros dias, que hablan sobre el método de estudiar la historia, recomiendan tambien la lectura de Moret para corregir algunos errores en que incurrió Mariana hablando de las cosas de Navarra.

El P. Isla traductor del compendio de la historia de España, escrito por el P. Duchesne, se explica de esta manera « Supone nuestro autor (Duchesne) que en el « reinado de D. Alonso esto es en el siglo IX tuvo principio la corona real de Navarra. En esto le acompaña « Mondejar con algunos otros críticos, siguiendo á Mar- « ca y Oihenarte, los cuales tratan de reyes duendes « á los que se nombran de Navarra á los principios de



IV

« la pérdida de España. No tienen razon , como casi lo « convence el insigne P. Moret descubriendo á sus re- « yes con tantas señas de realidad y existencia que « (como dice un célebre escritor moderno) no es posible « llamarlos invisibles sino echándose polvo á los ojos. »

El P. Risco continuador de la *España sagrada* contrariando las opiniones de su predecesor el P. Florez , que tambien admite los reyes fantásticos de Navarra , dice que Moret escribió gobernado, mas del afecto ácia su patria que de las luces que tenía en los antiguos , aunque no le niega que dió insignes muestras de singular ingenio y agudeza. Y concluye suponiendo que Navarra estuvo sujeta á los duques de Cantabria desde que la dominaron los godos en tiempo de Wamba hasta que por muerte de D. Favila de Asturias ocupó el trono D. Alonso I hijo del duque de Cantabria y unió la Navarra con Asturias.

Pero este autor divide la Navarra en dos partes , formando una de la tierra llana hasta Pamplona , á cuyos habitantes llama *Navarros* , y otra de la montaña á quienes llama *Vascos*. La primera quiere que existiese libre del yugo mahometano hasta los años 760; y así debía ser para que la poseyesen algun tiempo los reyes de Asturias , por que asegura que ya en 778 Pamplona estaba en poder de los moros y que la conquistó y dominó Carlo Magno y despues su hijo Ludovico hasta 824.

Contra esta opinion de Risco tenemos la historia de

V

los árabes publicada por Conde , donde se dice que ya en 711 , luego que Zaragoza cayó en poder de los mahometanos , entraron sin resistencia en Huesca , Tarazona , Calahorra y hasta los montes de Afranc , que son los Pirineos , y que en 715 los caudillos de Abdalaziz hijo de Muza gobernador de España corrieron toda la tierra del norte y Pamplona y montes Albas-kenses y allegaron muchas preciosidades.

Es verdad que esto solo supone correrias y no el dominio permanente del pais ; pero indica cuando menos el estado de destruccion y debilidad en que la parte llana de Navarra , hasta las montañas , se encontraba cuando los moros recorrian el pais tan á su salvo ¿ y donde estaban entonces los duques de Cantabria ? ¿ este mismo ducado no sufrió tambien la inundacion general en su mayor parte como Navarra ? ¿ y los navarros enemigos eternos de los godos , de quienes dependian los duques , siguieron dándoles la obediencia cuando nada tenian que temer ni esperar de ellos por su debilidad ? Convengamos en que es menester violentar mucho el raciocinio para creer que en tales circunstancias habia ducado de Cantabria ni navarros de la tierra llana que pudieran ser sus vasallos. En este naufragio general cada pais y aun cada pueblo procuró agarrarse á una tabla , y la anarquía universal fué el primer resultado de esta desolacion.

Pasemos ahora á la segunda parte de Navarra , esto es la montaña ó los *Vascos*. En cuanto á esta dice



Risco, que no solo resistió á Carlo Magno ocasionándole la famosa rota de Roncesvalles y despues la de los condes Eblo y Aznar en tiempo de su hijo Ludovico, por haberla querido subyugar, sino que estuvo siempre esenta de la opresion sarracénica defendiendo su independiencia desde el fin del imperio romano y ademas se apoderó de una parte de la Francia.

Supone despues el P. Risco, que aburridos los franceses en el año 824 de las derrotas que sufrían al paso de los Pirineos, por conservar la tierra llana de Navarra, abandonaron absolutamente su dominio. Que entonces D. Alonso el Casto de Asturias se hizo amigo de los Navarros casándose con D.^a Jimena señora de la casa principal de ellos; de cuyo casamiento resultó la union de Pamplona con Asturias. Que pocos años despues conyino el mismo D. Alonso en que se estableciese rey en Navarra y que fué declarado por tal Garcia Íñiguez padre de D.^a Jimena y los navarros vivieron en adelante muy tranquilos.

Pero contra la dominacion de D. Alonso el Casto tenemos despues al nuevo atleta Masdeu, que presentándose en la lid de las controversias comienza por hacer una protesta formal de las dificultades de esgrimir su pluma con provecho y dice « Es cierto que nuestros antiguos nos han aclarado muy poco este punto y apenas han insinuado quien una cosa quien otra, sin atar ni trabar los sucesos como convenía para que entendiéramos la verdad de lo que hubo;

« pero con las pruebas que daré en las ilustraciones se « echará de ver claramente que el sistema que aquí « pongo es el mas fundado. »

Las pruebas que dá, despues de tantas dificultades de probar, se reducen sustancialmente á que el Anónimo Albeldense, que acabó de escribir en el año 883, no solo no hace mencion alguna de la soberanía de los navarros, sino que los supone sujetos, aun en sus mismos dias, á los reyes de Asturias, pues refiere que Alonso III, dos veces se vió precisado á sujetar con las armas la fiereza de los vascones ó vascos.

Así habla Masdeu sin probar otra cosa sino que los navarros estaban en guerra continua con D. Alonso y que de consiguiente no los dominaba. Pero añade que este monarca, por contentarlos y evitar la guerra, los cedió á los Condes de Bigorra.

Esto ya es otra cosa, quiere decir que los quiso sujetar y por que no pudo los dejó hacer lo que querían; por que en cuanto á la cesion, cualquiera conocerá la dificultad de que los fieros montañeses se amansasen milagrosa y repentinamente como los leones del lago de Daniel y se dejasen traspasar de dueño, solo porque lo disponia D. Alonso su enemigo.

Finalmente la Academia española en su Diccionario geográfico publicado en 1802 artículo *Navarra*, redactado por Traggia, viene á establecer un nuevo sistema alterando la cronología de los primeros reyes de Navarra; y destruyendo las opiniones del P. Risco y



de Masdeu, en cuanto al dominio de los reyes de Asturias en aquel reino, supone coetaneo el principio de ambas monarquías, siguiendo en esto sustancialmente al historiador Moret, que examinó en su tiempo casi todas las doctrinas que despues se han reproducido, las analizó y sacó de ellas el resultado que permitía la oscuridad y la incertidumbre.

En tal variedad de opiniones de mera probabilidad y que, como dice Masdeu, no son sino sistemas, creo como he dicho deber seguir la de Moret, porque á pesar de las graves dificultades que se le objetan es la mas autorizada de todas, pues tiene en su apoyo otros historiadores clásicos que le precedieron y le siguen; circunstancias que no concurren en las de sus contrarios, antes su misma discordancia las debilita y desautoriza. Y por que el obrar de otra manera sería internarse en el oscuro laberinto de las probabilidades sin dar un paso conocido ácia la verdad.

Ademas no creo que éste punto, bien considerado, sea tan esencial para la historia como han pensado los que hasta ahora lo han controvertido, acalorándose en la cuestion de la misma manera que si se tratase de la sucesion de un rico mayorazgo. Porque á la verdad ¿qué nos importa que los primeros reyes de Navarra se llamasen Sanchos, Iñigos, ó Aznares? ¿Qué puede deducirse de que fuesen cántabros, asturianos, vascones ó baigorrianos? ¿Qué significan esas eternas disputas, queriendo atribuirse cada uno la gloriosa casuali-

dad de haber dado reyes á un pais que jamas quiso ser dominado sino de sí mismo?

¿No tiene tambien algo de puerilidad la disputa entre aragoneses y navarros, sobre si el primer rey fué proclamado en Sobrarve ó en Amescoa? ¿Acaso entonces las montañas de Jaca y las de Navarra dejaban de ser una misma nacion? No había aragoneses ni navarros, todos eran vascones, todos participaban igualmente de las virtudes y de los vicios de los montañeses y de sus glorias; y los moros no les daban otro dictado que el de *cristianos de los montes de Afranc*.

Abandonemos pues el, si se quiere, curioso pero vano conato de averiguar quien fué el primer rey que tuvo la habilidad ó la fortuna de atraerse la gracia de los indomables vascones: dejemos en la oscuridad de los tiempos un siglo mas entre los muchos que quedan atras, y contentémonos con la parte del cuadro que se ha salvado de las ruinas del tiempo; que bastantes objetos hay que meditar en ella sobre las acciones de los hombres y los trastornos de los imperios.



HISTORIA COMPENDIADA DE NAVARRA.

*De la situacion de Navarra, y origen de su nombre
y de sus pobladores.*

Navarra se llamó antiguamente *Vasconia* y sus habitantes *Vascones*, que en el idioma del pais vascongado vale tanto como *Montañeses*, de la palabra *vaso* que significa monte, *vasocó* del monte, y por contraccion *vascó*.

El nombre de Navarra comenzó á introducirse en los últimos tiempos del señorío de los godos en España, en que estrechados al fin por sus armas y reducidos los vascones á lo mas fragoso del Pirineo comenzaron á distinguir la region montuosa de la tierra llana, llamandó á esta *Nava* que suena llanura rodeada de montaña, y de la palabra *erri* que significa tierra ó region se formó la de *Navaerri* y despues la de *Navarra*. Algunos creen que ésta voz proviene de los pueblos *Navaros*, mencionados por Tolomeo, nacion septentrional, que debia formar parte de la federacion de los bárbaros del norte que inundaron á España á fines del siglo IV. Suponen que estas gentes se establecieron



particularmente en Pamplona y que fué llamada ciudad de los navarros; y en apoyo de esta opinion alegan el nombre del barrio llamado *Navarrería* que estuvo señalado algun tiempo por su habitacion, separados de los vascones originarios del pais.

La vasconia, en tiempo de los romanos, tenía por límite oriental y parte del austral al rio Gallego, desde su nacimiento encima de Sallent del valle de Tena hasta donde, abandonando los montes, sale por la peña á tierra mas llana. De allí torciendo algo ácia S. O. iba en busca del Ebro cerca de donde recibe al Salo ó Jalon y pasando á la ribera opuesta y comprendiendo la villa de Alagon, sin tocar á Tarazona, llegaba á Gracurris ó Agreda, desde donde tiraba por Calahorra, que tambien era de los vascones, en busca del oceano septentrional, casi por los mismos límites que ahora dividen á Alava de Navarra é internándose algo mas por Guipuzcoa. El confin por el norte era el mar sobre el promontorio Olearso hoy cabo de Higuer en Fuenterrabia, y despues el Pirineo hasta las fuentes del Gallego.

Los vascones navarros traen su origen verosimilmente de los habitantes de la otra parte de los Pirineos, que despues de haber poblado el resto de la Europa con el discurso de los siglos, se fueron aumentando y extendiendo, al paso que les faltaba pastos para sus ganados y tierras para el cultivo, única ocupacion de los primeros pobladores; y ellos trageron aquellas rudas costumbres de que todavía

se resentian los vascones en tiempo de los árabes.

Si solo se considerase el antiquísimo y singular idioma de esta nacion, en nada semejante al de las otras que la rodean, se creería que los vascones no proceden de ninguna de ellas; pero esto consiste en que han sido menos subyugados; por que su independencia y sus costumbres se han libertado sobre las cimas de sus montañas del naufragio general ó irupciones extranjeras que han inundado á los demas paises de la Europa. (1)

Epoca de los Cartagineses y Romanos.

Cuando Cártago y Roma, aquellas dos ciudades émulas, se disputaban la conquista de España, Anibal hermano ó cuñado de Asdrubal, y sucesor suyo en el gobierno de lo que la república de Cartágo posehía en la Península, quiso estender su dominacion y sitió á Sagunto ciudad aliada de los romanos en los confines de Valencia y Cataluña. Despues de nueve meses de porfiado cerco, ella misma se redujo á cenizas con sus habitantes por no caer en poder de su enemigo.

Eran tambien aliados de los romanos todos los pueblos que temian ó querian sacudir el yugo de los car-

(1) Se ha escrito mucho acerca del origen del idioma vascongado; pero inutilmente: algunos creen que fué comun á todos los españoles; y no falta quien diga que los antediluvianos hablaban en vascuence. Los mejores críticos convienen en que es anterior á los demas idiomas conocidos.

Antes de
Cristo.

Año 216.
Antes de
Cristo.

Antes de
Cristo.



tagineses, y entre los primeros se comprendian los que estaban situados desde el Ebro á los Pirineos; pero incomodados de la indiferencia con que Roma había mirado la ruina de Sagunto se disgustaron de la amistad de aquella república, al mismo tiempo que Anibal los solicitaba con sus liberalidades y con el oro y plata que sacaba de las minas de España.

Los vascones se declararon entonces por Anibal y militaron bajo sus banderas en la guerra de Italia, donde se distinguian de los demas guerreros por la singularidad de entrar en las batallas con las cabezas descubiertas y sin armadura (1). Pero vencido el poder de los cartagineses por los romanos, Publio Cornelio Scipion su general en España supo atraer con su clemencia y liberalidad á la devocion de Roma á todos los españoles, y en ella perseveraron los vascones hasta los tiempos de Quinto Sertorio.

Había tiranizado Lucio Sila á la república romana y desterrado á los parciales de Mario su competidor. Quinto Sertorio, que era uno de ellos, buscó su seguridad en España; y lo mismo fué llegar que hacerse dueño de todos los corazones. Siguieron su partido los vascones y le sostuvieron cerca de diez años

(1) No debe extrañarse ésta costumbre si se considera que entre los franceses, nuestros vecinos, era casi desconocido, durante su primera dinastía, el uso de las corazas, de los cascos y de las flechas, hasta la segunda, á mitad del siglo 8, en que llegó á ser una ley militar, *Compendio de la historia de Francia por Henault tomo 1.º pag. 123.*

209.
Antes de
Cristo.

80.
Antes de
Cristo.

y aun despues de la muerte de este célebre capitán.

Vinieron contra Sertorio, Quinto Cecilio Metelo cónsul y compañero del dictador Lucio Sila y Gneo Pompeyo el grande. Contra ambos ejércitos peleó Sertorio varias veces, y casi siempre con fortuna; pero habiendo salido muy quebrantado de una batalla se encerró en Calahorra pueblo de los vascones. Siguiéronle los generales romanos; y Sertorio, que solo trataba de ganar tiempo, entretuvo á los sitiadores con repetidas salidas, hasta que los pueblos de su devocion reunieron un poderoso ejército. Entonces saliendo Sertorio de la ciudad, sin ser sentido, se puso al frente de él, vino sobre los romanos y les obligó á levantar el sitio y á retirarse, Metelo á Andalucía y Pompeyo á Francia á rehacer su ejército.

Cuando la república desesperaba ya de reducir á Sertorio, Marco Perpena su teniente general le dió la muerte á puñaladas hallándose en Huesca en un festin. Con la muerte de Sertorio desmayó España, y los romanos redujeron nuevamente á su obediencia á las ciudades enagenadas. Osma y Calahorra fueron las únicas que se resistieron: la primera fué arrasada por Pompeyo; y Afranio legado de Metelo se encargó de reducir á la segunda; pero el sitio fué largo y porfiado. Consumidos los víveres salaban los sitiados á los cadáveres y se alimentaban los vivos con los muertos, hasta que consumidos tambien los defensores, Afranio entró en la ciudad y la redujo á cenizas. Entonces toda la tierra llana de los vascones quedó sometida á los

71.
Antes de
Cristo.



6

romanos, se hizo amiga y sus pueblos consiguieron el fuero de Lacio ó de los latinos (1), que aunque no igualaba al honor de ciudadanos romanos era el grado inmediato. El emperador Vespasiano lo concedió después á todos los españoles.

Afranio, que quedó con el gobierno de España, no juzgó conveniente proseguir la guerra contra los vascones montañeses, hombres inhumanos, fieros y bárbaros (2) y que carecían del trato de gentes; pero pocos años después Publio Craso fué enviado por Julio Cesar á la conquista de la Aquitania, única provincia de las Galias, hoy Francia, que le restaba reducir al imperio de Roma; y los vascones del Pirineo, amigos y vecinos de los aquitanos y semejantes en las costumbres y language, se unieron con ellos y pusieron un ejército de cincuenta mil hombres. Los romanos dieron la batalla y los aquitanos y vascones fueron derrotados, con tal estrago que apenas escapó la tercera parte.

54.
Antes de
Cristo.

47.
Antes de
Cristo.

Ocurrió luego la guerra civil de Roma entre César y Pompeyo. Los vascones con los demas españoles se declararon por el segundo; pero César, mas afortunado, venció y Pompeyo pagó con la vida su rivalidad. César dominó en el imperio y en los españoles á

(1) Habitantes de Latium pais aliado de los romanos inmediato al rio Tiber. El fuero de Lacio consistia en la participacion de algunos privilegios de los ciudadanos de Roma; y en el derecho que tenían de gobernarse por sus propias leyes y nombrar sus magistrados.

(2) Así los pinta Estrabon.

7

escepcion de los cántabros (1) ó vascones, asturianos y gallegos, á quienes acabó de reducir Octaviano, sobrino y sucesor de César, que tomó el nombre de Augusto. Y tal fué el concepto que este emperador tenía de los vascones, que formó de ellos la guardia de su persona y la de la ciudad de Roma.

Siguiose á estos acontecimientos un sosiego universal de muchos años y en este tiempo Augusto y Tiberio su sucesor repartieron tres cohortes (2) en las montañas de los vascones con que lograron tranquilizarlos y dulcificar algo su fiereza. Eran entonces estas gentes idólatras y muy dedicadas á los agüeros, pretendiendo adivinar lo futuro por las entrañas y venas de los cadáveres. Costumbres que, como otras bárbaras, duraron largo tiempo, aun después de introducida la luz del evangelio.

Este feliz acontecimiento se verificó en tiempo del emperador Neron. San Saturnino, obispo de Tolosa en Francia, envió primero á un presbítero llamado Honesto para que predicase en Pamplona; y después el mis-

27.
Antes de
Cristo.

14.
Después
de Cristo.

55.
De Cristo.

(1) Entre los cantabros se comprendian, en tiempo de César, los vascones y todas las tierras de la costa del mar oceano hasta Asturias. En tiempo de los godos se entendia por Cantabria toda la frontera de España desde la Rioja hasta el oceano; y algunas veces se ha entendido tambien por Cantabria la Rioja sola.

(2) Cohorte era una compañía ó regimiento de 1500 infantes y 100 caballos: esta se llamaba Cohorte miliaria; pero tambien habia cohortes ordinarias que eran de 550 infantes y 66 caballos: diez de estas cohortes hacian una legion.



mo San Saturnino vino á predicar personalmente y convirtió á los vascones y á otros pueblos de España. Honesto quedó encargado de la iglesia de Pamplona, y San Saturnino recibió dos años despues el martirio en Tolosa por los paganos, que amotinados y seducidos por sus sacerdotes contra el Santo le ataron á un toro que iban á ofrecer en sacrificio á sus dioses.

Honesto instruyó en la religion á San Fermin, hijo de un senador de Pamplona, y vino á ser el primer obispo de su patria. Pero deseoso de propagar la fé en otros países pasó á Francia, y despues de haber predicado en muchos pueblos recibió la corona del martirio en Amiens.

68. Interrumpiöse la paz en los últimos tiempos del imperio de Neron. Sergio Sulpicio Galba, que gobernaba la España tarraconense, se sublevó y fué declarado emperador por las legiones españolas, irritadas de los monstruosos vicios de Neron. Los vascones militaron ahora bajo las banderas de Galba, que al fin ocupó el imperio por muerte de Neron; pero le duró poco. Disgustados luego los romanos le dieron la muerte cuando solo hacía siete meses que imperaba.

Las cohortes de vascones, que habian acompañado á Galba á Roma, pasaron á la Germánia en servicio del imperio; y ellos decidieron de la suerte de una batalla contra los alemanes sublevados, y de la conservacion de la Germánia para los romanos.

Oton sucedió á Galba en el imperio; y una profunda y larga paz á las perpetuas guerras que fatigaron á España desde la venida de los cartagineses. Recibió sin resistencia, y aun con gozo, diferentes colonias romanas que la poblaron. Con el tiempo hizo tambien suyos el idioma, los ritos, las leyes y las ceremonias de sus conquistadores; excepto los vascones montañeses, donde nunca pudieron penetrar del todo la dominacion ni las costumbres estrangeras. Tres pueblos de los vascones tuvieron casa de moneda en tiempo de los romanos, esto es Calahorra, Agreda y Cascante.

Epoca de los Godos y demas naciones del norte (1)

Con la muerte del emperador Teodosio, el imperio romano se dividió entre sus dos hijos Arcario y Honorio: cupó al primero el oriente y al segundo el occidente. Las naciones del norte, prodigiosamente numerosas, habian comenzado á desmandarse contra el imperio desde el tiempo de Constantino Magno. Ya los godos habian roto en una batalla al emperador Valen-

(1) En la relacion del señorío de los Godos me he estendido, talvez, mas de lo que corresponde á lo sucesos de los vascones; pero he creído conveniente hacerlo así para dar una idea de la destruccion del Imperio romano y del enlace de las relaciones de Navarra con el resto de la Peninsula; y para que el lector no pierda nada de la serie cronológica de los monarcas que gobernaron en ella; pues tal es el plan que sigo despues en todo mi compendio.



406. te, que quedó muerto en el campo, y aunque vencidos y reprimidos despues por Teodosio, animados ahora con la division y debilidad del imperio entraron como enjambres en Francia los vándalos, alanos, suevos, silingos y borgoñones, al mismo tiempo que Alarico rey de los godos invadía á Roma y la saqueaba.

409. Los vándalos, alanos, suevos y silingos penetraron por los Pirineos de Cataluña, se apoderaron de España, la llenaron de horrores y se la partieron. A los vándalos y suevos cupó la Galicia, el reino de Leon y parte de Portugal: los alanos ocuparon lo restante de este último reino, derramándose desde la costa del oceano al mediterraneo por la provincia de Cartagena. Los silingos, porcion de los vándalos, ocuparon la Andalucía.

Alarico rey de los godos murió luego de la invasion de Roma, y Ataulfo su pariente y sucesor impelido por las armas de Constancio, general de la milicia romana, se metió en España. Pidió la paz á los romanos y en 414. odio de ella le dieron la muerte los suyos en Barcelona por disposicion de Sigerico que le sucedió en el 417. trono. Sigerico siguió luego en el mismo pensamiento y tuvo la misma suerte. Walia su sucesor intentó pasar al Africa para complacer al genio belicoso de los godos, pero su armada fué deshecha por una tempestad. 419. Entonces pensó como sus antecesores en hacer la paz con los romanos.

Ofreciole el emperador Honorio la propiedad y soberanía de las provincias de que se habian apoderado

los godos, con la condicion de que Walia haria la guerra y someteria al imperio romano todas las demas provincias que las otras naciones le habian usurpado. Walia aceptó el partido con el designio de servirse de las armas de los romanos para vencer á los unos y volver despues las suyas contra los otros. Honorio esperaba por su parte que en aquella lucha se destruyesen mutuamente todos sus enemigos. Pero Walia cumplió con lo tratado matando al rey de los alanos y obligando á estos á meterse en Galicia; y el emperador Honorio le concedió lo que llamaban segunda Aquitania en Francia desde Tolosa hasta el oceano y algunas ciudades confinantes, quedando Tolosa desde entonces por corte de los reyes godos. Walia murió en 420. 420.

Con la salida de los godos de España, Hermenerico rey de los suevos, y despues su hijo Rechila, habian sojuzgado á los alanos y silingos y disminuido el poder de los romanos. Reccario hijo y sucesor de Rechila 448. aspiraba al dominio universal de España: para asegurarse de los godos tomó por muger á una hija de Teodoro rey de ellos, pariente y sucesor de Walia, y ayudado del poder de su suegro, mal avenido con los romanos, intentó despojar á estos de lo que poseian en España. Esta guerra tocó tambien á los vascones, que ya para entonces habian estendido su dominio hasta la Cantabria, Alava y Bureba y eran amigos de los romanos; pero la campaña se redujo á robos y correrias.

Siguióse á esto la invasion de los hunos, nacion guer- 451.



raera del Ponto Euxino, que en número de quinientos mil combatientes, conducidos por su rey Atila, entraron en las Galias y amenazaban á la Europa. El emperador Valentiniano, Moroveo rey de Francia y Teodoro rey de los godos, obligados del peligro comun, se unieron y presentaron á Atila la batalla: en ella los hunos fueron derrotados con muerte de doscientos mil; pero Teodoro dejó la vida en las llanuras de Chalon á las márgenes del Marne.

Sucedió á Teodoro Turismundo su hijo, á quien sus dos hermanos Teodorico y Eurico le quitaron alevosamente la vida.

454. Teodorico entró á reinar por muerte de Turismundo. Su cuñado Reccario rey de los suevos, aprovechando la ocasion de la guerra de los romanos y godos contra los hunos, había invadido las tierras de España que obedecian á los romanos. Teodorico vino contra él, como aliado del imperio, y le derrotó junto al rio Orbigo cerca de Astorga. Reccario quedó prisionero, y luego perdió la vida.

467. Eurico, segunda vez fratricida y sucesor de su hermano Teodorico, volvió las armas contra los romanos. Entró en Aragon y Navarra, tomó á Zaragoza y Pamplona y arruinó á Tarragona degollando á muchos de la nobleza de la provincia; pero detuvo sus progresos la necesidad de pasar á sus estados de Francia, donde le hacian la guerra los romanos auxiliados de los britones y borgoñones; y despues de haberse hecho dueño de las pro-

vincias, que se estienden acia el medio dia entre la Provenza y el rio Loira, murió en Arles en 483.

Alarico sucedió á Eurico su padre; y murió en la guerra contra los francos (1) á manos de su rey Clodoveo. A Gesalico ó Gesalcio, hijo natural de Alarico, le disputó la corona Amalarico, como hijo legítimo, y logró que se anulase la eleccion. Casó Amalarico con Clotilde, hija de Clodoveo rey de Francia; pero trató tan indignamente á la reina, que se atrajo el odio de sus hermanos Childeberto, Clotario y Tierri reyes de Paris, Soisons y Metz, quienes se armaron para vengarla: pasaron los Pirineos, alcanzaron en Barcelona al ejército de Amalarico y le derrotaron: el mismo Amalarico murió atravesado de la lanza de un soldado frances.

Teudio, sucesor de Amalarico, prosiguió la guerra contra los francos, que segunda vez entraron en España: habían sitiado á Zaragoza Childeberto y Clotario, pero se contentaron con obtener de los sitiados la túnica de san Vicente (2). Teudio murió á manos de un asesino.

Muerto Teudio eligieron los godos por rey á Teudiselo. No reinó sino quince meses, que ocupó en manchar los lechos y las honras de los nobles, hasta que un puñal vengador acabó con su existencia.

(1) Nacion del norte, que conquistó y dió el nombre á la Francia.

(2) El P. Risco dice que la causa principal de haber desistido los franceses del sitio de Zaragoza fué el saber que sus habitantes no eran arrianos como lo habían creído.



549. Agila, sucesor de Teudiselo, hizo la guerra á los cordoveses que se habian sublevado. Este desgraciado monarca no solo fué derrotado en esta empresa, con la pérdida de un hijo y grandes tesoros, sino que su general Atanagildo, sublevado tambien contra él, aspiraba á la corona: para esto se habia confederado con el emperador Justiniano prometiéndole una parte de la España: admitió el emperador el pacto, envió sus tropas y Agila perdió en una batalla cerca de Sevilla la corona y poco despues la vida.

Atanagildo, puesto en el trono, guardó los pactos con los romanos solo el tiempo que le estuvieron bien. Ocupó el de su reinado en la guerra con el imperio alternando la fortuna, pero sin lograr su intento. Murió en 567.

567. Leuva, gobernador de la Galia Narbonesa, fué su sucesor; quien reconociéndose sin fuerzas para el gobierno de la monarquía declaró á Leovigildo su hermano por compañero en el trono y él se retiró á la Galia con menos autoridad, pero sin tantos cuidados.

572. Leovigildo hizo la guerra á cuantos no eran godos, atacándolos separadamente: estrechó á los romanos metiéndolos en la antigua Bastitania por la frontera de Murcia: redujo á los rebeldes de Córdoba, y desbarató una gran multitud de gente rústica que habia tomado las armas en aquella comarca. Hizo tambien la guerra á Amiro rey de los suevos en Galicia, que habia sacudido el yugo del vasallage, y le obligó á someterse.

Restábale reducir á los vascones, acostumbrados á burlar los esfuerzos de los cartagineses, á defender su libertad de los romanos y á ser temidos y respetados de los godos. Penetró Leovigildo en la Cantabria y Alava: hiciéronle los vascones de este pais valerosa resistencia, y cuando llegó á ser temeridad prefirieron al yugo del vencedor abandonar su patria y conquistar la agena. Pasaron los Pirineos y se establecieron en Francia, recientemente subyugada por los francos. Poco seguros estos todavía y divididos en discordias civiles, aunque resistieron la entrada de los vascones, su ejército fué derrotado y los emigrados vencedores se derramaron por la tierra llana de la Aquitania.

Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo, se vió obligado muchas veces á reprimir las invasiones de los vascones navarros; pero ni él ni Leuva ni Witerico, sus sucesores, pudieron subyugarlos. Poco tiempo despues los francos hicieron con mejor fortuna la misma tentativa contra los vascones de la otra parte de los Pirineos: reducidos á su obediencia les dieron por gobernador á Genial que se condujo con agrado y aceptación.

Gundemaro sucesor de Witerico, en la corona de los godos, prosiguió la guerra contra los vascones navarros, entrando en sus tierras y debastándolas. Sisebuto, su sucesor, hizo lo mismo con los asturianos y vascones que se habian levantado en la montaña. Suintila, suce-



sor de Sisebuto, (1) se ocupaba felizmente en acabar de espeler de España á los romanos, quitándoles las plazas que retenian desde el estrecho de Gibraltar hasta el cabo de San Vicente, al mismo tiempo que los vascones navarrós invadian la provincia tarraconense para enriquecerse con las presas. Entonces Suintila, cargando con todo su poder sobre los vascones, les obligó á someterse imponiéndoles la condicion de edificar á su costa una poblacion llamada Oligito, que se duda si es Olite ú Oloron, para que sirviese de plaza de armas de los godos contra las nuevas tentativas de los vascones.

631. Los de la otra parte del Pirineo, incitados por el obispo de Tolosa, se habian levantado en 627. Chariberto rey de la Aquitania marchó con ejército contra ellos y los redujo; pero muerto Chariberto volvieron á tomar las armas contra Dagoberto, su hermano y sucesor, haciendo correrias en su reino. Dagoberto puso en armas á todas las provincias de su reino, que entonces llamaban de Borgoña; y un ejército numeroso inundó las tierras de los vascones: presentaron éstos la batalla, confiados en su valor, pero bien pronto conocieron que la superioridad de fuerzas era irresistible y se refugiaron en la aspereza de sus montañas. Siguieron el alcance los vencedores á sangre y fuego; rehiciéronse los vencidos y vengaron sus agravios en Aremberto uno de los capitanes del

(1) Aunque le sucedió su hijo Recaredo II, era muy niño y murió á los tres meses.

ejército de Dagoberto, que fué derrotado en el valle de Sola, confinante con Roncal, matándole los mas principales caballeros de las tropas de su mando. Sin embargo los vascones, temiendo los ataques sucesivos de un ejército tan numeroso, pidieron la paz á Dagoberto en este año de 631 por medio de sus embajadores y entre ellos Ainando duque ó caudillo principal de los vascones.

Los navarros vivian mas tranquilos por este tiempo: la guerra civil de España, sobre la posesion del trono de los godos (que era electiva), entre Suintila y Sisenando, les dejaba disfrutar de su antigua libertad é independencia. Suintila abandonado á los placeres habia entregado las riendas del gobierno á su muger Teodora. Sisenando le obligó al fin á bajar del trono; pero ni en su reinado ni en los de sus sucesores Chintila, Tulga y Chindasuindo ocurrió cosa memorable entre los godos y vascones.

No fué lo mismo en el reinado de Recesuinto, hijo y sucesor de Chindasuindo. Este monarca, siendo general de las tropas y teniéndolas á su devocion, no esperó á que los electores le pusieran la corona en la cabeza: dispensose de esta formalidad y declaró tambien por sucesor á Recesuinto. Los godos descontentos incitaron á los vascones á tomar las armas, y ellos las tomaron con la esperanza de recobrar lo perdido en tiempo de Suintila; pero Recesuinto consiguió, aunque no sin grave daño, reprimir esta agresion de los navarros.



673. Tomaron otra vez las armas en el reinado de Wamba, sucesor de Recesuinto, é invadieron y ocuparon la Cantabria; pero Wamba los repelió tambien y les obligó á pedir la paz.

Reinaron sucesivamente, despues de Wamba, Ervigio, Egica y Witiza, en cuyo tiempo los vascones, si acaso vivieron en paz con los godos, jamas fueron sus amigos ni recibieron sus leyes (1).

Esta enemistad alcanzó tambien á los obispos de Pamplona; no asistian á los concilios de Toledo, y si alguna vez lo hicieron fué por que los accidentes de la guerra, favorables á los godos, les obligaba á procurar mantener la dependencia de los pueblos de su diócesi en la tierra llana. Así se vé que en el concilio 3.º, celebrado en 589, concurrió el obispo Liliolo, poco despues de la invasion de Leovigildo en la Bureba y Alava y tambien en 592 al concilio de Zaragoza. En 610, quando Gundemaro debastó las tierras de los navarros, asistió el obispo Juan al concilio de Toledo. Y estos fueron los únicos obispos que se hallaron personalmente hasta los años 683 y 693 en que, despues de la paz

(1) La Academia española piensa lo contrario; pero no existe el menor indicio de que el Fuero Juzgo se haya observado en Navarra, ni se parece en nada á su Fuero General. Ademas de esto se sabe la oposicion con que los vascones recibian la dominacion de los godos: que solos 30 años, desde Wamba hasta D. Rodrigo, no son suficientes para desterrar las tradiciones y costumbres de un pais contra su voluntad; y que jamas está la voluntad preparada para abandonar de repente las costumbres heredadas.

con Wamba, concurrió, con poderes de los obispos Atilano y Marciano, el diácono Vincomalo.

Rodrigo, hijo de Teodofredo y nieto de Chindasuindo, fué elegido por los godos para reinar por muerte de Witiza. Los vicios del gobierno, en los reinados anteriores, habian introducido el desorden en las costumbres, el descontento general y la desunion que destruye todos los imperios. Al mismo tiempo una nacion belicosa, conquistadora y fanatizada, se había establecido en las costas del Africa, despues de haber sojuzgado al Egipto y la Persia: era una de las tribus mahometanas cuyos individuos se llamaban sarracenos y tambien moros como habitantes de la Mauritania en las mismas costas de Africa.

El desgraciado D. Rodrigo ó no supo ó no pudo gobernar la nave del estado en un mar tan borrascoso. Comenzó al principio por pusilanimidad, y despues por inclinacion, á seguir los pasos ó los descaminos de su predecesor. Conservó en su fuerza las malas leyes de Witiza y á su imitacion no perdonaba á ninguno que le resistia.

La violencia con que deshonró á una de las damas de la reina, llamada Florinda, le atrajo el odio de su padre el conde D. Julian, que mandaba en el mediodia de España y quiso vengarse introduciendo en la península á los sarracenos; y aunque no fué la traicion de D. Julian la causa de la calamidad que se siguió, aceleró los efectos y los moros desembarcaron en España.



714. Una sola batalla decidió de la suerte de la monarquía: vencidos los cristianos, con muerte de su rey, (1) no hubo dique capaz de contener á la prodigiosa multitud de sarracenos que sucesivamente llegaron á inundar la España. La mayor parte de sus habitantes sucumbieron á esta fatalidad, sometiéndose al yugo del vencedor que les permitió la práctica de su religion. Estos cristianos se conocieron despues con el nombre de Mozarabes.

Los moros estaban muy adelantados en las ciencias, en la guerra, en la industria y las artes, y cultivaban con cuidado los conocimientos que podian contribuir á realzar la gracia y la elegancia.

Principio de la Monarquía de Navarra.

El orgullo de los moros se estrelló al pie de las montañas de los navarros, en las de Jaca y en las de Guipuzcoa hasta Asturias. No pudieron penetrar en los montes de Afranc (así llamaban los africanos á los Pirineos) poblados de hombres bestidos de pieles de osos y armados de chuzos y guadañas: que no conocian el comercio ni las artes, ni estaban acostumbrados á doblar la cerviz al yugo estrangero. En las batallas usaban los

(1) No hay ninguna seguridad acerca del año en que los moros entraron en España. Las historias árabes lo adelantan hasta 711: otros lo atrasan á 716; y en esta incertidumbre me he adherido á la opinion mas comun.

navarros de armas muy ligeras; tenían una agilidad extraordinaria, y acometian al enemigo por la retaguardia con grande impetu y terrible vocería. El traje de los guerreros principales se reducía á una túnica exterior redonda, camisa de mangas sueltas, calzones largos, calzas con espuelas y una lanza arrojadiza en la mano.

Habian ocupado los moros á Pamplona (1), insultaban y amenazaban á los montañeses; y desde entonces una guerra á manera de corsarios (2) dió principio á perseguir á los sarracenos en todas partes. Aprovechábase los navarros de los desfiladeros, acechaban las marchas del enemigo y le sorprendian: el botin animaba su fiereza, y la diferencia de religion hacía mas cruel y sanguinario el vencimiento.

Los montañeses desafiaban con su pobreza y la de su pais al enemigo; y en esta guerra, casi siempre salian gananciosos. No vivian en grandes poblaciones, ni

(1) No dice Moret cuando la ocuparon; pero en la historia de los árabes, publicada por Conde, se lee que en 715 los caudillos de Abdelaziz, hijo de Muza, corrieron toda la tierra del norte y Pamplona y montes Albaskenses y allegaron muchas preciosidades. Que los cristianos tomaron á Pamplona en 797: que el moro Alhaken la reconquistó en 801: que en 860 estaba ya otra vez por los cristianos, y que en 866, fué cercada por los moros, ocupadas algunas torres de sus muros, socorrida por los cristianos y levantado el cerco. Todo esto indica que Pamplona fué muchas veces tomada y posehida alternativamente por unos y por otros.

(2) En la guerra de la independecia, en 1809, los primeros navarros, que se reunieron espontaneamente contra los franceses, se dieron el nombre de *Curso terrestre*. Yo creo que hubo alguna semejanza en el principio de ambas guerras.



conocian el lujo que pudiera cebar la ambicion de los conquistadores. Si alguna vez las grandes masas de los ejércitos penetraban en sus rústicas habitaciones no encontraban sino cuatro paredes ennegrecidas, formadas de piedra suelta, y por techos los toscos árboles cortados en sus bosques cubiertos con paja ó con losas.

Su gobierno era una república federativa compuesta de valles ó comarcas, que se gobernaban independientemente segun sus costumbres respectivas. Pero los grandes negocios del Estado, y las diferencias ó cuestiones de valle á valle y de pueblo á pueblo, se determinaban por un consejo de doce ancianos ó sabios de la tierra.

En esta situacion estaban los navarros cuando comenzaron la guerra contra los sarracenos; pero bien pronto el botin y los despojos, que frecuentemente tomaban al enemigo, despertó la envidia y ocasionó debates y divisiones, sobre la reparticion, y se hicieron la guerra los unos á los otros (1). Entonces conocieron que necesitaban un gefe que los dirigiese contra el enemigo comun y que los gobernase en paz y en justicia; y á imitacion de los godos y de los francos determinaron elegir un rei.

716.

Antes de nombrarle acordaron que habia de gober-

(1) « Et no habia ninguno que ficies uno por otro, sobre las ganancias et las cabalgadas; et hobo grant cabalgada et envidia entre ellos: et sobre las cabalgadas bataillaban. » Asi se esplica el prólogo del fuero antiguo de Navarra, pintando la anarquía que reinaba entre sus habitantes. Y como un estado semejante sea muy violento, y de consiguiente poco duradero, debe creerse que no tardaron mucho tiempo en reorganizar la forma de su gobierno.

nar segun derecho: que les jurase sus fueros ó costumbres y de mejorarlos siempre y no empeorarlos: que partiría los bienes de la tierra con los naturales de ella: que no haría justicia por sí solo, sin consejo de los doce ancianos ó sabios; ni determinaría los negocios de la guerra, paz, tregua ni otros de consideracion sin concurrencia del mismo consejo (1). Hecho esto eligieron por su rey al mas valiente de sus ca-

(1) Aunque el fuero contiene otras circunstancias, mi opinion es que se han añadido posteriormente, despues que se escribió el códice de las costumbres ó leyes tradicionales en tiempo de D. Alonso el Batallador. La representacion nacional de los navarros, compuesta de sus doce ancianos ó sabios de la tierra, se vé todavia en el fuero; pero esta especie de gobierno se fué alterando sucesivamente á medida que la Monarquía se hacia mas dilatada con las conquistas y se complicaban las necesidades del estado.

La actitud puramente militar, á que se vió luego reducida la federacion monárquica de los navarros, hizo que los principales caudillos ó ricos hombres tomasen una parte activa en los negocios públicos, con igual autoridad que la de los doce ancianos; y ya en tiempo de D. Sancho el Sabio le vemos obrar *con acuerdo, otorgamiento y voluntad de los ricos hombres, caballeros é infanzones*; hasta que los monarcas fueron llamando sucesivamente á los prelados eclesiásticos, y á los pueblos; con lo que llegaron á organizarse las cortes por brazos, ó estamentos, quedando confundidos en ellas los doce ancianos y los doce ricos hombres. Y aunque se ignora el tiempo preciso de este acontecimiento, se sabe que á fines del siglo trece ó principios del catorce varios estados de Europa habian adaptado ya este sistema con algunas diferencias accidentales. Yo sospecho que en Navarra se introdujo en tiempo de Felipe 3.^o á imitacion de lo que se practicaba en Francia, donde los primeros estados generales, por estamentos, se convocaron en 1302.

Es verdad que ya en 1134 consta que en las cortes de Navarra, con motivo de la muerte de D. Alonso el Batallador, concurrieron



balleros, que lo era D. García Jimenez Señor de Abarzua y Amescoa, y le pasearon por el campo sobre un escudo gritando *Real, Real, Real*; y se puso un yelmo por corona y empuñó una gruesa lanza en lugar de cetro.

los prelados, ricos hombres y universidades: que en tiempo de Sancho el Fuerte concurrían también los diputados de los pueblos; y que en 1274 asistieron los ricos hombres, caballeros y diputados de las villas. Pero este cuerpo era todavía una masa informe, compuesta de individuos y pueblos privilegiados.

La organización de los tres brazos no fué obra, en mi concepto, de un plan meditado: la naturaleza de las cosas lo produjo ciegamente por el instinto del interés individual: sus saludables efectos se conocieron después y se atribuyeron á una sabia prevision. Eran llamados individualmente á las cortes los prelados eclesiásticos por su sabiduría, por su influjo y por sus feudos, la nobleza por su poder; y los pueblos libres ó realengos por su poder y por sus subsidios.

Un cuerpo compuesto de tres elementos tan eterogeneos y contrarios, en razon de los diferentes derechos que disfrutaban, no podía amalgamarse: un choque continuado hizo que todas las partes de cada una de las tres clases, esto es el clero, la nobleza y el pueblo, se reconcentrasen para resistir al impulso de las otras y velar en su conservacion. Son frecuentes los ejemplos que se encuentran, en las cortes antiguas de Navarra, de reclamaciones hechas singularmente por un solo brazo para el reparo de sus agravios. Esta separacion produjo el admirable equilibrio con que se sostenía el edificio social de los navarros sobre la punta de una lanza en aquellos tiempos belicosos.

Había cortes ordinarias á que solo concurrían, con los prelados y nobleza, los pueblos llamados por privilegio; y cortes generales, ó *Cort general*, á que podían asistir todos los pueblos grandes y chicos del Reino: esto se hacia cuando se trataba de la sucesion de la monarquía ú otro negocio de alta consideracion.

D. García Jimenez, primer rey.

Si los navarros no hicieron grandes progresos en los primeros tiempos de su monarquía, á lo menos conservaron su independenciam sin perder un palmo de terreno, y se hicieron tan respetables que los moros llegaron á limitarse á la guarda de sus fronteras. Comenzaron estos á ser menos poderosos desde que extendieron mucho sus conquistas y se introdujo la division entre sus ambiciosos generales.

Otro enemigo, no menos temible que los navarros, esgrimia también la espada gloriosamente contra los moros: D. Pelayo hijo de Favila, y nieto de Chindasvindo, habia sido elegido por rey de los asturianos y de los otros pueblos libres de aquellas montañas, y daba principio á la monarquía de Castilla. Murió D. Pelayo en 737 y le sucedió su hijo D. Favila que solo reinó dos años, habiendo muerto despedazado de un oso, y ocupó el trono D. Alonso el Católico casado con Hermesinda hija de D. Pelayo.

Abderramen, gobernador de España por el califa Hiscen, siguiendo en el empeño de sus predecesores, en la conquista del imperio de los godos, intentó apoderarse de la Galia Narbonesa, que les habia pertenecido en Francia, y marchó con un ejército formidable. Pero Eudon duque de Aquitania y Carlos Martel duque de Austrasia le salieron al encuentro y le derrotaron entre



Tours y Poitiers, dejando en el campo trescientos mil hombres muertos con el mismo Abderramen. Los restos del ejército, queriendo refugiarse en España por los Pirineos de Navarra, sufrieron otra derrota por los naturales del país. Abdelmelic sucesor de Abderramen quiso vengarse de los Navarros, vino luego con otro ejército contra ellos y tuvo la misma suerte.

753. Por otra parte los diferentes gefes mahometanos aspiraban á substraerse de la obediencia del Califa ó Miramolin (1) su soberano: la guerra civil se habia introducido entre ellos; y los navarros, aprovechándose de la division, descendian de la montaña y se derramaban por la tierra llana de la Rioja y la Bureba. Abderramen hijo de Moabia, y nieto de Hiscen, se apoderó por fin del gobierno de España, sacudiendo la dependencia de los califas.

757. Los reyes cristianos comenzaron tambien á disputarse sus conquistas y posesiones. Algunos pueblos sujetos al de Asturias en la Alava y Bureba, descontentos de su dominacion, se inclinaban á la de Navarra; y D. Garcia ocupó hasta Miranda de Ebro; pero D. Alonso el Católico de Asturias, no menos celoso de su soberanía y engrandecimiento, acudió con las armas á reprimir la desercion de sus pueblos y la ambicion de los navarros, y lo consiguió. Poco tiempo despues se verificó la muerte de D. Alonso y le sucedió su hijo D. Fruela; y

(1) Significa principe de los fieles y de los creyentes.

al año inmediato murió tambien D. Garcia Jimenez, 758. en cuyo lugar eligieron los navarros á su hijo D. Iñigo Garcia.

D. Iñigo Garcia, Arista.

Con la muerte de D. Alonso el Católico los pueblos 759. de la Bureba y Alava renovaron la tentativa para substraerse de la dominacion de Asturias. El nuevo rey de Navarra D. Iñigo no estuvo perezoso en auxiliarles; pero las armas del rey D. Fruela triunfaron, contando entre los despojos y prisioneros á la infanta D.^a Munia, hija de la sangre real de Navarra, con quien el mismo D. Fruela contrajo matrimonio y de él nació D. Alonso el Casto.

Restablecida la paz entre los reyes de Asturias y Navarra, el primero se llenaba de laureles contra los moros desalojándolos de Galicia y parte de Portugal, y el segundo conquistando á Pamplona (1) y haciendo la guerra sin cesar, ya abanzando, ya retrocediendo en la tierra llana, segun la varia fortuna de las armas.

Pero D. Fruela rey de Asturias, que habia quitado la vida á su hermano Bimarano, pagó al fin el fratricidio muriendo él mismo bajo el puñal de su primo Aurelio, que se apoderó tambien de la corona en

(1) Nada dice Moret de haber tomado D. Iñigo á Pamplona; pero habiéndola ocupado los moros como parece verosímil, antes de esta época, era necesario que la hubiesen reconquistado los cristianos para que Carlo Magno la encontrase en poder de ellos en 778 como veremos luego. Las crónicas árabes todavia suponen á Pamplona reconquistada por los moros en 801.



768. perjuicio del niño D. Alonso el Casto hijo de D. Fruela. Sucesivamente D. Silo, Mauregato y D. Bermudo I el Diácono, ocuparon el trono por espacio de 27 años, hasta que se restituyó á D. Alonso en 795.

778. El emperador Carlo Magno, convidado por Ibinalabi gobernador de Zaragoza, que se había sublevado contra el poder de Abderramen, pasó los Pirineos con el objeto de aprovecharse de la division de los mahometanos para dominar el pais, y en efecto llegó hasta Zaragoza con un ejército poderoso. Pero quiso subyugar tambien á los vascones: entró en Pamplona y ya que no podía retenerla demolió sus murallas, y se disponía á volver á Francia entre tanto que los navarros le acechaban con una emboscada en los desfiladeros de Roncesvalles. Allí, despues de haber dejado pasar la avanguardia del ejército, se arrojaron sobre la retaguardia, en paraje donde no podian revolverse, y no quedó vivo un solo frances que llevase la noticia. Muchos caballeros principales murieron en esta batalla; y entre ellos el famoso Roldan, de quien cuentan hazañas maravillosas los novelistas y romanceros.

783. Cinco años despues murió el rey D. Iñigo Garcia, dejando dos hijos de su matrimonio con D.^a Jimena; y no pudiendo manejar ninguno de ellos el fiero yelmo ni la lanza sanguinaria, eligieron los navarros por su rey á D. Fortuño, hermano de D. Iñigo.

D. Fortuño Garcia.

Abderramen rey de Córdoba, queriendo vengar los agravios de la última jornada de Carlo Magno, y convidado por los judios de Tolosa, entró en Francia por las montañas de Jaca á tiempo que el emperador se hallaba en Roma; y lo llevaba todo á sangre y fuego, hasta que saliéndole al encuentro los ejércitos de Carlo Magno le derrotaron en tres grandes batallas, que obligaron á Abderramen á repasar el Pirineo con muy pocos de los suyos.

785. Pero al entrar en el valle de Roncal, reunidas las gentes del pais, que en semejantes casos acudian como hormigueros, tras el botin y los despojos, le acometieron y derrotaron en los campos de Ollati, entre Burgui y Navascues, persiguiendo los restos del ejército hasta el rio Aragon. Abderramen cayó prisionero y lo llevaban en triunfo, cuando una fiera roncalesa no pudiendo tolerar que á un *perro de moro* se le conservase la vida, ella misma le atravesó una espada (1). De

(1) Hay algunas dudas acerca de este acontecimiento y de su verdadera época. Moret lo tomó de los privilegios de los roncaleses; pero no existen originales sino relacion de ellos por confirmaciones posteriores de otros reyes: estos privilegios dicen que el Abderramen muerto en Roncal mató antes á D. Ordoño de Asturias, y se sabe que ningun Ordoño murió á manos de Abderramen: ademas el Abderramen I de Córdoba, que suena muerto, dicen que murió en Córdoba ó Merida.

Sin embargo de estas contradicciones, los mejores criticos conforman en el hecho sustancial de la batalla y relacion del privi-

este suceso tomaron despues los roncaleses la empresa de sus armas con la cabeza del rei moro , tres rocas por el paraje de la batalla y un puente hasta donde persiguieron al enemigo.

804. Murió el rey D. Fortuño y le sucedió su hijo D. Sancho I en el año 804.

D. Sancho I.

804. Luego que D. Sancho entró á reinar hizo la paz con el emperador Carlo Magno , á imitacion del rey de Asturias D. Alonso el Casto ; porque de otra manera peligraba la monarquía de Navarra teniendo por enemigos á los franceses , á los moros y á D. Alonso como íntimo amigo del emperador , á quien enviaba regalos de los despojos que ganaba de los moros en Lisboa.

810. Este peligro se vió mas próximo seis años despues , cuando Ludovico rey de Aquitania , hijo de Carlo Magno ,

legio , aunque viciada por error de sus redactores ; por que los que dicen que Abderramen murió en Córdoba ó Merida no estan acordes y esta misma discordancia debilita su opinion ; y porque el privilegio conforma con dos diplomas de Carlo Magno y de Ludovico Pio , que se conservaban en Tolosa á fines del siglo IX , donde resultaba que Abderramen I , convidado por los judios de Tolosa , entró en Francia con un poderoso ejército llevándolo todo á sangre y fuego , hasta que Carlos le derrotó en tres grandes batallas y obligó á repasar el Pirineo con muy pocos de los suyos. La historia segunda de San Voto refiere tambien esta entrada de Abderramen en Francia. *Diccionario geografico histórico de España por la Académia : tom. 2 pag. 68.*

receloso de los vascones aquitanos entró en sus tierras y los sujetó. Convidado entonces de la proximidad de Navarra , á cuyo dominio aspiraba siempre á pesar de la rota de Roncesvalles , pasó los Pirineos y llegó á Pamplona.

No pudiendo los navarros , oponerse abiertamente al numeroso ejército de Ludovico , se disponian á repetir su venganza en los desfiladeros de los montes , donde le salieron al encuentro cuando se retiraba ; pero no fueron tan felices en esta empresa. Ludovico redobló las precauciones , descubrió al enemigo , hizo colgar á un navarro que se atrevió á presentarse y exigió rehenes de seguridad para no ser incomodado en su marcha.

Murió Carlo Magno en 814. Su hijo Ludovico , que le sucedió en el imperio , estaba en guerra con Aliatan rey de Córdoba. Abderramen hijo de Aliatan gobernaba en Zaragoza : los navarros eran entonces amigos de Ludovico , y en su consecuencia Aliatan vino con su ejército sobre Navarra. 814, 820.

El rey D. Sancho le salió al encuentro : avistáronse ambos en un campo llamado antiguamente Ocharen en la entrada á la Bardena : diose la batalla y los moros quedaron derrotados : señaláronse singularmente los roncaleses que fueron premiados por el rey con apreciables privilegios. 818

Peró la paz con el emperador duró poco. Un ejército de franceses , y vascones aquitanos , al mando de 824.



los condes Ebló y Aznar ó Asinario, pasó el Pirineo y llegó sin resistencia á Pamplona. A su retirada, segun la costumbre de los navarros, acometieron á los franceses y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagages y banderas en el campo de batalla.

Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar que era vascon, y tenia parientes y amigos entre los navarros, recibió la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra contra Navarra; pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderramen rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses. Y estos, escarmentados de las repetidas derrotas, desistieron del tenaz empeño de dominar á sus vecinos.

826. Dos años despues murió el rey D. Sancho, y en su lugar eligieron á D. Jimeno Iñiguez, hijo de D. Iñigo Garcia hermano de D. Fortuño.

D. Jimeno Iñiguez.

826. Este rey vivió en paz con todo el mundo. Los franceses y los moros estaban ocupados en sangrientas guerras por la parte de Cataluña. D. Alonso el Casto de Asturias, despues de haber arrojado á los moros hasta el Tajo, se ocupaba tambien en sus negocios domésticos y en hacer sacar los ojos al conde de Saldaña, padre del célebre Bernardo del Carpio, por haberse casado con la infanta D.^a Jimena su hermana. De esta

manera unos y otros dejaron descansar á Navarra, y Navarra dejó descansar á todos.

- Murió D. Jimeno Iñiguez en 835 dejando por hijos, 835.
de la reina D.^a Munia, á D. Iñigo y D. Garcia, que ambos reinaron sucesivamente.

D. Iñigo Jimenez.

El Rey D. Iñigo pudo descuidar por la parte de los Pirineos; por que la muerte del emperador Ludovico 842.
de Francia, que se siguió, produjo una guerra civil entre sus hijos que llenó de calamidades al imperio.

El rey D. Ramiro I de Asturias, que sucedió por este mismo tiempo á D. Alonso el Casto, como hijo de D. Fruela hermano de D. Alonso, estaba ocupado en Galicia contra una armada formidable de normandos que cubria aquellos mares y había desembarcado en las costas. Poco despues esta misma armada se dirigió sobre la Andalucía, obligando al rey Abderramen de Córdoba á ocupar todas sus fuerzas para defender las costas; pero desembarazado el moro de esta guerra volvió sus armas contra Navarra; y el rey D. Iñigo, auxiliado de D. Ramiro de Asturias, no solo rechazó al enemigo sino que adelantó sus conquistas ocupando á Nágera y otras plazas.

- Siete años despues murió D. Ramiro de Asturias y 850.
le sucedió su hijo D. Ordoño I. D. Iñigo le sobrevivió 858.
ocho años y se enterró en el monasterio de Leire. De-



jó un hijo de la reina D.^a Oneca, y aunque de edad suficiente para manejar el cetro fué elegido D. García Jimenez hermano de D. Iñigo.

D. Garcia Jimenez.

859. La guerra fué el primer cuidado del nuevo rey. Mahomad de Córdoba entró en Navarra con un ejército poderoso y llegó hasta la comarca de Pamplona, despues de haber ganado varios castillos y cogido prisioneros en uno de ellos á los infantes D. Fortuño y D.^a Iñiga hijos de D. Garcia Iñiguez, escludido ahora de la sucesion del trono. D. Fortuño estuvo prisionero en Córdoba veinte años y debió su libertad al casamiento de su hermana D.^a Iñiga con Abdala hijo segundo del rey Mahomad. Pero la rebelion del moro Muza llamó la atencion de Mahomad y la de los cristianos: era Muza un caudillo de grande espíritu, ganó á Zaragoza, Tudela, Huesca y Toledo. Despues se dirigió sobre Navarra: fortificó á Albelda en la Rioja; y fué necesario que los dos reyes de Navarra y Asturias se confederasen fuertemente para combatir á un enemigo tan terrible.

Entretanto que D. Ordoño de Asturias sitiaba á Albelda, el resto de su ejército con el de Navarra salió á recibir á Muza, que venia en socorro de la plaza. Diose la batalla y los moros quedaron derrotados cerca de Albelda, en el monte Laturce, con pérdida de diez

mil de á caballo y muchísima infantería: el mismo Muza salió gravemente herido y murió luego en Zaragoza. En seguida apretaron los cristianos el sitio de Albelda, la ganaron, pasaron á cuchillo toda la guarnicion y arrasaron sus fortificaciones.

Por muerte de D. Ordoño de Asturias le sucedió su hijo D. Alonso III llamado el Magno. Cinco años despues murió tambien el rey D. Garcia Jimenez de Navarra y le sucedió D. Garcia Iñiguez su sobrino, hijo del rey D. Iñigo Jimenez.

D. Garcia Iñiguez.

D.^a Jimena, hija del rey D. Garcia Iñiguez, casó con D. Alonso III de Asturias y de esta manera estrecharon ambos monarcas su alianza; hicieron causa comun contra los moros y adelantaron en las conquistas; pero una tregua de tres años, acordada entre D. Alonso y Mahomad de Córdoba, suspendió los progresos de esta guerra, en la que los ejércitos de D. Alonso, con los auxiliares de vascones aquitanos y navarros, llenaron de espanto á Mahomad.

Concluida la tregua, D. Alonso rompió la guerra y entró en Portugal, haciendo grandes estragos en las tierras de los moros. Mahomad acudió á la defensa con un ejército de ochenta mil hombres al mando de su hijo Almudir. Antes de todo quiso sujetar á Zaragoza y Tudela, que desde la muerte de Muza en Al-



belda se habian declarado independientes, tomando el título de reyes sus dos hijos Cimael y Fortuño, y coligándose con D. Alonso de Asturias: Almundir se puso sobre Zaragoza; mas Cimael se defendió tan valerosamente que le obligó á desistir de la empresa; y levantando el sitio pasó Almundir á Tudela donde le sucedió lo mismo con Fortuño. Entonces llevó sus armas á Castilla y llegó hasta cerca de Leon; pero habiendo observado el formidable poder con que D. Alonso de Asturias salia á recibirle perdió el ánimo y se retiró á Córdoba.

Otro hijo del rebelde Muza, llamado Lope, se había hecho rey de Toledo sustrayéndose de la obediencia de Mahomad de Córdoba. Muerto Lope le sucedió su hijo Abdala Mahomad; quien se hizo amigo del de Córdoba, y dirigió las armas contra sus parientes los de Zaragoza y Tudela en favor de Mahomad. En esta última ciudad, por muerte de Fortuño, reinaba su hijo Cimael y ambos Cimaeles de Zaragoza y Tudela (1) fueron hechos prisioneros por Abdala, que tambien se apoderó de Zaragoza y otros pueblos. Y habiendo perdido el rey de Córdoba á Abdala los prisioneros, y las plazas ganadas, no solo se negó sino que dió libertad á los dos Cimaeles, sus tio y primo, recibiendo por la del de Zaragoza la plaza de Valtierra y por la del otro la de Tudela y el castillo de San Esteban de Monjardin.

(1) Estas pequeñas monarquías comprendian diferentes pueblos ademas de las capitales.

Mahomad renovó luego la guerra contra moros y cristianos, comenzando por Zaragoza donde se había encerrado Abdala. No pudo rendirla y marchó con su ejército á Castilla: allí, despues de varios trances de armas, D. Alonso de Asturias y Mahomad acordaron una tregua de seis años. 884.

Abdala quedó excluido del tratado, con acuerdo de los dos reyes aliados de Navarra y Asturias, para hacerle la guerra con mas desembarazo. Y el rey D. Garcia unido con el mahometano Hafsum, valiente aventurero, rebelde y refugiado entre los cristianos, recorrieron la tierra de los moros hasta el Ebro y Tudela, donde les salieron al encuentro los walies (1) de Zaragoza y Huesca y fueron vencidos por los cristianos.

Entonces Abdala vino con mucha caballería y peones y buscó á los cristianos, quienes no teniendo fuerzas suficientes se retiraron hasta Aibar donde hicieron alto creyendo que los moros no seguirian el alcance. Pero á la mañana se encontraron cercados de un inmenso campo de enemigos; y no pudiendo rehusar la batalla se decidieron á morir matando. La accion se dió con el mayor furor: la matanza de una y otra parte fué atroz: el campo quedó cubierto de cadáveres; mas la superioridad del ejército de los moros les dió la victoria con muerte del rey D. Garcia. El moro Hafsun mu- 886.

(2) Prefectos, gobernadores, generales de ejército.



rió también, de resulta de sus heridas, en el año siguiente (1).

D. Fortuño II, el Monge.

Dejó el rey D. García cuatro hijos y dos hijas: D. Fortuño y D. Sancho que le sucedieron, D. Iñigo y D. Jimeno, la reina D.^a Jimena muger del rey D. Alonso el Magno y D.^a Iñiga, casada con el hijo del rey moro de Córdoba que reinó luego por muerte de Mahomad su padre y esclusion de Almundir su hermano mayor.

886. D. Fortuño entró á ocupar el trono de su padre D. García; pero no habia nacido para rey: el disgusto de sus belicosos vasallos, y su propio convencimiento, le inclinaron á cambiar el arnes por la cogulla, y se retiró del estrépito de las armas metiéndose monge en el monasterio de Leire, donde disfrutó de larga vida hasta la edad de 126 años en que murió.

D. Sancho García II.

905. D. Fortuño el Monge no tenía sucesion y ocupó el trono, con aplauso universal de los navarros, su hermano D. Sancho.

(1) La relacion de esta batalla, en lo sustancial, está tomada de la historia de Conde; pero esta supone que los generales moros eran Mahomad ó Muhamad rey de Córdoba y su hijo Almondhir ó Almundir y que ocurrió en el año 882. Moret dice que cuando murió D. García, Mahomad estaba en paz con los cristianos.

Desde el tiempo del emperador Ludovico de Francia, la Gascuña, ó vascones aquitanos, se habian hecho independientes y elegido por su duque al conde D. Aznar Sanchez, aquel que habiendo sido prisionero de los navarros le dieron la libertad. A D. Aznar sucedió su hermano D. Sancho y á este su sobrino Arnaldo, que murió ahora.

Estaban divididos los gascones (1) sobre la eleccion de nuevo duque; y el rey D. Sancho de Navarra, á favor de un gran partido que se declaró por él, pasó á Gascuña con un ejército; la ocupó y puso por duque á su hijo D. García llamado el Corbo asignándole la Gascuña mayor, ó ulterior, [que corria por las orillas del Garona hasta cerca de Tolosa. La menor, ó anterior, comprendia la merindad de ultra puertos ó pais de los llamados hoy *vascos* contiguos á Navarra: esta parte la reservó el rey en su dominio con otra del principado de Bearne y de los condados de Begorra y Comange.

907. Cuando el rey D. Sancho se hallaba ocupado en esta empresa, los moros acometieron á Navarra y se pusieron sobre Pamplona; pero D. Sancho, á pesar de estar los Pirineos cubiertos de nieve, vino con tal precipitacion contra el enemigo que le sorprendió enteramente, quedando muertos en el campo todos los sitiadores. Y sin darles lugar á que se recobrasen del es-

(1) *Gascones* voz derivada de *vascones*.



908. punto asaltó y tomó el castillo de San Esteban de Monjardin, del cual hizo donacion al monasterio de Irache. Luego se dejó caer sobre las comarcas inmediatas y recobró muchos pueblos perdidos en las guerras anteriores, y entre ellos los Arcos, Sansol, Torres y otros cercanos á Viana.
910. Dos años despues adelantó sus conquistas Ebro abajo, ganando todos los pueblos de las comarcas de Mendabia, Lodosa, Carcar, San Adrian, Andosilla y hasta Milagro en la confluencia de los rios Ebro y Aragon.
911. Hecho esto, y sin dejar la espada de la mano, se ocupó por un momento el rey D. Sancho del casamiento de su hija D.^a Sancha con Fernan Gonzalez, que despues vino á ser primer conde de Castilla (1); y concluido volvió á la guerra contra los moros.
912. Pasó el Ebro y estendió su dominio por las tierras de la sierra meridional y por las riberas del rio Nagerilla hasta Nágera, que tambien quedó en su poder; y ácia el rio Oja las tierras de Castro Bilibio, donde se fundó despues la villa de Haro.
- Ya para entonces hacía dos años que el rey D. Garcia, sobrino de D. Sancho, reinaba en Asturias y Leon por muerte de su padre D. Alonso el Magno, á quien

(1) Era hijo del conde Gonzalo Nuñez y nieto de Nuño Nuñez Rasura, que ambos fueron jueces de Castilla cuando este pais se separó de la obediencia del rey D. Fruela II de Leon. Fernan Gonzalez debía ser muy joven cuando se ajustó el casamiento, por que en 960 todavia manejaba las armas como se verá en su lugar.

antes de morir le habian obligado sus hijos á dejar el cetro. Y entre tanto que D. Garcia adelantaba sus conquistas hacia Toledo, D. Sancho recorria las tierras meridionales de la Rioja y ganaba las comarcas de Logroño, Alcanadre, Ausejo, Calahorra, Alfaro, Tudela, Tarazona, Agreda y hasta tocar en la antigua Numancia cerca de Soria. Pero las glorias de D. Garcia se acabaron presto: habia muerto en 913 y sucedido-le su hermano D. Ordoño II.

Las de D. Sancho comenzaban tambien á declinar con su abanzada edad; y á fin de sobrellevar con mas facilidad el peso del gobierno lo repartió con su hijo el infante D. Garcia colocándole en Nájera, donde le puso su corte quedándose D. Sancho con la suya en Pamplona.

No disfrutaron mucho tiempo de la paz, porque ansioso Abderramen rey de Córdoba, de vengar las incursiones de los navarros en sus tierras, reunió un grande ejército con el cual inundó todo el pais, y hasta Nagera y Viguera cayeron en su poder. D. Garcia no pudiendo resistir aquel torrente se retiró á Navarra, seguido de Abderramen, hasta que D. Ordoño de Leon su primo conociendo el peligro comun se apresuró á reunir sus fuerzas con las de Navarra.

Ambos príncipes presentaron la batalla á Abderramen en los campos de Valdejunquera entre Muez y Salinas de Oro: fué de las mas sangrientas y desgraciadas que se habian conocido; y si no quedaron en-



teramente derrotados los ejércitos cristianos, á lo menos el campo quedó por el moro, aunque no con menos pérdida por su parte; pero menos sensible por la superioridad de fuerzas. Sin duda que Abderramen se limitaba en aquella campaña á robos y correrías, pues nada intentó contra Pamplona; antes con admiración y placer de los navarros se observó que marchaba por el condado de Aragon á orillas del rio de su nombre, dependiente de la corona de Navarra, y se metia en Francia.

D. Ordoño se retiró á Leon á rehacer sus fuerzas y bien pronto reunidos nuevos ejércitos tomaron los moros la ofensiva. El rey D. Sancho, á pesar de su edad, volvió á ceñir la espada y siguiendo las pisadas de los moros se metió por Aragon, adelantando sus conquistas hasta cerca de Huesca; al mismo tiempo que D. Garcia recobraba las plazas perdidas en la Rioja, y D. Ordoño entraba por los estados de Abderramen, en su ausencia, y llevaba el terror de sus armas hasta una jornada de Córdoba.

A la vuelta de esta empresa, D. Ordoño reunió sus fuerzas á las de D. Garcia para reconquistar á Nágera y Viguera, que todavía retenian los moros, y ahora se les quitaron. En reconocimiento á Dios, de este acontecimiento, fundó el rey D. Sancho el monasterio de Albelda, bajo la advocacion de San Martin.

D. Ordoño, viudo ya de D.^a Elvira, acababa de repudiarse á su segunda muger D.^a Argencia, ó Gontroda, cosa

muy comun en aquellos tiempos en que los nobles, segun fuero, podian divorciarse libremente, y los plebeyos pagando un buey de multa. En Navarra duró esto hasta el tiempo de D. Sancho el Sabio, á quien el obispo de Pamplona D. Pedro de Paris aconsejó no permitiese semejante abuso, y el rey con acuerdo de los ricos hombres mandó que los matrimonios hechos con capellan y sortijas no se pudiesen deshacer. Divorciado pues el rey D. Ordoño tomó por muger á D.^a Sancha hija de su primo D. Garcia de Navarra, con cuya boda celebraron las victorias conseguidas de los moros; pero D. Ordoño solo sobrevivió un año, y por su muerte ocupó el trono de Leon y Asturias su tercer hermano D. Fruela II en perjuicio de D. Sancho, D. Alonso y D. Ramiro hijos de D. Ordoño.

El reinado de D. Fruela no pasó de catorce meses, con la desgracia de haber disgustado á sus vasallos hasta el punto de separarse los castellanos de su obediencia, quienes nombraron dos jueces para que los gobernasen. Muerto D. Fruela, aunque con tres hijos, le sucedió D. Alonso IV hijo segundo de D. Ordoño, porque poco antes habia muerto tambien su hermano mayor D. Sancho.

A la muerte de D. Fruela siguió la del rey D. Sancho de Navarra, sucediéndole su hijo D. Garcia.

D. Garcia Sanchez IV.

Los primeros tiempos del reinado de D. Garcia San-



chez fueron pacíficos para Navarra; pero turbulentos para Leon. D. Alonso IV su rey era de un caracter indolente y no pudiendo soportar el bullicio del trono lo renunció en su hermano tercero D. Ramiro II con perjuicio de D. Ordoño hijo del mismo D. Alonso y este se retiró al claustro; pero bien pronto, causado del retiro, dejó la cogulla, vistió la cota y empuñó la espada para recobrar el cetro: esta pretension formó un partido: otro estaba por D. Ordoño hijo de D. Alonso; y otro tercero favorecia á los hijos de D. Fruela. D. Ramiro, que no quería dejar la posesion adquirida, premió á D. Alonso y á los tres hijos de D. Fruela y les hizo sacar los ojos.

930. Desembarazado D. Ramiro de Leon de sus enemigos, y asegurado en el trono, tomó por muger á D.^a Teresa Florentina hermana del Rey D. Garcia de Navarra.
935. Los castellanos habian sustituido un conde á los jueces nombrados para su gobierno: éralo entonces Fernan Gonzalez cuñado del rey de Navarra, y aunque independiente del de Leon bien pronto la necesidad le obligó á buscar su amparo. Abderramen de Córdoba invadió las tierras de Castilla, y Fernan Gonzalez imploró la asistencia de D. Ramiro rey de Leon en defensa de la causa comun. Concediósele al momento y ambos alcanzaron á los moros junto á Osma, donde presentada la batalla por los cristianos, y aceptada por el enemigo, quedó este enteramente derrotado con muchos millares de cautivos y todo el bagage.

Despues de esto, unidos al Rey de Leon el de Navarra y el conde de Castilla, marcharon sobre Zaragoza y se hubieran apoderado de ella si el rey moro Abenaya, que la gobernaba, no se hubiese anticipado ofreciéndose por tributario del rey D. Ramiro. Pero este pacto, solo duró el tiempo que Abderramen de Córdoba gastó en reunir su ejército para desbaratar el poder de los cristianos. Entonces Abenaya, faltando á lo prometido, se unió con Abderramen para renovar la guerra. Cincuenta mil caballos y ciento cincuenta mil infantes pusieron los moros en campaña. Comenzaron las hostilidades por Salamanca y Zamora, y penetraron hasta Simancas.

Los tres príncipes cristianos reunieron tambien sus fuerzas y salieron en busca del enemigo. El rey D. Garcia hizo antes una donacion al monasterio de Leire, de todos los lugares que con la ayuda de Dios pudiese ganar de los moros. Avistáronse ambos ejércitos cerca de Simancas y se dió la batalla con tal encarnizamiento que murieron en ella ochenta mil enemigos, quedando el campo por los cristianos y el rey Abenaya prisionero. Los privilegios de los votos de Santiago y San Millan aseguran, que ambos santos se hallaron en la batalla, montados en caballos blancos y con espadas atropellando los escuadrones africanos.

Muerto D. Ramiro rey de Leon subió al trono su hijo mayor y de primer matrimonio D. Ordoño III; pero el menor llamado Sancho el Craso por su escésiva cor-



pulencia, hijo de la segunda muger D.^a Teresa Florentina, hermana del rey de Navarra, le disputó la corona logrando se declarasen en su favor su tío el rey D. Garcia por el parentesco, y el conde de Castilla por que aspirando á la consolidacion de la independéncia absoluta de su gobierno del de Leon hallaba más facilidad en D. Sancho jóven é inesperto.

Conociendo D. Ordoño que no bastaban sus fuerzas contra tantos enemigos conjurados, tomó la resolución de dejarles libre la campaña encerrándose en Leon plaza bien fortificada. Vinieron á sitiárle en ella y se defendió con tanto valor que cansó la paciencia de los sitiadores obligándoles á retirarse á sus estados, cuya seguridad estaba ya amenazada por los moros á favor de la division de los cristianos.

Influyó tambien en esta retirada la sospecha del rey D. Garcia, de que la verdadera intencion del Conde era colocar en el trono de Leon á D. Ordoño llamado el Malo, hijo de D. Alonso IV. Esta sospecha llegó á ser evidencia; y el rey D. Garcia, separado de la amistad del Conde, se estuvo quieto, dejando de esta manera á D. Ordoño mas libertad para consolidarse en el gobierno y reducir á su obediencia á los rebeldes, como en efecto lo consiguió.

955. Pero la muerte del rey D. Ordoño III de Leon obligó al de Navarra á ponerse en movimiento, por la necesidad de auxiliar á su sobrino D. Sancho el Craso en la sucesion á la corona de su difunto hermano. Y aun

que al principio se vencieron las dificultades, un año despues se manifestó la conjuracion tramada por el conde Fernan Gonzalez en favor de D. Ordoño el Malo; y con tal fuerza que el rey D. Sancho se vió precisado á refugiarse en Pamplona al amparo de su tío el rey D. Garcia. El Conde tenía por hija á D.^a Urraca, que habia sido repudiada por D. Ordoño III, y ahora la dió en matrimonio á D. Ordoño el Malo; con lo que logró tener en el gobierno de Leon toda la influencia y autoridad á que aspiraba.

Entretanto D. Sancho el Craso, con el objeto de curarse de su gordura que le embarazaba hasta el ejercicio de las armas, falta que no se disimulaba con facilidad en aquellos tiempos guerreros, pasó á Córdoba donde la fama de los médicos árabes era celebrada; y en efecto consiguió su curacion; y de paso negoció la amistad del rey Abderramen y sus auxilios para restituirle al trono de Leon. Púsose para esto de acuerdo con su tío el rey de Navarra, y al mismo tiempo que D. Sancho entraba con el ejército de los moros por las fronteras de Leon, el rey D. Garcia se metia por la Rioja.

D. Sancho fué bien recibido de los pueblos, ya descontentos del gobierno de D. Ordoño; y este, fugitivo y despreciado de todos, no hallando acogida en ninguna parte se refugió á los moros de Aragon.

El conde Fernan Gonzalez habia salido con todos sus hijos á defender sus tierras del ejército de Navarra, y se encontró con él cerca del rio Oja junto al lugar de



Cirueña, donde se fundó Santo Domingo de la Calzada. Se dió la batalla con furor de una y otra parte; pero el ejército del Conde quedó deshecho, y él y sus hijos prisioneros fueron llevados á Pamplona. Después fué perdonado y restituido á sus estados.

966. Se había revelado, contra el rey D. Sancho de León un conde llamado Gonzalo, que gobernaba en las tierras entre Duero y Miño. El Rey marchó con tropas á reducirlo á su obediencia: el Conde fingiendo sumision se presentó al Rey, le hizo comer una manzana envenenada y murió luego. Sucedióle su hijo D. Ramiro III de edad de cinco años.

970. Tres años después murieron también el rey D. Garcia de Navarra y el conde Fernan Gonzalez su cuñado: sucedió á D. Garcia su hijo D. Sancho III por sobre nombre Abarca; y al Conde, su hijo Garci Fernandez. El Rey se enterró en la iglesia del castillo de San Estevan de Monjardin, como su padre. Dejó, además de D. Sancho, otro hijo llamado D. Ramiro, á quien honró con el título vitalicio de rey de Viguera bajo la dependencia de D. Sancho.

D. Sancho III Abarca.

970. D. Sancho III, se llamó Abarca por la frecuencia con que usaba de este calzado para caminar á pie por los lugares fragosos en la guerra.
976. Entró á reinar D. Sancho cuando la monarquía de

Leon se hallaba debilitada por la independencia absoluta en que se había constituido ya el conde de Castilla Garci Fernandez, y por el descontento de los gallegos, que al fin se sublevaron proclamando por rey á D. Bermudo hijo de D. Ordoño III, habido durante el repudio de la reina D.^a Urraca hija del conde Fernan Gonzalez.

Por otra parte Aliatan rey de Córdoba, hijo de Abderramen, habia muerto dejando á su hijo Hiscen de edad de diez años; y Almanzor, escelente caudillo mahometano, era gobernador del reino. Al mismo tiempo tenía en su corte al conde D. Vela, caballero poderoso de Alava y Bureba, que se había refugiado á los moros por las persecuciones del anterior conde de Castilla, y no cesaba de incitar la ambicion de Almanzor para que pasando á Castilla le proporcionase la ocasion de vengar en el conde hijo los agravios recibidos del padre.

En efecto Almanzor puso un ejército al mando de Orduan, caudillo moro, quien acompañado de D. Vela y sus aliados entraron por las tierras de Castilla, robando y destruyendo todo el pais, para satisfacer la ambicion de los moros y la venganza de D. Vela. Entretanto los leoneses veian con placer los males de Castilla sin prevision de los suyos propios.

Acudió el Conde al rey D. Sancho, como único recurso contra el moro, y le socorrió en efecto. Reunidas las tropas del rey y del Conde presentaron la bata-



50

lla, en los campos de Castilla, al ejército de Orduan y el conde D. Vela, y los moros quedaron derrotados.

979. Pero Almanzor no desistió de su empresa: pidió fuerzas al Africa, hizo un llamamiento general á guerra de religion, y el mismo Almanzor se puso al frente del ejército acompañado de D. Vela y de no pocos cristianos de su faccion: al mismo tiempo dió orden para que los moros de Zaragoza acometiesen á Navarra, distrayendo así las fuerzas del rey D. Sancho.

El ejército de Almanzor rompió en esta campaña por la parte de la villa de Gormaz, junto al Duero: derramóse por todo el pais: huyeron los cristianos á los montes, y los moros, despues de haber saqueado y pasado á cuchillo á los habitantes de Gormaz, se retiraron á Córdoba con las presas.

980. La division de los cristianos seguía con furor: los leoneses, los gallegos y los castellanos eran enemigos unos de otros. Almanzor, aprovechándose de la debilidad de todos, volvió á renovar la guerra en la primavera siguiente por la parte de Moncayo, y ganó á Atienza

981. pueblo fuerte. Por todas partes llamaba la atencion seguro del triunfo. El condado de Barcelona y el reino de Navarra fueron tambien hostilizados; pero la principal tempestad vino á descargar sobre Leon donde Almanzor sitiando á Simancas, no solamente la ganó y asoló, pasando á cuchillo á sus habitantes sin distincion alguna, sino que destruyó un ejército que D. Ramiro rey de Leon enviaba en su socorro; y en medio

51

de estas funestas circunstancias murió D. Ramiro y le sucedió D. Bermudo II que ya posehia la corona de Galicia. 982.

Por estos tiempos el rey D. Sancho, aprovechándose de la distraccion de los moros en Castilla, adelantaba sus conquistas y fortificaba sus fronteras; y ahora fabricó el castillo que conserva su nombre de *Sancho Abarca* en la parte meridional de Navarra á tres leguas de Tudela. 985.

Pero las armas de Almanzor progresaban por todas partes; dispuso dos grandes ejércitos: el uno marchaba desde Zaragoza á Barcelona y el otro sobre Zamora: el primero tomó la ciudad, degollando á casi todos sus habitantes y haciendo cautivos á los demas; y el segundo ejecutaba lo mismo en Zamora. 986.

En cuanto á Navarra el rey D. Sancho, viéndose atacado, evitó cuidadosamente el trance de una batalla, dejando que el enemigo, derramado en correrias, se debilitase en acciones parciales, como en efecto se verificó retirándose con pérdida de mucha gente.

En los años siguientes la guerra de los moros se hizo particularmente en el reino de Leon, siempre con desventaja de los cristianos; y en este estado cogió la muerte al rey D. Sancho. Dejó dos hijos, D. Garcia que le sucedió en el reino y D. Gonzalo que gobernaba en Aragon. 994.



*D. Garcia V el Tembloso.*

994. D. Garcia V, entre los Garcias, se llamaba el Tembloso por la singularidad de que siempre que entraba en batalla le temblaba el cuerpo, á pesar de que peleaba con valor.
- Comenzó su reinado con una donacion al monasterio de San Juan de Lapeña, de los lugares de Estu, Catamesas, Caprunas y Genepreta, implorando el patrocinio del Santo en los peligros que le rodeaban aunque no tan graves, como en el reinado anterior, desde que las coronas de Leon y Galicia se pusieron en la cabeza de D. Bermudo II, que tomó por muger á D. Elvira hija del rey de Navarra D. Garcia el Tembloso con lo cual los reyes cristianos, mejor unidos, podian atender á su defensa contra el enemigo comun.
995. Sin embargo Almanzor, insistiendo en la empresa de Leon, puso en armas toda la frontera de Navarra desde Zaragoza á Huesca y tierra de Sobrarve, llamando de esta manera la atencion de D. Garcia para que no pudiese socorrer á D. Bermudo de Leon su yerno.
996. Atacada esta ciudad, despues de una resistencia lemas tenaz, fué presa de los mahometanos y arrasada.
997. Al año siguiente, Almanzor prosiguió la guerra, debastando todo el pais, por la parte de Portugal y hasta Santiago de Galicia, de donde se llevó las campanas y

las puertas de la iglesia á la gran mezquita de Córdoba. (1)

Los príncipes cristianos, conociendo al fin los funestos efectos de su desunion, abrieron los ojos y depusieron los odios hereditarios origen de todas sus desgracias. Por otra parte el ejército enemigo se vió acometido, despues de la profanacion de la iglesia de Santiago, de una disenteria tan horrible que le obligó á retirarse; y desde entonces la victoria abandonó los reales de Almanzor.

Pero su valor y su tenacidad eran los mismos. Reunió al año siguiente un nuevo ejército, en que se contaban cien mil infantes y sesenta mil caballos, y con él entró en Castilla. Los reyes D. Bermudo y D. Garcia, y el conde Garcí Fernandez, reunieron tambien sus huestes y las sacaron á campaña. D. Bermudo, impedido de la gota, se hizo llevar en silla de manos mas de sesenta leguas desde Oviedo á Osma.

Encontráronse con el ejército enemigo cerca de Calatañazor, entre Osma y Soria. Diose la batalla mas encarnizada que se habia conocido: la noche sola pudo suspender los horrores de la matanza, y ambos ejércitos quedaron con ansia de la luz del dia para volver

(1) Añaden, que Almanzor hizo llevar las campanas en hombros de cristianos. Ellas estuvieron sirviendo de lámparas en la mezquita hasta el año 1236 en que el rey D. Fernando el Santo, cuando entró en Córdoba, vengó el ultrage obligando á los moros á restituir sobre sus hombros las mismas campanas á la iglesia de Santiago.



á la pelea. Pero los cristianos se encontraron solos. Almanzor y su ejército habían desaparecido, dejando muertos en el campo de batalla setenta mil infantes y cuarenta mil caballos. Tres días solo sobrevivió Almanzor á su desgracia: el despecho le mató, y su cuerpo fué enterrado en Medinaceli plaza fuerte de los moros.

999. Los reyes D. Bermudo de León y D. Garcia de Navarra murieron también al año siguiente.

Sucedió á D. Bermudo su hijo D. Alonso V, niño de cinco años llamado el Noble, y á D. Garcia su hijo D. Sancho el Mayor.

D. Sancho IV el Mayor.

1000. D. Sancho el IV mereció el sobrenombre de Mayor por lo dilatado de sus dominios, en que escedió á todos los monarcas anteriores desde el principio de la restauracion. Entró á reinar á tiempo que se había difundido la voz de que el año mil era el del fin del mundo cuya persuasion se fortificó en el vulgo por un gran terremoto ocurrido en el primer día del año y la aparición de un meteoro de fuego de figura espantosa que corrió sobre la tierra como un relámpago. Pero sin embargo el rey D. Sancho se caso en este mismo año con D.^a Munia, hija mayor de D. Sancho Garcia heredero del condado de Castilla.

1003. Se había introducido la discordia en la casa de los condes de Castilla entre padre é hijo; y sus disensio-

nes domésticas suspendieron los progresos de la guerra contra los moros, que también habían comenzado á desunirse. Solo el conde de Barcelona D. Ramon, hijo de Borello, supo aprovecharse de la debilidad de los africanos: dioles una batalla en Albésa, los derrotó y recobró las tierras perdidas en tiempo de su padre.

1005. Por la parte de Castilla, animados los moros de la division de sus condes, asaltaron á Avila, poco antes comenzada á repoblar, y la arrasaron. Salióles al encuentro el viejo conde Garci Fernandez entre Alcocer y Langa y fué desbaratado y muerto, y llevado en triunfo á Córdoba. Su hijo y sucesor D. Sancho lo rescató después dándole sepultura en Cardena.

1006. El reino de Córdoba llegó á debilitarse por las facciones: muchos señores principales negaron la obediencia á su rey Hiscen; y de cada ciudad se formaba una monarquía independiente. No perdieron esta ocasion los príncipes cristianos: renovaron su alianza, y un poderoso ejército, al mando del esforzado D. Sancho conde de Castilla, entró en el reino de Toledo llevandolo todo á sangre y fuego; al mismo tiempo D. Sancho el Mayor invadía las fronteras de Aragón, y ensanchaba sus dominios por las riberas del Gallego y Cinca sobre Huesca.

1009. Esta guerra duró mucho tiempo, casi siempre con ventajas del Rey y el Conde su suegro, porque las guerras civiles de los moros iban en aumento. Dos facciones principales se disputaban la soberanía. Una de ellas



1011. llamada de los Gacis, que se componia de los venidos del Africa en la guerra de Almanzor, solicitó y atrajo con dádivas en su favor al conde de Castilla; y entre tanto que este ayudaba á los Gacis, el rey D. Sancho su yerno hacía la guerra en Aragon á los de la faccion contraria, que tenía por gefe á Mahomad y eran los naturales del pais ó moros españoles. De esta manera al paso que el suegro entretenía á los unos con su proteccion, el yerno destruía á los otros, y ambos fomentaban la discordia para debilitar á los dos partidos.
1012. Pero los condes de Barcelona y Urgel se pusieron de parte de Mahomad, atraidos de la promesa que les hizo de restituirles algunas plazas de Cataluña. Entonces los Gacis fueron vencidos, su caudillo Suleiman huyó al Africa, y Mahomad tomó posesion de Córdoba, ostentando que lo hacía en favor del rey Hiscen, á quien solo restituyó el nombre de rey, reservándose Mahomad la autoridad.
1015. Colocado este caudillo al frente del gobierno, comenzó á tomar consistencia; y los moros, mas unidos, pudieron hacer la guerra á los cristianos. Mahomad invadió á Navarra por la parte de Moncayo, y hasta el valle de Funes en la confluencia de los rios Arga y Aragon; pero el rey D. Sancho lo rechazó recobrando las plazas perdidas hasta los rios Duero y Tera. Y por última desgracia de Mahomad los moros de Córdoba, disgustados de su gobierno se sublevaron. Hiscen le hizo cortar la cabeza; y el partido de los Gacis arrojó del

trono á Hiscen que huyó al Africa y allí murió, acabándose en él la estirpe de los reyes de Córdoba.

Otro acontecimiento interrumpió la armonía entre los príncipes cristianos. Murió el conde D. Sancho de Castilla, dejando por heredero á su hijo D. Garcia niño de ocho años y tres hijas, la mayor muger del rey D. Sancho de Navarra, y á este por tutor de su cuñado. Comenzaron los zelos de D. Alonso, rey de Leon, sobre el dominio de Castilla, y á los zelos se siguió la guerra funesta para D. Alonso, por que D. Sancho ganó todas las tierras desde los límites de Castilla hasta Leon y Astorga, que tambien cayeron en su poder. Y entonces D. Sancho comenzó á titularse Rey de Castilla, Astorga, Alava, Pamplona, Aragon (1), Sobrarve (2),

(1) Aragon nombre tomado del rio que baña las montañas de Jaca, desde donde, como en las de Navarra, se comenzó la restauracion. Aragon fué desde el principio un condado dependiente de la monarquía de Navarra. El primer conde, que se descubre de las escrituras antiguas, fué D. Galindo Aznarez en tiempo de los reyes D. Garcia Jimenez y D. Garcia Iñiguez: en el de D. Fortuño el Monge, D. Aznar hijo de D. Galindo, y otro D. Galindo hijo de D. Aznar; y así siguió hasta D. Sancho el Mayor en que, ensanchados ya los dominios de Aragon, instituyó de ellos dos monarquías, separadas é independientes, cuando dividió el reino entre sus cuatro hijos, esto es la de Aragon y la de Sobrarve.

(2) Pequeña y elevada parte de los pirineos de Aragon, cuya capital era la villa de Ainsa: su estension es de 8 á 10 leguas con igual latitud: confina por el norte con la parte de Francia; por el oriente con el condado de Ribagorza, del cual se divide por el monte Arbe, que dió el nombre á Sobrarve; por el medio dia con tierra de Barbastro, y por el occidente con las montañas de Jaca.



en toda la Gascuña (1), en Leon y en Asturias (2).

1028.

Murió por este tiempo D. Alonso V de Leon, en la guerra contra los moros de Portugal, y le sucedió su hijo D. Bermudo III, mancebo de poca edad. Los leoneses pretendian que el rey D. Sancho les restituyese las tierras ocupadas á D. Alonso en la última guerra; pero esta diferencia se arregló con el ajuste del matrimonio del conde de Castilla y la infanta de Leon D.^a Sancha hermana del rey D. Bermudo, dando al Conde el título de rey y adjudicándole, sobre el condado de Castilla, las tierras que D. Sancho el Mayor habia conquistado al rey de Leon entre los rios Pisuerga y Cea. El casamiento debia verificarse en Leon, á donde marcharon el rey D. Sancho y el Conde su cuñado.

Vivian entonces en los estados del Rey de Leon, Rodrigo é Inigo, hijos de aquel conde D. Vela, que por su enemistad con el de Castilla Garci Fernandez se refugió en los moros de Córdoba y acompañó á Alman-

(1) Por el homenaje que le prestaba su duque, á quien el rey D. Sancho habia protegido contra las usurpaciones del conde de Tolosa. Pero muerto sin hijo varon en 1032 D. Sancho Guillelmo, duque de Gascuña y conde de Burdeos, heredó el rey D. Sancho la Gascuña citerior inmediata á Navarra, como sucesor de D.^a Urraca su tia, hermana de D. Sancho Abarca á quien se dió en dote para su casamiento con Guillelmo Sanchez, padre del duque D. Sancho. En la guerra que con dicho motivo tuvo el rey con el conde de Tolosa le obligó á ser dependiente suyo; y de aquí viene que frecuentemente se llamaba *rey de Tolosa*.

(2) Entiéndese de las tierras que habia ganado al rey D. Alonso V.

zor en la guerra contra los cristianos. Muerto D. Vela, sus dos hijos no solo fueron perdonados, y restituidos en sus estados de Castilla, sino que el conde D. Sancho procuró atraerlos á su amistad con todo género de favores. Rodrigo fué padrino en el bautismo del joven conde D. Garcia; pero siguiendo ambos hermanos las huellas del padre resistian con pertinacia la obediencia que exigia el conde D. Sancho, hasta que los expelió de sus estados y se refugiaron en los de D. Alonso V.

Ahora abrigando el deseo de la venganza, de los agravios recibidos del Conde muerto, determinaron descargarla sobre el hijo. A este efecto, aprovechando la ocasion en que el novio iba á la iglesia de San Juan de Leon, le esperaron con otros partidarios, asaltaron á la comitiva y el mismo D. Rodrigo padrino del joven Conde le dió la muerte.

El rey D. Sancho prendió á los asesinos y los hizo quemar vivos. Pero este acontecimiento cambió la paz en una sangrienta guerra. Sospechó el rey de Navarra que la muerte de su cuñado habia sido sugerida por los leoneses, animados de su antigua aversion á los castellanos desde la separacion de su corona.

Lo primero que hizo el rey D. Sancho, como heredero de Castilla por su muger, fué formar una monarquia independiente, á que siempre aspiraban los castellanos, dándoles por su rey á D. Fernando hijo segundo del rey D. Sancho y luego declaró la guerra á los leone-



1030. ses. En ella les quitó todas las tierras llanas del reino de Leon, hasta tocar en las montañas que dividen á Galicia, y siguiendo el curso del Duero hasta Portugal; de manera que el rey D. Bermudo quedó reducido á Galicia y una parte de Portugal entre el Duero y Miño.
1031. En esta misma guerra el rey D. Sancho hizo reedificar la antigua ciudad de Palencia y su iglesia asoladas en las de los moros.
1032. El rey D. Bermudo de Leon, obligado de la necesidad é impelido de las quejas de sus vasallos, en una guerra tan desgraciada, pidió la paz y se ajustó, quedando para el rey D. Sancho las tierras ganadas en el reino de Leon; pero con la condicion de que se agregasen á la monarquía, ya creada de Castilla, casando su rey D. Fernando con la infanta D.^a Sancha, hermana de D. Bermudo y esposa prometida del malogrado último conde de Castilla.
1033. Libre el rey D. Sancho de los cuidados de la guerra se dedicó á la restauracion de la disciplina eclesiástica. El monasterio de San Salvador de Oña llamó particularmente su atencion, concediéndole al mismo tiempo singulares privilegios. Quitó de allí las monjas, que vivian con poca reverencia, y puso en su lugar congregacion de monges, segun la regla de San Benito. Decia el Rey, que en esta reforma habia atendido á las súplicas de todos los obispos y príncipes de su reino; y se titulaba *rey de las Españas*.
1035. En estos actos de religion y de gobierno interior

alcanzó la muerte al rey D. Sancho. Enterróse en el monasterio de Oña, y su hijo D. Fernando lo trasladó á Leon en 1054.

D. Sancho el Mayor habia dispuesto antes de su muerte, mas como buen padre que como buen político, la division de su imperio, principiando por el reino de Castilla que, como se lleva dicho, adjudicó á su hijo segundo D. Fernando para el casamiento con la infanta de Leon. Para su hijo primogénito D. Garcia reservaba el reino de Navarra con arreglo á su ley fundamental que dispone que el hijo primogénito herede el reino y que solo pueda dar el rey á los otros hijos los reinos conquistados (1)

Efectivamente heredó D. Garcia la corona de Navarra, que se estendia desde el Pirineo á Moncayo, siguiendo sobre Tarazona y Agreda al rio de Valvanera, nacimiento del rio Razon y por medio del valle de Gazala, junto á la ciudad de Soria, hasta Garray donde estuvo Numancia y encuentro del rio Tera en el Duero. Com-

(1) No se crea por estó que lo que llamo *ley fundamental* de Navarra, que es el Fuero general, estaba entonces escrito. En aquel siglo la ignorancia era tan profunda en toda la Europa, que apenas los reyes sabian leer; ni se conocian mas títulos de propiedad que la posesion de un año y un dia. Pero á fines del siglo X el derecho hereditario de la corona se habia establecido ya en Navarra, lo mismo que en Francia, por una costumbre mas fuerte que la ley misma, por que estaba gravada en el corazon de los navarros; ni los mismos reyes eran árbitros de alterar el órden de sucesion, aunque se alteró en efecto alguna vez por causas accidentales que violentaban el derecho sin destruirlo.



prendianse tambien las tres provincias vascongadas y Nágera con toda la Rioja desde el Ebro hasta las faldas de montes de Oca. En la parte de este rio los moros posehian á Calahorra y toda su margen ácia Zaragoza.

A D. Gonzalo, tercer hijo del Rey, le señaló toda la tierra de Sobrarve corriendo la montaña de Arbe, de quien tomó el nombre, y el rio Cinca, que naciendo de la cumbre del Pirineo baja á regar á Ainsa, y siguiendo el curso del mismo rio, todo el condado de Ribagorza que se dilata entre los rios Cinca y Noguera.

Finalmente á D. Ramiro, hijo natural del Rey, se le adjudicaron las tierras restantes que D. Sancho posehia en Aragon.

En cuanto á la Gascuña no pudo comprenderse en este repartimiento, por que el rey D. Sancho la habia enagenado de sus dominios, en los últimos años de su vida, vendiéndola al conde de Potiers.

D. Garcia Sanchez, el de Nájera.

1036. Con la division de los reinos se debilitó el imperio y se fomentó la discordia. Los primeros efectos se notaron de parte de D. Bermudo rey de Leon. Conservaba oculto el sentimiento de la segregacion de las tierras de su dominio, aplicadas á Castilla, aunque para el matrimonio de su hermana D.^a Sancha con el rey D. Fernando; y creyó que no podía presentársele mejor coyuntura para recobrarlas. Comenzó pues la guerra

con felices principios para D. Bermudo; pero el rey D. Fernando empeñó á su hermano D. Garcia de Navarra; y ambos reyes unidos marcharon ácia Leon, pasaron el rio Pisuerga y sentaron sus reales cerca del lugar de Tamara; sitio funesto para D. Bermudo, en donde con la vida perdió la corona que fué trofeo de su enemigo.

Al irresistible derecho de conquistador, añadió D. Fernando el de heredero del reino de Leon por su muger D.^a Sancha; por que D. Bermudo murió sin hijos, y en él se estinguió la linea masculina de los reyes Godos. Inmediatamente pasó D. Fernando con sus tropas victoriosas á Leon, y en aquella ciudad se hizo coronar por rey y recibió la sumision de todos sus vasallos.

Concluida la guerra, el rey D. Garcia se entregó á otros negocios mas lisongeros: pensó en la conclusion de su matrimonio, tratado ya anteriormente; y con este objeto pasó á Barcelona, donde se celebró la boda con D.^a Estefania, hija de los condes de Barcelona (1) D. Berenguer y D.^a Sancha, y esta del conde D. Sancho de Gascuña.

(1) Barcelona habia sido subyugada por los árabes; pero sus naturales, auxiliados de Carlo Magno y de Ludovico Pio su hijo, sacudieron el yugo mahometano en 801. Desde entonces se gobernó por condes feudatarios de la Francia, hasta que su rey Carlos el Calvo remitió el feudo al conde Wifredo ó Guifredo, llamado el Velloso, en 864 por haber arrojado á los moros hasta el Ebro y se hizo soberano independiente.



1042. Pocos años después sucedió la muerte del rey D. Gonzalo de Sobrarve. Un caballero gascon llamado Ramonet, vasallo de D. Gonzalo, viniendo de caza le atravesó por la espalda con su lanza en el puente de Monclus. Fué enterrado en el monasterio de San Victorian que su padre habia restaurado; y los estados de Sobrarve se incorporaron en la corona de Aragón.
1043. Siguióse á esto la guerra entre los dos hermanos los reyes D. Garcia de Navarra y D. Ramiro de Aragón: ignórase la causa. El segundo se coligó con los reyezuelos moros de Zaragoza, Huesca y Tudela, que unidos con los cristianos de D. Ramiro invadieron á Navarra poniendo sus reales sobre Tafalla; pero D. Garcia venció derrotando á sus enemigos, quienes con la precipitada fuga dejaron el campo lleno de despojos. El mismo D. Ramiro perdió su caballo ricamente enjaezado. D. Garcia, sin dejar las armas de la mano, prosiguió la guerra hasta reducir á D. Ramiro á los confines de Sobrarve y Ribagorza. La mediacion del rey de Castilla, D. Fernando, restableció la paz, y D. Garcia recibió en su amistad á D. Ramiro, condecorándole al mismo tiempo con la orden de caballería, llamada de la *Terraza*, que el mismo habia instituido en memoria del hallazgo de una imagen de María Santísima en una cueba, donde luego se fundó el monasterio de Santa María la Real de Nájera. Una jarra con azucenas, que se halló junto á la Virgen, dió ocasion al nombre de la caballería y á su divisa: las jarras

por ser de tierra se llamaban terreñas ó terrazas.

Desembarazado el rey D. Garcia, de la guerra con su hermano, volvió las armas contra los moros; y el primer objeto de sus empresas fué Calahorra, ciudad muy bien fortificada. Sin embargo venciendo todos los obstáculos la ganó por asalto. Dicen que San Millan se mostró visiblemente á los cristianos sobre el muro indicándoles el paraje mas debil para la felicidad de la empresa. Sea como quiera, el Rey, agradecido á los favores del Santo, le hizo considerables donaciones de bienes en la misma ciudad de Calahorra, aunque nada dice en ellas del milagro.

No paró el Rey en esta campaña hasta Zaragoza y Huesca, haciendo tributarios á sus regulos mahometanos. De paso ganó tambien á Tudela; pero estas conquistas fueron en parte pasajeras: la felicidad de las armas tenia sus alternativas y contratiempos á cada paso: los moros recobraron despues todo lo perdido hasta Tudela, que tambien cayó en su poder.

El rey D. Fernando de Castilla era mas afortunado: habia puesto al rio Tajo entre él y los sarracenos, y se estaba disponiendo á nuevas conquistas cuando la discordia se apoderó de los corazones de los dos hermanos los reyes de Navarra y de Castilla: atribúyese á zelos del primero por el engrandecimiento del segundo, y añaden algunos historiadores que D. Garcia estando enfermo, y habiendo venido D. Fernando á visitarle, resolvió apoderarse de su persona para obli-



garle á un nuevo tratado de division y repartimiento de tierras; pero que D. Fernando, avisado á tiempo, pudo escapar del peligro. Que avergonzado D. Garcia de haber errado el tiro, no perdonó medio alguno para calmar el resentimiento de su hermano: que despues de mil excusas y protestas de su inocencia, tomó la estraña resolucion de pasar personalmente á la corte de Castilla para justificarse; y que rezeloso D. Fernando de que D. Garcia abrigaba ideas alevosas le hizo arrestar, aunque duró poco tiempo por que supo abrirse la puerta sobornando á sus guardias.

Y entregado el corazon de D. Garcia á los impulsos de la cólera, juntó todas las fuerzas de su reino, y penetraudo con ellas en Castilla fué á acampar á media legua del ejército castellano, que le esperaba en un valle entre Aggés y Atapuerca, á los pies de los montes de Oca. En vano San Iñigo abad de Oña y Santo Domingo de Silos intentaron conciliar á los dos hermanos; poco tuvieron que hacer en reducir á D. Fernando; pero el fogoso navarro no se mostró tan dócil á las representaciones de los celosos abades; y negando los oidos á todas las razones de la sangre, del interes y de la religion, solo escuchó las sugestiones de la venganza.

Levantó pues el campo enfurecido, marchó contra el ejército castellano, dió la señal de acometer, atacole, atropelló, derrotó, hizo pedazos quanto se le ponía delante á la diestra y á la siniestra; penetró las lí-

neas, atravesó el centro, descubrió á su hermano, fuese derecho á él como un leon desatado, y ya casi iba á tocar con la mano el funesto placer de la venganza cuando D. Fortuño Sanchez, caballero navarro, le pasó de parte á parte con un bote de lanza, arrojándole cadaver en tierra envuelto en su misma sangre. Era este caballero vasallo de D. Garcia que había pasado al servicio de D. Fernando y aprovechó la ocasion de vengar la afrenta cometida por D. Garcia en su muger.

Con la muerte del Rey, el ejército navarro perdió la victoria; y en el mismo campo de batalla fué proclamado su hijo primogénito D. Sancho, de edad de quince años, que habia acompañado á su padre en esta guerra desgraciada.

D. Sancho V, el Noble y el de Peñalen.

El rey D. Sancho V recibió la corona salpicada con la sangre de su padre: triste presagio de la desgracia que le esperaba. Llamóse el Noble por la generosidad de su caracter, y tambien el de Peñalen por el parage de su funesta muerte.

No insistió su tio D. Fernando en pasar las fronteras de Navarra: llamábale la atencion otro objeto mas noble; y era la guerra de los sarracenos que á favor de las disensiones de los reyes cristianos estendian el dominio de la media luna. El rey D. Sancho retiró tambien el ejército acompañando los fúnebres despojos de



su malogrado padre, que fué conducido á Nágera para darle sepultura.

Vivió el rey D. Sancho, en lo sucesivo, en buena armonía con sus dos tios D. Ramiro y D. Fernando, ocupándose en el piadoso arreglo y dotacion de las iglesias y monasterios de su reino. D. Ramiro murió en el año 1063, dejando por heredero de Aragon á su hijo 1063. D. Sancho Ramirez; y cuatro años despues murió tambien D. Fernando I de Castilla, quien imitando la des- 1067. acertada política de su padre D. Sancho el Mayor dividió la monarquía entre sus tres hijos. A D. Sancho el primogénito le adjudicó el reino de Castilla: á D. Alonso los de Leon y Asturias; y á D. Garcia el de Galicia con las tierras entre Miño y Duero y nuevas conquistas de Portugal. Tampoco se olvidó de las hijas: á la mayor D.^a Urraca le dió la ciudad de Zamora, y á D.^a Elvira la de Toro; multiplicando de esta manera las semillas de la discordia.

No heredó D. Sancho de Castilla las virtudes de su padre: mas codicioso de los estados que de los ejemplos de D. Fernando no podía digerir el repartimiento de los primeros y queria ser dueño de todos.

Entretanto que se preparaba para investir las herencias de sus hermanos se ensayaba en conquistar la de su primo D. Sancho de Navarra; pero este, previniendo el mal, se coligó con el otro primo, tambien D. Sancho de Aragon. Ambos reunieron sus ejércitos para cuando ya el de Castilla había pasado el Ebro, Encon-

tráronle en los campos inmediatos, á donde despues se fundó la ciudad de Viana, en una gran llanura llamada el *Campo de la verdad*, por que de muy antiguo estaba destinado para los combates de los nobles en desafio, que creian encontrar la verdad y la razon en la fuerza ó en la destreza de las armas. Allí se dieron una sangrienta batalla los tres reyes Sanchos, y los tres cristianos, cuando había tantos moros con quien combatir. El de Castilla fué vencido, y en un caballo sin freno ni silla escapó precipitadamente, dejando en poder de los enemigos cuanto habia robado desde montes de Oca al Ebro. Señaláronse particularmente en esta accion los vecinos de Los Arcos á quienes el Rey, en recompensa, les hizo libres de portazgos.

D. Sancho de Navarra recuperó las plazas perdidas, y el de Castilla se fué á tentar de nuevo la fortuna, llevando la guerra á los estados de sus hermanos. Despojó á D. Alonso de Leon de los suyos, obligándole á 1070. refugiarse entre los moros de Toledo. De allí pasó á 1071. Galicia y con igual felicidad echó de ella á su segundo hermano, y á D.^a Elvira de la ciudad de Toro. 1072.

Queriendo hacer lo mismo de Zamora, que posebia 1073. la otra hermana D.^a Urraca, la puso sitio; pero encontró mas resistencia de la que pensaba. Un caballero de la Princesa, llamado Vellido, fingiéndose desertor ofreció á D. Sancho llevarle á parage por donde facilmente asaltaría la ciudad: siguióle, y cuando el alevoso guía le tuvo en sitio separado le atravesó con su lanza.



Así acabó D. Sancho II víctima de su ambición. D. Alonso VI su hermano le sucedió en el reino.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla, D. Sancho de Navarra andaba envuelto en guerra con Almuqtadir Villa, rey moro de Zaragoza, que se resistía á pagarle el vasallage acostumbrado de doce mil mancusos de oro cada año (1), establecido de resultas de la guerra del año 1046 en el reinado anterior. Pero esta diferencia se arregló por un convenio en que el rey moro se obligaba á pagar el tributo, obligándose tambien por su parte D. Sancho á que su primo el rey de Aragon retiraría su gente de las tierras de Huesca, que tenía ocupadas al moro, y que si fuese necesario marcharía con todo su poder; y ambos el rey moro de Zaragoza y el cristiano de Navarra, harían la guerra al otro rey cristiano de Aragon.

1074.

Suscitáronse por este tiempo en Roma dos cuestiones que alarmaron á los monarcas cristianos de España. Una era la mudanza del rezo gótico, de que usaban generalmente las iglesias de ella, y que en la sustancia no discrepaba del romano. La otra se reducía á la pretension de que la España era patrimonio temporal de la iglesia; y sobre esto el papa Gregorio VII dió su bula á un caballero frances llamado Ebulo conde de Roceyo para pasar á su conquista; y que lo que ganase de los moros lo poseyera en nombre de San Pe-

(1) Parece que cada mancuso valia 45 reales $\frac{5}{7}$ vellon.

dro; bajo ciertos pactos ajustados con el Papa. Además S. S. convidaba para esta empresa á todos los príncipes cristianos.

Los reyes D. Sancho de Navarra y D. Alonso de Castilla se pusieron de acuerdo y enviaron á Roma á los tres obispos Munio de Calahorra, Jimeno de Oca y Fortuño de Alava; con lo que se arregló un negocio que pudo turbar la paz de toda la cristiandad; por que el Papa cedió de ambas pretensiones. Sin embargo la de la introduccion del oficio romano comenzó á ejecutarse en Castilla en 1077; pero no se generalizó sin graves dificultades apoyadas por la fuerza de la costumbre, habiendo llegado el caso, primero á un duelo sostenido por un caballero en favor del oficio romano y otro por el gótico ó Toledano: este último venció; y como no fuese á gusto del rey D. Alonso de Castilla, que deseaba la mudanza, hizo despues que esta cuestion la decidiese el fuego en que ambos oficios fueron echados. Dicen que tambien venció el Toledano saliendo sin lesion. A pesar de esto el Rey mandó admitir el oficio romano; y de aquí aseguran tuvo origen aquel adagio *Allá van leyes donde quieren reyes*.

Ocupábase el rey D. Sancho, durante la paz, en dotar iglesias y monasterios fomentando el culto divino, cuando una traicion horrorosa le quitó la vida. Sus hermanos los infantes D. Ramon y D.^a Ermesenda fueron los autores. Convidáronle á un festin de caza, entre la villa de Funes y la de Villafranca, en un bosque

1076.





poblado de venados y javalies; y cuando le tuvieron junto á un precipicio, formado por una peña á la orilla septentrional de los rios Arga y Aragon, llamada Peñalen, impelieron al Rey por las espaldas y cayó despedazado.

Este acontecimiento produjo una anarquía general. Dejaba el rey D. Sancho dos hijos ambos Garcias, pero muy niños (1); y el infante D. Ramiro señor de Calahorra (2) hermano de D. Sancho, que tambien podía aspirar á la corona. Divididos los ánimos de los navarros, y sin acertar á tomar la resolucion que convenia en aquel momento, dieron lugar á que los dos reyes de Castilla y Aragon tomasen la suya, arrimando sus tropas para hacer valer en caso necesario el derecho de la fuerza. Cada uno pensaba en apropiarse la corona de su desgraciado primo; y ambos procuraban atraer á sí los votos mal unidos de los navarros.

D. Alonso de Castilla ocupó inmediatamente toda la parte que se estiende desde montes de Oca á Puente la Reina y llegó hasta Sangüesa; pero al fin los navarros, en la necesidad de declararse por uno de los dos usurpadores posesionados, se inclinaron al rey D. Sancho de Aragon que ya estaba en Pamplona, y entonces arrojaron al de Castilla al otro lado del Ebro, aunque no pudieron arrancarle las tierras restantes hasta

(1) Los dos murieron sin sucesion.

(2) Murió desgraciadamente en Rueda, sirviendo al rey D. Alonso de Castilla. El rey D. Garcia el Restaurador fué nieto de D. Ramiro

montes de Oca, inclusa la ciudad de Calahorra y una parte de Vizcaya hasta, Durango que quedó en el dominio de D. Alonso á título de conquista.

El fraticida D. Ramon abandonado de sus partidarios, y sin esperanzas de ver premiada su alevosia con la corona á que aspiraba, se refugió á los moros de Zaragoza; y su hermana D.^a Ermesenda fué recibida en la corte del rey castellano.

D. Sancho Ramirez, rey de Navarra y Aragon.

- El rey D. Sancho, inmediatamente que se vió en posesion de la nueva monarquía, procuró ganar la aficion de los pueblos confirmándoles y mejorándoles sus fueros. Asegurado en el trono volvió sus armas contra Almucladir de Zaragoza, por la sospecha de haber tenido parte en la muerte de su primo. Echó á los moros de algunas tierras de que se habian apoderado en Ribagorza, y les ganó el castillo de Monion en la Bardena real y á Pradilla situada sobre el Ebro cerca de Tauste. Pero el principal conato del Rey era la conquista de Huesca: dirigió sus armas por aquella parte y tomó á Bolea y despues á Piedratajada á cinco leguas de aquella ciudad y á Monzon. En Navarra ganó tambien á Arguedas. Y cansado el rey Abderramen de Huesca de luchar contra un enemigo tan terrible se sometió á reconocerle vasallage y se suspendió la guerra. Dedicose entonces el Rey al arreglo interior de sus es-
1076.
1079.
1080.
1081.
1084.
1086.
1089.
1090.



tados. Juntó cortes en Huarte, á donde concurrieron los hombres buenos ó diputados de los tres reinos de Navarra, Aragon y Sobrarve; y de comun acuerdo se hicieron las reformas convenientes en el sistema judicial, que en aquel tiempo era muy sencillo, muy breve y tambien muy bárbaro: nada se escribia. Las querellas entre particulares se reducian á la decision de un duelo: los nobles se batian á caballo, y los plebeyos y labradores ó villanos á pie con un escudo y un palo ó baston. Otras veces los acusados, para probar su inocencia, metian el brazo desnudo en agua hirviendo ó levantaban con la mano un hierro caliente: sino se quemaban ganaban el pleito: la parte vencida pagaba una multa, ademas de la cosa que se disputaba; y en algunos casos la cuestion se decidía con solo el juramento del acusado. Pero todos estos actos tenian ciertas circunstancias, ó fórmulas particulares, establecidas para evitar el fraude ó la ventaja en la pelea. Tambien habia campeones alquilados ó que se presentaban por amistad ó parentesco en la lid á nombre de otros. Los crímenes públicos estaban tasados: tales eran los homicidios, las heridas, los robos: todo se pagaba con multas determinadas, que se repartian en los ofendidos si eran nobles, y sino entre el rey y los señores feudales á quienes correspondian los multados; y no estaban libres ni aun cuando el homicidio era casual ó un hombre se heria á sí mismo involuntariamente. Si el homicida no parecia, el pueblo de su domicilio era responsable á la

multa. Los animales, y sus dueños por ellos, pagaban tambien homicidios ó heridas cuando mataban ó herian á los hombres; y lo mismo de animal á animal; pero habia sus escepciones y entre ellas la del caballo que caía yendo montado de su señor; y el perro que viendo á su hermana ostigada por otro perro le mataba en defensa de aquella si era cachonda.

Parece que en las cortes de Huarte se escribieron ahora todas estas costumbres, sobre los juicios, con las nuevas aclaraciones; pero el código general mas antiguo, que se conoce, es del tiempo de D. Alonso el Batallador, de que se hablará en su lugar. Tambien se ocuparon el rey y las cortes en el señalamiento de los límites de los tres reinos, para acallar los zelos y disputas que habia entre sus naturales, y producian con frecuencia sangrientas guerras de pueblo á pueblo y de comarca á comarca; por que todos ellos eran independientes entre sí y estaban autorizados á vengar sus agravios, y á sostener con las armas las agresiones contra sus derechos respectivos, empeñando muchas veces en sus querellas á los reyes (1).

D. Alonso de Castilla habia adelantado sus conquistas hasta el Guadiana y tomado el título de emperador de las Españas. Había tomado tambien por muger, en terceras nupcias, á Zaida hija de Bena-

(1) Por los años 1372 se prohibieron en Francia las guerras privadas, por una ordenanza real.

bet (1), rey moro de Sevilla, de la cual tenia á su único hijo D. Sancho, príncipe de grandes esperanzas. Los alhagos de la Reina mora le tenían empeñado en favorecer las empresas ambiciosas de su suegro para apoderarse de lo que los otros moros poseían en España.

1091. Por otra parte, habiendo comenzado D. Alonso á ver con disgusto el engrandecimiento de D. Sancho de Navarra, se confederó con Almuzaten de Zaragoza en perjuicio de aquel, que se vió luego envuelto en una guerra para obligar á este al pago del tributo que le negaba, orgulloso de la proteccion del castellano.

1093. El rey D. Sancho hizo fortificar sus fronteras, levantando una fortaleza donde hoy está el Castellar á cuatro leguas de Zaragoza, á pesar de las continuas salidas y correrías de los moros. El rey de Huesca, que penetraba los designios de D. Sancho, se confederó con el de Zaragoza y se puso á imitacion de este bajo la proteccion del esposo de Zaida, haciéndose su tributario. Y el Emperador, zeloso de las conquistas del valiente navarro, amagaba ya sus fronteras por la parte de Alava cuando D. Sancho despreciando y venciendo todos estos obstáculos puso sus reales sobre Huesca.

1094. El rey de esta ciudad, Abderramen, se encerró en ella, esperando ser socorrido por el emperador y el de Zaragoza. Pero la muerte de D. Sancho dió fin á sus

(1) Algunos dicen que este fué el cuarto matrimonio; y el tercero con D.^a Berta natural de Toscana.

empresas y llenó de luto al ejército sitiador. Daba vuelta el Rey por el cerco, reconociendo los muros y las disposiciones de los sitiados, cuando una saeta, disparada por un diestro moro desde las almenas, privó á los cristianos de su valeroso caudillo. Murió luego de la herida, haciendo jurar antes á sus hijos D. Pedro y D. Alonso, en el mismo campo, de no levantar el cerco hasta haber ganado la ciudad. Se enterró en San Juan de la Peña.

D. Pedro Sanchez.

Fué aclamado en los mimos reales, por sucesor de D. Sancho, su hijo D. Pedro que ya tenía el título de Rey de Sobrarve y Ribagorza. Prosiguió el sitio como lo había jurado; pero los moros se defendían con igual obstinacion. Amato arzobispo de Burdeos, legado del papa Urbano II, asistía en el ejército animando el valor de los sitiadores con gracias é indulgencias.

1094. Dos años y medio duró la resistencia de los sitiados y la perseverancia de los sitiadores. Abderramen quiso echarse á partido, ofreciendo al rey D. Pedro doblado tributo que á D. Alonso de Castilla; pero el Rey, fiel á su juramento, insistió en que se le había de rendir la ciudad.

1096. Almuzaten de Zaragoza, viendo el peligro presente de su vecino y aliado, y el inmediato que amenazaba á su propia casa, no cesaba de pedir auxilios á los demas príncipes mahometanos, y á su protector D. Alon-



so de Castilla. Se los enviaron al fin, y reunidos con las tropas del mismo Almuzaten se formó un ejército de cien mil hombres y marchó contra los sitiadores. Pero D. Pedro salió con el suyo, á recibir á los auxiliares enemigos, hasta el campo llamado Alcoraz á una legua de Huesca.

Allí recibió el Rey un aviso secreto del conde D. García de Nágera que mandaba las tropas castellanas, y era el oficial de mas valor y de mayor esperiencia entre los generales de D. Alonso, diciéndole que no entrase en persona en la accion, seguro de que todos los suyos perecerían. D. Pedro despreció el consejo del enemigo, presentó la batalla, aceptáronla los confederados y se dió con tal encarnizamiento que llegó la noche sin decidirse visiblemente la victoria. Sin embargo el conde D. García quedó prisionero y el estrago de los aliados fué tan considerable, que no reconociéndose en disposicion de volver á la pelea escaparon precipitadamente á Zaragoza: cuarenta mil enemigos quedaron en el campo para pasto de las fieras. Entonces Abderramen entregó la ciudad con la condicion de dejar salir con vidas y sus equipages á los sitiados, y Abderramen se refugió en Barbastro, pueblo que se habia ganado por los cristianos y vuelto á perder en el reinado anterior.

1097.

Despues de la conquista de Huesca marchó el rey D. Pedro á socorrer al famoso Ruy Diaz, conocido por el Cid, que estando en desgracia de su rey D. Alonso de

Castilla habia conseguido conquistar por su cuenta la ciudad de Valencia, y en ella estaba cercado por los moros. Este caballero tenía una hija llamada Elvira, casada con el infante de Navarra D. Ramiro, hijo del otro infante de su nombre, señor de Calahorra, hermano del rey D. Sancho de Peñalen. De D. Ramiro y D.^a Elvira nació el rey D. Garcia el Restaurador.

Concluida esta expedicion se dirigió el rey D. Pedro sobre Barbastro: de paso ganó á Calasanz en Ribagorza con no poca resistencia de los moros, en que le entretuvieron todo el verano. La obstinacion de Abderramen, encerrado en aquella ciudad, obligó al Rey á tomarla por hambre, como en efecto se verificó: la restituyó los honores de sede episcopal y puso en ella por obispo á Poncio, que lo era de Roda, contra la ambicion del de Huesca D. Esteban que todo lo queria sujetar á su jurisdiccion. Dícese de él, que peleó con moros y cristianos, envolviendo en pleitos y ruidos á monjes, obispos y reyes.

1098.

1100.

Libertada de los moros Barbastro, pensó el Rey hacer lo mismo con Zaragoza. El papa Pascual II le habia exortado á la guerra contra infieles; y el Rey hizo publicar la Cruzada en sus estados, que es la primera de que se tiene noticia en España haberse hecho con las insignias, ceremonias y gracias apostólicas. Púsose D. Pedro la divisa, que era una cruz blanca sobre el hombro derecho; y la tomaron tambien sus vasallos. Con este ejército de cruzados se presentó en

1101.



80

los muros de Zaragoza; pero la gloria de su conquista estaba reservada para su hermano D. Alonso: D. Pedro se vió obligado á levantar el campo; y tres años despues la muerte puso fin á su reinado. Murió sin hijos y fué enterrado en San Juan de la Peña.

D. Alonso Sanchez, el Batallador.

1104. Al rey D. Pedro Sanchez sucedió su hermano D. Alonso, llamado el Batallador por las muchas victorias que consiguió contra los moros.

1107. Casó D. Alonso con D.^a Urraca, hija primogénita del emperador D. Alonso VI de Castilla y viuda del conde D. Ramon de Borgoña, de quien ya tenía un hijo llamado D. Alonso como su abuelo. Este matrimonio no se hizo á gusto de los señores de Castilla, que miraban con aversión el dominio estrangero y solicitaban la preferencia en favor del conde D. Gomez de Candespina caballero castellano muy poderoso.

1108. El emperador murió en el año siguiente sin hijos, por que el D. Sancho, que tuvo en la reina Zaida, murió tambien en la famosa y desgraciada batalla de Ueles, donde pereció todo el ejército castellano. De consiguiente la reina D.^a Urraca heredaba la corona; y el rey D. Alonso, por el derecho de su muger, entró en el gobierno de Castilla, llevando al frente un ejército para hacerse respetar de los malcontentos. Tomó, como su suegro, el título de emperador.

81

La guerra contra los moros de Aragon, fué luego el primer objeto de D. Alonso. Conquistó á Egea y Taus-te, pueblos correspondientes al rey Almuzaten de Zaragoza. Salió este con su ejército, pero D. Alonso le derrotó junto á Valtierra, con muerte del mismo Almuzaten. Marchó despues sobre Zaragoza, en cuya jornada le acompañó la reina D.^a Urraca, aunque sin efecto favorable á las armas de los cristianos.

El conde D. Gomez de Candespina, que como queda dicho aspiraba á la mano de la Reina, ya que no pudo conseguir con ella la corona de Castilla, logró conquistar su corazon; y de tal manera que se hizo público, ni pudo ocultarse á la penetracion del Rey, quien trató de corregirla al principio con dulzura. El conde de Carrion D. Pedro Asurez, anciano venerable, y privado del Rey, se atrevió á manifestar á la Reina lo que se interesaba en su decoro. Esta indiscrecion no produjo otra cosa sino la desgracia del mismo Conde para con la Reina, que sin contar con su marido le despojó de todos sus señoríos; pero sabido por el Rey le restituyó en ellos; y desde entonces el Rey y la Reina rompieron abiertamente. El sufrimiento del primero se agotó al ver, que no solamente no se corregía D. Urraca en sus extravios, sino que los multiplicaba admitiendo nuevos galanteos. El conde D. Pedro Gonzalez de Lara, sobrino de D. Gomez, se manifestó compeltor en los amores de su tío.

Temía el rey D. Alonso el poder y el influjo de am

bos caballeros sobre los castellanos, todavía resentidos del matrimonio; y esto le hizo tomar precauciones anticipadas á lo que tenía meditado contra la Reina. Insensiblemente introdujo en las principales fortalezas de Castilla y Leon caballeros aragoneses y navarros; y despues encerró á la Reina en el Castelar sobre Zaragoza; pero D.^a Urraca pudo sobornar las guardias y se metió en Castilla. No fué bien recibida sino de los dos condes sus amantes y algunos valedores de ellos: la mayor parte de los castellanos se inclinaban á la reconciliacion de los Reyes, para evitar una guerra necesaria y sin apariencia de justicia.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey D. Alonso se entregaba á los belicosos afanes de la guerra contra moros. Había reunido un buen ejército de Navarra y Aragon; y muchos señores de la primera nobleza de Francia estaban alistados tambien en sus banderas: D. Gaston vizconde de Bearne, Rotron conde de Alperche ó de Pértica, Centullo conde de Bigorra, Pedro vizconde de Cabarret, el obispo de Lescar, Ojer de Miramont, Arnaldo vizconde de Labedan y otros caballeros, movidos del zelo de la religion, de la liberalidad del Rey y del espíritu marcial de aquellos tiempos, habian acudido con soldados de sus señores.

Entró el ejército en la comarca de Zaragoza; y al mismo tiempo que el Rey apretaba el sitio de esta ciudad, el conde Rotron capitán de mucho valor se en-

cargaba de la conquista de Tudela, que ejecutó felizmente ayudado de la industria mas que de la fuerza. Emboscó sus tropas en las inmediaciones del pueblo: presentóse con un pequeño número cerca de los muros, salieron los moros incautamente y de tropel á la persecucion, y entretanto los cristianos emboscados se apoderaron de las puertas de la ciudad, que con la sorpresa se llenó de confusion y no tuvo lugar de defenderse. Los que se habian encerrado en el castillo se entregaron tambien despues; y todos se sometieron bajo honrosas capitulaciones concedidas por el Rey. Les conservó su gobierno municipal con jueces particulares: el ejercicio de su religion y las tierras que poseian, con facultad de retirarse, los que quisiesen, con sus bienes á tierra de moros; pero obligó, á los que quedasen, á vivir en el barrio mas apartado del centro de la ciudad. A los cristianos que había, y á los que vinieren á poblar de nuevo, les concedió tambien muchos privilegios, el fuero de Sobrarve⁽¹⁾ y algunos años despues el de Zaragoza ó del *Tortum per tortum*, llamado así por que autorizaba al pueblo á to-

(1) Privilegio particular dado, segun se presume, por el rey D. Ramiro I de Aragon hijo de D. Sancho el Mayor, cuando por muerte de su hermano D. Gonzalo se reunió Sobrarve á esa corona. El rey D. Sancho Ramirez, hijo de D. Ramiro, dió nueva forma al privilegio; y posteriormente, adicionando nuevas leyes, vino á ser un código llamado *Fuero de Sobrarve*, casi semejante al de Navarra, por que tambien eran semejantes las costumbres de los montañeses de ambos paises donde los fueros recibieron su origen.



marse la justicia por su mano contra cualquier agravio que recibía (1)

Al conde D. Rotron le donó el Rey el señorío de Tudela, y el Conde lo dió en dote á su sobrina D.^a Margarita, hija de su hermana D.^a Juliana, para el matrimonio con D. Garcia Ramirez, hijo del infante D. Ramiro señor de Monzon y de la hija del Cid, que habiendo entrado á reinar despues en Navarra, por muerte de D. Alonso el Batallador, incorporó dicho señorío en el patrimonio real.

1115. Volviendo al negocio de la Reina; el partido de la reconciliacion del matrimonio preponderó sobre los intereses particulares del contrario, y consiguió restablecer la paz entre los augustos esposos; pero la conducta posterior de la Reina fué siempre la misma. De sus amores con los Condes nacieron dos hijos y el Rey la repudió formalmente, sin renunciar por esto á la retencion de los reinos de Castilla y Leon, pertenecientes á D.^a Urraca, fundado en no haber sido el Rey la causa del divorcio.

La Reina marchó á sus estados, donde consiguió la reconociesen como á señora natural de ellos por el descontento de los castellanos, que veian mas favorecidos en los empleos á los aragones y navarros. Ademas los dos condes favoritos aspiraban al matrimonio de la

(1) Ya queda dicho, que era una costumbre general el hacerse la guerra los pueblos entre sí para la satisfaccion de sus agravios.

Reina repudiada y no perdonaban medio alguno para retirar los embarazos que podian oponerse: alegaban, que el casamiento con D. Alonso habia sido contra la voluntad de D.^a Urraca y que tenian parentesco dentro del tercer grado de consanguinidad, por ser ambos esposos viznietos del rey D. Sancho el Mayor, propagados de él, esto es el Rey por D. Ramiro I de Aragon y su hijo D. Sancho Ramirez, y la Reina por D. Fernando I de Castilla y su hijo D. Alonso el VI: esto decian á pesar de que en el matrimonio habian intervenido el arzobispo de Toledo, legado del Papa, y los demas obispos de Castilla y Leon.

Sin embargo existía otro partido en Galicia, que aunque no favorecía á D. Alonso odiaba la dominacion de la Reina: apoyábase en sus mismos excesos para derribarla del trono y dar la corona á su hijo del primer matrimonio D. Alonso; y aunque la poca edad de nueve años retraía á algunos, incitaba á otros la esperanza de tener, como tutores, mano en el gobierno. Efectivamente este partido alzó por rey al niño D. Alonso VII, que fué ungido en Santiago de Compostela, y arrancó el cetro de las manos de su madre. Pero como los partidos conformaban en una cosa, esto es en negar la obediencia á D. Alonso el Batallador, facilmente se unieron para hacerle la guerra, olvidando entretanto las disensiones domésticas; y reunidos los ejércitos de las dos facciones castellanas ocuparon parte de la Rioja.

1116.



1117. Pero D. Alonso dejando suficientes fuerzas al frente de Zaragoza, en cuyo sitio proseguía con el mayor empeño, pasó aceleradamente con su ejército y recuperó las tierras perdidas. En seguida se dirigió al interior de Castilla para conservar en su devoción á los pueblos que vacilaban entre los bandos.

El conde D. Gomez que se había apoderado del gobierno, como señor absoluto, hizo convocar todas las fuerzas de Castilla y salió al encuentro del Rey. Avisáronse ambos ejércitos cerca de Sepulveda con igual resolución de una y otra parte: dióse la batalla y el ejército castellano fué destrozado: el mismo D. Gomez, su hermano D. Diego y otros muchos caballeros de su séquito quedaron muertos en el campo. El alférez del estandarte real llamado Olea, derribado del caballo y cortados los brazos le sostenía con los codos, y gritoando *Olea Olea* cayó despedazado.

Mas el valor y constancia de los castellanos se hacían superiores á todos los reveses de la fortuna. Nuevos ejércitos volaban á vengar la fatalidad de los vencidos. El rey D. Alonso conoció el peligro de permanecer mucho tiempo en el centro de Castilla, y dejando guarnecidas las plazas principales se retiró á Navarra. Entonces los castellanos, cobrando nuevo aliento, hicieron que muchos pueblos abandonasen la causa de D. Alonso, y el hijo de D.^a Urraca entró en Toledo saludado como Rey.

No impedían á D. Alonso los cuidados de la guerra

el ocuparse tambien de los negocios interiores de sus estados. Ahora, en esta retirada á Navarra, formó la célebre recopilacion de sus fueros y costumbres que es la que conocemos con el nombre de *Fuero general*, aunque muy adulterada por haber intercalado en ella muchas disposiciones legislativas posteriores, en diferentes épocas, y omitido al tiempo de la impresion varios capítulos tan bárbaros como el siglo en que se escribieron.

En el año siguiente volvió el Rey con nuevo empeño al sitio de Zaragoza: había ganado ya á Almedubar, Gurrea, Zuera y toda la tierra que corre el rio Gallego ácia el Ebro; y de la otra parte Alagon y márgenes del Jalon. Pero no podía olvidar la pérdida de Toledo, y viéndose con un ejército numeroso, creyó podria conseguir su restauracion, sin perjuicio de la empresa de Zaragoza. Encomendó esta á diestros capitanes y el Rey marchó con gran celeridad por Almazan: sorprendió á sus enemigos, y Toledo se redujo á la obediencia de D. Alonso, en cuya ocasion concedió varios privilegios á sus habitantes y que fuesen juzgados por el código wisigodo ó Fuero Juzgo.

El sitio de Zaragoza seguía con teson; mas la falta de dinero para pagar á los soldados, resfrió el buen ánimo de las tropas que habían venido de Francia, y se retiraron á su pais abandonando á sus caudillos, que permanecieron constantes en la empresa. Voló el Rey desde Toledo á Zaragoza para remediar este mal,



cuando otro peligro se presentó para probar de nuevo su valor y aumentar los laureles de su corona. Un ejército de moros, al mando del caudillo Temin, venia en auxilio de los de Zaragoza y llegó á poner sus reales en María, á tres leguas de esta ciudad, donde el prudente moro se detuvo á explorar las fuerzas del Rey; y conociendo que no estaba en disposicion de presentarles la batalla, volvió la espalda á la comarca de Daroca. Siguióle el Rey, le alcanzó y le derrotó enteramente en Cutanda á cuatro leguas de aquella ciudad. En esta accion murió un hijo del Miramamolín, sobrino de Temin.

Volvió el Rey al sitio, y lleno de impaciencia por la tardanza en rendírsele la ciudad, mandó asaltarla. Tenian su cuartel principal los navarros, acaudillados por el obispo de Pamplona D. Guillelmo, contra la puerta llamada de Valencia; y ellos fueron los primeros que arrimando los arietes y máquinas de guerra, á pesar de la tenaz resistencia de los moros, batieron el muro y saltaron por la brecha. A su imitacion hicieron lo mismo los demas sitiadores, y la ciudad quedó en poder de D. Alonso. En el paraje, por donde rompieron los navarros, se edificó luego un templo, que hoy es parroquia con la advocacion de *San Miguel de los Navarros*. Los mozarabes ó cristianos, que vivian en Zaragoza bajo la dominacion mahometana, habian conservado su culto en la iglesia de Santa María del Pilar: este barrio lo donó el rey D. Alonso á D. Gaston vizconde de Bearne, caballero frances.

Siguió el Rey ganando otras muchas plazas por ambas márgenes del Ebro abajo; de manera que los moros se vieron precisados á reconcentrarse sobre Fraga, Lérida y Tortosa. Dirigió despues sus armas á la parte del rio Jalon, donde ganó á Rueda y á Riela; y luego en la falda de Moncayo á Borja y Tarazona, pueblo muy fuerte que le costó un sitio. En el año siguiente conquistó tambien á Calatayud y Daroca; y subiendo el rio Jiloca, ocupó y pobló á Monreal; y mas adelante ganó á Molina. Hecho esto descansó el Rey algunos años, de las fatigas de la guerra, recorriendo sus estados, mejorando los fueros de los pueblos y procurando el aumento de sus habitantes. Entre otras cosas, que hizo en este tiempo, fué la fundacion de Santo Domingo de la Calzada.

Había muerto ya la reina D.^a Urraca tan trágicamente como habia vivido: unos dicen que murió de repente en el umbral de la puerta del templo de San Isidro de Leon, que acababa de despojar de sus riquezas: otros que de parto. Sea como quiera, el jóven rey D. Alonso VII renovó entonces la guerra contra su padrastro y ganó á Burgos. Acudió este á contener los progresos del enemigo, y ambos ejércitos se encontraron en los campos de Tamara, entre Castrojeriz y Fornellos; pero el príncipe castellano, aconsejado de varones prudentes y amigos de la paz, trató de persuadir á D. Alonso de la justicia de su causa para evitar los accidentes de una batalla; y este, conociendo que nunca bas-



taría la fuerza para obligar á los castellanos á rendir la cerviz al yugo de sus leyes, tomó el partido de poner el mismo las coronas de Castilla y Leon sobre las sienas de su legítimo heredero. Sin embargo convinieron ambos reyes en que el de Navarra quedase con las tierras desde el Ebro hasta Burgos, usurpadas por los anteriores monarcas castellanos.

1130. Disfrutaban el Rey y los pueblos de la paz, felizmente concluida con Castilla, cuando el ambicioso y feroz Guillelmo duque de Aquitania y de Potiers le obligó á tomar las armas. No contento este príncipe con haber ocupado las tierras del conde de Tolosa D. Beltran, durante su viage á la tierra Santa, habia estendido sus miras sobre los confines de Navarra la baja, correspondiente al señorío del rey D. Alonso, que no podía tolerar lo uno ni lo otro; lo primero por que D. Beltran se habia acogido bajo la proteccion del Rey y le habia servido anteriormente contra los moros; y lo segundo por que tocaba á sus propios intereses.

Atravesó pues el Rey los Pirineos con un poderoso ejército, y sitió á Bayona: fabricó naves en la misma ria é hizo venir otras de los puertos de Vizcaya y Guipuzcoa para impedir los socorros marítimos; y despues de una larga resistencia se le entregó la ciudad.

1132. Concluida esta guerra, y sin dejar las armas de la mano, volvió el Rey á la de los moros. Propúsose lo primero la conquista de Tortosa, para la cual y operaciones del sitio hizo grandes cortes de madera en

los montes de San Milan, conduciéndola por el Ebro. De paso con su ejército ganó á Mequinenza. Y alarmados los moros, con el grande aparato de esta campaña, se pusieron en movimiento, no solo en aquellas fronteras sino en los reinos de Valencia, Murcia y costas de Andalucía, que acudieron luego con sus ejércitos á la defensa de Tortosa y plazas comarcanas. Deseaba el Rey sacarlos al campo; mas ellos se mantenian á la defensiva para consumir con el tiempo el ejército cristiano en cercos y correrías. D. Alonso resolvió entonces llevarles la guerra al interior de sus propios dominios. Penetró por Valencia y Murcia, saqueando y destruyendo cuanto encontraba: saqueó tambien á Alcaraz y corrió por todo el reino de Granada, llegando hasta Almeria. De allí se dirigió por la Andalucía baja, y tocando en el reino de Córdoba, su rey moro le salió al encuentro en Arinzol; pero el enemigo quedó desbaratado, y el ejército cristiano, cargado de despojos y de cautivos, volvió á su pais ya muy entrado el invierno.

En la primavera siguiente abrió el rey D. Alonso la campaña, cargando sobre Fraga. Púsole sitio, pero se resistia con firmeza, y los reyes moros, encendidos de saña contra D. Alonso, habian jurado por Alá y echaron el último esfuerzo para su venganza, haciendo venir numerosas tropas del Africa. Abengamia rey de Valencia y Murcia era el gefe de la espedicion. Presentóse dos vezes en el sitio y otras tantas fué derro-

1133.

1134.



tado por los cristianos. Los sitiados desanimados ofrecían entregarse con la seguridad de las vidas; mas D. Alonso quería tener el placer de pasar á cuchillo á todos los hombres de armas y hacer esclavos á sus hijos y mugeres.

La desesperacion de los de Fraga redobló su valor, pues que ya no conocían otro camino de salvacion. Entretanto Abengamia recibía sin cesar nuevos refuerzos, y D. Alonso disminuía su campo licenciando parte de sus tropas, particularmente de las de Aragon por la cercanía de sus casas, con permission de algun breve descanso y orden de volver con provisiones: tal era la ciega confianza que tenía en la prosperidad de sus armas y en la amistad de la fortuna.

Una mañana amaneció improvisamente con un inmenso campo de enemigos cerca de las fortificaciones de Fraga. Aunque sorprendido D. Alonso de un acontecimiento que no esperaba, suponiendo á los moros escarmentados, no le desamparó su natural valor. Se trabó la batalla, los cristianos pelearon como leones; pero el ejército enemigo, escesivamente numeroso, ayudado de los de Fraga, que salieron de la plaza y acometieron por la retaguardia, venció, quedando en el campo casi todos los cristianos. El mismo rey D. Alonso hubiera perecido en la accion sin el valor heroico de diez caballeros que le rodearon y le defendieron á todo trance, atropellando á los escuadrones enemigos que se disputaban el honor y la riqueza de la presa.

D. Garcia Ramirez, digno nieto del Cid y sucesor en la corona de Navarra, fué uno de los diez campeones: los nombres de los demas no se espresan en la historia.

No decayó de ánimo el valeroso monarca; antes irritado con un golpe, á que no estaba acostumbrado, hizo llamar arrebatadamente nuevos reclutas, y sacando gran parte de las guarniciones de las plazas, arrimadas á la frontera, se preparaba para tentar nuevamente la fortuna, cuando le llegó á Sariñena el aviso de que un número considerable de moros, habiendo robado la comarca de Monzon, pasaba con su presa. Salió luego el Rey con 300 lanzas y mandó le siguiese la infantería. Los moros, con una retirada falsa, le cebaron astutamente en el alcance, y cerca del lugar de Polinillo, revolviendo subitamente, rodearon al Rey por todas partes; acometiéronle, con la confianza que les daba la evidencia de que ya no era invencible, y acabaron con el pequeño escuadron, antes que pudiera ser socorrido por la infantería. El Rey quedó tambien en el campo de batalla, ó no se sabe donde quedó, por que ni vivo ni muerto pudo encontrarse (1).

Había hecho el Rey su testamento en el sitio de Bayona, y ahora lo renovó en Sariñena tres dias antes de

(1) Traggia dice, que D. Alonso escapó de la batalla y murió de tristeza, encerrado en el monasterio de San Juan de la Peña, en 7 de Setiembre de 1134. *Diccionario geográfico histórico de la Academia tom. 2 pag. 108.*



su muerte, aunque sin alteracion sustancial. Fué singular su disposicion hereditaria: dejaba su reino, principado y jurisdiccion á los caballeros Templarios, con las mismas leyes y costumbres que los reyes sus padre y hermano los habian tenido y los debian tener.

Una pluma castellana de aquel siglo hizo el elogio de D. Alonso diciendo, *que fué mui buen rei é mui leal, é mucho esforzado, é mui buen cristiano, é fizo muchas batallas con moros é venciolos.*

D. Garcia Ramirez, el Restaurador.

1134. No dejó hijos D. Alonso el Batallador. Inmediatamente á su muerte se juntaron cortes de Navarra y Aragon en Borja; y lo primero que declararon fué la nulidad del testamento, por que decian, que á falta total de sucesion, la facultad de disponer se devolvía á los Reinos, que libremente y como dueños la instituyeron en su origen.

Hecho esto fijaron la vista en D. Pedro Atares ó Taresa, caballero poderoso señor de Borja y de sangre real, como viznieto de D. Ramiro I de Aragon, nieto del conde D. Sancho Ramirez su hijo bastardo, é hijo de D. Garcia Sanchez; pero bien pronto se desvaneció el partido que tenía D. Pedro: fueron á visitarle otros caballeros navarros, y un portero les respondió que no se podía entrar, por que su señor estaba en el baño. Corrió esta voz entre los cortesanos y

determinaron buscar otro rey más accesible á sus visitas. (1)

Pero los aragoneses y navarros, no caminaban acordes en sus ideas: los primeros se inclinaban á D. Ramiro el Monge, que lo era profeso en el monasterio de San Ponce de Tomeras en Francia, último hermano del rey difunto; y los segundos propendian por restaurar su dinastía y su primitiva independenciam, dando la corona á D. Garcia Ramirez señor de Monzon hijo de D. Ramiro y de D.^a Elvira hija del Cid, y nieto del otro D. Ramiro, señor de Calahorra y hermano de D. Sancho el de Peñalen. D. Garcia estaba casado con D.^a Margarita, sobrina del conde Rotron de Alperche, que como queda dicho la dió en dote el señorío de Tudela.

Divididas así las opiniones de ambos reinos, juntaron los aragoneses cortes en Monzon y los navarros en Pamplona. No sin muchos debates se decidieron al fin los aragoneses por el Monge, contra el dictamen de los más belicosos; en lo que influyó mucho la ciudad de Jaca, reconocida á los privilegios con que la había ennoblecido su padre el rey D. Sancho Ramirez. Y despues, reconocido tambien el hijo, á la fiel adhesion de la ciudad la concedió el privilegio más favorable, que quisiese elegir, de los que disfrutaban los de Mompe-

(1) Algunos historiadores dicen, que esto fué un cuento inventado por los navarros, que disgustados de la union con Aragon buscaban pretextos para separarse.



ller, diciéndoles *vosotros los primeros me elegisteis por Rey.*

Menos dificultades hubo en las cortes de Pamploña: todo lisongeaba en favor de la elección; y el infante D. García Ramírez fué llamado y recibido en Pamploña con públicas demostraciones del contento general. Juró los fueros y se le proclamó, conforme á ellos, por Rey de Navarra. Guipuzcoa, Alava, Vizcaya y la Rioja siguieron el mismo ejemplo. Un autor anónimo, cercano á aquellos tiempos, cuenta con mucha naturalidad este acontecimiento. Este Rey (dice) *fo mui bono; et vino á Navarra, et diso á los navarros, que naturales eran de so linage, é que lo recibiesen por Rei. Et eillos vieron, que mayor dreito era que eill fuese que otro, é levantaronlo por Rey.*

La division de los dos reinos debilitó sus fuerzas y abrió la puerta á la ambicion de los monarcas. D. Ramiro de Aragon, por una parte, quería sostener como heredero de su hermano sus derechos sobre Navarra; y el emperador D. Alonso de Castilla, hijo de D.^a Urraca, aspiraba por otra, como el mas poderoso de todos, al dominio universal. Aprovechase de estas circunstancias para invadir, por la parte de Soria, las conquistas de Aragon hechas por su padrastro D. Alonso el Batallador, y llegó con las armas castellanas hasta apoderarse de Zaragoza; por que D. Ramiro, acostumbrado á la cogulla, no había aprendido todavía el manejo de la lanza.

La invasion del Emperador hizo conocer á los navarros, y aragoneses, el mal efecto de su separacion: buscaron medios de remediar el mal; y los diputados de ambos reinos, reunidos en los confines, creyeron encontrarlos acordando que reinasen juntos ambos reyes; pero con esta diferencia, que D. García, como mas guerrero, fuese rey sobre los señores y caballeros y toda la nobleza y sobre los ejércitos, y tuviese el gobierno de todas las armas: que D. Ramiro, como mas letrado, dominase en lo restante de la república y administrase la justicia; y que D. Ramiro tuviese á D. García por hijo y este á D. Ramiro por padre.

Esta union, tan mal soldada, se rompió luego; y contribuyó eficazmente á ello la particular circunstancia de que D. Ramiro no se contentaba con ser padre putativo de D. García: quiso tener hijos verdaderos, y los navarros se incomodaron de que la adopcion de su Rey, y la esperanza de suceder en la monarquía de Aragon, se les frustrase. El hecho fué, que D. Ramiro tomó por muger á D.^a Ines, hermana de Guillelmo conde de Potiers y duque de Aquitania: ni hubo dispensa para este matrimonio.

Entretanto D. Alonso de Castilla solicitaba del rey D. García la permuta de las tierras, que este poseía en la Rioja, por las de Zaragoza que el primero había ocupado al de Aragon; y en efecto convinieron en este cambio, quedando Logroño para Navarra; pero el emperador D. Alonso, despues que tomó posesion de la



Rioja, dispuso tambien de lo de Zaragoza en favor de D. Ramiro de Aragon y del conde de Barcelona D. Ramon Berenguel, cuñado de D. Alonso y esposo prometido de la niña D.^a Petronila, que acababa de nacer del matrimonio del monge Rey con D.^a Ines. Esto acabó de apurar la paciencia del navarro y rompió contra Castilla y Aragon.

En este estado los aragoneses, disgustados de un monarca que no sabía manejar la lanza, ni conocía la mano con que se tomaban las riendas del caballo (1); y estimulados del conde de Barcelona su yerno que no amaba menos la corona del padre que la mano de la hija, llegaron á despreciarle de tal manera, que escitaron su furor y su venganza. Quiso hacerse respetar, y para esto tomó el medio de llamar á Huesca á los ricos hombres y señores mas principales de su reino, con el pretexto de que iba á fundir una campana tan grande que sonase en todo el reino de Aragon; y cogidos allí, con este engaño, hizo degollar á quince. Aseguran que este consejo se lo dió el abad de su monasterio de Tomeras.

1137. Finalmente el rey D. Ramiro se vió obligado á pesar de tanto rigor, á tomar segunda vez la cogulla y re-

(1) Dícese que preguntó un día, que iba á caballo con la lanza en la mano diestra y el escudo en la siniestra; Con qué mano tomaría las riendas? y que un caballero le respondió, con la boca; y así lo hizo. Pero Zurita piensa, con buena crítica, que esto no tiene visos de verdad; así como el cuento que se sigue de la campana.

tirarse á la iglesia de San Pedro de Huesca, reteniendo el nombre de Rey y dejando el cetro en manos de su yerno el conde de Barcelona, que de comun acuerdo con su cuñado el Emperador trataba de invadir y de partirse la monarquía de Navarra; pero D. Garcia, previendo estas miras ambiciosas, se adelantó, entró por la frontera de Aragon y tomó á Malon, Frescano y Bureta.

Rompió despues por la Valdonsella, y estaba sobre Jaca cuando D. Alonso en persona pasó el Ebro y se metió en Navarra por las comarcas de Milagro, Funes y Peralta y hasta las vistas de Pamplona, donde puso sus reales. El rey D. Garcia corrió al socorro de su reino y colocó sus tropas al lado opuesto de las del Emperador; pero sin ánimo de empeñarse en una accion.

Al mismo tiempo, el conde de Barcelona, penetró con su ejército de aragoneses y catalanes por la frontera de Tudela, considerando á D. Garcia ocupado con el Emperador; pero el navarro movió improvisamente sus tropas y salió al encuentro del Conde. El Emperador siguió á D. Garcia para cojerle entre dos fuegos: era ya tarde: D. Garcia encontró al Conde entre Cortes y Gallur y le derrotó completamente: el ejército castellano, solo llegó á tiempo de ser testigo de la reparticion de los despojos. El rey D. Garcia se retiró ácia la comarca de Tudela, por no tener fuerzas suficientes para resistir al Emperador; y este, fastidiado del poco fru-



to de su empresa, se retiró también á Nájera y licenció el ejército hasta el mes de mayo del año siguiente,

1139. En este intermedio, llamó al Emperador el cuidado de la guerra contra los moros sobre el Tajo. D. García, libre de un enemigo tan poderoso, tomó la ofensiva contra Aragon y ganó á Sos, Filera y Pitillas; pero desembarazado D. Alonso de la guerra de los moros,
1140. volvió á la de Navarra. Estaba ya su ejército en Calahorra y el de D. Garcia en Alfaro, á punto de batirse, cuando repentinamente desapareció el aspecto guerrero, sucediendo en su lugar la boda del príncipe D. Sancho, primogénito del Emperador, con la infanta D.^a Blanca ó D.^a Sancha, hija del rey de Navarra. Se celebraron los desposorios y se firmó la paz; mas no fué posible hacer entrar en ella al conde de Barcelona.
1141. Otorgáronse únicamente algunas treguas, que el rey D. Garcia ocupó entregado al dolor que le sobrevino con la muerte de la reina D.^a Margarita.
- Concluidas se renovó la guerra entre Navarra y Aragon, y el Conde llegó á penetrar por la parte de Sangüesa hasta Lumbier, que no pudo ganar. Pero D. García,
1142. rompiendo por Tarazona, la sometió y puso guarnición. Hostilizó despues todos los pueblos de la comarca de Zaragoza, y cargado de despojos volvió á Navarra.
- 1143.
1144. Siguióse á esto un nuevo enlace de parentesco con el Emperador. El rey D. Garcia tomó por segunda mu-

ger á D.^a Urraca (1) hija natural de aquel, habida en una señora de la casa de los condes de Carrion; y se celebraron las bodas en Leon, con grandes regocijos y corrida de toros.

El Emperador quiso restablecer la paz entre Navarra y Aragon; pero el conde de Barcelona se manifestó inflexible; y despues de muchas tentativas para ablandarle, solo se pudo conseguir otra tregua, en la cual se hizo también una liga entre los tres monarcas para dirigir sus armas contra los moros, divididos entonces en sangrientos vándos, entre los Almorabides venidos del Africa y los moros españoles. Acordaron que el Emperador y D. Garcia marchasen con sus ejércitos por tierra, entretanto que el Conde dirigía por mar una armada sobre el puerto de Almería.

Reunidos los ejércitos, al mando de los dos monarcas, marcharon ácia Córdoba, ganando de paso á Andujar. Abengamia, caudillo de los Almorabides y vencedor de D. Alonso el Batallador, ocupaba aquella ciudad; y no teniendo fuerzas para resistir á los cristianos la entregó: el peligro de disminuir el ejército, dejando guarnicion en Córdoba, inclinó al Emperador á fiarla en manos del mismo Abengamia, bajo la fe de su obediencia. Ganaron luego á Baeza y se dirigieron

(1) Algunos historiadores dicen que se llamó Sancha; y que de este matrimonio nació otra D.^a Sancha, que casó con D. Gaston vizconde de Bearne, y despues con Pedro conde de Molina. *Diccionario geográfico histórico de la Academia tom. 2 pag. 109.*

á Almería, en cuyas aguas estaba ya la armada del conde de Barcelona y otra de los genoveses, mandada por Guillelmo señor de Mompeller. De esta manera la ciudad quedó sitiada por mar y tierra. Hizo obstinada resistencia, pero fué asaltada y bañada en sangre de los moros: veinte mil, que quedaron vivos, se tomaron por esclavos. Así concluyó esta expedición; y el rey D. García volvió á Navarra lleno de gloria y de dones del Emperador.

1148. Pero las treguas con el obstinado Conde de Barcelona finaron y comenzaron las hostilidades, aunque sin hacer mas, por una ni otra parte, que molestar y saquear á los pueblos fronterizos, sembrando el furor y escitando el ódio y la venganza entre dos naciones, que debieran ser amigas si sus reyes no fueran enemigos.

1150. Suspendió los efectos de esta enemistad el influjo del Emperador; pues aunque parece que su política se ocupaba mas de desunir á los dos monarcas, que de destruir la discordia, para conservar su preponderancia sobre ambos, en esta ocasion se vió impelido de la necesidad de renovar la liga contra los moros. Una nueva secta mahometana, llamada de los Almohades ó Muzmitas, dominaba en Africa y pasó á España con el objeto de dominar tambien en ella. Castilla era la primera que debía sufrir sus ataques.

Coligáronse de nuevo los tres monarcas, cuando ya los Almohades estaban posesionados de la Andalucía y aun de Córdoba, que Abengamia había puesto bajo su

obediencia, faltando á la fé prometida al Emperador. Los reyes cristianos marcharon derechamente á Córdoba y la sitiaron. Un ejército de treinta mil Muzmitas vino en su defensa; pero fué destrozado por los cristianos y la ciudad asaltada y saqueada. Abengamia, alegando que la fuerza le obligó á someterse á los Almohades, quedó segunda vez con su gobierno. Y así concluyó esta campaña, de la cual se retiró el rey D. García para dar luego fin á la carrera de sus glorias.

Murió de la caída de un caballo en una partida de caza cerca de Estella; y fué enterrado en Santa María de Pamplona.

D. Sancho VII, el Sabio.

Sucedió á D. García, su único hijo varon D. Sancho, habido en la reina D.^a Margarita (1), que mereció el renombre de Sabio; pero era muy joven todavía cuando subió al trono. 1150.

El Emperador y su cuñado el conde de Barcelona, animados de la debilidad del rey D. Sancho, renovaron la antigua pretension de la conquista de Navarra; pero este nublado lo desvaneció el casamiento de D. Sancho con la infanta D.^a Sancha hija del Emperador y de D.^a Berenguela hermana del conde de Barcelona. 1151.
1152.
1153.
1154.

(1) Tuvo tambien el rey D. García, en D.^a Margarita, á otra D.^a Margarita que casó con Rogerio rey de Sicilia.

Celebráronse los desposorios en Soria ; y al mismo tiempo D. Sancho fué armado caballero por mano de su suegro : tres años despues se verificó la boda. El Conde no llevó á bien este enlace que contrariaba sus miras ambiciosas ; y el Emperador sacaba partido de todo, contravalanceando la enemistad de los aragoneses y navarros, con el objeto de ser el árbitro de sus querellas.

1155. Sin embargo D. Sancho comenzó á descansar en la paz, por que el Emperador se dedicó enteramente á la guerra de Andalucía, y el Conde se vió luego embarazado en Francia contra Hugon de Baucio y sus hermanos, que le disputaban la posesion de la Provenza.

1156. Pero bien pronto volvieron á su empresa contra Navarra, ratificando los tratados anteriores para apoderarse de ella. Efectivamente entraron en este reino los castellanos y aragoneses y tomaron á Artajona y otros pueblos, que el rey D. Sancho tardó poco á recobrar. En este tiempo murió el Emperador, de vuelta de Andalucía para Castilla. Repartió sus dominios entre sus dos hijos D. Sancho III el Deseado y Fernando II, dejando al primero el reino de Castilla, la tierra llana de Leon, Estremadura y Andalucía; y al segundo lo restante de Leon, Galicia y Asturias.

Este acontecimiento produjo una suspension de armas entre el rey D. Sancho y el conde de Barcelona, que necesitaban prevenir sus operaciones segun la po-

lítica de los nuevos monarcas castellanos; y aun hubo algun género de reconciliacion, pues D. Sancho restituyó al Conde la ciudad de Tarazona que había conquistado su padre el rey D. Garcia.

Los grandes preparativos de los moros, que se siguieron luego contra la cristiandad, obligaron á los reyes católicos á olvidar sus querellas particulares para oponerse al enemigo comun. Una coalizacion, entre Castilla, Navarra y Aragon, se verificó con este objeto; pero los castellanos estaban embarazados al mismo tiempo en las discordias de su rey con el de Leon D. Fernando; y la muerte del primero, que sucedió ahora, acabó de desbaratar esta union. Dejó por sucesor á D. Alonso VIII, niño de tres años, habido en la reina D.^a Blanca que murió tambien dos años antes.

Y entretanto que los castellanos se deshacian en facciones sobre la tutela del rey niño, pretendida por su tio D. Fernando de Leon, el conde de Barcelona rompió la guerra contra Navarra; y estaban ya á punto de batalla los dos ejércitos cuando algunos medianeros pudieron conseguir que se firmase una paz definitiva.

Desembarazado el rey de Navarra de los cuidados de Aragon, y poco temeroso de la parte de Castilla, quiso restaurar ahora los estados que habian sido de sus mayores, y se habian apropiado los castellanos en tiempo de D. Sancho de Peñalen, y segunda vez en el de D. Alonso el Batallador. Entró en efecto en

Castilla y reconquistó casi todas las tierras que habían sido de Navarra hasta montes de Oca.

1162. La muerte del conde de Barcelona, ocurrida dos años despues, no fué menos favorable á Navarra que las disensiones de Castilla. Dejaba de edad de solos doce años á su hijo D. Alonso que debía sucederle; y su madre viuda, la reina D.^a Petronila, se apresuró á solicitar del rey D. Sancho de Navarra la continuacion de la paz ajustada con el Conde, que se ratificó ahora por trece años.

1165. El rey D. Fernando de Leon, vino tambien á Navarra á procurar la amistad de su cuñado el rey D. Sancho; y para obligarle mas, concedió á la reina D.^a Blanca, hermana del primero, todo lo perteneciente al infantazgo de Castilla.

1167. Libre de enemigos, el rey D. Sancho, se dedicó á mejorar la administracion interior de sus estados.

1168. Los fueros generales del reino y los particulares de los pue-

1169. blos ocuparon su atencion. Ayudado de los consejos y

1170. sabiduría del obispo de Pamplona D. Pedro de Paris, llama-

mado así por haber sido educado en la academia de la ciudad de su nombre⁽¹⁾, abolió un capítulo del fuero, que disponia que el rey heredase los muebles de los villanos⁽²⁾,

(1) Este obispo trajo á Pamplona desde Amiens una parte de la cabeza de San Fermin, cuya reliquia se venera.

(2) *Villanos*: hombres pecheros, adherentes á las tierras de los señores feudales y su cultivo. Su condicion fué tan dura en algun tiempo, que cuando moria el padre se repartian por mitad los hijos entre el señor del feudo y el rey: si el número era impar, podian

que morian sin hijos, y no sus parientes; é influjó para que los monasterios cediesen por su parte de este derecho en favor de sus villanos abadengos; pero no fueron tan generosos los demas señores territoriales. Quiso tambien, por consejo del mismo obispo, destruir el fuero que autorizaba á la nobleza al divorcio y lo concedía igualmente á los villanos, con tal que pagasen un buey de multa; á cuyo efecto juntó cortes en Pamplona con los ricos hombres é infanzones. Ellos dijeron que de ninguna manera cederian enteramente de su fuero; pero consintieron en que los matrimonios que se hiciesen oyendo misa, ó tomando sortija por mano del capellan, estuviesen sujetos á las leyes eclesiásticas⁽¹⁾. Dió una ley, con consentimiento de la nobleza, para disminuir el número de due-

partirse tambien la criatura; el recibidor del rey tomaba de la pierna derecha y el señor de la siniestra, y la dividian por medio con la cabeza: la parte derecha era del rey. Pero en tiempos posteriores se añadió al fuero una cláusula que dice, que si alguno de los dos partícipes no quisiese partir, dando fianza al otro de pagar el valor del medio villano, no se verificase la particion; y así era natural que el interes cediese siempre á la crueldad. Los progresos de la civilizacion hicieron despues desaparecer estos villanos, con los frecuentes privilegios de los reyes y cesiones de los señores, que á porfía tenían necesidad de atraer vasallos ajenos y evitar la desercion de los propios, en las continuas guerras en que se veian empeñados. Los villanos procedian de los esclavos de la antigüedad.

(1) El fuero de Navarra llama *barraganas* á las mugeres que se casaban sin estas formalidades; y hace distincion de los derechos civiles entre los hijos de *pareilla* ó de legitimo matrimonio y las de *ganancia* ó de *barragana*.

los (1) y entre otras cosas mandó que hasta diez días despues de publicados en el mercado no se verificasen, debiendo preceder los desafíos delante del rey y de cinco caballeros, ó en el mercado á presencia del juez y de seis caballeros.

1171. Entretanto el rey de Aragon, ya mozo, había aprendido á manejar las armas y se prevenía para hacer sus ensayos de conquistador; y el de Navarra fortificaba sus fronteras y fundaba con este objeto á Castellon de Sangüesa en una eminencia cerca de esta ciudad, á cuyos habitantes dió fueros escritos en castellano.

1172. La primera empresa del rey D. Alonso de Aragon se dirigió contra los moros de Murcia y Valencia y conquistó á Teruel. Quiso tambien echar de Albarracin á D. Pedro Ruiz de Azagra caballero navarro, que la poseia en señorío independiente; pero así este como el rey moro de Murcia, llamado Lope, eran aliados del rey D. Sancho y salió inmediatamente á su defensa.

1173. En esta guerra el navarro taló, destruyó y saqueó la comarca de Tarazona, y el aragones hizo lo mismo en Navarra, donde ganó á Arguedas y puso guarnicion en esa villa despues de haber destruido á Milagro.

El rey D. Alonso de Castilla se coligó con el de Aragon, que tenía ajustado su matrimonio con la infanta

(1) Esta ley no la dió el rey hasta el año 1192; pero me he tomado la licencia de esta alteracion cronológica para explicar de una vez las mejoras legislativas mas sustanciales del tiempo de este monarca.

D.^a Sancha tia de aquel é hija del emperador D. Alonso, habida en su segunda muger D.^a Rica; y aprovechando la diversion, que las armas aragonesas hacian en la frontera de Navarra, entró con su ejército por la Rioja y ganó á Grañon.

Penetró despues hasta Leguin, pueblo á tres leguas y media de Pamplona: el obispo de esta ciudad mandaba el ejército de Navarra y se retiró á Huarte. El rey D. Sancho asistía por la parte de la frontera de Aragon, y contuvo á los enemigos, hasta que al de Castilla le llamaron la atencion las diferencias que tenía con el conde de Tolosa en Francia, á donde pasó para ajustarlas. De esta manera la guerra se redujo, como otras muchas, á robos, prisiones y rescates, que era la cosecha mas segura de los guerreros de aquellos tiempos.

1177. Cansados, ó satisfechos por entonces los aragoneses y castellanos, de sus tentativas contra Navarra, llevaron sus armas á los moros de Cuenca, cuya ciudad sitiaron y la ganaron despues de nueve meses de cerco. Concluida esta espedicion volvieron ambos á su antiguo proyecto de la conquista de Navarra y su reparticion, é hicieron sus convenios sobre el modo de verificarla, así como de las tierras que ganasen de los moros.

1179. En su consecuencia el rey de Castilla entró por la Rioja y ocupó todo lo de Navarra hasta Logroño inclusive. El aragones pidió su parte, segun lo contrata-

do; pero el castellano se la negó y al mismo tiempo hizo la paz con Navarra para asegurar lo conquistado. Las tierras tomadas en la Rioja, quedaron adjudicadas á Castilla, con la condicion de que en diez años no pudiese hacer la guerra contra Navarra y que de lo contrario debería devolverlas, quedando entretanto en tercería en poder de un caballero castellano, elegido por el rey D. Sancho á propuesta de tres, hecha por D. Alonso. La devolucion debería verificarse tambien si el rey de Castilla moría sin hijo ó hija de legítimo matrimonio. Al mismo tiempo se señalaron los límites de Navarra con Castilla, por las provincias vascongadas, tirando una línea desde Durango por el río Zadorra hasta el Ebro.

1181. Con esta alianza cesó de inquietar á Navarra el rey de Aragon, y D. Sancho se dedicó pacíficamente á los negocios interiores del reino. Uno de ellos fué la fundacion, hecha ahora, de la ciudad de Vitoria en una pequeña aldea que se llamaba Gazteiz. Aumentó tambien las poblaciones de Pamplona y Estella, fabricando en la primera, que se componía de tres pueblos ó barrios (1), casas entre las murallas de los que se llamaban Burgo de San Saturnino, y Navarrería.

(1) Otras veces se nombran cuatro barrios: esto es la Navarrería, San Miguel, la Poblacion ó San Nicolas, y el burgo de San Saturnino. Casi siempre estaban enemistados y se hacian sangrientas guerras. El rey D. Sancho el Fuerte interpuso su autoridad en 1213 para apaciguarlos: nueve años despues las cuatro poblaciones volvieron á la guerra con muertes é incendios, y se nombraron ár-

Concluidos los diez años de la paz con Castilla, su rey D. Alonso comenzó á dar rezelos de nuevas pretensiones al de Navarra, y entonces este y el aragones hicieron una liga defensiva contra Castilla.

En este tiempo la infanta D.^a Berenguela, hija del rey D. Sancho, casó con Ricardo de Inglaterra, y otra hija, esto es la infanta D.^a Blanca, con el conde de Champaña Teobaldo, hijo del conde Enrico de Champaña y de Madama hija de Luis VII de Francia. Y tres años despues murió el rey D. Sancho en Pamplona, dejando por hijo y sucesor á otro D. Sancho.

Un anónimo muy cercaño á su tiempo dejó escrito de este monarca, que *fo buen Rei é mantubo justicia, é fo buen guerrero é ganó siempre de sus vecinos é nunca en sos dias perdió nada, si por avenienza non fo*. Enterróse en Santa María de Pamplona.

D. Sancho VIII, el Fuerte.

Se hallaba D. Sancho el Fuerte con su cuñado, el rey Ricardo de Inglaterra, haciendo la guerra á los

bitros para el arreglo de sus diferencias. Pero todo fué inútil hasta que en 1423 el rey D. Carlos el Noble, á solicitud de la Ciudad y con aprobacion de las cortes, dió el célebre privilegio de la Union, de que se hablará á su tiempo. Se nota que antes de esta union la Navarrería tenía el título de ciudad y los demas barrios, que se llamaban *Pamplona*, el de villa. En 1329 asistieron á las cortes los diputados de la *ciudad de la Navarrería*; y separadamente los de la *villa de Pamplona*.



franceses, cuando le llegó la triste nueva de la muerte de su padre. Inmediatamente se presentó en Pamplona, donde fué coronado con las ceremonias del fuero.

1195. Amenazaba al rey D. Alonso de Castilla el inmenso poder, con que los moros Almohades de Africa trataban de invadir sus estados. Habia muerto el Miramolin Juceph y sucedídole su hijo Abu Jacob: la morisma en masa, llamada á guerra de religion, venía bajo el mando de este caudillo: cien mil caballos y trescientos mil infantes dicen que componían su ejército.

En este apuro el Rey de Castilla pidió auxilios á todos los reyes cristianos. D. Sancho de Navarra pasó con su ejército á Castilla; pero D. Alonso, sin esperar la reunion de sus aliados, fué á buscar al enemigo: ambos ejércitos se dieron vista cerca de Alarcos donde los cristianos fueron derrotados, quedando el reino de Toledo por presa de los vencedores.

Sabida por D. Sancho esta desgracia volvió con su ejército á Navarra; y entonces la memoria de los antiguos agravios recibidos de Castilla y la oportunidad de vengarlos escitaron su ambicion. Las mismas causas produjeron en el ánimo del rey de Leon, primo del de Castilla, los mismos efectos, y ambos movieron sus ejércitos contra el abatido castellano. El de Navarra se dirigió por las comarcas de Soria y Almazan, derramándose en robos, talas y pillage á que se redujo esta campaña.

Los grandes progresos de los moros movieron el zelo de los amantes de la religion y de la patria, quienes pudieron conseguir que los reyes de Navarra, Castilla y Aragon concurriesen á una conferencia conciliatoria. Reuniéronse entre Agreda y Tarazona, en los confines de los tres reinos, donde hoy se ven tres piedras que sirven de mugas, á que el pueblo llama *la mesa de los tres reyes*, suponiendo que todos tres comieron á una mesa estando cada cual dentro de su reino. Pero los ánimos de los monarcas, ciegos en sus agravios particulares, no veian el peligro comun y las vistas se concluyeron sin adelantar nada.

El Rey de Aragon se retiró con tal frialdad ó indiferencia que de seguida se ausentó de España para Francia; y en Perpiñan le cogió la muerte, dejando por sucesor á su hijo mayor D. Pedro II, aunque bajo la tutela de su madre la reina D.^a Sancha, hasta que cumpliese la edad de veinte años.

En cuanto al rey de Navarra, aspiraba á que se le reintegrasen todas las tierras que le pertenecian en la Rioja, segun el repartimiento que hizo D. Sancho el Mayor; por que no reconocia derecho en la segregacion violenta por los reyes de Castilla. Además el castellano no podía tener gran confianza en el navarro, de quien se decia trataba matrimonio con una hija del Miramolin Abu Jacob: que esta dama estaba tan enamorada del rey D. Sancho, por la fama de su gentileza caballeresca, que á pesar de la distinta religion



se atrebió á decir á su padre, que si no la casaba con él se quitaría la vida con un lazo. Que efectivamente el Miramamolin, que amaba mucho á su hija, la ofreció á D. Sancho con todo el dominio que disfrutaba en España, que era casi la mitad de ella y además el dinero que quisiera pedir.

Como quiera que fuese de la verdad de estas cosas (1), todas ellas intervinieron en los ánimos de los reyes para desvanecer un buen arreglo en las vistas indicadas; y de tal manera se daban por ciertas las relaciones amistosas entre el rey D. Sancho y el Miramamolin, que el rey de Castilla se quejó al Papa del de Navarra, asegurando á Su Santidad, que tenía inteligencias con los moros y que le ofrecían dinero por que no ayudase á los cristianos.

1197. Por otra parte consiguió el rey de Castilla atraer á su amistad al de Aragon, y ambos determinaron hacer la guerra al de Navarra, y la hicieron en efecto, aunque sin resultado notable, por la necesidad en que se vieron al mismo tiempo de procurar la paz para contentar al Miramamolin, que habia llegado con sus armas hasta las fronteras de Castilla la vieja.

Los dos reyes aliados, D. Alonso de Castilla y D. Pedro de Aragon, se fortificaron cerca de Avila para defender la entrada de los moros en los montes que di-

(1) El P. Moret lo da todo por cierto. Yo dudo mucho que el imperio de los mahometanos en España pudiera pensar en sugerirse á pasar en dote bajo el dominio de un rey cristiano.

viden ambas Castillas. Pero el rey moro tuvo que llevar sus armas á otra parte. Llegole la noticia de que sus vasallos de Marruecos se le habian revelado y le importaba pasar á reprimirlos. Entonces D. Alonso y el Miramamolin acordaron unas treguas; y el mismo D. Alonso con el rey de Aragon concertaron aprovecharlas haciendo la guerra á D. Alonso de Leon, á quien le quitaron muchos pueblos, robando é incendiando cuanto se les presentó hasta Astorga.

El rey D. Sancho de Navarra, ya fuese por que realmente tenía ajustado su casamiento con la enamorada mora, por medio de los embajadores que dicen le envió el Miramamolin en el año anterior, ya por el espíritu aventurero de los siglos caballerescos; ó ya por que solicitase la alianza de los moros contra sus ambiciosos vecinos cristianos, lo cierto es que marchó al Africa acompañado de algunos caballeros navarros, cuando ya estaba allá el Miramamolin sofocando la sediccion.

Pero á la llegada de D. Sancho encontró las cosas de diferente manera que pensaba. Abu Jacob era muerto y su hermano Brahen había tomado el mando por la poca edad de su sobrino Mahomad, hijo del primero. No amaba tanto el tio á la sobrina prometida por esposa á D. Sancho como el padre, para permitirle mudar de religion y dotarla tan ricamente; y determinó en secreto no cumplir con lo tratado, aunque prometió á D. Saicho que se verificaría despues de reducidos

1198.

1199.



los rebeldes; para cuya empresa convidó al rey navarro y aceptó como buen guerrero y como caballero enamorado (1)

Cuando el rey D. Sancho se ocupaba acreditando su valor entre los africanos, los reyes de Castilla y Aragón calculaban con mas acierto sobre sus intereses. El Miramamolín había dejado de existir y sus armas ocupadas en Africa se hacian poco temibles. Además Ricardo rey de Inglaterra y cuñado del de Navarra acababa también de morir. Estas circunstancias convidaban á los aragoneses y castellanos á sus antiguos proyectos de conquista sobre Navarra y la pusieron en efecto.

Penetró el de Castilla por Alava y ganó á Miranda de Ebro y á Inzura; entretanto que D. Pedro de Aragón atacaba por Sangüesa y Roncal y se apoderaba de Aibar y Burgui. El de Castilla sitió despues á Vitoria,

(1) He dicho que Moret sigue la opinion de los amores de la mora con D. Sancho. Algunos críticos lo censuran como novela inventada por Rogerio Hoveden historiador ingles. Suponen que D. Sancho fué á solicitar la amistad de los moros contra los castellanos y aragoneses; pero no repugna también que D. Sancho abandonase su reino, en un viage tan largo, cuando tenia los enemigos en la puerta de su casa? Tan confusas andan las cosas de este rey, que se ha dudado si fué casado, aunque consta en una donacion suya que lo estuvo con D.^a Sancha. Algunos escritores dicen que tuvo un hijo llamado D. Fernando, por sobrenombre *Calabaza*, que murió andando de caza de la caída de un caballo y que fué enterrado á las espaldas del coro de la iglesia de Tudela. En el archivo de la misma iglesia hay memorias de otro hijo suyo llamado Rodrigo Sanchez, que murió antes que el padre.

y aunque hizo larga resistencia se entregó también, precedida licencia del rey D. Sancho, para lo cual pasó al Africa el obispo de Pamplona D. Garcia. Las provincias de Alava y Guipuzcoa quedaron para siempre en poder del castellano, á quien se entregaron voluntariamente.

Cerca de tres años estuvo el Rey en Africa, haciendo la guerra por cuenta del niño Mahomad, hasta que este fué aclamado emperador. El valor de D. Sancho se distinguió entre los mahometanos; pero en lugar de la novia y reinos, que esperaba, hubo de contentarse con algunos dones que le hicieron y con el beneficio de dejarle volver á su reino, como lo necesitaba y deseaba desde que conoció el engaño. Luego que llegó á Navarra negoció una tregua de tres años con Castilla y Aragón.

Dedicose despues al gobierno interior de su reino mejorando fueros y arreglando la administracion de justicia. Reedificó el puente de Tudela; y construyó su iglesia catedral algunos años despues, y también la casa de Roncesvalles y monasterio de la Oliva.

El rey D. Pedro de Aragón pidió por muger á la infanta D.^a Constanza hermana del rey D. Sancho de Navarra, y estaban ambos monarcas convenidos; pero el papa Inocencio III lo estorbó por el parentesco que había, siendo ambos primos, hijos de dos hermanas Sanchas y reinas, la una de Navarra y la otra de Aragón é hijas del emperador de Castilla D. Alonso VII.

1201.

1202.

1203.

1205.



1206. Seguía la paz entre Navarra, Castilla y Aragon, á pesar de estar concluidas las treguas; pero un acontecimiento particular pudo turbarla. D. Diego Lopez de Haro señor de Vizcaya, y vasallo del rey de Castilla, se había descompuesto con su señor y refugiándose en Navarra, donde el rey D. Sancho le había dado en *Honor* (1) la ciudad de Estella. Desde allí, ayudado de otros caballeros castellanos descontentos, hacian correrias y presas en Castilla (2). Su rey D. Alonso quiso tomar venganza de estos ultrages y entró en Navarra en persecucion de D. Diego, quien despues de algunos encuentros de guerra se encerró en Estella. El rey de Castilla, desesperado de poderla ganar, se retiró á su reino, y en el año siguiente se arreglaron los resentimientos, que esto pudo causar entre ambos monarcas, con unas treguas de cinco años, acordadas en Guada-

(1) Rentas temporales ó á vida, que daban los reyes á los caballeros, sobre las pechas de los pueblos y castillos. Estos caballeros se llamaban tambien *Seinal* ó señal con alusion á la bandera de que podían usar en la guerra por la gente que mantenian á su sueldo con las rentas ó pechas que percibian.

(2) Era permitido á los caballeros particulares hacer la guerra por su cuenta á titulo de robos, sorpresas ó inteligencias de un reino á otro; pero comunmente estas hostilidades empeñaban á los monarcas á una guerra, que ellos mismos suscitaban de esta manera cuando les faltaba otro pretesto racional. En 1509 D. Fernando el Católico, que protegía en sus estados al conde de Lerin contra los reyes de Navarra, le encargaba secretamente en una carta que no hiciese guerra abierta á Navarra sino por via de *maña furto ó trato*, pues no convenia otra cosa por entonces y que, llegando el caso, D. Fernando le protegeria.

lajara, á donde pasó el rey D. Sancho de Navarra. Por este tiempo murió desgraciadamente en Tudela el infante D. Fernando, único hermano del rey D. Sancho de Navarra. Celebrábase el dia de San Nicolas con un ejercicio ecuestre, y corriendo á caballo, en la mayor velocidad de la carrera tropezó, cayó y dió el infante contra una columna.

Las treguas ajustadas entre el rey de Castilla y el Miramamolín Abu Jacob eran concluidas. El primero comenzó las hostilidades, y Mahomad hijo y sucesor del segundo, y hermano de la mora amante del rey D. Sancho, cercó á Salvatierra plaza fuerte en la frontera de los cristianos y la ganó.

1211. Siguiéronse á esto los preparativos mas formidables de una y otra parte. Coligáronse todos los príncipes cristianos contra los moros. El Papa Inocencio III mandó publicar cruzada, y de todas partes de la cristiandad acudian á esta empresa, particularmente de Francia cuyo príncipe heredero, que despues fué Luis VIII, estaba casado con D.^a Blanca hija de D. Alonso de Castilla. El rey Juan de Inglaterra, que poseia muchas provincias en Francia, era cuñado del mismo D. Alonso, con quien se habia casado su hermana D.^a Leonor.

1212. El rey D. Sancho de Navarra fué uno de los que acudieron con su ejército. Reuniéronse en Toledo, plaza de armas señalada para ello, hasta cien mil infantes y diez mil caballos extranjeros, sin contar las tropas españolas. Este ejército entró en tierra de moros lle-

vándolo todo á sangre y fuego, y ganó á Malagon y Calatraba.

Pero las tropas extranjeras, no pudiendo tolerar los escesivos calores del clima, y malavenidas con las nacionales (1), abandonaron tumultuariamente las banderas de los cruzados y se retiraron á su pais, quedando únicamente, de tan grande ejército, Arnaldo arzobispo de Narbona con ciento y treinta caballos y Teobaldo de Blazon caballero noble de Pictavia y español de origen.

Los reyes D. Alonso de Castilla, D. Sancho de Navarra, y D. Pedro de Aragon, no desmayaron por la falta de sus aliados. Buscaron al enemigo, que se componía de toda la morisma que pudo reunirse del Africa y España, mandada en persona por Mahomad. Encontráronse en las Navas de Tolosa cerca de Ubeda entre Sierramorena y el Guadalquivir y se dió aquella famosa batalla donde quedaron en el campo cien mil moros muertos y sesenta mil prisioneros. Dícese que los cristianos solo perdieron treinta hombres.

Allí fué donde el rey D. Sancho, ansioso por penetrar hasta la tienda del Miramamolin Mahomad, cercada por una balla de hierro ceñida de sus tropas mas selectas, rompió todos los obstáculos y saltó sobre el palenque; pero ya el Miramamolin había huido. De esta empresa tomó el rey D. Sancho el blason de sus

(1) No está bien aclarada la causa de esta desercion. A la envidia y á la emulacion la atribuyen los historiadores españoles: á la intemperie, á la falta de víveres y á la poca disciplina los franceses.

armas poniendo en ellas unas cadenas por las que cercaban la tienda de Mahomad, y una esmeralda en el centro con alusion al sobrenombre del *Verde* con que le llamaban los moros (1).

El ejército cristiano siguió el alcance hasta Ubeda, que ofreció un millon de doblas de oro por la paz y su libertad. Inclinábanse los ricoshombres á este concierto tan lucrativo; pero los prelados eclesiásticos lo estorbaron: la ciudad fué arruinada y los moros tomados por esclavos. Y habiéndose comenzado á sentir en el ejército una grave enfermedad se retiró, concluyéndose por entonces la campaña.

Dos años despues murió el rey D. Pedro II de Aragon, peleando contra los católicos, como aliado de Raimundo conde de Tolosa protector de los hereges Albigenes (2), en el cerco del castillo de Murello jun-

1214.

(1) La historia de la dominacion de los árabes, por Conde, le llama el Amir Amuminin Muhamad ben Jacub ben Juzef ben Abdelmumem ben Aly Alcumi Zenete Almohade, apellidado Abu Abdala Anasir Ledinala. El circo que rodeaba su pabellon estaba defendido por diez mil negros; y cuando ya quedaban muy pocos vivos, y los cristianos casi llegaban á Muhamad, vino á él un Alarabe con una yegua y le dijo « hasta cuando te estarás sentado ó Amir! ya está « decidido el juicio de Dios y cumplida su voluntad, los Muzlimes « acaban vencidos. . . . monta en esta castiza que no sabe dejar mal « al que la cabalga » y montó en ella Anasir, y el Alarabe en su caballo, y huyeron envueltos en el tropel de la gente que huía. Añade que en esta batalla prohibió el rey D. Alonso que se hiciesen cautivos.

(2) Los *Albigenes* seguian la heregia de Pedro Valdo ó de los *valdenses*, que se oponian á las indulgencias, ayunos, invocacion de

to al Garona: quedó por sucesor D. Jaime I su hijo en tutela. El rey D. Alonso VIII de Castilla murió tambien por este tiempo y le sucedió su hijo D. Enrique I niño de corta edad. Este interregno ocasionó turbaciones en Castilla por la ambicion de la tutela; ni llegó á reinar D. Enrique, por que murió á los tres años siguientes de una teja que se desprendió de un tejado, y le dió en la cabeza, estando divirtiéndose con algunos caballeritos de su edad. Sucedió á D. Enrique su sobrino D. Fernando el Santo, hijo de su hermana D.^a Berenguela y de D. Alonso rey de Leon; y por muerte de este en 1230 el reino de Leon se unió al de Castilla en D. Fernando; pues aunque el padre D. Alonso eligió por herederas á D.^a Sancha y D.^a Dulce sus hijas del primer matrimonio, los pueblos y la mayor parte de la nobleza se declararon por D. Fernando, excluyendo á las Infantas.

El rey D. Sancho vivió en paz el resto de su reinado, si se exceptuan algunos acontecimientos y desavenencias de tan poca consecuencia que no merecen mencionarse. Es verdad que en Aragon estaban divididos los ánimos, despues de la muerte del rey D. Pedro, por la pretension á la corona de sus hermanos D. Sancho y D. Fernando, que alegaban contra D. Jaime no ser hijo de legítimo matrimonio, á pesar de ha-

santos, religiones y potestad eclesiástica; y añadian el otro error de los maniqueos que enseñaban, que había un Dios bueno y otro malo.

ber sido declarado válido por el papa Inocencio III; pero el rey D. Sancho evitó mezclarse en estas disensiones, escusándose á las instancias que le hacía D. Fernando prometiéndole varios pueblos si llegaba á coronarse.

Por este tiempo fundó el rey D. Sancho la ciudad de Viana, reuniendo en un solo punto varias aldeas; pues aunque se cree que ya había poblacion, era tan poco considerable que no tenía nombre.

En los últimos años de su vida se retiró el rey D. Sancho á Tudela, donde ya fuese por melancolía, ó por la enfermedad de un cancer, de que dicen adoleció, se dejaba ver de pocos; y de tal manera que al sobrenombre de *Fuerte* añadieron el de el *Encerrado*. El rey D. Jaime I de Aragon le visitaba con frecuencia y cultivaba su amistad.

Sucedió que habiendo puesto el rey D. Sancho á su sobrino el jóven D. Teobaldo (1) conde de Champaña, hijo de su hermana D.^a Blanca y heredero inmediato de la corona, en el gobierno del reino, se excedió de los límites de la autoridad que el tío quiso depositarle. Tenía D. Teobaldo veinte y cinco años: era ademas galante, músico y poeta; y su tío guerrero, viejo y misántropo. Estos caracteres tan diferentes no podian amalgamarse. El Rey creyó que el sobrino aspiraba á reinar antes de su muerte y le despachó á Francia.

(1) Nació en 1205.

En este estado el enojo, la ambicion y la amistad sugirieron á los dos reyes D. Sancho de Navarra, y D. Jaime de Aragon, un plan de prohiamiento mutuo, declarándose herederos, el uno al otro, de la corona. El primero desheredaba á su sobrino, y el segundo á su hijo D. Alonso; pero D. Sancho no podía vivir mucho y D. Jaime estaba en la mayor lozania de su edad. Varios ricoshombres, y algunos diputados de las principales ciudades de ambos reinos, se obligaron á mantener este pacto; en el cual se acordó tambien hacer la guerra á Castilla para recobrar las plazas que tenía de Navarra, y el rey D. Sancho dió á D. Jaime con este objeto cien mil sueldos de oro (1).

1232. El primero que se arrepentió fué D. Jaime, que en el año siguiente, no solo declaró por sucesor en Aragon á su hijo D. Alonso, sino que gastó los cien mil sueldos en la conquista de Mallorca, desistiendo de la guerra de Castilla y burlando los deseos de D. Sancho. Este por su parte hizo lo mismo que D. Jaime, declarando por sucesor en Navarra á su sobrino el conde de Champaña.

1234. Murió el rey D. Sancho encerrado en el castillo de Tudela; y con él se acabó la línea masculina del primer rey de Navarra. Dícese que D. Sancho adoleció, en

(1) Zurita, copia literalmente este pacto. Nada se dice en él de los cien mil sueldos, y en cuanto á la guerra con Castilla, se explica en estos términos « Adunde mas, que nos ayudemos contra el rey de Castiella todavia por fe sines engaño. »

el último periodo de su vida, de la avaricia, poniendo mucho cuidado en guardar los tesoros que había recogido en sus empresas militares. Fué enterrado en la iglesia de Roncesvalles, que disputó este derecho á la de Tudela y al monasterio de la Oliva.

D. Teobaldo I.

Muerto D. Sancho el Fuerte, las cortes de Navarra, cumpliendo con la disposicion del fuero que dice, que muriendo el rey sin hijos, hijas, hermanos ni hermanas, de lejítimo matrimonio, elija el reino sucesor, llamaron á D. Teobaldo conde de Champaña que, como queda referido, era hijo de otro D. Teobaldo y de la infanta D.^a Blanca, hermana difunta del rey D. Sancho el Fuerte. D.^a Berenguela muger de Ricardo de Inglaterra había muerto sin sucesion. 1234.

Enviáronse embajadores á D. Teobaldo, para que viniese á recibir la corona, y en efecto se verificó un mes despues de la muerte de su tio, añadiendo á las antiguas ceremonias, que el fuero disponía, la de ser ungido á imitacion de los reyes de Francia.

Encontró D. Teobaldo muy despoblada Navarra, por las continuas guerras anteriores, é hizo venir para poblarla muchos habitantes labradores de sus estados de Champaña y Bria.

Ocupóse luego el Rey en el arreglo de algunos desórdenes ocurridos durante el corto interregno de la



muerte de D. Sancho; particularmente en Tudela, donde turbados los ánimos contra los judíos, ahorcaron á varios é hirieron á muchos, sin que sirviese la autoridad del gobernador ni el uso de la fuerza, por que el pueblo se hizo fuerte contra el castillo y fué necesario transigir por medio de árbitros.

1237.

Tuvo tambien el rey D. Teobaldo algunas diferencias con la nobleza, acerca de la forma de probar la hidalguía y de los que se habian hecho nobles siendo villanos ó pecheros. El fuero del reino tenía ya dispuesto que bastase el juramento de dos testigos infanzones; mas el Rey viendo la facilidad con que de la clase contribuyente pasaban sus vasallos á ser esentos, en perjuicio del erario, quiso que se ampliases las pruebas. La nobleza lo resistió y aun se coligó contra el poder del Rey: cincuenta nobles únicamente se sometieron á que lo decidiese el Papa; pero los demas digeron que era *contrafuero* y no pasó adelante la cuestion (1).

1238.

Arreglados por el Rey los negocios interiores de su reino, y corriendo en buena paz con sus vecinos, se decidió á pasar á la guerra de la tierra Santa solicitada por el papa Gregorio IX. Marchó por Bayona á sus es-

(1) El P. Moret supone que ahora se redujo á escrito el Fuero general de Navarra; ya he dicho que este código pertenece al tiempo de D. Alonso el Batallador. Es verdad que el compromiso para el Papa habla de reducir á escrito los fueros; pero se refiere á los fueros particulares que se controvertían entre el rey y la nobleza.

tados de Champaña y Bria, y reunido despues con sus tropas, y los demas príncipes cruzados, se embarcó en Marsella.

Habiendo arribado el ejército cristiano al Asia, tomó la direccion del monte Tauro, en cuyas estrechuras se habian apostado los infieles. Los cristianos forzaron el paso, por medio de una batalla muy reñida, y llegaron á Antioquia, aunque reducidos á una tercera parte por las incomodidades de las marchas y repetidos encuentros del enemigo.

De Antioquia pasaron á Acre, que todavia estaba por los cruzados; pero la expedicion se desgració por falta de concordia entre los gefes y de disciplina en los soldados. Una gran parte del ejército fué derrotada enteramente en los campos de Gaza; y aunque llegó de refuerzo Ricardo, hermano del rey de Inglaterra, lo único que consiguieron los cristianos fué unas treguas y la libertad de los cautivos. Despues de haber visitado los santos lugares de Jerusalem, D. Teobaldo con los demas príncipes, dieron la vuelta á Europa.

Suscitáronse graves cuestiones entre el rey D. Teobaldo y el obispo de Pamplona D. Pedró Jimenez de Gazolaz; entre otras cosas sobre la pertenencia del señorío de San Esteban de Monjardin; habiendo llegado al estremo de dar sentencia de excomunion contra el Rey. Este por su parte quiso proceder contra el obispo, que se refugió en Navardun, pueblo de la

Valdonsella en Aragon, perteneciente á su obispado.

1248. Duró el entredicho dos años, hasta que el Rey y el

1249. Obispo arreglaron sus diferencias; y arrepentido el primero, de sus procedimientos contra el segundo, pasó á Roma á solicitar la absolucion del Papa.

1253. Murió el rey D. Teobaldo en Pamplona, donde fué enterrado, á los cuarenta y ocho años de su edad en el de 1253. Un año antes había muerto tambien el rey D. Fernando el Santo de Castilla, á quien sucedió su hijo D. Alonso X, llamado el Sabio.

Fué D. Teobaldo músico y poeta, y muy aficionado á las letras y favorecedor de los que las profesaban. Hizo recoger las escrituras de los reyes anteriores, en el cartulario, que de su nombre se llama de *D. Teobaldo* y se comenzó á trabajar en el año segundo de su reinado por Pedro Fernandez escribano de Tudela.

Sus virtudes le hicieron merecer el sobrenombre de *Grande*. En su juventud estuvo enamorado de la reina de Francia D.^a Blanca, viuda de Luis VIII, para quien hizo versos que, segun dice Bossuet, tuvo la locura de publicar. Sin embargo Levesque de Ravalliere, que dió á luz las poesias de D. Teobaldo en el año 1742, defiende que lo que se atribuye á los amores de este príncipe por la Reina es una fábula. En esta curiosa edicion, se encuentra un glosario para la esplicacion de las voces anticuadas de la lengua francesa y en él se leen estos cuatro versos hechos en el año 1226.

Chacun pleure sa terre et son pays
Quand il se part de ses joyeux amis;
Mais il n'est nul congé quoiqu'on die,
Si douloureux que d'ami et d'amie.

En sus canciones brilla la terneza de sentimientos, la delicadeza en los pensamientos y una sencillez admirable en sus espresiones. Se ven tambien rasgos de la historia sagrada, profana y natural, y algunos tomados de la fábula y de los romances. Ravalliere dice, que las poesias de D. Teobaldo serian del todo apreciables si sus imágenes no fuesen alguna vez demasiado libres.

Tuvo D. Teobaldo tres matrimonios: el primero con una hija del conde de Lorena, que se declaró nulo. El segundo con Ines, hija de Guiscardo de Beloyoco y de Sibila, hija de Filipo conde de Flandes; de cuyo matrimonio nació D.^a Blanca, que casó con Juan duque de Bretaña. El tercero con D.^a Margarita, hija de Arcembaldo príncipe de la casa de Borbon: de este matrimonio nacieron el primogénito D. Teobaldo II, D. Pedro, que tuvo el señorío de Muruzabal, D.^a Leonor, D. Enrique que reinó despues de D. Teobaldo II, D.^a Margarita muger de Ferricio duque de Lorena, y D.^a Beatriz muger de Hugon, cuarto duque de Borgoña. Tuvo tambien por hijas, aunque se ignora de que matrimonio, á D.^a Elide, D.^a Ines y D.^a Berenguela: la primera murió soltera: la segunda casó con D. Alvaro Perez primogénito de D. Pedro Fernandez de Azagra

señor de Albarracín; y la tercera entró monja en el monasterio de San Pedro de Pamplona.

D. Teobaldo II.

1253. — Hallábase D. Teobaldo II en la edad de catorce años cuando murió su padre; y el rey D. Alonso X de Castilla, que no había heredado la templanza ni las virtudes del suyo, concibió luego el proyecto de apoderarse de Navarra; pero tenía poderosos enemigos que vencer. Lo era D. Jaime de Aragon, con cuya hija D.^a Violante se había casado D. Alonso y se la devolvió al padre con pretexto de esterilidad cuando estaba preñada, haciendo venir al mismo tiempo á D.^a Cristina, hija del rey de Noruega para casarse con ella (1). Tenía también por enemigos á sus mismos vasallos, á quienes había disgustado con la introduccion de una nueva moneda, baja de ley, que interrumpió el comercio, y con sus ásperos y desabridos modales.

Ademas la reina viuda de Navarra D.^a Margarita de Borbon, no perdonaba medio alguno para poner los derechos del joven Rey á cubierto de las tentativas de la ambicion. Recordó al rei D. Jaime la antigua amis-

(1) Esto dice Moret; pero parece que el marques de Mondejar en sus *Memorias de D. Alonso el Sabio*, publicadas por D. Francisco Cerdá en 1777, demuestra su falsedad: que en 1253 la reina D.^a Violante dió á luz á su hija D.^a Berenguela; y que la venida de D.^a Cristina fué mas adelante, y directamente para muger del infante D. Felipe ó de otro de sus hermanos si ella lo elegía.

tad con su marido, y tuvieron vistas en Tudela, á donde concurrió D. Alonso primogénito de D. Jaime, á nombre de su padre. Ambos reinos se coligaron con una alianza ofensiva y defensiva contra todos sus enemigos, esceptuando por parte del rey de Navarra al de Francia, al emperador de Alemania y á las otras personas de Francia, á quienes era obligado por señorío de los estados que en aquellos países poseía (1).

En el interior del reino procuró la Reina contentar á sus vasallos, satisfaciendo á las quejas que tenían de algunos contrafueros cometidos en el reinado anterior. Escarmentados los pueblos querian exigir garantías de los tutores del Rey para deshacer los agravios hechos y que se les guardase los fueros. Con este objeto se reunieron luego en Olite y juraron entre sí, muchos de los ricos hombres de las villas, de no admitir por rey al joven D. Teobaldo sino juraba la enmienda de-

(1) Frecuentemente, los soberanos de aquellos tiempos, eran también vasallos por los feudos que disfrutaban en los territorios de los otros; y estaban obligados á prestarles homenaje y acudir á la guerra siempre que se les llamaba. Cuando tenían feudos en dos distintas monarquías, que se hacían la guerra, servían también á las dos; á la una con su persona y á la otra por medio de un caballero sustituto. El vizconde de Tartax prestó homenaje en el año 1247 á D. Teobaldo I por Villanueva y su castillo y por las tierras de Mixa y Octavales, obligándose á servir al rey, escepto contra los ingleses de quien era vasallo por otras tierras como señores de la Guiena; pero en el caso de que D. Teobaldo tuviese guerra con ellos, el vizconde entregaría al rey el castillo de Villanueva, serviría á los ingleses con su persona, y á Navarra con un caballero y con todos los hombres que debían servir al vizconde.



sus agravios y no cometer otros; y que esta coligacion durase hasta que el Rey cumpliese veinte y cinco años. Tambien juraron obligar á su observancia á cuantos lo resistiesen.

Pero la discrecion de la Reina hizo que todo se arreglase amistosamente; y se convino en añadir algunas circunstancias á la fórmula del juramento real, en aquel caso extraordinario. Pasose en esto algun tiempo; pues aunque D. Teobaldo I murió en ocho de julio, no se coronó el hijo hasta veinte y siete de noviembre, en cuyo acto juró la observancia de los fueros: que desharia los agravios: que ningun navarro fuese preso dando fiador, escepto por traidor declarado ó ladrón manifesto: que los pleitos granados fuesen juzgados en Corte por el gobernador y doce consejeros ó la mayor parte de ellos, sin perjuicio de la jurisdiccion de los alcaldes y del fuero particular de cada uno: que no daría ningun empleo sin consejo del mismo gobernador y consejeros: que no batiría sino una moneda en su vida: que si se ausentaba dejaría un gobernador elegido por los doce consejeros: que estaría bajo la tutela de un navarro que nombrasen los electores de entre los ricoshombres, caballeros, infanzones y hombres libres ó diputados de los pueblos: que se nombrarían jueces de *emparanzas* para conocer y declarar sobre las reclamaciones de los agravios anteriores; y que todo esto se observase hasta que el Rey cumpliese veinte y un años en que saldría de la tutela.

Despues las cortes eligieron por tutora del Rey, y gobernadora del reino, á la reina D.^a Margarita; y en la primavera siguiente se renovaron las vistas de la Reina con D. Jaime de Aragon, que acudió en persona á Monteagudo con muchos de sus ricoshombres. En esta conferencia se ratificó el tratado de alianza ofensiva y defensiva contra todos los hombres del mundo, esceptuando por parte de Aragon al conde de Provenza, hermano del rey de Francia, que despues vino á ser su mas mortal enemigo; y por parte de Navarra al rey de Francia y sus hermanos. Prometió tambien D. Teobaldo, que no casaria con hermana ni con hija del rey de Castilla sin consentimiento de D. Jaime. Ambos reyes se dieron en rehenes varios castillos; y juraron la alianza los ricoshombres de Navarra y Aragon que se hallaron presentes.

Consiguiente á esto comenzaron los preparativos contra Castilla, á tiempo que á su rey le abandonaban muchos señores principales. D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, que enagenado antes del servicio de D. Alonso VIII de Castilla había vuelto á su gracia, se apartó ahora segunda vez de la obediencia del castellano y se hizo vasallo del rey D. Jaime. Murió luego D. Diego, y su hijo D. Lope Diaz de Haro siguió el ejemplo del padre con otros muchos caballeros de Alava y Vizcaya. El infante de Castilla D. Enrique, hermano del rey, vino tambien á refugiarse en Navarra, con varios caballeros de su séquito, para vengar agravios recibidos de D. Alonso el Sabio.



Se tentaron medios de conciliación cuando ya estaban los ejércitos para batirse; y aunque el rey de Castilla se acomodó al principio, mudó bien pronto de parecer. Pero lo que no podía obrar el honor y la justicia lo hizo la necesidad. Los moros, aprovechándose de la división de los reyes de Aragon y Castilla, comenzaron á incomodarles en sus fronteras, al primero por Valencia y al segundo por Andalucía. Agregábanse á esto las discordias civiles y descontento de sus propios vasallos: del aragones por sus amores con D.^a Teresa Vidaurre, con quien se casó clandestinamente estando ya casado; y del castellano por que á pesar de su sabiduría no conocía el arte de gobernar. Había sido elegido emperador de Alemania por dos de tres electores, y aunque nunca se movia de Castilla para tomar posesión, hacía costosas prevenciones para el viage, con gruesas contribuciones que le atraían el ódio popular (1). Estas circunstancias hicieron abrir los ojos á los reyes de Castilla y Aragon. Reuniéronse en Soria, llevando el último poderes de D. Teobaldo para ajustar la paz, como se hizo, á satisfaccion de todos y tambien del infante D. Enrique y del señor de Vizcaya.

Por este tiempo murió la reina D.^a Margarita en sus estados de Francia, á donde había ido al arreglo de su administración. El rey D. Teobaldo pasó allá, dejando

(1) Ni llegó á ser emperador por que los alemanes hicieron nueva elección en Rodolfo conde de Ausburg; y aunque D. Alonso pasó en el año 1275 á solicitar del Papa la revocación, nada consiguió.

su reino, bajo la protección de D. Jaime de Aragon, y por gobernador al senescal D. Jofre señor de Barlemont. De este viage del Rey, resultó su matrimonio con Madama Isabela, hija del rey San Luis de Francia, cuya boda se verificó en Melodun, pueblo de Champaña. A su vuelta á Navarra, trajo la reliquia de la espina de la corona de Cristo, que le regaló su suegro y se conserva en Santa María de Pamplona.

En Aragon, el rey D. Jaime, seguia ocupado en arreglar las disensiones domésticas. Su primogénito D. Alonso tenía quejas del padre, por que á instigaciones de la reina su madrastra, y madre de otros hijos, trataba de dividir el reino entre todos; y muchos señores principales favorecian al infante D. Alonso, al mismo tiempo que el rey de Castilla no se descuidaba en fomentar la discordia para aprovechar sus ideas ambiciosas. Pero D. Jaime, cediendo á las pretensiones del Infante, hizo dependiente de Aragon al reino de Valencia, declarando á D. Alonso por heredero de ambos. Este Infante tardó poco á morir.

En Castilla, los cuidados de D. Alonso el Sabio se dirigian contra los moros de Granada y Murcia, que se preparaban para la guerra: embarazábale tambien su pretension al imperio, á cuya posesion le llamaban ardentemente sus parciales; y á esto se agregaba el nuevo descontento de su hermano el infante D. Enrique, que intentada sublevar la Andalucía. De esta manera el rey D. Teobaldo nada tenía que temer de los enemigos es-



1261. teriores y pudo dedicarse exclusivamente al arreglo interior de su reino. Entre otras cosas mejoró los fueros, anulando la pena, ó mas bien contribucion, de los homicidios involuntarios, ó casuales, en la parte que pertenecia al rey (1).

1265. La muerte del infante D. Pedro, hermano de D. Teobaldo, acaecida en Champaña, donde residia gobernando aquellos estados, obligó al Rey á visitarlos. Era D. Pedro el hermano segundo y murió sin hijos: D. Teobaldo tampoco los tenía, despues de siete años de matrimonio; y esto le hizo pensar en dar estado al otro hermano D. Enrique, para asegurar la sucesion del trono, casándole con D.^a Constanza, hija primogénita y heredera de D. Gaston vizconde de Bearne; pero los amores de D. Enrique con una dama de la noble casa de Lacarra, en la baja Navarra, le cerraron los oidos á las proposiciones del rey su hermano; de manera que rompieron en la amistad y D. Teobaldo mandó que no se le recibiese en el reino. De estos amores nació D. Juan Enriquez de Lacarra, fundador de la ilustre casa de su apellido en Navarra.

Por este tiempo Arnaldo vizconde de Coserans, Bernardo conde de Comange y otro Bernardo conde de Estarac, señoríos todos confinantes al Bearne, se hicieron vasallos del rey D. Teobaldo para seguirle y ayudarle contra todo hombre, pagándoles el gasto

(1) Los señores solariegos ó feudales tenían tambien este derecho en sus señoríos.

siempre que de su orden montasen á caballo, como lo acostumbraba hacer con los otros caballeros de su reino. Además ofreció el Rey al primero cien libras de torneses (1) cada año: al segundo cien marcas esterlinas ó tres mil sueldos de morlanes (2); y al tercero cincuenta marcas ó mil y quinientos sueldos de morlanes.

1269. Consiguió al fin, el rey D. Teobaldo, apartar á su hermano D. Enrique de sus amores, inclinándole á un matrimonio mas digno de su rango; y no habiendo tenido efecto el de D.^a Constanza, se verificó ahora con D.^a Blanca, hija de Roberto conde de Artois hermano de San Luis rey de Francia. Esta negociacion ocupó al rey D. Teobaldo en un viage que en el año anterior hizo á ese reino. Al mismo tiempo conformó con San Luis en acompañarle á la cruzada que, á solicitud del pontífice Clemente IV, se preparaba en socorro de la tierra Santa.

Dedicose despues el Rey al arreglo, con sus pueblos realengos, de las contribuciones, eximiéndoles de algunas y reduciéndolas á dinero de presente para la proyectada espedicion. Por este tiempo fundó

(1) Si como dice Mr. Faget de Baure, en su *Ensayo histórico del Bearne*, la libra tornesa era entonces la tercera parte de la de Morlan, cada libra tornesa venia á ser veinte y cinco maravedis navarros; pero tambien habia torneses chicos.

(2) Cada sueldo morlan valia, segun el mismo autor, cuatro maravedis navarros; y cada veinte sueldos hacian una libra de las que se conocen en Francia con el nombre de francos.

1270. el pueblo de Espinal entre Roncesvalles y Vizcarret. Dispuestas las cosas necesarias, salió el Rey para Marsella con la Reina, que le siguió á esta guerra, y grande acompañamiento de los principales señores del reino, dejando por gobernador á su hermano D. Enrique. El rey San Luis partió tambien con sus tres hijos y mucha nobleza de Francia.

Es notable la controversia suscitada y declarada por el Rey en su jornada, estando ya en Aix de la Provenza. Los cobradores de las pechas reales querian exigir las á lhoc y Armendariz, pero ambos pueblos se resistian diciendo, que solo debian pagar en tres casos; esto és, en el de jornada del rey á ultramar, casamiento de la hija primera del rey y redencion de la persona del monarca. El Rey declaró en favor de los pueblos.

La armada de los cruzados, en lugar de dirigirse á la tierra Santa, tomó el rumbo de Tunez, por que el rey Carlos de Sicilia, hermano de San Luis, quería exigir de aquel rey moro el tributo que le negaba y logró persuadir al Santo, que con esa jornada se conseguiría que el mahometano se bautizase con todo su reino; pues que solo deseaba tener quien le defendiese, contra la venganza que intentarían los demas príncipes de su secta.

Llegó la expedicion á las costas de Tunez, y el almirante de la armada, que se adelantó á reconocer el terreno, creyendo ser mas eficaz la fuerza que la persuasion, obró desde luego como conquistador y como

enemigo del pais, apoderándose de varias naves que encontró en el puerto. Saltó en tierra y pidió refuerzos para mantener sus posiciones. Diéronsele en efecto, y empeñados ya en lo hecho por el almirante, todo el ejército siguió su direccion y se acampó en un valle, bajo las ruinas de la antigua y célebre Cartágo. Acometieron en seguida á un pequeño pueblo y lo ganaron, degollando doscientos moros: otros refugiados en las cuevas perecieron á fuego y humo: los cristianos perdieron un hombre en esta accion.

El rey de Tunez, no solo no trató de hacerse cristiano, sino que presentó un ejército numeroso para echar de su pais á unos huéspedes tan peligrosos, y puso en prisiones á todos los cristianos que tenía á su sueldo, publicando que les cortaria la cabeza si el ejército de los cruzados se arrimaba á Tunéz. Despues de estas medidas políticas de aquel bárbaro, no ocurrió sino una pequeña escaramuza sin resultados notables; mas la enfermedad que á pocos dias comenzó á sentirse en el ejército cristiano, con la muerte del mismo San Luis y la de su hijo el conde de Nivers, llenaron de luto á los cruzados.

Entretanto, no se descuidaba el rey de Tunez molestado con investidas parciales á sus enemigos. Sostúbose el ejército cristiano esperando la llegada de Carlos de Anjou, rey de Sicilia, con su armada al socorro de los cruzados; pero solo llegó á tiempo de ver la lastimosa situacion de sus compañeros de armas.

Sin embargo el valor de los cristianos hizo tanto, venciendo á los moros en los diferentes reencuentros posteriores, que el rey de Tunez creyó conveniente pedir la paz; y el ejército cristiano se retiró, después de haber obligado al moro, entre otras cosas, á pagar los gastos de la guerra, el tributo acostumbrado al rey de Sicilia, y permitir la predicacion del evangelio en su país. Parte de la armada se perdió en las mismas costas de Tunez por una tempestad ocurrida antes de salir, y mas de cuatro mil soldados perecieron en ella.

No pararon en esto las desgracias; el rey D. Teobaldo murió en Trapania de Sicilia, á su vuelta para Navarra: fué enterrado en Pruino, villa principal de su condado de Bria, á catorce leguas de Paris. En su testamento, hecho en el campo de Africa, dejó muchas mandas y legados pios á los conventos y á los pobres. La reina D.^a Isabel murió tambien en su viage desde Sicilia á Marsella, después de haber sido triste testigo de las muertes de su padre, hermano y marido.

D. Enrique.

1270. Muerto D. Teobaldo II, sin sucesion, entró á reinar su hermano D. Enrique conde de Ronay, que gobernaba el reino.

1271. El rey D. Alonso el Sabio de Castilla, aunque había conseguido echar de sus estados á su hermano el infante D. Enrique, que como queda referido le hacía la

guerra, tenía que combatir con el otro hermano D. Felipe y con muchos señores poderosos que le seguian. El infante D. Enrique deseaba atraer á su partido al rey de Navarra, á cuyo efecto le visitó á luego de su coronacion. Pero el navarro no quería entrar en este juego sin la seguridad de una ganancia considerable. Solicitaba que se le restituyesen todas las tierras usurpadas por Castilla en la Rioja y Bureba hasta montes de Oca, y las de Alava y Guipuzcoa, desmembradas en la ausencia de D. Sancho el Fuerte. El infante castellano prefirió ir á buscar socorro entre los moros á las proposiciones del rey navarro.

Al mismo tiempo el de Castilla procuraba tambien la amistad del rey D. Enrique y ambos ajustaron el matrimonio de D. Teobaldo, hijo de este en la lactancia, con una hija de D. Alonso, y se confederaron; pero esta alianza se disolvió al momento por una desgracia singular. Criábase el niño D. Teobaldo en el castillo de Estella, fundado en una alta peña: traíale un día el ama en los brazos y al pasar por una galería sobre el muro se desprendió de ellos: el ama, sacando demasiado el cuerpo para tenerle, cayó tambien y pereció con el infante.

El rey D. Enrique, á quien solo le quedaba una niña, aun menor que D. Teobaldo, llamada D.^a Juana, y que temía no tener mas sucesion por sus achaques y una gordura desmedida de su cuerpo, hizo que se la jurase por sucesora en el reino.



Manifestabáse el zelo de D. Enrique, particularmente, en aumentar el patrimonio real y disminuir el poderoso influjo de los señores feudales, haciendo realengos á los pueblos. A este efecto atrajo á D. Pedro Sanchez de Monteagudo, señor de Cascante, á que le donase este señorío para despues de sus dias, muriendo sin sucesion; y aunque murió con ella, Cascante se agregó, despues de la muerte de D. Enrique, al patrimonio real. Lo mismo hizo con D. Gil de Rada señor de Rada, cuyo castillo era muy fuerte en aquellos tiempos.

1274.

Pero no vivió lo bastante para llevar al fin unas ideas que propendian á reconcentrar el poder en la autoridad real. Murió D. Enrique en Pamplona y se enterró en Santa María de la misma ciudad; acabándose con su muerte la línea masculina de los reyes de Navarra de la casa de los condes de Champaña y de Bria.

Doña Juana.

1274.

La reina viuda D.^a Blanca juntó cortes; y con acuerdo de ellas nombró por gobernador del reino, por la menor edad de la reina D.^a Juana, á D. Pedro Sanchez de Monteagudo señor de Cascante; y al mismo tiempo los diputados de los pueblos se confederaron para ayudarse mutuamente, por tiempo de treinta años, en el caso que el gobernador no les observase sus fueros. Además acordaron reunirse, cada tres meses en Olite, para tratar del estado de la confederacion.

1275.

Con la menor edad de la reina de Navarra, se despertaron las antiguas pretensiones de Castilla sobre aquel reino. El rey D. Alonso el Sabio, que hacía leyes para dar á cada uno lo que era suyo, se prevenía con la fuerza para tomar lo ageno. Con esta idea se iban aproximando tropas castellanas á la frontera de Navarra; y aun se decía que estaba destinado para mandarlas el primogénito de D. Alonso, D. Fernando llamado de la *Cerda* por causa de una muy larga con que nació en las espaldas.

El mismo rey de Castilla y el de Aragon, trataban de apoderarse cada uno de la niña Reina, con el pretesto de criarla en sus cortes y con el objeto de casarla á su placer y de disponer del reino. Los navarros estaban divididos en sus opiniones, fomentadas por los intereses respectivos de ambos monarcas, y por D. Garcia Almoravid, caballero poderoso de las montañas de Navarra, descontento de que no se le hubiese dado el cargo de gobernador. La reina D.^a Blanca, envuelta en la desconfianza y el temor, eligió el partido de acogerse á la proteccion de su primo Felipe rey de Francia hijo de San Luis, y huyó secretamente de Navarra con su hija, sustrayéndose á las facciones que la acechaban y burlando los artificios de Aragon y de Castilla.

El partido mas poderoso de Navarra se inclinaba en favor del aragones. A la cabeza de él estaba el gobernador D. Pedro Sanchez que reunió cortes en Olite, y



en ellas acordaron que la reina D.^a Juana se casase con el infante D. Alonso, primogénito de D. Pedro heredero de la corona de Aragon; y juraron que así lo cumplirían; y que en el caso de morir D.^a Juana se casaría D. Alonso con una de sus primas hija del duque de Bretaña.

Inmediatamente que se ausentó la Reina, se vieron los efectos por la parte de Castilla. El rey D. Alonso, irritado de que se le hubiese escapado la presa, que ya creía tener en las manos, hizo que su ejército penetrase en Navarra por Logroño, al mando de su hijo D. Fernando, que se puso sobre Viana. Pero la resistencia de sus habitantes obligó al infante castellano á levantar el sitio; y aunque volvió luego con mas furor á la empresa, le sucedió lo mismo y dejó el campo vergonzosamente.

Al mismo tiempo la faccion de Almoravid, que tenía relaciones secretas con Castilla, había echado profundas raices en Navarra. Manifestábase particularmente en Pamplona, dividida en tres distintas poblaciones. La de la Navarrería estaba dominada por Almoravid y se veían señales hostiles, por que hacía fortificaciones, como quien preveía una guerra de barrio á barrio. El gobernador D. Pedro Sanchez quiso estorvar esta novedad; pero su autoridad fué desatendida y aunque amenazó á los facciosos con reunir las cortes, se le contestó, que las juntasen ó que no las juntasen, las fortificaciones se habian de hacer.

Noticiosa la reina D.^a Blanca de estas cosas, resolvió casar á D.^a Juana con Felipe el Hermoso, hijo primogénito del rey de Francia y de poca mas edad que aquella; y se verificaron los desposorios, transfiriendo al mismo tiempo la tutela al rey Felipe su padre. La primera providencia del tutor fué la de mudar el gobernador, que ademas de ser uno de los partidarios, había perdido toda la influencia que necesitaba para hacerse respetar. Eustaquio de Bellamarca, caballero frances de mucha prudencia y valor, sustituyó al señor de Cascante. Todavía se guardó en sus poderes la fórmula de nombrarse la Reina como tutora, aunque Felipe lo mandaba todo.

Llegó el nuevo gobernador, juró los fueros y tomó posesion de su gobierno; y aunque por el pronto enmudecieron las facciones, se manifestaron luego con mas fuerza por el agravio comun de ser un estrangero el elegido para gobernar; y llegaron hasta intimarle que se volviese á Francia; pero Eustaquio contestó con firmeza, que no lo haría sin orden de sus soberanos, á quienes avisó secretamente lo que ocurría.

Los partidarios de Almoravid, que obraban bajo el influjo de Castilla y eran los mas atrevidos, concibieron el proyecto de sacar al gobernador al campo, con pretexto de guerra, y apoderarse de su persona. Con este objeto solicitaron de D. Diego Lopez de Haro señor de Vizcaya y de D. Jimeno Ruiz señor de los Cameros, que mandaban el ejército de Castilla en ausen-



cia del infante D. Fernando, ocupado en la guerra de Andalucía con los moros, que introdujesen en Navarra algunas tropas. Así lo ejecutaron, y engañado el gobernador con la necesidad de salir á campaña, estaba ya en el camino para Estella, donde le esperaban los conjurados, cuando tuvo aviso y se volvió precipitadamente á Pamplona.

En este estado murió el rey D. Jaime de Aragon y le sucedió su hijo D. Pedro. Ya para entonces el partido que propendia al casamiento de D.^a Juana con D. Alonso, primogénito de D. Pedro de Aragon, viendo la imposibilidad de llevarlo á efecto, se había inclinado á Castilla con el señor de Cascante su gefe, por que miraban con odio el gobierno del frances.

Otro acontecimiento complicó mas el estado de las cosas. El infante D. Fernando de la Cerda murió en su jornada contra los moros de Andalucía. Dejó por hijos de su matrimonio con D.^a Blanca, hija de San Luis y hermana de Felipe rey de Francia, á D. Alonso y D. Fernando, de quienes el primero debía heredar el reino de Castilla por el derecho de primogenitura de su padre; pero el osado y astuto infante D. Sancho, hermano menor del difunto D. Fernando, se adelantó atrayendo á su devocion á muchos castellanos, de quienes, reunidos en cortes, logró se le declarase por sucesor de su hermano. Y el mismo D. Alonso el Sabio su padre, atropellando el derecho de las leyes, que acababa de establecer en las siete Partidas, no solo tuvo la

debilidad de consentir en el desheredamiento de sus nietos, sino que á ellos y á su madre los recluyó en el castillo de Játiva para asegurar mas la sucesion de D. Sancho. Y aunque á solicitud del rey de Francia, hermano y tio de los presos, se los entregó, todavía se arrepintió y envió correos en su busca; pero los libertó la celeridad con que el embajador Frances se alejó de las fronteras de Castilla. De aquí resultó, que el rey Felipe amenazase al de Castilla diciendo, que le buscaría con sus ejércitos, y que el castellano le respondiese con igual arrogancia.

Estos sucesos aumentaron la animosidad de los navarros de la faccion castellana. El gobernador Eustaquio se vió precisado á fortificarse dentro de Pamplona, entre los habitantes de San Saturnino y poblacion de San Nicolas, que sostenian el partido de la Reina. Los facciosos de fuera, que tenian de su parte á la Navarrería, reunieron sus fuerzas, entraron en ella y requirieron á las otras dos partes de la ciudad que echasen fuera al gobernador. Resistiérouse y comenzaron á batir los muros del Burgo y Poblacion, arrojando al mismo tiempo una nube de ingenios incendiarios. Defendianse con valor; y en medio del furor sanguinario de los partidos, varios vecinos zelosos de la paz intentaron restablecerla y pudieron conseguir una tregua de algunos dias.

Pero no hubo medio de conciliacion: los del partido de Almoravid rompieron las hostilidades, aun antes



de concluirse el término. Algunas tropas de Castilla habian venido tambien sobre Pamplona, y el ejército del rey Felipe caminaba ya en socorro del gobernador. D. Pedro Sanchez de Monteagudo quiso entonces abandonar la causa de los coligados y fué asesinado en su misma cama por D. Garcia Almoravid. Los de la Navarrería saciaban su furor hasta en los niños de sus enemigos, estrellando contra las paredes á cuantos podian haber á sus manos. Entre los dieterios con que insultaban á la Reina, y á sus partidarios, uno de ellos era llamar á D.^a Juana *la Trocada*, suponiendo no ser hija verdadera de D. Enrique.

Llegó el ejército frances, mandado por el conde de Artois Roberto. No habiendo podido penetrar por las montañas de Navarra, á causa de la resistencia que encontró en las gargantas del Pirineo, el rey D. Pedro de Aragon le permitió el paso por Canfranc. A los franceses se unieron luego los navarros partidarios de la Reina. Los de la Navarrería esperaban socorro de D. Alonso de Castilla: entretanto los franceses la pusieron sitio; y los castellanos no pasaron de Estella: una parte del ejército, que llegó á la sierra del Perdon, fué obligada á retirarse.

D. Garcia Almoravid, y los demas principales cabezas de la faccion, conociendo entonces el peligro huyeron secretamente de la ciudad en una noche, acogiéndose á los castellanos; y los habitantes de la Na-

varrería, abandonados de sus gefes, fueron asaltados, robados, las mugeres violadas, y todos degollados sin distincion de edad ni sexo: ni se perdonó á los templos y vasos sagrados; ni á las tumbas de los muertos: una de bronce dorado, que habia sobre la sepultura del último rey D. Enrique, fué arrancada creyéndola de metal precioso. Los cadáveres se veian hacinados en las calles y envueltos entre las ruinas. El fuego acabó con lo que no pudo el hierro ni el furor y la codicia de los vencedores. Y las facciones del reino desaparecieron amedrentadas. Las tropas castellanas se retiraron tambien á su pais, dejando ofendidos á sus enemigos y á sus aliados.

Los reyes D. Alonso de Castilla y D. Pedro de Aragon, renovaron pocos años despues sus inteligencias: tuvieron vistas entre Agreda y Tarazona: hicieron una alianza ofensiva y defensiva; y secretamente acordaron invadir y partirse el reino de Navarra. Pero D. Pedro se ocupaba tambien entonces de otro proyecto todavia mas secreto; dispuso una armada ostentando ser contra infieles y en efecto desembarcó en Constantina cerca de Tunez, con el objeto verdadero de atacar á Sicilia: lo hizo así y aprovechándose del descontento general de los sicilianos, que el habia fomentado de antemano, echó de aquel reino á su rey Carlos, hermano de San Luis y tio de Felipe de Francia. Ambos reyes, de Sicilia y Aragon, se desafiaron en esta guerra cuerpo á cuerpo, y aun se señaló el dia y el campo de

1281.

1282.



Burdeos, entonces bajo la dominacion de los ingleses, para el duelo que no llegó á verificarse.

1283. El rey de Francia tomó parte en la desgracia de su tío; y Navarra, que no tenía ninguna en la cuestion, se vió envuelta en una guerra de agenos intereses. Franceses y navarros tomaron las armas contra Aragon, y un ejército considerable entró por la Valdonsella; pero esta campaña se concluyó sin otros resultados que la toma, por parte de Navarra, de Lerda, Ul, Filera y Salvatierra donde se labró un castillo: todo lo demas se redujo á robos é incendios.

D. Felipe I y Doña Juana.

1284. La reina D.^a Juana, de edad ya de trece años, celebró su matrimonio con el primogénito de Francia D. Felipe en Paris.

La guerra seguía, y los aragoneses sitiaron á Tudela, aunque en vano. El rey de Francia tenía que luchar al mismo tiempo, con Aragon por su tío D. Carlos de Sicilia, y con Castilla por el desheredamiento de los infantes Cerdas sus sobrinos. D. Sancho de Castilla, apoderado del cetro, no solo despreciaba ya á su padre D. Alonso el Sabio, sino que le acusaba de crímenes para hacerle odioso é indigno del gobierno. Una sentencia dada en cortes, reunidas por D. Sancho, acabó con la autoridad del padre despojándole del título de Rey y de sus rentas. El Papa excomulgó al hijo y á

todos los de su faccion. El rey de Aragon estaba tambien excomulgado por el despojo del de Sicilia, á quien el pontífice Martino II protejía.

Los dos reyes destronados murieron luego en un mismo año. D. Alonso de Castilla acabó la vida maldiciendo á su hijo, desheredándole y llamando á la sucesion del reino á su nieto D. Alonso de la Cerda.

El Papa había publicado, ademas de la excomunion, una cruzada contra D. Pedro de Aragon, adjudicando todos sus estados al primero que los conquistase. El rey Felipe de Francia, autorizado con las facultades pontificias, dirigió todas sus fuerzas por el Rosellon, á tiempo que D. Pedro tenía en el interior del reino la guerra con sus vasallos sobre la observancia de los fueros. Ni su aliado el rey de Castilla queria socorrerle, pretestando necesidad de contener á los moros de Andalucía.

Atacó Felipe á Elna en el Rosellon: se resistió, la asaltó y por consejo del cardenal de Santa Cecilia Juan Cholet, legado del Papa y predicador de la cruzada en esta espedicion, fueron pasados á cuchillo todos los habitantes, sin escepcion de edad, ni sexo, ni de los que se refugiaron en la iglesia. En Figueras el rey Felipe de Navarra, que acompañaba al padre en la guerra, hizo prisioneros á todos sus defensores.

El ejército frances cercó á Gerona; la peste se manifestó en los sitiadores y ademas una plaga intolerable de moseas, que los de Gerona atribuyeron á pro



teccion de su patron San Narciso. El ejército de D. Pedro se presentó tambien á contener al enemigo; pero una accion desgraciada para el aragones obligó á Gerona á rendirse, y al rey D. Pedro le ocasionó la muerte de pesar. Sin embargo la peste precisó á los franceses á retirarse, y su rey Felipe murió á los pocos dias en Perpiñan.

1286. Con la muerte del rey de Francia, esta corona se unió á la de Navarra en la cabeza de su hijo D. Felipe el Hermoso. En el año mil doscientos ochenta y ocho se había encendido la guerra entre Inglaterra y Francia; y en estas circunstancias el rey D. Felipe hizo la paz con Castilla. Una de las condiciones fué la de que el frances no favoreciese la causa de los Cerdas: tambien pactaron la guerra contra Aragon, cuyo rey D. Alonso III, sucesor de su padre D. Pedro, se había declarado enemigo de Castilla y en favor de D. Alonso de la Cerda. Pero luego se hizo la paz entre Francia y Aragon con intervencion del Papa. El rey D. Alonso de Aragon murió en el mismo año y le sucedió su hermano D. Jaime II. Poco antes la reina D.^a Juana había dado á luz á D. Luis Hutin, primogénito de Francia y de Navarra.
1295. La muerte del rey D. Sancho IV de Castilla, ocurrida cinco años despues, produjo una confederacion entre Aragon, Portugal, Francia, y hasta el rey moro de Granada entró en ella para colocar en el trono de Castilla al infante D. Alonso de la Cerda, so-

brino de D. Sancho, escluyendo á D. Fernando IV, su hijo de poca edad, llamado el Emplazado. El infante D. Juan, hermano del difunto D. Sancho, aspiraba tambien al trono, y apoyado de muchos señores de Castilla se había hecho proclamar por rey; pero D. Alonso de la Cerda transigió con D. Juan prometiéndole el reino de Leon y reservándose D. Alonso el de Castilla.

Sin embargo de tan poderosos enemigos contra el Emplazado, la reina viuda D.^a María de Molina su madre, princesa de grande espíritu, supo mantener los derechos del hijo. Los ejércitos confederados entraron en Castilla en favor de D. Alonso de la Cerda; mas la peste los redujo bien pronto á la necesidad de retirarse; al mismo tiempo que la Reina, negociando astutamente con los descontentos, ganaba la confianza de todos y desarmaba á Dionisio rey de Portugal, casando á Fernando con la infanta D.^a Constanza hija de Dionisio, y á una hermana de Fernando con el heredero de Portugal.

Ocurrieron despues graves desavenencias entre el rey D. Felipe y el papa Bonifacio VIII. La causa principal fué, que en la guerra de Francia contra el rey de Inglaterra y el conde de Flandes, se metió el Papa á mediador y se erigió en juez, pronunciando sentencia contra el frances, para que restituyese al ingles y al flamenco todo lo que había conquistado con las armas; á pesar de que el rey D. Felipe había protestado que no remitía su diferencia al Papa sino como á perso-



na privada, y haber asegurado Su Santidad, no ordenaría cosa alguna sin consentimiento de D. Felipe.

Este procedimiento irritó al Rey, de manera, que en vez de obedecer la sentencia envió un poderoso ejército á Flandes y redujo al Conde á su obediencia. Entonces Bonifacio se valió, para mortificar al Rey, del medio de despachar á su corte al obispo de Pamiers para exortarle á la cruzada, que hizo publicar por toda la cristiandad, para la recuperacion de la tierra Santa; sabiendo bien que D. Felipe no entraría en ella por hallarse embarazado en la guerra de Flandes.

En efecto sucedió así; y agregadas á ello otras pretensiones del Papa, á que el Rey no quiso acceder, el obispo le amenazó con privarle del reino: el Rey hizo prender al obispo, y aunque lo soltó luego, le echó de sus estados. Una excomunion y entredicho, adjudicando el reino de Francia al emperador Alberto, fué la providencia tomada por el Papa. El clero de Francia se puso de parte del Rey, alegando que el Pontífice no debía ser obedecido hasta que se purgase de los crímenes de heregía y homicidio de que se había valido para que el papa San Celestino V, su predecesor, renunciase el pontificado. Las cosas llegaron á tal extremo que el Rey hizo prender á Bonifacio: sus paisanos de Anagnia le sacaron de la prision; pero el Papa murió de despecho á los tres días siguientes.

Benedicto XI⁽¹⁾, su sucesor, levantó el entredicho á la Francia y murió á los ocho meses de pontificado; y el rey D. Felipe, cuyo furor no estaba todavía satisfecho contra Bonifacio VIII, aunque difunto, intrigó para que fuese electo Raimundo de Gout arzobispo de Burdeos; á quien antes de todo le hizo prometer muchas cosas, en que el arzobispo convino á trueque de ser papa: una de ellas, que el cuerpo de Bonifacio fuese desenterrado y quemado como herege. Raimundo subió al pontificado; tomó el nombre de Clemente V 1304. y cumplió con todo lo prometido al Rey, menos en condenar la memoria de Bonifacio.

D. Jaime II de Aragon insistía en favorecer la causa de D. Alonso de la Cerda y convidó para ello al rey D. Felipe, lisonjeándole con la idea de reconquistar las tierras de la Rioja, Guipuzcoa, Alava y Vizcaya. D. Felipe, no solo entró en la confederacion, sino que á fin de tener mas grato al aragones, para esta empresa, le devolvió las villas de Lerda, Ul, Filera y Salvatierra, ganadas por Navarra en la última campaña. Pero al mismo tiempo D. Felipe, que divertido en otras guerras, solo pensaba en atemorizar á Castilla con amagos, ó engañarla con el prestigio de su proteccion, envió sus embajadores á la reina D.^a María para la restitution de aquellas provincias, ofreciéndola en retorno pelear con todo su poder contra todo el mundo en

(1) La Iglesia llama á este papa Benedicto X, por las razones que se diran en otra nota al año 1416.



favor de su hijo D. Fernando. La reina, que á la sazón estaba en Burgos, contestó dando largas y aplazando vistas con el gobernador de Navarra Alfonso Robray. Celebráronse en efecto; y de ellas, solo resultaron vanas esperanzas con que hubo de contentarse el rey D. Felipe.

1305. Un año despues murió la reina D.^a Juana de Navarra en Vincenas, dejando por hijos á Luis llamado Hutin, palabra antigua francesa que significa amotinador, pendenciero ó envuelto en disensiones, con alusion á las que padeció y sosegó en Leon de Francia en vida de su padre: Felipe el Luengo ó el Largo por su mucha estatura: Carlos conde de la Marca; y Roberto que murió de poca edad. Tambien tuvo tres hijas; Isabel que casó con Eduardo II rey de Inglaterra, y Margarita y Blanca que murieron niñas. Fué enterrada la Reina en el convento de San Francisco de Paris, en cuya ciudad había fundado el célebre colegio llamado de los Navarros.

D. Luis Hutin.

1305. Las cortes de Navarra enviaron embajadores al rey D. Felipe y á su primogénito D. Luis Hutin, sucesor en el reino, pidiendo la venida de este para reconocerle por Rey y remediar con su presencia las quejas de sus vasallos. El rey D. Luis tenía á la sazón catorce años, y su padre estaba ocupado en la coronacion del papa Clemente V, que debía trasladar su silla de Roma á

Aviñon; y en la famosa estincion de los Templarios, verificada despues en el año mil trescientos once.

Todas estas causas influyeron para retardar la venida del Rey por dos años, unidas á la pretension de D. Felipe de que no era necesaria la presencia de D. Luis para su coronacion; por que así se había hecho cuando el mismo se casó con D.^a Juana. Sin embargo D. Luis vino y se coronó con las formalidades del fuero: visitó los pueblos principales del reino y les juró tambien sus privilegios particulares.

La venida del rey D. Luis á Navarra, despertó en Aragon grandes rezelos de que su padre Felipe le enviava á revolver las cosas de España, y á divertir á D. Jaime II de las guerras de Italia y Sicilia, que ambos reyes cebaban y mantenian con teson en favor de sus parientes que allá dominaban, alternando la fortuna. D. Jaime previno sus fronteras; y aunque los temores se desvanecieron luego, sin embargo, ya fuese por que los vecinos de Petilla, pueblo de Navarra confinante con Aragon, comenzaron á hacer hostilidades en sus vecinos los aragoneses, ó por que estos pretendian la conquista de Petilla, lo cierto és que ambos paises tomaron las armas por aquella parte, y los aragoneses sitiaron aquel pueblo. Los de Sangüesa, á cuya merindad correspondía, pidieron socorro al Rey, que estaba visitando la baja Navarra: envióles la caballería de su guardia, y con su ayuda echaron á los aragoneses, despues de una accion muy sangrienta, persi-

1307.

1308.



guiéndoles hasta cerca de Sos: murieron mas de dos mil de los enemigos y muchos navarros, entre ellos ochenta de Sangüesa.

Irritados los aragoneses, y reunidos en mayor número, pasaron el río Aragon por el vado de San Adrian y ocuparon el valle de Aibar, saqueando y destruyendo cuanto encontraban: lo mismo hicieron luego en las comarcas de Olite y Tafalla. Retirábanse con sus presas á repasar el vado de San Adrian, cuando los de Sangüesa y Aibar, emboscados en la otra parte del río, les atacaron improvisamente: la accion fué muy reñida, pero se salvaron pocos aragoneses: murieron pasados de cuatro mil, muchos de ellos ahogados en el río: de los navarros, solo de Sangüesa quedaron en el campo ciento y veinte y seis: no se dice el número total: todo el botin cayó en poder de los navarros. Los de Sangüesa conservan todavía el estandarte real de Aragon que ganaron sus vecinos (1).

Estaba el Rey en Urroz, reuniendo gente para acudir á donde fuese necesario, cuando le llegó la noticia de la derrota de los aragoneses; y al mismo tiempo le llegó tambien una orden de su padre el rey de Francia que le obligó á marchar, para no volver jamas

(1) Antiguamente sacaban este estandarte en las procesiones públicas, hasta que un aragones osado quiso recobrarle: preparóse con un buen caballo, en parage á propósito, al tiempo de la procesion: arremetió de improviso, arrebató el estandarte, y corriendo con él, y los de Sangüesa detras, tuvo la desgracia de caer con el caballo, y de morir hecho pedazos.

á Navarra, despues de haber asegurado bien las fronteras de su reino. Llevó consigo á D. Fortuño Almoravid alferes mayor, á D. Martin Aibar y á otros muchos caballeros navarros; *así por vaciar la tierra de gentes, en quienes él tenía alguna sospecha, como por les hacer mercedes y servirse de ellos* (1).

Dejó por lugartenientes ó gobernadores á D. Guillen de Chaudenai y D. Hugo de Visac; y ademas á D. Estevan Borret sozdean de Poiteus, Reol Roselet canónigo de Paris, y Pierres de Conde canónigo de Leon, para que unidos con los dos vireyes reformasen los abusos de la administracion pública. Este gobierno de dos, parece fué provisional, por que poco tiempo despues ya no había sino un solo gobernador ó virey, y este lo era Engarran de Villers hasta el año mil trescientos quince en que entró Alfonso Robrai, que ya lo habia sido anteriormente.

Habíase casado el rey D. Luis, en el año mil trescientos cinco, con Margarita, hija de Roberto duque de Borgoña; y acusada ahora de adulterio, así como las otras dos nueras del rey Felipe de Francia, fueron las tres encerradas. La muger de D. Luis dicen que murió degollada

(1) Esto dice Garibay; pero Moret lo refuta fuertemente, alegando que no podía tener el Rey rezelo alguno de la fidelidad de los caballeros. Yo no aseguro lo uno ni lo otro; pero no encuentro gran dificultad en creer á Garibay, sin perjudicar por esto al honor de los caballeros. La política de los reyes no está limitada á la prevision de lo verosimil, y es mucho mas sabia cuando precave lo posible.



en la prision; y aquel se casó luego en segundas nupcias con Clemencia, hija del rey de Hungría. Felipe murió de pesar del deshonor de su familia: y fué enterrado en San Dionisio.

1314. Por muerte del rey de Francia recayó la corona en su hijo el de Navarra, que solo disfrutó de ella dos años envuelto en guerras con el conde de Flandes.

1316. Murió en el bosque de Vincenas cerca de Paris y fué enterrado, como su padre, en San Dionis. Sospechábase haber sido envenenado: otros dicen que su muerte procedió de haber bebido helado.

D. Juan, el de pocos dias.

1316. El rey D. Luis, dejó de su primera muger una hija llamada Juana; y la reina D.^a Clemencia quedó preñada, y suspendida hasta su parto la decision del derecho de la corona. Parió un hijo llamado Juan, y tambien *el de pocos dias*, por que solo vivió ocho desde su nacimiento.

D. Felipe II el Luengo.

1316. D. Felipe el Luengo ocupó el trono de Francia y el de Navarra, por falta de sucesion masculina de su hermano D. Luis Hutin. No podía heredar á Navarra por que no regía la ley *Sálica*, que por primera vez se alegó tambien en Francia para escluir á D.^a Juana hija de

D. Luis; pero D. Felipe tenía ya como regente las riendas del gobierno y supo atraerse un partido poderoso. Odon duque de Borgoña, hermano de D.^a Margarita madre de D.^a Juana, defendía el derecho de su sobrina refutando la ley *Sálica*, como de origen ignorado y oscuro; mas D. Felipe le hizo callar casándole con su hija mayor y dándole en dote el condado de Borgoña, reuniendo así en una sola cabeza el ducado y el condado.

Hizo tambien las paces con Flandes para desembarazarse de enemigos exteriores. En cuanto á los navarros, no solo toleraron, por entonces, este contrafuero del poder, sino que le recibieron sin disgusto.

1317. El rey Felipe escribió al reino una carta en que le decía, que no pudiendo venir personalmente para ser jurado nombrase personas que pasasen á Francia; y el reino junto en cortes eligió al obispo de Pamplona, al prior de Roncesvalles, al abad de Leire y varios caballeros y diputados de los pueblos, que marcharon con poderes, y llevaron la fórmula en que se había de hacer el juramento del rey y del reino.

Creo deber hacer mencion, en este reinado, de la raza de los *Agotes*, que en las montañas de Navarra se conocian antiguamente con el nombre de *Gafos* (1). La

(1) Así les llama el Fuero de Navarra, por que cuando se escribió era desconocido el nombre de *Agotes*, que se generalizó despues, deribado de los *Cagotes* de Francia. Hoy existe todavía esta raza de gentes. Una ley de las cortes de Pamplona del año 1818



lepra era mirada en aquellos tiempos como un castigo directo de la mano de Dios, y los leprosos odiados

procuró destruir la odiosidad con que se las miraba y prohibió hasta el uso del nombre de *Agote* como injurioso. Muchos historiadores se han ocupado en indagar el origen de esta familia: unos quieren que proceda de los visigodos que quedaron en el Bearn después de su derrota general: otros de los albigenses: otros de los judíos: y otros finalmente de los sarracenos, restos del ejército de Abderramen batido por Carlos Martel. D. Miguel de Lardizabal, en su Apología por los Agotes de Navarra y los Chuetas de Mallorca, tocó todas estas opiniones, examinó personalmente á los Gafos ó Agotes de Navarra, consultó el fuero del reino que los separaba del comercio de los demás hombres para que no inficionasen á los sanos; conoció que estos Gafos ó Agotes, y los Cagots ó Cagotes de Francia eran unos mismos, y sin embargo no acertó á fijar su origen, ni aun la etimología del nombre. Pero lo más admirable es que Marca, historiador francés, que debía conocer mejor á los Cagotes por su voz propiamente francesa y por la historia de su país, donde consta la fundación de hospitales para estos leprosos y su persecución por Felipe el Luengo, incurriese también en el error de hacerlos descender de los sarracenos que quedaron en Gascuña, restos del ejército de Abderramen, no debiendo ignorar que en aquellos tiempos los cristianos en las guerras mataban á los moros ó los hacían esclavos para servirse de ellos y ganar rescates; pero trataban bastante bien y no se desdaban de tener relaciones sociales con los que estaban vecindados en los pueblos. Mr. Faget de Baure, en su Ensayo histórico sobre el Bearn, dice; que los Cagotes franceses son originarios de los leprosos. Yo no he hecho más que aplicar el nombre de los Cagotes á los Agotes ó Gafos de Navarra; y aun esto, como llevo dicho, me lo había ahorrado Lardizabal, que se inclina sin embargo á la opinión de Marca, suponiendo que los moros de Abderramen se hicieron cristianos y que en obsequio de ello se les dejó la vida, pero que se perpetuó para con su posteridad el odio implacable á la nación agarena y la persuasión de que eran leprosos. Me parece que Lardizabal no fijó bien la consideración en el cap. 5 lib. 5 tit. 11 del fuero de Navarra, que

como los judíos y condenados á vivir fuera de la sociedad de los demás hombres en hospitales destinados al efecto. Luis VIII de Francia había destinado rentas para las dos mil casas de esta especie que se contaban en su reino, donde aquellos desgraciados disfrutaban bastantes comodidades: atraídos de ellas hubo muchos que fingían tener la enfermedad, hasta que Felipe el Luengo destruyó los hospitales apoderándose de sus bienes, bajo el pretexto de que los leprosos habían cometido horrendos crímenes. A la odiosidad anterior se agregó esta; y los que fingían la enfermedad se atrajeron el nombre de *Cagots* (esto es hipócritas, embusteros) con que se les denominaba en el medio día de la Francia: por contracción se llamaron después *Agotes* en Navarra; y en todas partes se les miró con tal horror que hasta en la iglesia tenían sitio sepa-

tuvo presente y dice « Infanzon ó villano si tornare Gafos, en egleſia
« ó en abrigos de la villa non debe ser con los otros vecinos, mas
« que vaya á las otras gaferías (hospitales); é dijere el Gafos, en mi
« heredad puedo vivir que ire á otras tierras y sea de la villa, é todos
« los vecinos de la villa faganli casa fuera de las eras de la villa. . . . »
Se ve en este capítulo, que hasta los infanzones navarros se tornaban
ó convertían en gafos, es decir que adquirirían la enfermedad, y contra
ellos se establecían las medidas sanitarias y eran tan gafos y cagotes
y separados de la sociedad, por el horror de la lepra, como lo
pudieran ser los sarracenos mas abominados; ¿pues para qué ir á buscar
entre los moros de Abderramen el origen de una casta que podía ser formada
por los infanzones de Navarra, al paso que es inverosímil que tanto moro
se convirtiese de una vez, y casi imposible conservarlos en un país en que tan mal
se les trataba, y de donde podrían huir con facilidad?



rado y distintos cementerios y pilas de agua bendita, los leprosos y sus descendientes, aunque desapareció la enfermedad.

Nada notable ocurrió durante este reinado; procuró y consiguió el monarca hacerse amar de sus vasallos: disfrutaron los navarros de la paz interior por el contento general; y de la exterior por el respeto de los reinos vecinos al poder de la Francia. Todos estos bienes gozaba Navarra en cambio de la renuncia á gobernarse por un rey independiente, casi siempre poco respetado de sus vasallos, en los estados pequeños, y espuesto á las asechanzas de los vecinos poderosos. Alfonso de Robray gobernó á Navarra, como virey, hasta el año mil trescientos diez y nueve, y después Ponce de Morentaina vizconde de Aunay.

Murió D. Felipe el Luengo en el año mil trescientos veinte y uno sin hijos y fué enterrado en San Dionisio, como su padre y hermano.

D. Carlos I, el Calvo.

1321. Por muerte de D. Felipe el Luengo, sucedió en los reinos de Francia y de Navarra su hermano D. Carlos conde de la Marca, llamado por los franceses el *Hermoso*.

Comenzaron los navarros á disgustarse de su dependencia de la Francia, y del agravio repetido que se hacía á su joven Reina, de edad ya de once años. Este disgusto hacía mirar con bastante aversion al nuevo

Rey, á quien ponían en ridículo llamándole el *Calvo*.

Signiose á esto alguna turbacion en las fronteras de Castilla donde, ya fuese suscitada por los mismos navarros, ó por la esperanza de los castellanos de encontrar menos resistencia en vasallos descontentos, comenzó la guerra.

El gobernador de Navarra acudió con las armas á la parte de Guipuzcoa, en que el enemigo se había apoderado del castillo de Gorriti. Recobraronle los navarros y entraron en aquella provincia: se apoderaron de Gaztelu, quemaron á Berástegui, robaron el pais, y se volvian con la presa, cuando los guipuzcoanos, apostados en la montaña de Beotivar, bajo la cual debían desfilarse los navarros, les dispararon gran cantidad de toneles llenos de piedras, con que mataron á muchos sin arbitrio para defenderse. Murió entre ellos D. Juan Enriquez de Lacarra, hijo natural del rey D. Enrique.

1323. Siguió en el vireinato D. Ponce de Morentaina hasta el año mil trescientos veinte y tres en que el rey Carlos, viendo alguna resistencia en los navarros para repetir el juramento hecho á su hermano en ausencia, volvió á enviar á Alfonso de Robrai para que, como mas práctico en el conocimiento de las gentes, manejase este negocio. Pero el reino se negó constantemente al juramento, y el Rey estaba bastante ocupado en la guerra con Inglaterra para hacerse respetar.

1324. En el año mil trescientos veinte y siete vino de gobernador D. Pedro Ramon de Rabastens; y en el siguiente



1328. murió el rey D. Carlos y se enterró en San Dionisio.

D. Felipe III el Noble y Doña Juana.

1328. Murió D. Carlos el Calvo sin sucesion; pero su tercera muger Madama Juana, hija de los condes de Ebrois ó Evreux, quedó preñada de siete meses. Suscitáronse en Francia las cuestiones anteriores acerca de la ley Sálica. Pretendía heredar el reino, en el caso de nacer hembra, Felipe conde de Valois, hijo del conde Carlos hermano del rey Felipe el Hermoso. También eran pretendientes el rey de Inglaterra Eduardo III, como hijo de la reina madama Isabela hermana del difunto rey Carlos; y D.^a Juana duquesa de Borgoña como hija de Felipe el Luengo.

La reina viuda parió una hija, llamada Blanca, que casó despues con el hijo menor del duque de Orleans; y los franceses dieron la corona á Felipe de Valois. Eduardo de Inglaterra, ni sus sucesores, no quisieron reconocer esta eleccion, y la disputaron por mas de siglo y medio.

Los navarros, inquietos ya desde la segunda usurpacion de los derechos de D.^a Juana, cometida por Carlos el Calvo, hicieron ahora la mas fuerte oposicion, aun antes de parir la Reina. Decian, que ellos no necesitaban esperar al parto teniendo á D.^a Juana hija de Luis Hutin, á quien de derecho pertenecía la corona; por que en Navarra jamas se había reconocido la

ley Sálica de los franceses, y su fuero admitía espresamente á las hembras á la sucesion del trono. Para este tiempo se había casado D.^a Juana con Felipe conde de Evreux, hijo del conde Luis, hermano tercero del rey Felipe el Hermoso, como hijos ambos de Felipe III el Audaz de Francia y nietos de San Luis.

La nobleza y los pueblos se habian reunido y confederado con juramentos para no dividirse, ni dar votos particulares, en cuanto á la sucesion del trono. El influjo de la aristocracia se veía demasiado oprimido en Navarra, bajo un cetro poderoso, y los navarros todos propendian por su antigua independencia.

Así és, que cuando el rey Felipe de Valois envió sus cartas á los estados del reino, para que le reconociesen por su monarca, un movimiento general de indignacion se manifestó por todo el reino. Juntárouse las cortes en Puente la Reina, y luego en Pamplona, donde por la mucha concurrencia se reunieron en la plaza llamada del Castillo. Examinaron las razones de los pretendientes á la corona, y todos uniformemente prefirieron el derecho de la hija de D. Luis Hutin.

Enviaron embajadores al rey de Francia haciéndole saber esta declaracion; y al mismo tiempo á D. Felipe de Evreux y á D.^a Juana su muger para que vienesen á recibir la corona. Removieron las cortes al gobernador del reino y nombraron á D. Juan Corbarán de Lehet alferrez del estandarte real, y á D. Juan Martinez de Medrano señor de Arroniz y Sartaguda,



para que gobernasen hasta la venida de los nuevos reyes.

Entretanto, que estas cosas pasaban en Navarra, el rey de Francia se veía empeñado en una nueva guerra contra Flandes. Era también otro embarazo para él la pretensión de Inglaterra á Navarra, por que los ingleses podían apoyarla con las armas por sus tierras de la Aquitania, Burdeos y Bayona, que les pertenecían; y á esto se agregaba la oposicion general de los navarros, que era lo peor de todo.

Por otra parte á Felipe de Evreux le era peligroso entrar á reinar contra el torrente del poder de la Francia. Y en estas circunstancias los dos Felipes, el de Valois y el de Evreux, convinieron en una transaccion amistosa. Remitióse la causa al parlamento de Paris y se decidió que Felipe de Evreux reinase en Navarra por el derecho de su muger, cediendo esta el que podía tener á la corona de Francia, y también los condados de Champaña y Bria, recibiendo en su lugar los ducados de Angulema, Mortain y Longavilla.

Así se arreglaron todas las diferencias, y ambos reyes quedaron tan amigos, que el de Navarra acompañó en seguida, y aun antes de tomar posesion de su corona, al de Francia á la campaña de Flandes concluida felizmente para los franceses. En este interregno ocurrió un alboroto general en Navarra, por el ódio antiguo contra los judíos, á pretesto de sus usuras: el en-

carnizamiento fué tal, que degollaron mas de diez mil de ellos (1), sin distincion de edad ni sexo. En Estella y Viana fué donde mas se manifestó el estrago: en el primer pueblo se hicieron fuertes, pero los cristianos dieron fuego á la judería. El Rey cobró despues las multas de homicidios de los pueblos y particulares que los habian cometido.

La coronacion de los reyes D. Felipe y D.^a Juana se verificó en Pamplona en cinco de marzo de mil trescientos veinte y nueve (2). Antes de ella se reunieron las cortes en Larrasoña, en el momento que los reyes entraban en Navarra: en ellas se arregló de nuevo la fórmula del juramento; por que los navarros, avisados por lo pasado, querian asegurarse mas en lo porvenir. Con este objeto hicieron algunas aclaraciones, y la principal fué que se especificase en el juramento, que luego que el primer hijo, que naciese, llegase á cumplir veinte y un años, el rey D. Felipe dejaría el reino para que lo gobernase el sucesor. El Rey accedió á lo

1329.

(1) Me parece que en esto hay mucha exageracion: aunque se quiera suponer que murieron la mitad de los judios existentes en Navarra, resultarían veinte mil y de consiguiente que casi la décima parte de su poblacion se componía de judios: ni hay señales de que Navarra tuviese entonces mas habitantes que en el día.

(2) El documento de este acto señala el año 1328; pero el P. Moret, siguiendo el nuevo cómputo de los años del Nacimiento, que comienzan en Enero, y abandonando el antiguo de la Encarnacion, que se contaba en Navarra desde 25 de Marzo, retrasa frecuentemente un año los acontecimientos con respecto á las fechas de las escrituras.



acordado por las cortes, aunque no sin repugnancia, y con protesta del derecho de viudedad, que decía tener, al gobierno del reino por su muger; y el Rey y la Reina juraron previamente, por documento separado, lo mismo que habian de jurar en el acto de la coronacion, como lo hicieron (1).

Arreglóse tambien, por los reyes y las cortes, el derecho de viudedad del rey D. Felipe, en el caso de morir primero D.^a Juana. Señaláronse al Rey cien mil libras de sanchetes por los gastos que había hecho en sostener el derecho de la Reina á la sucesion de Navarra, que las debería pagar el heredero que naciese de ambos; y que el rey D. Felipe gobernaría el reino hasta que el sucesor cumpliese veinte y un años, y pagase las cien mil libras.

1330.

Lo primero que hicieron los reyes fué dedicarse al arreglo interior del reino, y con acuerdo de las cortes mejoraron la legislacion considerablemente, con el cé-

(1) Moret cita este documento, tomado del príncipe de Viana; pero está incompleto, por que le falta el preámbulo, donde se hace relacion de los antecedentes; y ademas la acta separada que, aunque de la misma fecha, precedió á la del juramento de la coronacion. En aquella se lee, que el señor de Sulli botellero de Francia, de orden del Rey « disso, que el sobredicho seignor Rei protestaba « que maguera que la jura se fagua convictament, asi como los del « reyno acordaron, que cil reserva é protesta que non le faga preju- « dit al gobernamiento del reyno, que debe haber singularment, así « como marido é cabeza debe haber de los bienes de su muiller et « compaynera. Et á esto repuso la sobredicha seignora reinna, que « le placia et consentia en las dichas reservacion y protestacion. . . »

Archivo de la Cámara de comptos de Navarra.

lebre Amejoramiento, ó fuero adicional, que todavía conserva el nombre de D. Felipe.

D. Alonso de la Cerda, hijo de D. Fernando, llegó por este tiempo á Navarra. Parece trataba de ganar la amistad de los reyes, con esperanzas de valerse de ella en su pretension á la corona de Castilla. Hizo una declaracion espontanea donde, esponiendo su derecho á reinar, reconocía que las tierras de Guipuzcoa, Alava y Rioja pertenecían á los reyes de Navarra: que el de Castilla las poseia injustamente; y que D. Alonso usando de su derecho las restituia desde luego, y lo haría de hecho si llegaba á posesionarse en el trono de aquel reino.

Tres años despues, el rey D. Felipe, pasó á Francia para acompañar á su primo el de Valois en la guerra contra Eduardo III de Inglaterra y los flamencos. Dejó por gobernador en Navarra á D. Enrique señor de Sulli. Durante esta ausencia las fronteras de Navarra y Castilla se hicieron la guerra, por cuestiones particulares de términos ó por el deseo del pillage. El monasterio de Fitero y el castillo de Tudejen, ó Turungen, fueron tambien el objeto de estas inquietudes: los castellanos pretendian pertenecer á su jurisdiccion y los ocuparon.

Ajustáronse, por este tiempo, los tratados de matrimonio de la infanta D.^a Juana, hija mayor de los reyes de Navarra, con el infante D. Pedro de Aragon, primogénito del rey D. Alonso IV, que por muer-



te de su padre D. Jaime había sucedido en la corona en el año mil trescientos veinte y siete.

Este tratado avivó el fuego de la discordia, que ardía ya entre Castilla y Navarra. El rey D. Alonso XI de aquel reino, hijo de Fernando el Emplazado, á quien por su muerte había sucedido en el año mil trescientos doce, solicitó del de Aragon su cuñado, que contuviese á su hijo D. Pedro y á los nobles y caballeros de su séquito, para que no favoreciesen á los navarros en la guerra que se preparaba. Contestó el aragones, que ya sabía el castellano su quebrantada salud, y que no podía impedir que el infante y los señores de su reino hiciesen alianzas con Navarra.

1335. Confederáronse en efecto Navarra y Aragon, con homenajes, entre los enviados de ambas partes á la villa de Cortes, que fueron el arzobispo de Zaragoza D. Pedro de Luna y Pedro Gonzalez de Morentin rico-hombre de Navarra. El gobernador Enrique de Sulli recibió en Tudela las tropas aragonesas al mando de D. Lope de Luna señor de los mas poderosos, y de D. Miguel Perez de Zapata que conducía mil y quinientos caballos. Esta gente y la de Navarra entraron en Castilla y recobraron el monasterio de Fitero y castillo de Tudejen.

El rey de Castilla reunió en Alfaro mas de dos mil caballos, y mucha infantería, al mando de D. Martin Fernandez Portocarrero, á quien el gobernador de Navarra envió á decir, desde Tudela, que el dia siguiente saldría á correr la huerta de Alfaro: el castellano

respondió que podía excusar la incomodidad por que él le buscaria en la de Tudela.

Creyeron los navarros y aragoneses que esto era estratagema para cargar con las fuerzas sobre Fitero. Con este error, toda la caballería de los coligados marchó para aquel pueblo; pero los castellanos, cumpliendo exactamente con lo prometido, se presentaron al amanecer en los campos de Tudela. Inmediatamente salió de la ciudad la infantería navarra y aragonesa, y volvió derrotada por los castellanos.

La caballería que había marchado á Fitero venía en socorro de Tudela, cuando tropezó con el ejército castellano victorioso, quien habiendo peleado antes contra infantería sin caballería, lo hizo ahora contra la caballería sola, siempre con ventaja suya. El ejército castellano venció segunda vez, y D. Miguel Perez de Zapata, comandante de la caballería aragonesa, quedó prisionero de Castilla. En seguida los vencedores tomaron á Fitero y Tudejen y robaron todos los pueblos desde el Ebro hasta Moncayo.

Por la parte de Guipuzcoa se hacían tambien correrías en Navarra; y aunque algunas negociaciones de paz inclinaron al rey de Castilla á mandar á su general Portocarrero que suspendiese las hostilidades contra Navarra, Garcilaso de la Vega y su hermano Gonzalo Ruiz, caballeros castellanos, ansiosos de robos y presas continuaron haciendo la guerra.

Los navarros recobraron á Fitero y Tudejen, entre-



tanto que D. Gaston conde de Fox, que habia venido en socorro de Navarra desde Francia como pariente del rey D. Felipe, invadía á Logroño. Estaba bien fortificada esta ciudad y su guarnicion salió á batir al Conde á la otra parte del puente; pero los castellanos fueron arrollados; y vencidos y vencedores mezclados, iban á entrar en la ciudad cuando un noble y esforzado escudero, llamado Ruy Diaz de Gaona, volviendo la cara á los navarros, y otros á su ejemplo, los pudieron contener, dando tiempo á los suyos para cerrar la entrada al enemigo. Ruy Diaz murió gloriosamente en esta accion y su cadáver fué arrojado al Ebro.

Con la llegada del nuevo gobernador á Navarra D. Saladin de Anglera, señor de Chenesi, con instrucciones para procurar la paz, cesaron las hostilidades. Hubo vistas, de los enviados de ambos reinos, entre Viana y Logroño, nombráronse jueces compromisarios y se acordó la restitucion de los prisioneros de una y otra parte con inclusion de los aragoneses, fijando los precios de sus rescates segun la calidad de las personas: el de Miguel Perez de Zapata fué de ochenta y cinco mil maravedis. Los compromisarios adjudicaron á Navarra el monasterio de Fitero y el castillo de Tudejen, y la paz quedó restablecida.

No se verificó el casamiento de la infanta D.^a Juana con D. Pedro IV de Aragon, que acababa de heredar el reino por muerte de su padre, por que se hizo religiosa en el monasterio de San Francisco de Longicam-

1337.

.DEC.

po, cerca de Paris. En su lugar recibió por esposa á D.^a María su hermana, hija segunda de los reyes de Navarra. 1338.

A D. Saladin de Anglera, sucedió en el vireinato, Reinaldo señor de Pons, y dos años despues D. Felipe, arzobispo de Sans en Borgoña, sustituyó á Reinaldo. 1340.

Los reyes de Francia é Inglaterra hicieron treguas por tres años; y el rey D. Felipe, que asistía al primero y envidiaba las glorias de D. Alonso de Castilla, en su memorable triunfo contra los moros en la batalla del Salado, partió inmediatamente para Navarra; levantó toda la gente que pudo y marchó á reunirse con el ejército castellano en el sitio de Algeciras, á donde habían concurrido ya muchos caballeros franceses, ingleses y alemanes, ansiosos de la gloria y de la fortuna. El rey de Aragon asistía tambien con su escuadra por la mar. 1342.

En este sitio de Algecira se oyó por primera vez en España el estallido de la pólvora, y la crónica del rey D. Alonso de Castilla dice, que con ella *lanzaban los moros recios truenos y tiraban muchas pelotas de hierro con los truenos* (1). Los moros tenían dentro de la

(1) En otra parte dice « Los moros de la ciudad lanzaban muchos truenos, contra la hueste, en que lanzaban pellas de fierro grandes, tamañas como manzanas muy grandes. » *Crónica cap. 273*. Parece que ya en el año 1204, el Miramamolin Mahomad el Verde, había hecho uso de la pólvora, contra los rebeldes de Africa, en una ciudad llamada Almahedia, que fué combatida con diferentes máquinas, ingenios y truenos; y con máquinas é ingenios nunca vis-



plaza mas de doce mil hombres, haciendo continuas salidas para incomodar á los sitiadores. El rey moro de Granada acudió al socorro de los sitiados. Los reyes de Castilla y Navarra le salieron al encuentro, y se emboscáron, esperando coger al enemigo de sorpresa; pero la indiscrecion de una compañía de caballos franceses del rey D. Felipe, que salió antes de tiempo contra los moros, desbarató el plan por que el enemigo se retiró á sus atrincheramientos.

El rey D. Felipe enfermó luego y murió en Jerez á poco tiempo. Su cuerpo fué traído á Navarra y sepultado en la catedral de Pamplona. Dejó de la reina D.^a Juana tres hijos varones y cinco hijas. Los hijos fueron D. Carlos II que heredó el reino; el infante D. Felipe, que llevó por legítima el condado de Longavilla, y casó con Yolanda, hija de Roberto de Flandes príncipe de Casel; y D. Luis conde de Belmont ó Beaumont, que casó con Juana princesa de Durazo. Este D. Luis, gobernando á Navarra como virey de su hermano D. Carlos, tuvo de sus amores, con D.^a María de Lizarazu, á D. Carlos de Beaumont alferz del estandarte real de Navarra, padre de D. Luis primer condestable del reino (1) y de D. Juan de Beaumont gran

tos, de tanta grandeza, que lanzaban cada uno cien enormes tiros; de manera que arruinó la poblacion y caian grandes piedras al medio de ella y tiros de globos de hierro. *Historia de la dominacion de los árabes en España* por Conde: tom. 2 pag. 412.

(1) Los oficios de *Condestable* y *Marechal*, ó *Mariscal*, pasaron

prior de la órden de San Juan. Tambien tuvo una hija llamada D.^a Juana, que casó con D. Pedro de Lasaga caballero ilustre de tierra de vascos. Las hijas de D. Felipe fueron D.^a Juana, que se hizo religiosa: D.^a María, que casó con el rey D. Pedro IV de Aragon: D.^a Blanca, que estando prometida por esposa de Juan primogénito de Francia, la tomó su padre el rey Felipe de Valois para sí, casándose con ella á despecho del hijo: D.^a Ines, que casó con el conde de Fox D. Gaston III; y D.^a Juana con el vizconde de Roan.

La reina viuda D.^a Juana prosiguió en el gobierno del reino, así por que la pertenecía en propiedad, como por que el primogénito D. Carlos no había salido de la tutela. Supo conservar la paz, á pesar de que no faltaron motivos para alterarla entre los pueblos fronterizos por la parte de Tudela. Los regadíos y los pastos comunes debieron dar ocasion á ello: los vecinos de Tudela, Corella y Cintruénigo, tuvieron guerra conegil contra los de Alfaro y murieron algunos de ambas partes. Pero los reyes interpusieron su poder pa-

de Francia á Navarra. El de Condestable se llamó primero *Comte d'estable* y despues *Connestable*: se tomó del latino *Comes stabuli*, que tuvo uso en la decadencia del imperio romano: significa Conde del establo ó caballeriza, y venia á ser lo mismo que hoy el caballerizo mayor; pero con el tiempo se estendió su autoridad á toda la caballería de Francia y aun á toda la milicia. El nombre de *Mariscal* es compuesto de *Mark*, que en lenguaje antiguo gáulico significa caballo, y de *schal*, esto es, maestro ó intendente. Los mariscales tenían la intendencia de la caballeriza del rey despues del condestable ó caballerizo mayor, siendo segundos caballerizos.

1348.

1349.



ra restablecer la paz. El rey D. Alonso de Castilla dijo, que entraba en ello *por hacer honra y acatamiento á la reina de Navarra.*

Murió la reina D.^a Juana en Conflans cerca de Paris, á donde habia pasado con el objeto de visitar sus estados de Francia. Fué enterrada en San Dionisio al lado de su padre D. Luis Hutin.

D. Carlos II, el Malo.

1349. Luego que murió la reina D.^a Juana, las cortes del reino llamaron á su primogénito D. Carlos II, que á la sazón se hallaba en Francia; y su coronacion se verificó, con arreglo al fuero, en veinte y siete de junio de mil trescientos cincuenta.

1350. Los primeros actos de su soberanía fueron desagradables. Hizo severa justicia contra algunos descontentos, que durante su ausencia habian trastornado el orden público á pretexto de la inobservancia de los fueros, y murieron degollados en el puente de Miluce cerca de Pamplona: quiso con esta demostracion hacerse respetar de todos, y se hizo aborrecer de muchos.

Perdió el rey, por este tiempo, dos buenos amigos que le arrebató la muerte: el rey Felipe de Valois de Francia su cuñado, y D. Alonso XI de Castilla: sucedió al primero su hijo D. Juan II, y al de Castilla D. Pedro el Cruel tambien su hijo. Este y el rey D. Pedro

de Aragon, cuñado de D. Carlos, se habian enemistado. Ambos preveian un rompimiento y los dos se apresuraban por atraer á su partido al de Navarra.

Tuvo vistas D. Carlos con el de Castilla en Burgos, y en ellas ratificaron la paz y buena amistad que habia reinado en tiempo de sus padres. El aragones envió sus embajadores al de Navarra, proponiéndole el casamiento con una de sus sobrinas hija del rey de Sicilia; y tambien propuso el de el rey de Castilla con D.^a Blanca hermana del de Navarra y viuda de Felipe de Valois de Francia.

El rey D. Carlos se desentendió de ambas proposiciones; pero no de la tercera, que se reducía á visitar al rey de Aragon en Huesca y de paso á sus sobrinas las infantas. Ya para entonces el rey D. Carlos estaba inclinado á casar en Francia con Juana, hija de primer matrimonio del rey Juan II. Conocía lo que le importaba la alianza con este príncipe, y tampoco le faltaban consejeros navarros que se lo aprobasen, pareciéndoles que de esta manera las ausencias del Rey serían mas frecuentes y mas largas, y ellos tendrían mas mano en el gobierno. A la verdad D. Carlos mostraba el genio tan absoluto y despótico, que no era mucho le quisiesen tener lejos de sí los que deseaban mandar.

Cumplió el rey D. Carlos con la visita al de Aragon, en la cual renovó este sus ideas de la liga contra Castilla; pero D. Carlos se ofreció solo como mediador y



1352. marchó á Francia, donde tenía todos sus proyectos. Dejó por lugarteniente, de gobernador del reino, á D. Gil Garcia Dianiz: era entonces gobernador el infante D. Luis, pero debía acompañar al Rey en su viage, así como el otro hermano.

1353. Inmediatamente que llegó á Francia negoció su matrimonio y se celebró con Madama Juana. Pero el rey D. Carlos aspiraba á otra cosa: pretendía que su suegro le entregase el condado de Angulema, que debía pertenecerle por su padre D. Felipe, y la Champaña y Bria por su madre D.^a Juana, á quien con pretexto de la ley Sálica se las habian hecho ceder cuando tomó la corona de Navarra. A todo se negó el rey Juan; y D. Carlos, cuyo temple no sufría contradicciones, llegó á incomodarse tanto que estendió sus miras hasta la corona de Francia, alegando la injusta exclusion de su madre por la ley Sálica.

D. Carlos de España condestable de Francia, y conde de Angulema, nieto del infante D. Fernando de la Cerda como hijo de D. Alonso, que tenía interes en que al rey D. Carlos no se le devolviese su condado, trabajaba en este sentido con el rey de Francia. Un encuentro grave de palabras, acerca de esto, entre el rey Carlos y el Condestable, los hizo enemigos irreconciliables. El segundo fué asesinado de orden del primero en su misma cama del castillo de l'Aygle, donde le asaltaron una noche D. Rodrigo de Uriz, D. Juan Ramirez de Arellano señor de la Solana y Arellano,

D. Corbaran de Lehet, y los barones de Garro y Artieda con otros caballeros navarros.

Amaba mucho el rey D. Juan al Condestable y juró vengarse de su muerte. El rey D. Carlos fué puesto en prision y confesó que se había hecho de su orden, aunque sin ánimo de ofender á su suegro; pero la intercesion de las reinas D.^a Juana, tia de D. Carlos hermana de su padre y D.^a Blanca hermana de D. Carlos, viudas la primera de D. Carlos el Calvo, y la segunda de Felipe de Valois, mitigó la cólera de D. Juan, que se satisfizo con hacer que D. Carlos pagase una multa para sufragios del alma del Condestable.

Sin embargo estos dos reyes no podian ser amigos: 1354. D. Carlos pasó secretamente á Navarra con el objeto de negociar la amistad de los ingleses, enemigos de la Francia y poseedores de la Guiena. El rey Juan, sospechando la verdadera causa de la ausencia de su yerno, ocupó las tierras que en la Normandia pertenecian á D. Carlos, escepto algunas plazas que guarnecian los navarros y se defendieron. 1355.

Entretanto que D. Carlos enviaba un embajador á su suegro pidiéndole razon de sus procedimientos, y seguridad para pasar personalmente á zanjar sus diferencias, enviaba tambien otro al rey D. Pedro de Aragon, su cuñado, escitándole á una alianza con los ingleses contra la Francia. La contestacion del frances se redujo á dar salvo conducto á su yerno hasta el mes de



abril siguiente. El aragones no quiso faltar á la buena amistad que tenia con el rey Juan.

Preveniase al mismo tiempo D. Carlos para la guerra, concediendo gracias á los pueblos de su reino á cuenta de donativos en dinero y complaciéndoles satisfaciendo á las quejas de los contrafueros; pero la dureza de su caracter se manifestaba aun en los actos en que la imperiosa necesidad le obligaba á ser agradable con todos. Quejábanse los prelados, ricos hombres, y los pueblos, de que algunos naturales habian sido condenados á muerte sin juicio público; y el Rey mandó, que en adelante cualquiera preso fuese juzgado públicamente y segun las formas del derecho y no por informacion secreta; pero añadía, *que lo ordenaba así para mayor satisfaccion de la justicia, aunque no estaba obligado á eso.*

Arreglados los negocios, que le habian traído á Navarra, partió el rey para Francia, dejando por gobernador á Sire Guinehart de Ayarce; embarcóse en Bayona, poseída por los ingleses, con diez mil hombres y se dirigió á Chereburg, puerto de mar y plaza fuerte de D. Carlos en la Normandia. Con este ejército recorrió y saqueó las tierras de su suegro, recuperando á Conches, una de las plazas que el rey Juan le había quitado en aquella provincia. Gobernaba en ella, por el mismo rey, su hijo D. Carlos, en quien tuvo principio el título de Delfin y reinó despues bajo el nombre de Carlos V. Este príncipe procuró, con instrucciones

secretas de su padre, atraer á su cuñado el rey D. Carlos á una composicion, cuyo resultado fué el de una reconciliacion aparente de ambos monarcas. D. Carlos pasó á Paris y fué bien recibido de su suegro.

Estaban entonces los negocios de la Francia en una crisis peligrosa. El poder de los ingleses era grande: habian espirado las treguas y comenzado las hostilidades, entre ambas potencias, con mas ferocidad que nunca. El rey Juan, precisado á sacar tributos para la guerra, hizo imposiciones desconocidas, y restableció la de la sal, suprimida despues de la muerte de Felipe de Valois; con lo que se hizo tan odioso que llegaron á decir, en algunas provincias, que no podía hacerles tanto mal el rey de Inglaterra su enemigo.

El de Navarra no quiso dejar pasar esta ocasion para la venganza de sus agravios. Se constituyó en defensor de los descontentos, oponiéndose á la ejecucion de los tributos; y de esta manera se atrajo un partido popular considerable. Las provincias de Picardia y Normandia, se declararon abiertamente contra el rey Juan.

Al mismo tiempo el delfin D. Carlos, disgustado tambien del gobierno de su padre, marchó secretamente al abrigo de su tio el emperador de Alemania. Decíase que habia sido seducido por su cuñado el rey de Navarra: el de Francia lo creyó así; y aunque el Delfin se reconcilió luego con su padre, este no perdonó á su yerno el disgusto que le habia ocasionado enagenán-



dole del amor del hijo, y se preparó para la venganza. A este efecto se valió del mismo Delfin, disponiendo con el mayor sigilo, que ganando la confianza de su cuñado le convidase á un gran banquete que debía celebrarse en Ruan. Así se verificó, y en medio del festin llegó de improviso el rey de Francia con una buena escolta y se apoderó del de Navarra y de toda su comitiva. El infante D. Felipe no cayó en este lazo por no haber acudido al convite, y D. Luis había vuelto ya á Navarra.

El rey D. Juan hizo poner á todos los presos en piezas separadas y que á cada uno se le diese un confesor, para disponerse á la muerte mientras el Rey comía. En efecto despues de comer tuvo la complacencia de ver cortar las cabezas al conde de Harcur y á su hermano, á los señores de Gravilla y Manbue, y al escudero Olivier Dublet, todos caballeros normandos de la faccion de D. Carlos. Sus cuerpos fueron arrastrados y colgados en la horca, y sus cabezas puestas en picas. El rei de Navarra fué llevado á Paris y encerrado en la torre de Loubre, de donde se le trasladó al castillo de Alleux, en el país de Cambresi, para ser juzgado por un tribunal nombrado por su suegro.

Estos procedimientos alarmaron á los enemigos del rey Juan y á los parientes de los muertos, y todos buscaron su seguridad en la amistad de los ingleses. El infante de Navarra D. Felipe, que mandaba en Normandía, hizo lo mismo y consiguió que le auxiliasen con

cuatro ó cinco mil caballos, mandados por el duque de Alencastre; y con los navarros y normandos, que se reunieron, entraron en las tierras del rey de Francia llevándolo todo á sangre y fuego; pero en un reencuentro de Godofre de Harcur, que mandaba setecientos hombres del infante D. Felipe, con Roberto de Clermont caudillo del rey Juan, fué derrotado Harcur quedando muerto en el campo de batalla. Al mismo tiempo el rey Juan reunía un ejército formidable contra el infante; y en esta peligrosa situación, de D. Felipe, llegaron al rey de Francia las noticias de los progresos de Eduardo, príncipe de Gales, que con el ejército ingles había robado todo el Languedoc y se paseaba por la Aubernia y Berri y hasta Isoudum y Viersou.

Entonces el rey de Francia mudó de plan y marchó en busca del ingles. El príncipe de Gales, que solo tenía de ocho á diez mil hombres, viendo venir sobre sí un ejército de mas de cincuenta mil, trató de retirarse á la Guiena; pero se detuvo en el saqueo de la villa de Romartin y en la toma de su castillo, picado de que desde él mataron de una pedrada á uno de sus escuderos. Entretanto llegó el rey Juan con su ejército y cortó la retirada al ingles; y el príncipe de Gales retrocedió ácia Poitiers y tomó una posicion ventajosa que cercó de fosos y empalizadas.

El ejército frances cercó tambien á los ingleses, y estaba ya decidido el ataque, por el rey Juan, cuando el cardenal de Perigord, legado del Papa, descando



evitar la efusion de sangre, se interpuso como mediador. El príncipe de Gales consentía en devolver las presas hechas, obligándose á no tomar las armas en siete años, contra la Francia, si se le dejaba marchar con su ejército. Pero el rey Juan, que no dudaba de la victoria, exigía que el mismo Príncipe y otros cien caballeros quedasen prisioneros. No consintió el inglés, y los franceses acometieron á los atrincheramientos. Una lluvia de flechas disparadas de cerca y con acierto, por los ballesteros ingleses, causaron un efecto desastroso en sus enemigos. El mariscal Andrehan fué mortalmente herido y hecho prisionero: el de Clermont quedó muerto; y los caballos de los franceses, heridos penetrantemente de las saetas, arrojaban á los montados y metian el desorden y la confusion entre las filas.

A este tiempo quinientos ó seiscientos caballos ingleses, y otros tantos ballesteros, saliendo del atrincheramiento, y gritando *San Jorge, Guiena*, acabaron de desordenar el cuerpo de los franceses. El príncipe de Gales, aprovechando este momento, salió con toda su gendarmería y deshizo enteramente el cuerpo que mandaba el duque de Normandía: hizo lo mismo con la caballería alemana; y viendo que el duque de Orleans se había retirado sin pelear, marchó al encuentro del Rey, que venía con tropas de refresco y mucho mas numerosas que las suyas, aunque todas de infantería. El choque fué terrible: el Rey hizo prodigios de valor por su misma persona con una hacha de armas; pero

la mayor parte de sus tropas, no pudiendo resistir á la caballería, habian desaparecido por la muerte ó por la fuga; y todo se perdió para los franceses. El mismo rey Juan y su hijo Felipe quedaron prisioneros. Los soldados arrancaron al rey, del dedo, una sortija con un precioso carbunco con el cual se creia invencible. El Rey y el Príncipe fueron conducidos á Burdeos y algunos meses despues el primero trasladado á Londres. Una tregua de dos años se siguió á esta victoria de los ingleses.

El Delfin convocó en Paris á los estados generales para pedir socorros. Pasaban de ochocientos los vocales que concurrieron, y se nombró una comision de cincuenta para determinar lo conveniente al reino. Pidieron una audiencia particular al Delfin, solo y sin los de su consejo. En ella se quejaron de la mala administracion: solicitaron que se formase causa al canceller y á otros cinco ministros que tenían el principal manejo; que si se hallaban culpados fuesen al suplicio, y que aunque estuvieran inocentes se les depusiese de sus destinos por complacer al pueblo. Tambien pidieron la libertad del rey de Navarra, con grande empeño, fundados en que con este beneficio se uniría á la Francia contra los ingleses. El Delfin procuró evadirse de todas estas pretensiones y dispuso la conclusion de los estados, que tan mal preparados estaban para complacerle.

Entretanto el infante D. Luis, que gobernaba en Na-



varra, era solicitado al mismo tiempo por los reyes D. Pedro de Aragon y D. Pedro el Cruel de Castilla, que se habian declarado la guerra. Se escusó D. Luis á dar auxilios directos á ninguno; mas no se opuso á que muchos caballeros navarros tomasen las armas con sus gentes en el ejército de Aragon, ni podía impedirlo, por que el fuero del reino concedía á todo caballero la facultad de buscar su provecho en otro pais, no faltando á su rey. Ademas D. Luis conocía la necesidad de reprimir el demasiado poder del castellano.

1357. El otro infante D. Felipe, que en su gobierno de Normandía estaba acechando el momento de librar de la prision al rey D. Carlos, la aprovechó ahora con la ausencia del Delfin, que había pasado á Metz á verse con su tío el emperador. Valiose el Infante de cinco caballeros navarros D. Rodrigo de Uriz, D. Corbaran de Lehet, D. Carlos de Artieda, el baron de Garro caballero aventurero y D. Fernando de Ayanz, á quienes acompañaron otros, y entre ellos D. Juan Martinez de Azcona.

Concertáronse los navarros con unos carboneros de Cambresi, que solian llevar carbon al castillo de Alleux, y se disfrazaron en el traje de ellos con armas ocultas. Un dia al anocheecer llegaron al castillo, mataron al alcaide y algunos soldados que se resistian, sacaron al rey de la prision y lo llevaron á Amiens.

En esta ciudad fué recibido en triunfo, y en demostracion de regocijo se abrieron las puertas de las

cárceles. En seguida pasó á Paris y tuvo el mismo recibimiento; y rodeado de un inmenso concurso, y universal aclamacion, fué á apearse á la abadia de San German, desde donde hizo saber á sus amigos que tenía cosas importantes que comunicar á la Ciudad. Señalóse el dia, y el prevoste de los mercaderes Estevan Marcel concurrió con gran multitud de gentes.

Habíase levantado, por orden de D. Carlos, un tablado junto á las paredes del monasterio de San German: el Rey subió y arengó al pueblo, lisongeándole con que Paris era la primera ciudad del mundo y que estando unida podría dar la ley al resto de la Francia. Acriminó al rey Juan sobre su prision, atribuyéndola á haberse opuesto á su tiranía: habló mal de los ministros, y tambien de Eduardo rey de Inglaterra; y de los dos reyes dijo, que eran injustos invasores de la Francia. De aquí descendió á manifestar el mejor derecho que tenía para reinar en ella; pero que se contentaría con libertarla de sus tiranos. Oida esta arenga, el pueblo repitió sus aplausos, protestando que nada se haría sino por orden del rey Carlos; y todos los parisienses tomaron el color rojo de la librea del rey de Navarra en sus chaperones ó gorras, taraceándolo con el rojo de que ellos usaban.

El Delfin estaba ya en Paris, á donde había vuelto apresuradamente cuando supo la libertad del rey de Navarra. El preboste de los mercaderes, con algunos ciudadanos principales, fueron á su palacio, y tomaron



do el nombre de la ciudad le obligaron á conceder al rey Carlos cuanto pidiese. Ponia el Delfin dificultad en algunos artículos; pero el prevoste Marcel le dijo con osadía: *Señor contentad en todo al rey de Navarra, y sea de bien á bien, por que así conviene*

Como estas razones no admitian réplica, el Delfin se conformó con cuanto quiso el rey D. Carlos; reducido á declarar por injusta la muerte de los caballeros normandos en Ruan. Que se restituyesen á D. Carlos todas las villas y castillos que antes de su prision poseia en la Normandía. Que se le diesen de contado cien mil escudos por indemnizacion de daños. Que se concediese un perdon general; y que se hiciese justicia acerca de las pretensiones del rey de Navarra á los condados de Champaña y Bria, y Angulema.

Despues de esto quiso D. Carlos honrar la memoria de sus amigos sacrificados en Ruan, á donde pasó y fué recibido en triunfo, como en todas partes, por la multitud. Allí celebró una magnífica funcion de exequias. Precedían en el acompañamiento cien personas enlutadas, con hachas encendidas y el escudo de Navarra en el pecho. Seguíanse luego los cadáveres, puestos en carrozas distintas que, ademas de los caballos que las tiraban, llevaban delante otros dos cada una enjaezados ricamente, el uno para la guerra y el otro para el torneo; y en ellos iban montados dos hombres de armas con las banderas de Navarra. El rey cerraba la triste comitiva á pie, vestido de luto y

acompañado de muchos señores en el mismo traje. Así llegaron á la iglesia, donde el mismo D. Carlos dijo la oracion fúnebre de sus compañeros de armas, declarándoles inocentes y mártires del bien publico; y al rey de Francia, de tirano y cruel por haberles hecho morir sin causa. Al mismo tiempo trató al Delfin de cobarde y alevoso.

Satisfechos así los deberes de la amistad, y el placer de la venganza, quiso D. Carlos pasar á posesionarse de sus plazas de la Normandía; pero no fué tan bien recibido de sus alcaldes como de los habitantes de Paris, ni quisieron abrirle las puertas sin orden de su rey. Sabido esto por los parisienses, el preboste Marcel, y otros principales del gobierno de la ciudad, fueron al Delfin y le echaron en cara la superchería con que obraba, despues de haberse sometido á contentar al rey de Navarra. La Universidad de Paris se interesaba tambien, con todo empeño, para que se diese satisfaccion á D. Carlos, y llegó á amenazar al Delfin por que no respondía terminantemente.

Entre este desórden de las pasiones de los partidos, y de la licencia popular, el Delfin quiso valerse de los mismos medios que el rey de Navarra para ganar la voluntad del pueblo. Se presentó en la plaza y le arengó, con tal felicidad, que todo el auditorio arrojó al suelo los chaperones de D. Carlos; pero este, y el preboste de los mercaderes, trabajaban sin cesar por impedir los progresos del Delfin. Dicen que el rey D.



Carlos le hizo dar veneno por este tiempo, de cuyas resultas se le cayeron los cabellos y las uñas (1).

Otro acontecimiento vino á trastornar del todo las ventajas conseguidas por el Delfin. Un platero, llamado Mace, asesinó á Juan Ballet tesorero de Francia, y se refugió en la iglesia. El Delfin le hizo prender y colgar á las puertas de ella. Una conmocion popular se siguió á la ejecucion: el Obispo clamaba tambien por haberse violado la inmunidad eclesiástica, y el preboste Marcel, puesto á la cabeza del tumulto, marchó á palacio donde, á presencia del Delfin, mataron á los dos mariscales de Normandía y Champaña: la sangre salpicó al rostro del Delfin. El pueblo volvió á tomar los chaperones del rey de Navarra, y el mismo Delfin sufrió el desacato de recibirle en su cabeza de mano del preboste; pero salió luego de Paris, con algun pretexto, para atender á su seguridad, despues de haber cedido al rey de Navarra el real palacio de Nevers y los condados de Bigorra y Matiscon, y otras tierras, en recompensa de los gastos de su prision y mientras no se le entregasen las plazas de Normandía.

Aprovechándose luego el Delfin de una ausencia del rey de Navarra á Normandía, se presentó en el parlamento, se hizo declarar por regente del reino, y

(1) Los historiadores franceses añaden, que un médico suspendió el efecto del veneno, por medio de una fuente que le abrió en el brazo; pero predijo que cuando se le cerrase moriría; y ambas cosas se verificaron en el año 1380.

con el dinero que pudo recoger partió de Paris á celebrar cortes en Picardía y Champaña; y en ellas consiguió donativos para hacer la guerra que meditaba contra los parisienses. Estos por su parte trabajaban en poner la ciudad en estado de defensa.

Ocurrió por este tiempo, en Francia, la guerra llamada de los *Jaques*, nombre con que los señores distinguian á los labradores, quienes, incomodados con las muchas vejaciones de aquellos, trataron de acabar con la nobleza. En todas partes la plebe se armaba y perseguía á los señores atrocemente: un caballero fué asado vivo á presencia de su muger á quien violaron, obligándola despues á comer la carne de su desgraciado esposo. Diez ó doce mil de estos furiosos llegaron hasta las puertas de Paris, donde engrosaron su partido con los foragidos que se les agregaban. Todo era robos, muertes, lamentos y confusion. Mas de trescientas señoras distinguidas se acogieron á Meaux, bajo la proteccion del duque de Orleans, hermano del Rey. Sábenlo los Jaques y marchan arrebatadamente tras esta presa: entran en el pueblo, y estaban á punto de consumir sus atrocidades acostumbradas, cuando milagrosamente se presenta D. Gaston Febo conde de Fox, cuñado del rey de Navarra, que venía en socorro de las señoras con sesenta lanzas y muchos caballeros. Los Jaques, que no tenían otras armas que palos y horcas, fueron enteramente deshechos: mas de siete mil de estos miserables perecieron en el destrozó.



El Conde hizo quemar el pueblo, en castigo de haber recibido á los Jaques.

La nobleza de Francia se dedicó esclusivamente al esterminio de sus perseguidores. El rey D. Carlos de Navarra les hizo tambien una guerra cruel. Veinte mil de ellos perdieron la vida en los diferentes reencuentros; y últimamente, su gefe principal Guillermo Callet murió en un suplicio.

1358. Concluida esta guerra, el Delfin se acercó á París con un ejército de treinta mil hombres. El rey de Navarra acudió tambien á proteger á la ciudad con seis mil navarros, normandos, ingleses y franceses. Fué recibido con general aplauso gritando todos *viva Navarra*, é hicieronle su capitan general; pero bien pronto disgustados los parisienses de D. Carlos, y viendo este las numerosas fuerzas del Delfin, y la mala disposicion de defensa, se salió de la ciudad é hizo las paces con aquel, que se obligó á dar á D. Carlos diez mil libras anuales de renta y cuatrocientos mil escudos en cuatro años.

Una reaccion atroz, se siguió al abandono de los parisienses por el rey de Navarra. El preboste Marcel fué asesinado con otros muchos sediciosos: saqueáronse las casas de los parciales del rey D. Carlos, matando en ellas á sus dueños; y la ciudad se llenó de horrores y de sangre, y concluyó sometiéndose al Delfin, bajo la promesa de una amnistia general. Pero cuando se vió dueño de París hizo cortar las cabezas á los

principales partidarios del rey de Navarra. Este lo llevó tan á mal, que desafió al Delfin declarándole la guerra á sangre y fuego, y se apoderó de casi todo el pais llamado Isla de Francia: la misma ciudad de París estaba casi bloqueada. Entretanto sus habitantes asesinaron, arrastraron y echaron al rio al canciller de Navarra Tomas de Ladit, que se hallaba preso, y bajo la proteccion del Papa como eclesiástico.

La guerra mas encarnizada se hacía por todas partes: la Normandía, la Champaña y la Picardía estaban llenas de navarros ó de los que tomaban su nombre para el pillage. Las tropas de D. Carlos ocuparon tambien varias plazas y quemaron otras. El Delfin marchó en persona contra la de Melun, guarnecida por ingleses y navarros: estaba dentro de ella la reina de Navarra, y el Delfin determinó tomarla por asalto.

Acometieron los sitiadores con el mayor furor; y en medio de ellos se vió un caballero desconocido que, arrimando la escala al muro y cubriéndose con su adarga, subia despreciando una lluvia de flechas, piedras y aceite hirviendo, que arrojaban sobre él los defensores de la plaza. El Delfin quiso saber el nombre de aquel valiente: dijéronle ser un aventurero llamado Beltran Guesclin ó Glaquin; y en el mismo momento le vió caer del muro, envuelto entre un granizo de piedras. Hizole llevar á la tienda, sus heridas no eran mortales, curó y le dió el gobierno de Pontorson.

El dia siguiente Melun capituló honrosamente; y la



Reina y la guarnición evacuaron la plaza, ocupándola las tropas del Delfin. Poco despues el rey de Navarra recuperó esta ciudad y tomó á San Dionisio; Paris estaba tambien muy cerca de caer en su poder, y el partido de D. Carlos se acrecentaba considerablemente.

Así caminaban las cosas de Francia cuando el rey Juan, prisionero en Inglaterra, hizo la paz con los ingleses, cediéndoles en cambio de su libertad una gran parte de sus estados. El Delfin regente convocó cortes y leído en ellas el tratado, lo desecharon como injurioso á la nacion francesa. Dijeron unánimemente que era mejor hacer una buena guerra; pero que tambien era preciso hacer primero la paz con el rey de Navarra.

En tanto que se resolvía esta proposición, llena de dificultades, D. Carlos vacilaba acerca del partido que debería tomar en tales circunstancias. Temía la paz de Francia con Inglaterra, en cuyo caso quedaba solo y abandonado á sus propias fuerzas; y aunque podía adherirse desde luego á esta potencia, no tenía la confianza necesaria en la amistad, ni en la ambición de su rey Eduardo, á quien había ofendido y cuyo engrandecimiento, á costa de la Francia, vendría á ser en perjuicio de los intereses de D. Carlos. Adelantóse pues á proponer la paz al Delfin, contentándose con las plazas que poseía antes de la guerra, y con una amnistía general para todos los de su partido; y así se verificó. El rey Juan, cuando lo supo en Inglaterra, esclamó: *Ha buen hijo, buen hijo* (hablando del Delfin) *tu te fias*

del Navarro que á ciento como tu los puede vender en un mercado! El infante de Navarra D. Felipe, tampoco llevó á bien la paz, ni quiso ser comprendido en ella y se retiró á San Salvador del Vicomte en la baja Normandía, donde los ingleses tenían guarnición. Decía que sin duda habían hechizado á su hermano el rey D. Carlos.

El infante D. Luis gobernador de Navarra, se ocupaba en muy distintos obgetos que los otros dos hermanos: cuando estos asolaban poblaciones enteras, aquel aumentaba las del reino; y ahora lo hizo con la villa de Huarte Araquil, trasladándola á sitio mas ventajoso, reuniendo los habitantes de las aldeas vecinas y cercándola de murallas.

El rey de Inglaterra, al ver el mal resultado de la paz ajustada con el de Francia, agravó su prision cerrándole en la torre de Londres; y con un ejército de cien mil combatientes atravesó el estrecho de Cales y se dirigió á Paris, recibiendo de paso doscientos mil francos, que le dió el duque de Borgoña por rescatar del pillage á su pais.

El rey de Navarra, considerando el mal estado de la Francia, y creyendo que toda ella debía ser presa de tan formidable enemigo, quiso entrar á la parte del botin, destinado á su parecer para los ingleses; y desentendiéndose de la paz ajustada con el Delfin, comenzó á hacer la guerra de nuevo en Francia por su cuenta y tomó algunas plazas en la Normandía. Muchos se-



ñores hicieron lo mismo en sus respectivas provincias, queriendo aprovecharse cada uno del desorden, y de la anarquía general, para el robo y el pillage. El rey D. Carlos, en medio de estas ocupaciones belicosas y destructoras, manifestaba también su espíritu religioso. Hízose por este tiempo, hermano de la orden de San Benito del convento del monte de San Miguel en la diócesis de Abranches en la Normandía.

El rey de Inglaterra, carecía de víveres para su ejército en las cercanías de Paris y determinó pasar el verano en las provincias del río Loira. A este efecto movió su ejército, tomando el camino de Montleheri y de Chartres; y estaba ya acampado en una gran llanura, á la vista de este último pueblo, cuando repentinamente un uracan espantoso, con inmensa cantidad de piedra de prodigioso tamaño, puso la consternación en sus tropas: muchos soldados fueron heridos y muchísimos caballos muertos en el campo. El mismo Eduardo, poseído de un terror pánico, se puso de rodillas y vuelto ácia la iglesia mayor de Nuestra Señora de Chartres hizo voto de ajustar la paz si cesaba la tempestad, y en este momento se serenó el cielo y se descubrió el sol. Eduardo cumplió su voto y se firmó la paz, en la cual fué también comprendido el rey de Navarra. Consiguiente á esto el rey Juan volvió de Inglaterra, y el de Navarra se reconcilió con él, haciéndole homenaje por las tierras que poseía en Francia. La muerte de Felipe duque de Borgoña, ocurrida en

este tiempo, amenazó turbar de nuevo la paz entre los reyes de Francia y Navarra; por que, habiéndose acabado en él la línea masculina de la primera casa de Borgoña, la sucesión correspondía indudablemente á D. Carlos, como nieto de Margarita, hermana mayor de Eudon IV duque de Borgoña, abuelo de Felipe, la cual casó con D. Luis Hutin y tuvo por hija á D.^a Juana, madre de D. Carlos. Pero el rey Juan de Francia, hijo de Juana, hermana menor del duque Eudon, se apoderó del ducado, alegando que la ley Sállica comprendía también á la Borgoña; y que no debía pasar de la lanza á la rueca; sin reparar en que su madre D.^a Juana manejó también la lanza femenil, lo mismo que D.^a Margarita, abuela del rey D. Carlos. Sin embargo el rey de Navarra, á quien le faltaba la fuerza necesaria, guardó su razón para cuando la espada pudiera protegerla.

Consolóse en parte D. Carlos, de esta injusticia, con el nacimiento de su primogénito D. Carlos III en la villa de Mante; cuya educación dejó encomendada á la reina D.^a Blanca su hermana, viuda del rey Felipe de Valois, en la villa de Melun. Puso el rey D. Carlos por gobernador de las plazas, que le habían sido restituidas en la Normandía, al infante D. Felipe, y hecho esto volvió á Navarra.

De resultas de la paz ajustada con la Francia, por los reyes de Inglaterra y Navarra, estos dos monarcas licenciaron la mayor parte de sus tropas; pero los ge-



ses no quisieron deshacerse de ellas hasta ser pagados de los sueldos que se les debía y nadie cuidaba de satisfacer. Con este pretesto, no salían de las plazas sin exigir de los vecinos los rescates que ellos á su arbitrio les imponían; y esparcidos despues por las campañas, asaltaban los pueblos y robaban cuanto podían. Tomaron el nombre de *Tardevenidos* por que decían, que habian llegado cuando ya la Francia no era tan rica para poder robar lo necesario.

Quejose el rey de Francia, á los de Inglaterra y Navarra, de los escesos de unos soldados que habian estado á su servicio; y contestaron que nada tenían que hacer con esta gente. Un ejército enviado por el rey de Francia contra los *Tardevenidos*, al mando de Jaques de Borbon, fué enteramente derrotado en Briñes á tres leguas de Leon; con lo que cobraron mayor audacia estos foragidos y pusieron en contribucion á todas las provincias.

Se dividieron en dos cuerpos; el menor se componía de tres mil navarros, mandados por Simon Badesol ó Batefol. El otro mucho mayor, compuesto de ingleses y gascones, lo capitaneaba Gironeto de Pau, que se propuso el designio de prender al Papa y á los cardenales para que se rescatasen por dinero. A estos últimos se agregó un considerable número de gente, mandada por otro capitán que se titulaba *el amigo de Dios, y el enemigo de todo el mundo* y mataba con crueles tormentos á cuantos caían en sus manos.

Todos reunidos marcharon contra el Papa, que tenía su corte en Aviñon, y lo sitiaron. Inocencio VI había publicado una cruzada contra los *Tardevenidos*; pero nadie quería ganar indulgencias á costa de batirse con una gente tan valiente y desalmada. En este apuro el marques de Monferrato, capitán general del Papa, pensó el medio de alejarlos ganándolos con dinero: sobornó á los capitanes con sesenta mil florines: encarecioles la grande opulencia de Italia y les propuso hacer la guerra al sueldo de Su Santidad, y con buenas pagas, contra el Duque de Milan enemigo de Inocencio. Aceptaron los *Tardevenidos*: la Francia se vió libre de esta plaga, y el Papa venció con ella misma á su contrario.

Llegó á Navarra el rey D. Carlos, á tiempo en que se publicaban las paces entre Castilla y Aragon, ajustadas por la mediacion del cardenal Guillelmo Bonniense encargado del papa Inocencio VI. El rey D. Pedro el Cruel de Castilla fué el primero que trató de congratularse con el de Navarra: envióle sus embajadores solicitando vistas en Soria. D. Carlos veía con placer arrimársele un aliado enemigo capital del rey de Francia, á quien el castellano tenía ofendido por haber hecho morir con veneno á Blanca de Borbon, princesa de la sangre real de Francia, de admirable virtud y hermosura, y esposa del mismo D. Pedro (1).

(1) Blanca de Borbon era hija del duque de Borbon Pedro I y



1362. Celebráronse las vistas y en ellas firmaron una alianza ofensiva y defensiva contra todos los hombres del mundo. En seguida el rey D. Pedro manifestó á D. Carlos su intencion de romper el pacto hecho con el aragones, y á que solo le había obligado la necesidad de desembarazarse del rey moro de Granada que talaba sus tierras.

Sorprendido el rey D. Carlos de esta declaracion, cuando esperaba, con graves fundamentos, que D. Pedro dirijiría sus miras contra Francia, donde aquel deseaba aclarar la cuenta de la herencia del ducado de Borgoña, no supo que decir en el momento y se reservó meditarlo luego con sus consejeros. Fueron estos de opinion que era necesario acomodarse por entonces á la voluntad del rey D. Pedro, ó hacerselo creer así, por el riesgo de la persona de D. Carlos, que estaba en poder de un genio tan cruel y temerario; y en efecto conformó con su consejo y ofreció servir á D. Pedro contra Aragon.

El rey D. Carlos necesitaba subsidios para la guerra; y ahora consiguió de las cortes en Tudela, que le concedieran de veinte dineros uno, de todas las cosas que se vendiesen, escepto caballos y armas; y solo por tiempo de cinco años, obligándose el Rey á no cobrar, pasado este término, y á que no lo traería en consecuencia para en adelante. Así dió principio

de Isabel de Valois, y hermana de Juana, muger del delfin de Francia, que reinó bajo el nombre de Carlos V.

en Navarra la contribucion llamada *Alcabala* (1), de origen morisco.

Dispuso el castellano, inmediatamente, un ejército de treinta mil infantes y diez mil caballos; y tomando varias plazas de Aragon puso sus reales sobre Calatayud. El rey D. Carlos, que no tenía causa alguna para la guerra contra Aragon, pretestó el agravio de no haber sido auxiliado por su rey cuando estaba preso en Francia; y aunque ofreció el aragones darle satisfaccion, el rey D. Carlos, sin querer oirla, entró en Aragon, tomó á Sos y Salvatierra, penetró hasta Jaca y Sobrarbe, y lleno de botin se volvió á Navarra. Lo mismo hizo el de Castilla, despues de haber tomado á Calatayud, dejándola bien guarnecida; con lo que se concluyó por entonces la campaña.

El rey de Aragon penetraba los pensamientos del de Navarra, y conocía que sería fácil apartarle de la liga de Castilla, obteniendo del de Francia alguna composicion acerca de lo de Borgoña. Con esta idea envió un embajador al frances y consiguió de él, que comprometiese sus diferencias, con el de Navarra, en el mismo rey D. Pedro de Aragon y en seis cardenales. En

(1) Este documento es del año 1361: pero corresponde al 1362 del cómputo de Moret. En el año 1341 dió principio la misma contribucion en Castilla, para durante la guerra de Algeciras. El importe de ella variaba, así como el tiempo por que se concedía. La alcabala, que las cortes de Burgos otorgaron al rey D. Enrique de Castilla en el año 1366, fué de diez uno y produjo diez y nueve millones de maravedis.



tonces el aragones comenzó á seducir secretamente al navarro y este á oírle con agrado, por las esperanzas de ganar un pleito que no llegó á decidirse hasta el tratado de paz, entre Navarra y Francia, tres años despues.

A pesar de esto la guerra proseguía con corage por la parte de Castilla y Aragon, y el rey D. Carlos envió tropas auxiliares al castellano, al mando del infante de Navarra D. Luis: muchos caballeros se alistaron como aventureros bajo sus banderas. El rey de Castilla ganó á Borja, Tarazona, Magallon, Teruel, Morviedro y otras plazas, y se puso sobre Valencia mandada por el conde de Denia; pero levantó el sitio, por que supo que el rey de Aragon marchaba con un buen ejército, auxiliado de tres mil caballos conducidos desde Francia por D. Enrique conde de Trastamara, y D. Tello, señor que había sido de Vizcaya, ambos hermanos naturales de D. Pedro de Castilla, que huyendo de su persecucion se habían refugiado en aquel reino. El aragones tenia prometido al conde de Trastamara ayudarle á conquistar los reinos de Castilla, quitándoselos á D. Pedro, aunque con el interes de la sesta parte de las conquistas.

En ese estado el Papa interpuso su mediacion para restablecer la paz; mas el rey de Aragon, horrorizado de que una de las condiciones propuestas por D. Pedro, fuese la de matar á D. Enrique y D. Tello sus amigos, respondió que preferiría el arriesgar su corona á cometer semejante infamia.

Sin embargo los apuros, en que se vió despues, le obligaron á transigir con la conveniencia. Quiso aceptar la paz á todo trance, y para tratar de sus preliminares convidó al rey de Navarra á unas vistas en Sos, pueblo de Aragon, que para este efecto se aseguró poniendo en él por gobernador á D. Juan Ramirez de Arellano caballero navarro, y camarero de D. Carlos (1).

Entraron los dos reyes, D. Pedro de Aragon y D. Carlos de Navarra, con solos dos criados cada uno. El conde de Trastamara D. Enrique fué llamado á la session y entró tambien con otros dos criados, como estaba concertado; pero D. Enrique dejó cerca de Sos ochocientos caballos que había traído de escolta. El legado del Papa asistió igualmente, por el zelo de la paz.

Tuviéronse algunas conferencias públicas; y en una secreta, á que los dos reyes llamaron á D. Juan Ramirez, le indicaron, como cosa necesaria para salir del embarazo, el dar la muerte á D. Enrique, encargándosela con grandes promesas. Este caballero, que amaba á D. Enrique, oyó con horror la proposicion; y los reyes fueron tan moderados que se contentaron con exigirle el secreto. Mas adelante quedó premiada la virtud de Ramirez con el señorío de los Cameros, y de él descenden los condes de Aguilar.

Ambos monarcas se separaron sin adelantar nada,

(1) Otros dicen que era camarero del rey de Aragon.



ni poder ejecutar lo intentado contra D. Enrique, á quien sus tropas le guardaban las espaldas. Y aunque despues se tentaron nuevos medios para la paz, y los reyes de Castilla y Aragon admitieron por medianero al de Navarra, que tuvo conferencias en Tudela con los embajadores de aquellos, tampoco pudieron arreglarse. La muerte de los condes de Trastamara, era siempre una condicion preliminar, de que no desistía el feroz castellano.

Entonces el rey de Aragon resolvió apurar todos los medios de atraer enteramente á su amistad al de Navarra, y lo consiguió. Viéronse en Uncastillo é hicieron una liga secreta, concertando el matrimonio de D.^a Juana, hermana de D. Carlos, con el infante D. Juan heredero de Aragon. Que al infante D. Luis de Navarra se le darian estados en aquel reino; y ademas ofreció D. Pedro á D. Carlos grandes sumas de dinero, tropas auxiliares en caso de guerra, y ayudarle por mar y tierra si fuese contra el rey de Francia. Tambien cedió á Navarra la villa de Salvatierra, y el Terminal del Real, que el rey D. Carlos había ganado en la última guerra. Este únicamente se obligó por su parte á hacerla al rey D. Pedro de Castilla y á sus hijos. Diéronse rehenes y juraron la observancia de lo pactado. Suponiendo ambos reyes que sería fácil la conquista de Castilla, hicieron tambien un repartimiento anticipado de ella. Abjudicábase D. Carlos la ciudad de Burgos, toda la Castilla la vieja, y desde montes

de Oca hasta el mar oceano, en que se comprendian Guipuzcoa, Alava y Vizcaya: ademas la ciudad de Soria y la villa de Agreda. Lo restante debía quedar para D. Pedro de Aragon. Y á fin de que no se trasluciese lo tratado, acordaron hacerse una guerra aparente para deslumbrar al de Castilla. En uno de estos simulacros quedó prisionero el infante D. Luis de Navarra; pero no estuvo mucho tiempo en la prision. Entretanto el rey D. Carlos seguía manifestando la mayor amistad á D. Pedro de Castilla.

En este tiempo llegó á Navarra la noticia de la muerte del infante D. Felipe conde de Longavilla, hermano de D. Carlos, verificada en Evreux sin haber dejado sucesion.

El rey de Francia murió tambien luego en Inglaterra, á donde había pasado á visitar á Eduardo. Sucedióle su hijo Carlos V, que inmediatamente comenzó la guerra contra el rey de Navarra tomándole á Mante y Meulan, dos de las mejores plazas que tenía en el condado de Evreux. Valiose el rey de Francia, para esta empresa, de Beltran Claquin, aquel aventurero que apareció asaltando los muros de Melun en el año mil trescientos cincuenta y ocho. Tambien puso sitio á Evreux.

El rey de Navarra levantó tropas en su reino y pidió auxilios al príncipe de Gales, que estaba en Burdeos y mandaba la Gascuña por el Rey de Inglaterra. Duraba la paz entre ambas potencias; mas esto no



impedía que cada una favoreciese á sus aliados, ni á la Inglaterra la disgustaba que la Francia tuviese enemigos con quien entretenerse.

El capítal ó señor de Buch, famoso capitán de aquellos tiempos, al servicio de Inglaterra, partió con el ejército del rey de Navarra: embarcose en Fuenterrabía y desembarcó en Chereburg, puerto de mar y plaza fuerte del rey de Navarra en Francia.

Beltran Claquin, no teniendo fuerzas suficientes para esperarle, levantó el sitio de Evreux; mas reforzado con nuevas tropas presentó despues la batalla á las del Capítal, compuestas de navarros, gaseones é ingleses. La accion fué muy reñida y desgraciada para Navarra. Beltran Claquin venció, quedando muertos casi todos sus enemigos y prisionero el mismo Capítal.

Ocupábase el rey D. Carlos, entretanto, en el arreglo de la real hacienda, para lo cual fundó un tribunal de comptos ó cuentas con cuatro oidores. Pero lo que mas llamaba su atencion era la guerra concertada con Aragon contra Castilla. El rey de Aragon no encontraba tan fácil el pago de las cantidades prometidas al de Navarra en el último tratado de Uncastillo, y el rey D. Carlos queria exigir nuevas garantías. A este objeto tuvieron vistas en Sos, donde pactaron de nuevo, que ninguno de ambos haria paz ni tregua con el de Castilla sin voluntad del otro; ni el de Navarra con el de Francia á menos que no fuese comprendido el de Aragon. Para seguridad de este concierto dió el

rey de Aragon en rehenes al infante D. Martin su hijo, y el de Navarra á D. Carlos (1) de Beaumont, hijo natural del infante D. Luis su hermano y progenitor de los condes de Lerin. Varios ricos hombres de ambos reinos juraron la concordia y tambien Pamplona, Tudela, Estella, Olite, Viana y Laguardia. Ademas se obligó el aragones á entregar al navarro cincuenta mil florines de oro dentro de veinte dias; y para la cantidad restante, hasta el cumplimiento de la prometida, ofreció poner en rehenes la ciudad de Jaca y otras plazas.

No desistía el rey D. Carlos de la guerra de Francia: envió á su hermano D. Luis, quien con mil y doscientos hombres de armas entró en la Aubernia, talando y robando todo el pais que pisaba. El rey de Francia hizo reunir tropas cerca de Chartres y se dirigieron contra las tierras del rey de Navarra cuando ya D. Luis había tomado por sorpresa la villa de la Charité. Por otra parte Beltran Claquin bloqueó con un cuerpo de tropas francesas á Chereburg; y Bureau de la Biniera caballero breton, tambien al servicio de Francia, tomó el castillo de Aqueñi cerca de Mante. El duque de Borgoña hermano del rey de Francia, que mandaba otro cuerpo, corrió á reconquistar la Charité; cuya plaza no pudiendo ser socorrida se entregó, saliendo la guarnicion con sus armas y bagages, bajo la condicion de no servir al rey de Navarra en tres años.

(1) D. Luis dicen los Anales; pero es equivocacion.



Otra guerra suscitada entre el conde de Monfort y Carlos de Blois, sobre la pretension de la Bretaña, suspendió la de Francia contra los navarros: por que aquel monarca quería favorecer á Carlos de Blois y llamó sus tropas para este objeto. En esta guerra Carlos de Blois perdió la vida, y Beltran Claquin quedó prisionero del conde de Monfort, duque ya de Bretaña.

1365. Las maniobras del rey de Francia llegaron hasta seducir al de Aragon contra el de Navarra, coligándose ambos secretamente para la conquista de este reino, que debía quedar para el rey de Aragon, ayudándole el de Francia con todo su poder. Al mismo tiempo iustaba el aragones al navarro para que, cumpliendo con los pactos que tenían hechos, invadiese á Castilla.

Conociendo el rey de Navarra el peligro que le amenazaba, rodeado por todas partes de enemigos poderosos, envió á la reina D.^a Juana á Francia para que redujese á su hermano el rey Carlos V á la paz; mas solo consiguió una tregua por entonces. Hecho esto se retiró la Reina á Evreux, capital de sus pueblos de la Normandía, á esperar su próximo parto, del cual nació el infante D. Pedro su segundo hijo varon, que fué conde de Mortain en aquella provincia.

1366. Tres meses despues volvió la Reina á Navarra con su nuevo infante y con el primogénito D. Carlos, de edad ya de cuatro años cumplidos. Para entonces el rey de

Aragon había comenzado las hostilidades por la parte de Monteagudo, pero fué repelido; y la paz que se ajustó luego entre Francia y Navarra hizo que se contuviese el aragones. Aquel monarca restituyó al navarro sus tierras de la Normandía, escepto Mante y Meulan y el condado de Longavilla que se dió á Beltran Claquin, rescatado ya de su prision. El rey de Navarra renunció por su parte el derecho á los condados de Champaña y Briá y al ducado de Borgoña, en cambio de Montpellier con sus dependencias.

Por este tiempo se concertó el matrimonio del infante D. Luis, hermano del rey de Navarra, con Juana duquesa de Durazo; aunque no tuvo efecto hasta cuatro años despues (1).

El rescate de Beltran Claquin se había verificado por treinta mil francos, á tiempo que los restos de los ejércitos de la guerra pasada, la hacian en Francia al mando de varios capitanes aventureros, tan solo por el botin: eran

(1) Llevó este infante consigo ochocientos navarros y gascones, por la mayor parte escogidos entre la nobleza del reino. Su residencia ordinaria era Nápoles, á donde acudieron otros muchos navarros á su servicio. En ocasion de tener que disputar en 1382, como duque de Durazo por su muger, la sucesion de los ducados de Atenas y Neopatria, por muerte de Fadrique rey de Sicilia, contra D. Pedro de Aragon, los navarros le sirvieron en la Grecia ganando á los catalanes, vasallos de D. Pedro, una batalla con gran destrozo del enemigo, hasta que la llegada de nuevas fuerzas obligó á los navarros á evacuar aquel pais. El infante D. Luis llegó á ocupar el trono de Nápoles por el mismo derecho de su muger; pero solo por espacio de ocho dias, habiendo muerto de veneno



unas cuadrillas de foragidos á quienes no se desdenaban de mandar los señores mas principales. Estas gentes se titulaban las *Grandes compañías* y *Compañías blancas*; y Beltran Claquin formó el proyecto de atraerlas á su mando, con acuerdo del rey de Francia y con el objeto aparente de hacer la guerra á los moros de Granada. Pero en la realidad, este aventurero estaba en relaciones secretas con el conde de Trastámara para colocarle en el trono de Castilla, arrojando á su hermano D. Pedro el Cruel.

Llamó pues á los gefes de las *Grandes compañías*, que casi todos habian sido sus compañeros de armas, y facilmente los redujo á que le siguiesen á buscar sus aventuras en España. El rey de Francia, que deseaba ver libre su pais de esta gente y destronar á D. Pedro de Castilla, la socorrió con todo lo necesario para evitar el pillage hasta que saliese de sus estados.

Muchos navarros iban entre las *compañías*, bajo el mando del conde de la Marca príncipe de la sangre real de la casa de Borbon, que por vengar la muerte de su hermana la reina D.^a Blanca de Castilla, quiso ser compañero de Beltran y engrosó el ejército con mucha gente escogida; aunque al fin el Conde se quedó en Francia. Agregáronse tambien muchos caballeros franceses, ingleses y bretones; y este ejercito reunido tomó el camino de Aviñon diciendo iba con el piadoso objeto de pedir al Papa la absolucion de sus pecados.

Pero Su Santidad deseaba mas bien darle la absolucion de lejos, y mandó que un cardenal fuese á saber de los gefes lo que querían cuando ya las tropas habían robado y debastado su pais. Quejose el Cardenal de estos escesos dirigiendo la palabra al mariscal Andrehan, que parecia tener la principal autoridad en el ejército, aunque realmente lo mandaba Claquin, y le amenazó con una excomunion. El Mariscal no sabia que responder; y Claquin le sacó del apuro diciendo al Cardenal que allí traia treinta mil cruzados contra los sarracenos de Granada, que venían á pedir al Padre Santo el perdon de sus pecados y una limosna de doscientos mil escudos.

El Cardenal respondió, *la absolucion la tendrán, pero del dinero no digo nada* « Señor (repuso Claquin) « aquí hay muchos que no se matan por absoluciones, « pero que por el dinero se matarán con todo el mundo. » Volvió el Cardenal al Papa diciéndole, que no había que esperar cosa buena de aquella gente, y que era necesario despacharla á toda costa: entonces les envió la absolucion y cien mil escudos con que se contentaron. Mas sabido por Claquin que esta suma había salido de los vecinos de Aviñon la volvió atras protestando que sus compañeros no querian dinero del pueblo; y fué preciso que el Papa y los cardenales lo sacasen de sus bolsas. Estos acontecimientos y otros obligaron á trasladar la silla pontificia á Roma, á pesar de la repugnancia de los cardenales franceses



que perdían su influencia en el supremo pontificado; pero volvió á Aviñon, despues de dos años, y permaneció hasta el de mil trescientos setenta y siete en que se restableció en Roma definitivamente.

El ejército de Claquin tomó sus banderas con una cruz blanca y el nombre de *Compañías blancas*: hizo su reseña general en Tolosa, y allí declaró Beltran á los oficiales, su designio de hacer la guerra en Castilla y vengar la muerte de la reina D.^a Blanca. Al ejército le era indiferente que el botin fuese de los castellanos ó de los moros, y marchó sin repugnancia, una parte por mar á Barcelona, y otra por tierra.

El rey D. Pedro el Cruel sabía los designios de Claquin; vino á Burgos convocó cortes, pidió socorros y se los negaron. Sir de Albret, que estaba en su servicio, le aconsejó que franquease sus tesoros y levantase tropas estrangeras, y veria que las de Beltran no serian las últimas que se le arrimasen, por que solo servirian á quien les pagaba mejor; pero el rey manifestó mas aprecio á su dinero que á los consejos de Albret.

El ejército de tierra de Claquin penetró por Aragon, donde fué recibido por el conde de Trastamara. El Rey de Aragon, amigo de D. Enrique, reunió sus tropas á las de Claquin: dió á este la villa de Borja y su castillo, con título de Conde, é hizo grandes regalos á los otros cabos principales; y el ejército marchó á Castilla. Pasó por Alfaro, y sin detenerse llegó á Calahorra, cuyo gobernador, sabiendo que el conde D.

Enrique de Trastamara venía en el ejército, le abrió las puertas; y el mismo ejército aclamó por rey de Castilla á D. Enrique.

D. Pedro el Cruel, casi enteramente abandonado de los suyos, marchó de Burgos á Toledo donde tenia sus hijos y sus tesoros. D. Enrique entró en Burgos y allí recibió la corona de Castilla por mano de su arzobispo. Todos los pueblos le abrian las puertas con placer, por que D. Pedro se había hecho odioso con sus crueldades. Ofreció este la paz á D. Enrique, repartiendo el reino entre los dos y dando á Claquin doscientos mil escudos para pagar sus tropas. D. Enrique exigia, entre otras cosas, que se le entregasen los dos judíos que decian haber envenenado á la reina D.^a Blanca, y esto no era posible por que se habían refugiado en Portugal.

No habiendo medio de paz, y no considerándose el rey D. Pedro seguro en Castilla, se metió tambien en Portugal al amparo del otro D. Pedro el Cruel ó Justiciero, que tenia la corona de este reino. El portugues le hizo salir de sus estados, y D. Pedro se refugió en Bayona entre los ingleses. De esta manera D. Enrique se posesionó de todo el reino de Castilla, y despidió las tropas estrangeras, reservándose únicamente mil y quinientos caballos con Claquin, á quien había hecho conde de Trastamara en recompensa de sus servicios.

D. Pedro el Cruel fué bien recibido del príncipe de



Gales, guerrero valiente, amigo de la gloria y enemigo de la inacción y de la paz: era el mismo que había vencido y hecho prisionero á Juan rey de Francia; y le llamaban el *Príncipe Negro* por el color de su armadura.

Creyó el Príncipe Negro que la empresa de restituir al trono á D. Pedro el Cruel, además de favorecer los intereses de la Inglaterra, era digna de un héroe; y para llevarla á efecto le pareció conveniente, antes de todo, el atraer á su partido al rey de Navarra. El Príncipe y D. Pedro le convidaron á unas vistas en Bayona, y D. Carlos las aceptó, y se dejó seducir del rey Cruel y del Príncipe Negro, acordando los tres hacer la guerra á D. Enrique de Castilla. D. Carlos prometió dar sus tropas y paso libre por su reino á las de los aliados. En pago de esto le cedía D. Pedro las provincias de Guipuzcoa y Alava y todo el país desde Alfaró á Navarrete. El Señorío de Vizcaya debía ser para el inglés, además de una indemnización en dinero por los gastos de la guerra. Un convite magnífico, del Príncipe Negro, dió fin al congreso de los tres aliados.

El Príncipe hizo moneda, de su vagilla de oro y plata, para los gastos de la empresa; y D. Pedro le dió la sobremesa de oro mazonado, y rica é inestimable pedrería despojo antiguo de los reyes moros, y los tesoros que había podido salvar, asegurándole, para cebar su ambición, que había dejado otros muchos escondidos en Toledo y en Sevilla.

A muy poco tiempo, el rey D. Enrique solicitó por aliado al de Navarra, y se prestó á serlo con la misma facilidad que lo acababa de hacer con D. Pedro. Acordaron esto en unas vistas que tuvieron en Santa Cruz de Campezo. D. Enrique ofreció al navarro la ciudad de Logroño, y este se obligó á no dar paso á D. Pedro y á servir á D. Enrique contra todos los príncipes del mundo. Pero el rey D. Carlos, que veía el poder de ambos competidores en balanza, tenía determinado quedar bien con todos sin servir á ninguno. El rey de Aragón entró también en esta alianza contra D. Pedro el Cruel.

El de Navarra, creyó salir de su embarazo poniéndose en la imposibilidad de obrar por su persona. A este efecto dejó en Pamplona trescientas lanzas al mando de D. Martín Enriquez de Lacarra, su alférez mayor, con orden de que en pasando el rey D. Pedro y el príncipe de Gales se juntasen á ellos.

Hecho esto, marchó D. Carlos á Tudela, desde donde se convino secretamente con Olivier de Mauni, primo de Clauquin y alcaide puesto por él en el castillo de Borja, en que en cierto día que el Rey saldría á caza se presentaría Mauni con fuerza superior y lo llevaría prisionero á su castillo (1). Así se hizo, y el ejército del príncipe de Gales atravesó Navarra, entrando

(1) Cada ricohombre, ó señor de un castillo, era un pequeño soberano; y con la mayor frecuencia hacían prisioneros, solo por sacar rescates.



por Roncesvalles y saliendo por el valle de Araquil á la provincia de Alava y á Logroño, que todavía estaba por D. Pedro, donde se le reunió D. Martín Enriquez con sus trescientas lanzas. En el ejército inglés había algunas compañías que vivían únicamente de lo que robaban, y debían servir dos meses á su costa.

El de los aliados de D. Pedro se componía de cuarenta mil infantes y veinte y siete mil caballos. Encontró al de D. Enrique, todavía mas numeroso, en las llanuras de la villa de Aleson á la vista de Nagera. Antes de entrar en batalla dijo el príncipe de Gales al rey D. Pedro, *hoy hemos de ver si Dios quiere que seas rey de Castilla*. Diose luego la señal de acometer: *Castilla por el rey D. Enrique* decían los castellanos; y los ingleses *San Jorge, Guiena*: bien pronto no se oía mas que la gritería de los soldados y el estruendo de las armas. Beltran Claquin, que al frente de los franceses peleaba por la causa de D. Enrique, se vió atacado al mismo tiempo por Sir de Albret y por el duque de Alencastre: la mayor parte de sus soldados perecieron; sin que su ala izquierda hiciese resistencia alguna. D. Tello señor de Vizcaya huyó tambien á la primera carga. Claquin se unió entonces con D. Enrique para hacer el último esfuerzo: todavía tenían mas de cuarenta mil hombres; aunque casi todos visos y sin disciplina: *vosotros me habeis hecho vuestro rey* les decía D. Enrique, discurrendo de escuadron en escuadron: *vosotros habeis jurado no desampararme*:

cumplid vuestra palabra, que yo cumpliré la mia y pelearé siempre en tanto que os viere pelear. Mas no pudiendo sostener el impulso del enemigo cesaron de todas partes, y el ejército castellano quedó enteramente derrotado. Claquin arrimado á una tapia se defendía desesperadamente: el rey D. Pedro gritaba que le matasen; y el Príncipe Negro, que apreciaba el valor, se acercó á él, le pidió la espada y se la entregó diciendo: *yo me rindo al Príncipe por que es el mas valiente*. D. Enrique, huyendo precipitadamente, se refugió en Aragon con algunos caballeros; y conociendo que su rey le miraba ya como á príncipe desgraciado, y que comenzaba á temer á D. Pedro, no considerándose seguro marchó á Francia.

Pero volvamos á donde está nuestro fingido prisionero el rey de Navarra. Visto el suceso, favorable á las armas de D. Pedro, trató de salir del castillo de Borja ¿pero cual fué su admiracion cuando Mauni le dijo que era necesario que pagase su rescate? Sin embargo D. Carlos, que sabía disimular y conocía muy bien la codicia del Breton, ocultó su enojo y convinieron en la cantidad (1); mas le indicó que necesitaba ir á Tudela para juntar allí el dinero, y que entretanto le en-

(1) Zurita y Garibay dicen, que lo que el rey D. Carlos había prometido á Mauni, fué una villa y un castillo en Normandía y tres mil francos de renta: pero suponen que la promesa precedió á la fingida prision del Rey y que Mauni fué el engañado en un principio. Tambien dicen, que el rey de Aragon tomó parte en el negocio y que por su intervencion se dió libertad al Infante.



tregaría el infante D. Pedro su hijo en rehenes. En efecto el Infante fué llevado á Borja, y el Rey, acompañado de Mauni y de un hermano de este, partió á Tudela donde D. Carlos hizo inmediatamente que los prendiesen: al hermano, que quiso huir le mataron; y Olivier, amenazado con el último suplicio si prontamente no mandaba soltar al Infante, tuvo que hacerlo. A su despedida le dijo el Rey, que había sido muy grande necesidad fiarse de aquel á quien primero había engañado. Así se volvió Mauni avergonzado y sin dinero.

D. Pedro el Cruel, en su restitucion al trono, solo trataba de venganzas las mas atroces: el terror hizo que todos se le sometiesen sin amarle. Los príncipes vecinos le ofrecieron tambien su alianza.

El Príncipe Negro se retiró á Gascuña, descontento de D. Pedro que no cumplió lo pactado en Bayona, y menos con el rey de Navarra. Una parte de sus tropas, compuestas de ingleses y gascones, pasó por este reino cometiendo todo género de escesos: robaron y se apoderaron de algunos pueblos y entre ellos la villa de Valtierra (1). La otra se dirigió por Jaca acompañada de navarros mandados por D. Garcia Yaniz y D. Rodrigo Uriz camarero del rey D. Carlos. Los aragoneses

(1) Aleson, nada dice de estos escesos ni de la toma de Valtierra: sin duda no vió un privilegio de esta villa, dado por el rey D. Carlos en 10 de abril de 1367, haciéndola buena villa y libre de peage y lezta, y otras cosas, en remuneracion de los daños sufridos cuando la tomaron, robaron y poseyeron los ingleses: *Cuando los ingleses y otras malas gentes andaban por nuestro reyno.* Así dice el

los recibieron como enemigos, y los ingleses robaron, quemaron y destruyeron el país que pisaron: la ciudad de Jaca estuvo tambien sitiada por ellos.

En el tránsito por Navarra, el príncipe de Gales tuvo conferencias secretas con el rey D. Carlos: en ellas se proponía una nueva liga entre los dos, y el rey de Aragon, contra D. Enrique de Castilla, que estaba disponiendo en Francia, auxiliado de su rey Carlos, otro ejército para volver á tentar fortuna. Es verdad que D. Pedro el Cruel había faltado á lo prometido; pero la política de la Francia sostenía á D. Enrique y la Inglaterra su rival debía obrar en sentido contrario.

Acordaron que los embajadores de los tres príncipes se reuniesen en Tarbes en Gascuña; y así se verificó, aunque nada concluyeron por entonces ni despues, á pesar de que se renovaron las conferencias en Oloron. El aragones y el navarro deseaban acertar en adherirse al mas afortunado, para tener por enemigo al menos poderoso; y en todo caso querian vender á buen precio su amistad. En esta indecision estaba el congreso, entretanto que D. Enrique trabajaba en el arreglo de su ejército. Quiso tambien que le acompañase el favor del Papa y pasó á visitarle en Aviñon. No era Su Santidad amigo de D. Pedro: lo habia excomulgado por haber hecho matar al maestre de la orden

privilegio, refiriéndose á un acontecimiento muy reciente. Zurita habla tambien de los escesos de los ingleses y gascones en Navarra; pero los atribuye á los que marcharon por la parte de Jaca, de quienes dice, que no habiendo podido pasar retrocedieron á Navarra,



de San Bernardo. Un arcediano fué el encargado de intimar á D. Pedro en persona esta excomunion: cono-
cía el fiero humor del Rey y deseando cumplir su en-
cargó sin peligro, tomó el medio de embarcarse para
Sevilla donde á la sazón estaba. Puesto en una ligera
chalupa, con buenos remeros, se vino por el río, y
acercándose todo lo posible y conveniente á la ori-
lla, aguardó á que el Rey pasase por allí: sucedió-
le como lo deseaba: preguntóle el arcediano si quería sa-
ber nuevas de Levante, que le diría cosas maravillosas
y jamas oidas, porque acababa de llegar de aquellas
partes: llegóse el Rey cerca de oírle y entonces le in-
timó la bula del Papa.

No bien entendió D. Pedro la leyenda del arcedia-
no, cuando arrebatado de furor sacó la espada, y arri-
madas las espuelas al caballo, se lanzó en el río; pero
el comisionado apostólico, haciendo manejar á toda
fuerza los remos, se alejó precipitadamente del peli-
gro, que fué tal, que llegó el Rey á dar un fuerte tajo
sobre la chalupa, sin desistir de seguirle hasta tanto
que desfallecido el caballo iba á ahogarse con el gine-
te si prontamente no hubieran acudido sus gentes con
bateles á socorrerle. Sacáronle sin sentido, y cuando
volvió en sí, juró vengarse del Papa é hizo aprontar na-
víos para saquear las tierras del patrimonio de la Igle-
sia. Temió Su Santidad y se acomodó con D. Pedro,
consintiendo en que se suprimiese la orden de San Ber-
nardo: que la tercera parte de los diezmos que los

eclesiásticos de Castilla pagaban al Papa, fuesen del
rey para hacer la guerra á los moros; y que los obis-
pados y maestrazgos de las órdenes militares no se die-
sen sino á personas que fuesen del agrado del mo-
narca.

Dispuesto ya el ejército de D. Enrique, antes que la 1368.
conferencia de Oloron resolviese nada, entró por el
valle de Andorra en Aragon, á pesar de algunas tro-
pas que su rey tenía para guardar los pasos; y lo hi-
cieron tan flojamente que se cono-
cía bien que la re-
sistencia no era verdadera.

Después de pasado el Ebro hizo D. Enrique una cruz
en la arena, y puesto de rodillas la besó jurando mo-
rir antes que volver á salir de Castilla. Hecho esto se
dirigió á Calahorra, que le abrió las puertas. Lo mis-
mo hicieron Burgos y todos los pueblos hasta Leon.
De allí marchó á Toledo que estaba dividida en dos
facciones entre D. Pedro y D. Enrique. D. Pedro tomó
con su ejército el camino de Córdoba, que se había reve-
lado contra él y la sitió auxiliado del rey moro de Gra-
nada á quien atrajo á su devoción: pero los cordobe-
ses sabían cuanto les importaba no ser vencidos de un
monarca que no sabía perdonar y le obligaron con su
valerosa resistencia á levantar el sitio. Pasó á Sevilla; y
de camino hizo arrasar las ciudades de Jaen y Ubeda,
por haber seguido el ejemplo de Córdoba.

Logroño, Vitoria, Salvatierra y Santa Cruz de Cam-
pezo de Alava se entregaron al rey de Navarra durante



1369. estos acontecimientos. El sitio de Toledo continuaba con empeño por D. Enrique. D. Pedro, con los auxilios del moro, reunió un ejército de cuarenta mil infantes y tres mil caballos; y con él partió de Sevilla á socorrer á Toledo. D. Enrique salió á recibirle ácia Montiel aunque con fuerzas inferiores; pero en Orgaz se le reunió Beltran Claquin, que venía de Francia, enviado por su rey con un socorro considerable de caballería.

Este famoso capitán estaba condenado por el príncipe de Gales á no salir jamás de su prisión. Sir de Albret su amigo se encargó de libertarle: era también amigo del príncipe; y un día que este se hallaba de buen humor, le dijo en la mesa: *dícese que teneis prisionero á un caballero á quien no os atreveis á darle libertad, y este es Beltran Claquin. ¿Yo le había de temer?* dijo el Príncipe, *llámenmelo.* Al punto Sir de Albret hizo entrar á Claquin, y el Príncipe le dijo: *juradme que jamás tomareis las armas contra el rey mi padre ni contra mí, ni en favor del bastardo D. Enrique, y al punto os daré libertad sin rescate alguno y diez mil florines para vuestro viage. Señor le respondió Beltran, según eso nunca seré yo libre, por que no dejaré de servir por cuanto hay en el mundo á los que hasta ahora he servido. A estas palabras el Príncipe mudó de color y le dijo. Pero decidme Beltran ¿si lo hemos de ajustar por rescate, cuánto es lo que dareis? — Sesenta mil florines. — Ofreceis mas de lo que podeis. — Tengo buenos amigos y las mugeres de Fran-*

cia venderán sus ruécas para sacarme del empeño. En efecto la princesa de Gales, que lo estaba oyendo, le envió luego diez mil florines. Entouces dijo Beltran. *Yo había creído hasta aquí que era el caballero mas feo de Francia (éralo á la verdad) mas ya no lo creo.* De esta manera se verificó el rescate de Claquin.

Llegó D. Enrique á Montiel: dió sobre los cuarteles de D. Pedro que estaban al rededor: los moros huyeron á la primera carga. D. Pedro peleó largo tiempo con gran corage: tuvo un caballo muerto y no pensó en salvarse hasta que vió todas sus tropas deshechas. Refugiose entonces, con los pocos soldados que le quedaban, en el castillo de Montiel: lo cercó D. Enrique, y no habiendo víveres, D. Pedro trató de escaparse sobornando á Claquin. Ofrecióle el señorío de muchos lugares y doscientos mil escudos ó doblas castellanas; pero Beltran, de acuerdo con D. Enrique, atrajo á D. Pedro á su tienda con el fingido objeto de concluir el trato; y en el mismo momento se presentó D. Enrique con una daga en la mano. No conocía á D. Pedro, y Claquin le dijo, señalándole con el dedo, *ahi teneis vuestro enemigo.* — *Yo, yo soy* dijo el imperturbable D. Pedro: entonces D. Enrique acometió á su hermano y le hirió levemente en el rostro: D. Pedro se agarró de D. Enrique y luchando ambos, cayó debajo el segundo: le arrancó la daga D. Pedro y levantó el brazo para herirle; pero Claquin y el vizconde de Rocaberti le detuvieron: D. Enrique ganó la ventaja de la pos-



tura y cuando tuvo debajo á D. Pedro le dió muchas puñaladas con que le mató.

La nueva colocacion de D. Enrique en el trono de Castilla, puso á los reyes de Navarra y Aragon en el cuidado de tener un vecino tan poderoso y con justas causas para recelar de su amistad. Por esta razon se confederaron ambos entregándose mutuamente lo que cada uno retenía del otro, esto és el de Navarra, la villa de Salvatierra y el Real con sus términos, y el de Aragon el castillo de Herrera de Moncayo; y para conciliar las diferencias, que sobre términos había entre Sangüesa y el Real, nombraron árbitros. Ademas el rey D. Carlos de Navarra atrajo á su devocion á Beltran Claquin, que se hizo su vasallo y le prestó homenaje por dos mil libras de renta (1) y los castillos de Rocabrun y Crituhobun en Francia.

Los temores de los dos reyes comenzaron á verificarse por la parte de Francia. Su rey, aliado ahora con su amigo D. Enrique de Castilla, declaró la guerra á los ingleses y se sospechaba, quería envolver tambien en ella á Navarra, para despojarla de las tierras de la Normandía. Viendo el rey D. Carlos la tempestad que le amenazaba marchó á Francia é hizo asiento en su villa marítima de Chereburg. Pasó tambien á Inglaterra, donde tuvo conferencias secretas con aquel monarca á fin de penetrar, si podía, los misterios

(1) Cada libra era 3 reales 6 mrs. vellon ó 60 mrs. navarros: hoy es moneda imaginaria, muy usada en los tribunales de Navarra.

de su política y valerse de ellos con oportunidad. Entretanto la reina D.^a Juana, que había quedado con el gobierno del reino, ratificó la alianza hecha con Aragon contra D. Enrique de Castilla. 1370.

Volvió D. Carlos, del viage de Inglaterra á sus estados de Francia; y este monarca su cuñado, receloso de que aquel se confederase con los ingleses, dándole paso por sus tierras, procuró atraerle á su partido. Beltran Claquin, á quien el rey de Francia le había hecho su condestable, fué el encargado de las negociaciones con el navarro. De ellas resultaron unas vistas de ambos reyes en Vernon; en las cuales ratificaron la cesion, que D. Carlos tenía hecha á la Francia en el año mil trescientos sesenta y seis, de las villas de Mante y Meulan y el condado de Longavilla por el señorío de Montpellier; añadiendo ahora el condado de Secenon (1), hasta que se liquidase si lo de Montpellier valía mas ó menos que lo cedido por Navarra. Tambien pretendía el rey de Francia, que el de Navarra le enviase sus dos hijos D. Carlos y D. Pedro, para que se criasen en su palacio, á pretesto del cariño que les tenía, y con el objeto de asegurarse, con estos rehenes, de la fidelidad del padre. 1371.

(1) El P. Aleson, continuador de Moret, habla de este cambio como de cosa nueva; pero ya se había hecho en el año 1366, aunque entonces no se hablaba del condado de Secenon: tal vez no llegaría á ejecutarse; y como no consta que se hubiese deshecho posteriormente, he creído deber calificar el de ahora de una ratificacion para evitar contradicciones.



Por este mismo tiempo D. Enrique de Castilla requirió á Navarra para la restitucion de las plazas de Logroño, Vitoria, Salvatierra y demas de que se habia apoderado durante la guerra con D. Pedro el Cruel; pero la Reina gobernadora consiguió que esta diferencia se remitiese al Papa. Sin embargo D. Enrique de Castilla no tuvo bastante paciencia para esperar una decision que el mismo creia poder concluir favorablemente con las armas. Acometió las plazas y logró que se le entregasen Salvatierra y Santa Cruz de Campezo: Logroño y Vitoria permanecieron en la obediencia de Navarra.

1372.

Estos acontecimientos obligaron al rey D. Carlos á dar la vuelta á su reino, y lo hizo despues de haber visitado al Papa en Aviñon. A su llegada recibió nuevo mensage del castellano para la entrega de Logroño y Vitoria; D. Carlos le contestó que ya sabía D. Enrique que debía decidirlo el Papa y que estaba nombrado para ello por legado suyo el cardenal Guido de Bolonia.

La sentencia de este cardenal no se limitó á disponer de los dos pueblos. Acordó tambien, para asegurar la paz, que al mismo tiempo que el navarro los restituyese á Castilla, recibiendo veinte mil doblas por lo que habia gastado en sus fortificaciones, se ajustase el matrimonio del primogénito de Navarra D. Carlos con la infanta D.^a Leonor, hija de D. Enrique de Castilla, con el dote de cien mil doblones, ó ciento veinte mil

doblas en oro, celebrándose al punto que D. Carlos llegase á la edad competente; y que el rey de Navarra enviase en rehenes á la corte de Castilla al infante D. Pedro. En todo entraron gustosos ambos monarcas y se verificaron los esponsales en Briones.

Habian sido consejeros de la Reina, durante la ausencia del rey D. Carlos, el obispo de Pamplona D. Bernardo de Folcaut, y D. Juan Cruzat dean de Tudela. Poco satisfecho el Rey de la conducta de ambos, mandó que se les formase causa: ni el uno ni el otro quisieron esperar á la decision del juicio: los dos huyeron: el primero llegó á Roma; y al Dean, perseguido y alcanzado cerca de Logroño, le mataron. Sus bienes fueron confiscados y el Rey los dió al convento del Carmen de Pamplona para su establecimiento en el sitio que hoy tiene. Decia el Rey en la donacion *por que D. Juan Cruzat fué causa et ocasion de destruir muchas eglesias et monasterios en nuestro regno, et las piedras et materia de aquellas á sus usos convertir.*

Ocupose despues el Rey, como mediador á solicitud del ingles, en inclinar á D. Enrique de Castilla á la paz: para esto hizo un viage á Madrid, aunque sin efecto. La reina D.^a Juana pasó al mismo tiempo á Francia á desvanecer los recelos que el rey su hermano podía haber concebido de las negociaciones de D. Carlos en favor de la paz de Castilla con los ingleses, y allí la cogió la muerte en su palacio de Evreux. Se enterró en San Dionisio.

1373.



1375. El matrimonio tratado, del príncipe D. Carlos con la infanta D.^a Leonor de Castilla, se verificó dos años despues en Soria; y ambos esposos vinieron á Navarra con el infante D. Pedro que había estado en rehenes. Una controversia se suscitó con este motivo entre los dos monarcas. El rey de Castilla, que debía dar las ciento y veinte mil doblas del dote en oro, entregó ciento cincuenta mil reales en plata. El de Navarra se empeñó absolutamente en no querer recibir sino el oro contratado; la plata quedó depositada en Logroño, en tanto que se decidía la cuestion; y la guerra, que sobrevino despues con Castilla, hizo que D. Carlos lo perdiese todo. Autorizaron el matrimonio, con su juramento, los pueblos de Pamplona, Puente la Reina, Laguardia, San Vicente, Los Arcos y San Juan de Pie del Puerto.

1377. La enemistad de los reyes de Francia y de Navarra no se había estinguido, á pesar de los tratados de paz; y el primero comenzaba á resentirse de las tentativas del segundo para separar de su amistad al castellano en favor de los ingleses. Acababa de morir Eduardo rey de Inglaterra: el de Navarra temía que en estas circunstancias usase el de Francia de todo su poder para despojarle de cuanto le había quedado en ese reino; y determinó valerse de todos los artificios, de que era capaz su ardiente imaginacion, á fin de acabar con su enemigo. A este efecto hizo que el príncipe D. Carlos pasase á Francia con el pretesto de vi-

sitar á su tio (1) y para acariciarle y adormecer su suspicacia; pero sus verdaderas intenciones, y la ejecucion de ellas, estaban depositadas en la confianza de algunos de la comitiva del Príncipe. Eran estos Jaques de la Rua y Pedro de Tertre camarero y secretario del rey de Navarra.

Llegó el Príncipe á Evreux, capital de los estados de su padre en la Normandía; y desde allí se adelantaron Jaques de la Rua, y Pedro Tertre á presentarse al rey de Francia: este, que sospechaba ó sabía las intenciones de los enviados, los hizo poner en una prision apoderándose de sus papeles. El Príncipe, inocente sin duda de las causas que movían á su tio para este procedimiento, pasó inmediatamente á verle y le sucedió lo mismo que al camarero y secretario. La Rua y Tertre fueron puestos en tormento; y no solamente confesaron las relaciones del rey de Navarra con el ingles para partirse la Francia, sino que añadieron que aquel quería dar veneno á su cuñado.

Jaques murió en un suplicio por que dijo tenía parte en los designios de su rey, y Tertre estuvo un año en la prision. El Príncipe fué llevado al parlamento de

(1) El P. Aleson dice, que el viage del Príncipe nació de sus espontaneos deseos de visitar al rey frances su tio, y que su padre no hizo mas que darle el consentimiento. El Príncipe no tenía entonces sino diez y seis años; y no parece que en esta edad podia obrar fuera del dominio de la política de su padre; por tanto es necesario creer que, su ida á Francia envolvía los misterios que luego veremos descubiertos por los acontecimientos.



Paris, á oír la sentencia contra su padre, reducida á ser despojado de todos sus pueblos de la Normandía. Inmediatamente el rey de Francia envió un ejército, y á pesar de la resistencia de los navarros se apoderó de todas las plazas, á escepcion de Chereburg que se defendió obstinadamente.

El infante D. Pedro y la infanta D.^a María su hermana, que habian ido á Francia antes que el príncipe D. Carlos, fueron tambien arrestados por el tio, y los tres sobrinos quedaron en su poder. A todo esto se siguió la guerra de Castilla, por que su rey D. Enrique obraba de acuerdo con el de Francia.

El de Navarra se adelantó en las hostilidades, reducidas al principio á seducir á D. Pedro Manrique adelantado mayor de Castilla, que mandaba en sus fronteras, para que le entregase á Logroño por veinte mil doblas de oro. Manifestó Manrique no le desagradaba la proposicion; pero al mismo tiempo dió noticia á su rey: este le ordenó que continuase en las negociaciones, recibiendo primero el dinero y procurando apoderarse de la persona del rey D. Carlos.

Concertóse el modo de la entrega, acudiendo el Rey á Viana con cuatrocientos caballos. Manrique recibió las doblas de mano de Fr. Garcia de Eugui confesor del Rey. Este marchó con su gente á Logroño, donde entró la mayor parte de ella; pero D. Carlos sospechó, se detuvo, á pesar de las repetidas instancias del astuto general castellano, y se retiró á Viana con la tro-

pa que le quedaba. Entonces Manrique acometió á los que tenía dentro alojados y los desarmó. Una parte, que se pudo reunir, ganó el puente; mas la puerta de enmedio estaba cerrada; y en este estrecho pelearon valerosamente vendiendo caras sus vidas. D. Martin Enriquez, que llevaba el estandarte real, saltó al rio y lo pasó á nado: algunos de los que le siguieron tuvieron la misma suerte; y otros muchos se ahogaron.

La guerra comenzó desde entonces abiertamente. El infante D. Juan, primogénito de Castilla, formaba un poderoso ejército para invadir á Navarra; y el rey D. Carlos pasó á Bayona y Burdeos á pedir socorro á los ingleses, que accedieron con placer: entre ellos Mosen Tomas Trevet, que ofreció servir con trescientas lanzas, y Mr. Bebercint caballero gascon con otras trescientas.

Los navarros llegaron con sus correrías hasta tierra de Soria, de donde trageron muchos prisioneros y ganados. El infante D. Juan de Castilla, con cuatro mil caballos, acometió por la parte de San Vicente y aunque no la pudo ganar fueron saqueadas las villas de Larraga, Artajona y otros muchos pueblos; y el ejército enemigo se puso á la vista de Pamplona en la aldea de Gorraiz.

El rey D. Carlos, no teniendo fuerzas suficientes, se mantenía en San Juan de Pie del Puerto; y los castellanos se enseñoreaban, sin obstáculo, de la comarca de Pamplona. El castillo de Tiebas cayó en poder del



enemigo: en él estaba el archivo del reino, desde el tiempo de D. Felipe I el Hermoso, con las mas preciosas antigüedades, y todo fué devorado por las llamas.

El enemigo saqueó los pueblos abiertos de la Cuenca de Pamplona; pero no pudiendo ganar esta ciudad se retiró, cargando con todas sus fuerzas sobre Viana, que á pesar de su resistencia tuvo que rendirse á merced del rey de Castilla.

Al mismo tiempo el de Francia se apoderó de Montpellier perteneciente al de Navarra. Sus habitantes, habiendo sido tratados con la mayor dureza por los franceses, se amotinaron y dieron muerte á los que gobernaban. Un ejército mandado por el duque de Anjou tomó la venganza de este atrevimiento. De nada sirvió que las autoridades del pueblo saliesen á recibirle en camisa y con una soga al cuello, que eran las señales de mayor sumision y arrepentimiento que podian darse. La ciudad perdió sus privilegios, las murallas fueron demolidas, los vecinos condenados á una multa de ciento y veinte mil francos y los principales autores de la sedicion ahorcados.

A todas estas desgracias se añadía que el erario público se había agotado, que muchos caballeros navarros abandonando el servicio de su rey pasaban al de Castilla; y un nuevo ejército castellano se preparaba contra Navarra. En estas circunstancias el rey D. Carlos creyó que debía hacer la paz al precio que pudiese. Envió sus embajadores á Burgos, y el rey D. Enri-

1379.

que dictó las condiciones, reducidas á que D. Carlos despidiese á los ingleses: que el rey de Castilla restituyese á Navarra las tierras tomadas en esta guerra: que para pagar el sueldo debido á los extranjeros, el rey de Castilla prestaria al de Navarra veinte mil doblas, quedando en empeño la villa de Laguardia: que se pondrian en rehenes, por tiempo de diez años, veinte castillos en poder de D. Enrique y entre ellos los de Estella, Tudela, Larraga, Miranda y San Vicente.

El rey D. Enrique II de Castilla murió luego y le sucedió su hijo D. Juan I. En el año siguiente murió tambien su fiel aliado el rey Carlos V de Francia: su hijo Carlos VI heredó el trono.

Dos años despues consiguió la libertad el príncipe D. Carlos de Navarra, por mediacion del rey D. Juan de Castilla su cuñado con el de Francia: la de sus hermanos D. Pedro y D.^a María se había verificado poco antes. El príncipe pasó inmediatamente desde su prision á la corte de Castilla, donde residía su muger D.^a Leonor, hermana del rey D. Juan. Trataba este de hacer la guerra en Portugal, á cuya sucesion aspiraba por su segunda muger D.^a Beatriz, hija del rey D. Fernando que acababa de morir. Disputábale la corona el maestre de Avis D. Juan, hermano bastardo del rey difunto, apoyado de un partido poderoso, que miraba con ódio la dominacion castellana y queria la independencia. En esta empresa el rey de Navarra envió tropas auxiliares, al mando del príncipe D. Carlos

1380.

1382.

1383.

1384.

1385.



y en favor de Castilla; pero solo llegaron á tiempo de ser testigos de la derrota de sus aliados, y el maestre de Avis fué proclamado rey de Portugal.

1387. El rey D. Carlos, no sobrevivió sino dos años á estos sucesos: murió de lepra, despues de largos y crueles padecimientos, y en medio de una sedicion ocurrida, desde fin del año mil trescientos ochenta y seis, entre los vecinos de Pamplona contra los regidores, sobre la tasa de comestibles y administracion de las rentas públicas. Cuatro revoltosos fueron ahorcados y descuartizados, y otros muchos encerrados en los castillos y desterrados.

Del matrimonio del rey D. Carlos, con D.^a Juana de Francia, nacieron el primogénito D. Carlos: el infante D. Felipe, que murió desgraciadamente, dejándole caer el ama por una ventana: el infante D. Pedro conde de Mortaing, llamado en Francia Mosen Pierres de Navarra, que casó con madama Catalina de Alenson y murió sin hijos, aunque no falta quien diga que lo fué el famoso Mosen Pierres de Peralta, de quien se hablará largamente; D.^a María, que casó con D. Alonso de Aragon conde de Denia: D.^a Juana muger de Juan duque de Bretaña y en segundas nupcias de Enrique IV rey de Inglaterra: D.^a Blanca, que murió en Olite de edad de catorce años; y D.^a Bona; de quien nada mas se sabe que su nombre. Tambien tuvo el rey D. Carlos un hijo natural, llamado D. Leonel de Navarra, habido en una dama noble llamada Catalina de Lizasu. Este D. Leonel fundó la ilustre casa de los maris-

cales del reino que conservaron el apellido de Navarra.

Cuatro dias despues de la muerte del rey D. Carlos falleció tambien el de Aragon D. Pedro IV, dejando por sucesor á su primogénito D. Juan I.

D. Carlos III, el Noble.

Estaba el príncipe D. Carlos en Peñafiel, con su 1387. cuñado el rey de Castilla, cuando sucedió la muerte de su padre. Inmediatamente vino á Pamplona, donde le recibieron las cortes del reino.

Su amable caracter le había grangeado una amistad sincera del rey de Castilla, de que le dió pruebas luego que entró á reinar, evacuando los castillos que tenía en rehenes de las pazes ajustadas con su padre, aun antes de concluido el plazo.

El primer negocio que ocupó al Rey, fué el del cisma de la Iglesia. Habianse reunido los cardenales en el año mil trescientos setenta y ocho para nombrar al sucesor de Gregorio XI: el pueblo en tumulto rodeó las puertas del conclave pidiendo un Papa romano ó por lo menos italiano, y se vieron forzados á elegir al arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI, aunque con protesta de la violencia.

Siguiose á esto el verse los cardenales duramente tratados, en pleno consistorio, por el nuevo Papa, atribuyéndoles crímenes, que amenazó castigar si no se corregian. En esta sesion, acriminó tambien á los re-



yes de Inglaterra y Francia, manifestando que revol-
vian la cristiandad por una ambicion desmedida; y
dirigiéndose al mismo tiempo al cardenal de Amiens le
dijo que era un traidor, que en lugar de trabajar por
la paz jugaba á dos manos, tomando dinero del uno
y del otro. Este cardenal se levantó entonces de su
asiento y lleno de ira contestó al Papa: *Como arzobispo
de Bari mentís*; y sin esperar la respuesta se salió del
cónclave, y se escapó á Francia.

Poco tiempo despues los cardenales abandonaron á
Urbano y reunidos en Fundi, en el reino Nápoles,
eligieron por nuevo Papa al cardenal de Ginebra, ba-
jo el nombre de Clemente VII; y ambos pontífices di-
vidieron el mundo cristiano, por que los monarcas
reconocieron ya al uno ya al otro. El rey de Francia
Carlos V, acordándose de aquellas palabras de San
Gregorio el Magno *María que creyó presto, sirvió me-
nos que Tomas que dudó por largo tiempo*, no quiso
partir de ligero. Consultó detenidamente el caso y al
fin se decidió por Clemente VII. El rey D. Carlos II de
Navarra, que entonces estaba en guerra con el de Fran-
cia, siguió la opinion opuesta. Y ahora D. Carlos el
Noble su hijo, adhiriéndose al rey de Castilla, con el
dictámen de los sabios del reino, dió la obediencia á
Clemente dejando á Urbano.

Pero los dos papas acudieron á las armas para sos-
tener su derecho. Urbano venció, apoderándose de la
silla de Roma, y Clemente puso la suya en Aviñon,

desde donde se lanzaban, recíprocamente, excomuni-
ones, fomentando un cisma que duró cuarenta años,
hasta que el concilio de Constancia aplicó el remedio,
como se dirá á su tiempo.

Despues de esto se ocupó el Rey en procurar la 1388.
alianza y buena inteligencia con los príncipes vecinos.
Agasajaba á los nobles de su reino concediéndoles se- 1389.
ñoríos y mesnadas (1) y haciendo, por sí mismo, ca-
balleros á muchos que aspiraban al honor de recibir
de su mano la investidura de la órden de caballería.
De esta manera ganaba la aficion y la confianza de sus
vasallos.

Tenía el rey D. Carlos la desgracia de no ser ama-
do de la Reina. Esta Señora poseida de sospechas y
cabilaciones, acerca del cariño de su marido, cayó en
una profunda melancolía que vino á ser verdadera en-
fermedad. Con ella pasó á Castilla al lado de su her-
manó el rey D. Juan, como último remedio de los mé-
dicos; y aunque recobró la salud, siempre se resistió á
volver á la compañía de su esposo, á pesar de las mu-
chas instancias y persuasiones que le hicieron ambos
reyes de Navarra y de Castilla.

La coronacion del rey D. Carlos, con las formalida- 1390.
des del fuero, no se verificó hasta los tres años de su
reinado. Para ello se juntaron las cortes en Pamplona.
Asistió á este acto, como legado del papa Clemente VII,

(1) El mando de una compañía.



el cardenal D. Pedro de Luna, que despues le sucedió en el pontificado y fué depuesto por el concilio de Constancia.

Ocurrió luego la muerte del rey D. Juan de Castilla, cuñado de D. Carlos, de una caída de caballo. D. Enrique III su hijo le sucedió en el trono.

1395. Continuaba la reina D.^a Leonor en la corte de Castilla, al lado de su sobrino el rey D. Enrique; mas no contenta con la buena acogida que se la daba, en su caprichosa separacion del rey D. Carlos, comenzó á mezclarse en las intrigas de palacio, y en los negocios de estado, contrariando las operaciones de D. Enrique, hasta que incomodado éste, usando de la violencia, la remitió á su marido. D. Carlos no solo la recibió en Tudela con el mayor placer sino que, á fin de tranquilizarla, juró que todos los informes y sospechas que de él tenía eran falsos y que se obligaba á tratarla como correspondía.

1396. La muerte del rey D. Juan I de Aragon ocasionó turbaciones en este reino; por que no habiendo dejado mas hijos que á la infanta D.^a Juana, casada con el conde de Fox príncipe de Bearne, los aragoneses, despreciando el derecho de la Infanta, eligieron por rey á D. Martin, que lo era de Sicilia, hermano del difunto; y aunque el conde de Fox intentó hacerse respetar con las armas, abandonó la empresa retirándose á su pais, donde murió sin sucesion.

1397. El rey D. Carlos había formado el proyecto de re-

cuperar los estados ocupados por la Francia en el reinado anterior. Con este desiguio determinó pasar á la corte de Carlos VI su primo; y acordándose de lo que á él y á su padre les había sucedido, dejó un testamento cerrado, donde prevenía lo que debería practicarse en el caso de ser preso; y que si no fuese posible conseguir su libertad sin rescate, la Reina, que quedaba por gobernadora y las cortes, pudiesen dar la villa y castillo de Chereburg, que todavía poseia en Francia.

Quiso el Rey, antes de marchar, que las cortes jurasen el cumplimiento de lo contenido en el testamento; pero se escusaron á ello, si primero no se les ponía de manifiesto, por que querian saber lo que juraban. Entonces D. Carlos juró á las cortes, que nada había en el testamento que fuese contra los fueros ni dirigido á exigir contribuciones.

Hecho esto marchó el Rey á Paris; á donde llegó á tiempo en que el de Francia, enfermo de demencia, y con sospechas de hechizado por su cuñada la duquesa de Orleans, no estaba en disposicion de tratar de restituciones; y se volvió á Navarra sin conseguir su obgeto, hasta cinco años despues en que habiendo recobrado Carlos VI el juicio, aunque para poco tiempo, el de Navarra hizo segundo viage.

En esta ocasion logró transigir sus diferencias, conviniéndose ambos reyes en que al de Navarra se le diese el condado de Nemurs con título de duque y par

1398.

1403.

1404.



de Francia: que por el antiguo derecho á los condados de Champaña y Bria recibiese doce mil francos de renta anual, y cierta cantidad considerable por las del tiempo en que había estado desposeido; renunciando, por su parte, todos los demas derechos y tambien la villa y castillo de Chereburg á la Francia. Desde entonces dejó de titularse conde de Evreux y tomó el de duque de Nemours.

1406. Volvió el rey á Navarra; y poco despues murió el
1407. de Castilla Enrique III, dejando en la menor edad al sucesor D. Juan II su hijo.

1408. Entretanto que el rey D. Carlos disfrutaba de la paz, padecia la Francia peligrosas inquietudes, que comprometieron la tranquilidad de la nacion. Su rey había vuelto á la demencia y los duques de Orleans y de Borgoña se disputaban la regencia del reino. El primero fué asesinado, en una noche, de orden del segundo; y ambos partidos, á cual mas poderoso, se habían exasperado envolviendo á la monarquía en una guerra civil.

El rey de Navarra no quiso ser mero espectador en esta tragedia; y dejando á la Reina en el gobierno del reino marchó á Francia, donde se presentó como mediador, acompañado de una comitiva de seiscientos nobles á caballo. Propuso el rey D. Carlos, para la concordia, que los príncipes de la sangre real, de una y otra parte, se retirasen á sus estados, dejando las pensiones que recibían del erario para alivio del reino:

que se disminuyesen las contribuciones sobre el pueblo: que los vecinos de Paris fuesen pagados de lo que se les debía por préstamos hechos al gobierno; y que los negocios del estado se gobernasen por personas elegidas por los estados generales.

Estas proposiciones, que al mismo tiempo que tendian á retirar del campo de la ambicion á todos los partidarios, lisongeaban al pueblo, fueron interpretadas de doble objeto en el ánimo del rey D. Carlos, sospechando que trataba de ganar la popularidad de los parisienses para alzarse con la prenda que se disputaba. Pero al fin se verificó la reconciliacion de los príncipes, que aunque poco duradera, dejó al rey de Navarra satisfecho y se volvió á su reino.

La princesa D.^a Blanca, hija del rey D. Carlos, había
casado en el año mil cuatrocientos uno con D. Martin
rey de Sicilia, hijo único y heredero del rey de Aragon
D. Martin: ambos, padre é hijo, murieron en los
años mil cuatrocientos nueve y mil cuatrocientos diez
sin sucesion (1). D. Fernando infante de Castilla duque
de Peñafiel, hijo de D. Juan I de este reino y de D.^a
Leonor hermana del último rey Aragon, é hija de D.
Pedro IV, heredó las dos coronas (2), y envió á Sicilia

(1) El hijo murió en el año 1409 y el padre en 1410.

(2) Había casado D. Fernando con D.^a Leonor duquesa de Alburquerque nieta de Alonso XI de Castilla, hija de su hijo espurio D. Sancho. De este matrimonio nacieron Alonso V de Aragon, D. Juan II, rey de Navarra por su muger D.^a Blanca, y los infantes D. Enrique y D. Pedro, de quienes se hablará á su tiempo.



1412. al infante D. Juan, su hijo segundo, que recibió el gobierno de aquella isla de mano de la reina viuda D.^a Blanca, la cual mas adelante vino á ser su esposa. Esta Princesa se retiró dos años despues á vivir al lado de sus padres en Navarra.

1414. Al siguiente murió la reina D.^a Leonor en Olite. Su cuerpo fué depositado en la iglesia de Santa María, contigua al palacio real, y velado toda la noche por los religiosos y clérigos, y otros muchos hombres y mugeres de Olite. El jueves inmediato, despues de cantada la misa por el obispo de Bayona, sacaron el cuerpo fuera de la ciudad y colocado en unas andas cubiertas de paño negro, y sobre dos acémilas, fué llevado á Pamplona acompañado de doscientos hombres, cada uno con su hacha encendida. En este acompañamiento fúnebre iban el Rey, las Infantas y los principales señores de la corte. La Reina fué enterrada en Santa María de Pamplona.

1416. Un año despues murió tambien el rey D. Fernando de Aragon. Heredó el reino su hijo primógenito D. Alonso V. En los grandes estados, que tenía en Castilla, le sucedió su hijo segundo D. Juan, que gobernaba en Sicilia.

Queda dicho al año mil trescientos ochenta y siete, que el papa Urbano VI tenía su silla en Roma, al mismo tiempo que Clemente VII en Aviñon. Muerto este, en el año mil trescientos noventa y cinco, fué elegido en su lugar D. Pedro de Luna aragones, que se nom-

bró Benedicto XIII (1) á quien el rey de Navarra, siguiendo el ejemplo del de Francia, le prestó la obediencia. Pero el crédito de Benedicto decayó en aquella corte y le dejaron casi todos los cardenales y aun le arrestaron en el castillo de Borbon, acompañándole siempre, en sus desgracias, el obispo y cardenal de Pamplona D. Martin de Zalba, que murió en el año mil cuatrocientos y tres. Los cardenales de Roma, muerto Urbano VI, eligieron á Bonifacio IX: despues á Inocencio VII; y finalmente á Gregorio XII, con la condicion de renunciar en el caso de hacerlo Benedicto XIII.

Ni Gregorio ni Benedicto se acomodaron á dejar la tiara. Y entonces, reunidos los cardenales de ambos partidos, los depusieron y nombraron á Alejandro V, y por muerte de este á Juan XXIII. Ahora el concilio de Constancia depuso á los tres papas y eligió á Martino V. Gregorio XII y Juan XXIII se sometieron al concilio: Benedicto XIII fué excomulgado por su pertinacia; y refugiado en Peñiscola, murió abandonado de todos en el año mil cuatrocientos veinte y cuatro. El rey de Navarra, siguiendo la conducta del de Francia, le habia negado tambien la obediencia y dádola á Martino V á luego de su eleccion.

Ajustóse el casamiento de la infanta D.^a Blanca, rei-

(1) Segun la cronología eclesiástica este Benedicto debió titularse XII, por que la iglesia no reconoce como legitimo á Gerardo que se llamó Benedicto X en el año 1059.



na viuda de Sicilia, con el infante de Aragon D. Juan, hermano inmediato del rey D. Alonso; para lo cual el rey D. Carlos juntó cortes en Olite. El Rey pactó y aseguró la sucesion á D.^a Blanca, como primogénita de Navarra, jurando que no tenía tratado matrimonio alguno despues de la muerte de la Reina, ni le firmaría durante el de D.^a Blanca con D. Juan; ni legitimaría á ninguno de los hijos habidos fuera de matrimonio. Se pactó tambien, que muerta D.^a Blanca, con hijos ó sin ellos, la corona de Navarra pasaría á su legítimo sucesor, dejando D. Juan el gobierno de ella. La infanta llevó en dote cuatrocientos veinte mil ciento y doce florines de oro seis sueldos y ocho dineros del cuño de Aragon (1). Este matrimonio se celebró en Pamplona, á donde el infante D. Juan vino con licencia del rey D. Juan II de Castilla su primo hermano, en cuya corte residía.

No se detuvo el infante sino cuatro dias en sus bodas. Las graves turbaciones, que ocurrieron en Castilla, le obligaron á apresurar su marcha. El rey D. Juan II, de corta edad y de no mucha capacidad para el gobierno, habia puesto en movimiento la ambi-

(1) El florin de oro de Aragon tuvo diferentes valores, con respecto á la plata; el efectivo de hoy viene á ser 34 reales vellon. Por este cálculo, el dote de la infanta ascendía á 14,283,708 reales vellon: cantidad prodigiosa para aquellos tiempos; pero téngase presente que no intervino dinero: la mayor parte consistía en créditos de la casa de Navarra contra la de Aragon; y lo demas en pueblos y castillos.

cion de los cortesanos, que deseaban apoderarse del influjo sobre el joven monarca. El infante D. Juan tenía por rival á su hermano D. Enrique, quien durante las bodas del primero, se había apoderado de la persona del Rey, ayudado del condestable de Castilla D. Rui Lopez de Avalos.

Para cuando llegó D. Juan, en socorro del Rey, este había logrado evadirse del poder de D. Enrique, acompañado de su gran privado D. Alvaro de Luna, á quien despues hizo condestable de Castilla. Encontró el infante D. Juan al Rey en el camino de Talavera: comieron juntos aquel dia en el castillo de Villalba; y se proponia el infante seguir al Rey; pero se le negó la licencia para ello, por que D. Alvaro de Luna no quería partir con nadie su privanza.

En medio de estos disturbios de Castilla nació, de la infanta D.^a Blanca, el célebre y desgraciado príncipe D. Carlos en Peñafiel. Su bautismo se verificó, pasados cuatro meses, en Olmedo: fueron sus padrinos el rey D. Juan de Castilla y D. Alvaro de Luna. 1421.

Dos años despues fué traído el Príncipe, por su misma madre D.^a Blanca, á Navarra para que se criase cerca de su abuelo; y entonces se creó por este, con acuerdo de las cortes, el principado de Viana para D. Carlos, como heredero de la corona de Navarra y fué jurado por sucesor del reino (1). 1423.

(1) En Castilla había comenzado tambien á titularse *Príncipe de Asturias* el heredero de la corona en el año 1388.



Al mismo tiempo se ocupaba el rey D. Carlos en acabar de una vez con las sangrientas disensiones que devoraban á los tres barrios de Pamplona de tiempo en tiempo. A este efecto, con acuerdo de sus habitantes, y aprobacion de las cortes, les dió el saludable privilegio, llamado de la *Union*, por que con él se extinguieron las diferentes jurisdicciones y gobiernos municipales, instituyéndolo uno solo comun para todos, con un alcalde y diez regidores.

El infante D. Enrique, hermano de D. Juan, había sido preso y llevado al castillo de Mora, y sus bienes y los de sus secuaces confiscados. El rey de Aragon D. Alonso, hermano tambien de D. Enrique, se resintió de estos procedimientos y pidió al de Castilla su libertad; mediaron sobre esto algunas embajadas. Y mal satisfecho el aragones, de las respuestas del castellano, se preparaba para una guerra, que debía comprometer al infante D. Juan de Navarra, como hermano del rey de Aragon y como dependiente del de Castilla donde tenía sus estados.

1424.
1425. El rey D. Carlos de Navarra, temiendo las consecuencias de este rompimiento, se ofreció como mediador. El de Aragon estaba ya con su ejército en Tarazona cuando llegó su hermano D. Juan con poderes del castellano para las negociaciones de paz. Ambos entraron con las tropas aragonesas en Navarra, aunque como amigos, y pusieron sus reales cerca de Milagro. Acudió tambien el rey D. Carlos; y de parte de

los tres monarcas se nombraron por jueces árbitros á Mosen Pierres de Peralta (1) mayordomo del de Navarra, al doctor Fortun Velazquez consejero del de Castilla, y á Fernando Diaz de Toledo arcediano de Niebla por Aragon, asistiendo tambien al congreso el arzobispo de Tarragona. La sentencia fué, que sin dilacion se diese libertad á D. Enrique y se le restituyesen su honores y estados. No fué bien recibida de Castilla; pero se sometió por no considerarse entonces en disposicion de apelar al tribunal supremo de las armas.

Poco despues murió el rey D. Carlos en Olite, repentinamente, en los brazos de su hija la infanta D.^a Blanca. Fué enterrado en la catedral de Pamplona.

Tuvo D. Carlos, de su matrimonio con D.^a Leonor, dos hijos y siete hijas. Los hijos fueron D. Carlos y D. Luis, que murieron de poca edad. Las hijas D.^a Juana, que casó con D. Juan de Fox, heredero del condado de Fox, y murió sin sucesion: D.^a María, que murió soltera: D.^a Blanca, que heredó el reino: D.^a Beatriz, casada con Jaques de Borbon conde de la Marca; D.^a Isabel, que murió de edad de nueve años: otra D.^a Isabel, que casó con Juan conde de Armañac cuarto de este nombre, y D.^a Margarita, de quien no se da mas razon sino que existió.

(1) Este Mosen Pierres se ve ya en el año 1423 como consejero y primer maestro hostel del Rey; y debía ser muy joven pues, como se dice á su tiempo, vivia en 1488.



También tuvo el rey un hijo y una hija, habidos fuera de matrimonio en la larga ausencia de la Reina; abuso que estaba autorizado, no solo por las costumbres sino por el fuero de Navarra (1). El hijo fué D. Godofre de Navarra mariscal del reino y conde de Cortes; y la hija D.^a Juana de Navarra, que casó con D. Iñigo Ortiz de Estuñiga. Otra hija también Juana, que tuvo después de viudo en el año mil cuatrocientos diez y nueve, casó con D. Luis de Beaumont hijo de D. Carlos, que lo fué del infante D. Luis hermano del rey D. Carlos II.

D. Juan, y Doña Blanca.

4425. Luego que murió el rey D. Carlos, el infante D. Juan su yerno, que se hallaba con el ejército de su hermano el rey de Aragon en Tarazona, volvió á entrar en Navarra, acompañado del mismo ejército, tan solo para celebrar el acto de la proclamacion, que á su modo tenía proyectado.

Encerróse primero por tres dias para recibir los pésames. La reina D.^a Blanca le envió desde Olite el pendon real, con las armas de Navarra, por conducto de Nuño de Baca alférez mayor. Armado el Rey y vestido con una cota de terciopelo encarnado, con las ar-

(1) « Todo home casado que á su muiller tiene en el término « de la villa non debe jacer sino es con eilla. » *lib. 4 tit. 1 cap. 3.* Este fuero se ve en el manuscrito; pero se omitió al tiempo de la impresion como tan opuesto á las buenas costumbres, y á la religion.

mas de Navarra bordadas en oro, montado en su caballo ricamente enjaezado, que llevaban de las riendas algunos señores principales y acompañado de su hermano el rey D. Alonso, dió tres paseos por los reales, precedido de un heraldo, gritando *Navarra, Navarra por el rey D. Juan y D.^a Blanca su muger.* Ningun caballero navarro se halló en la funcion; porque separadamente hicieron lo mismo en Olite con la Reina, como su natural señora, aunque con la reserva de repetirla con ambos reyes, bajo las formalidades del fuero que no dispensaban con facilidad.

El rey D. Juan dió principio á su reinado, concediendo muchas mercedes á los nobles, que vivian recelosos de que, si como parecía probable, venia D. Juan á suceder en el reino de Aragon, no los había de tratar como si fuera navarro.

Habiase dilatado la libertad del infante D. Enrique, por el rey de Castilla, pretendiendo que el de Aragon despidiese primero sus tropas; pero el aragones quería lo contrario, y para hacerse respetar llegó á ponerse con su ejército á media legua de Briones.

El rey de Navarra, que parecía desear la paz, propuso que el Infante saliese de la prision y se pusiese en depósito en su poder hasta que el de Aragon se desarmase. Convino el de Castilla: D. Enrique fué entregado al de Navarra, y su depositario lo puso á la disposicion del rey D. Alonso en Tarazona, sin esperar á la disolucion del ejército como estaba tratado. Y



es que para entonces los dos monarcas, navarro y aragones, andaban en relaciones secretas con los señores de Castilla descontentos de su Rey, por la privanza de D. Alvaro de Luna, y D. Enrique debía ser el caudillo de la insurrección que se premeditaba.

1426. El rey de Castilla manifestó su disgusto de este procedimiento; y el de Navarra, aparentando querer terminar de una vez las diferencias, pasó á Toro donde se hallaba aquel monarca. El resultado de su ida fué estallar una nueva revolución entre los castellanos, adhiriéndose á los reyes de Navarra y Aragon, y á D. Enrique su hermano, un partido poderoso que ellos mismos fomentaban con el pretexto de libertar al Rey del influjo de D. Alvaro de Luna.

1427. D. Enrique entró en Valladolid bien apercebido de armas y se alojó, con su hermano el rey de Navarra, en el convento de San Pablo: allí acudieron todos los de su parcialidad y dirigieron al de Castilla varias quejas sobre el mal gobierno.

El miedo, y la debilidad de este monarca, le obligaron á poner el negocio en compromiso por parte de los descontentos y de D. Alvaro de Luna. Nombráronse jueces y declararon, entre otras cosas, que este privado saliera de la corte por tiempo de año y medio, dejando también la casa real todas las personas hechuras de D. Alvaro, como se verificó.

Pero desde este momento los del partido vencedor se apresuraron á ocupar el puesto del caído y se hacían

la guerra los unos á los otros. Hernan Alonso de Robles, hombre sagaz y bullicioso, era el que mas sobresalía en sus intrigas para este objeto. Debía su fortuna á D. Alvaro, que lo había hecho su comisario, y Robles fué el primero que con infame ingratitud trabajó para su destierro.

El rey D. Juan de Castilla, al mismo tiempo que le mortificaba la depresion de su autoridad, estaba muy lejos de querer depositar su confianza en un hombre que había faltado á la de su mejor amigo. Además sus competidores, que le miraban con igual aversion, rogaron al rey de Navarra que en nombre de todos acusase á Robles de varios delitos. Hízose así, y Hernan Alonso fué puesto en la carcel de Uceda donde murió envuelto entre la infamia y la miseria.

Entonces los descontentos volvieron á sus intrigas acostumbradas para apoderarse del influjo en el gobierno. El rey de Navarra y su hermano D. Enrique eran los primeros que ribalizaban, y esta division los debilitó de manera que el rey de Castilla, que suspiraba como un enamorado y lloraba como un niño por D. Alvaro de Luna, se hizo superior á los de la liga atrayendo á muchos á su partido; y el mismo rey de Navarra se adhirió á la voluntad del de Castilla. Una 1428. amnistía general acabó de cimentar la confianza entre este y los descontentos, y aun los enemigos de D. Alvaro llegaron á solicitar del Rey su restitucion.

No deseaba otra cosa este monarca, que no podía



vivir sin su privado: le volvió inmediatamente á la corte; el rey de Navarra y su hermano D. Enrique salieron á recibirle; y la privanza de D. Alvaro llegó á su mayor altura. Ya todos le doblaban la rodilla; pero no estaba satisfecho sino quitaba de al rededor de sí el menor obstáculo que pudiera oponerse á la marcha de su voluntad.

El rey de Navarra le hacía sombra y D. Alvaro dispuso los ánimos de tal manera, que se murmuraba ya públicamente de su estancia en Castilla y de que se metiese á gobernar en casa ajena. El infante D. Enrique fomentaba tambien estas quejas por hacerse grato á D. Alvaro.

1429.

Hallábase el rey de Navarra en Medina del Campo y allí recibió un mensaje del de Castilla significándole, que pues tenía concluidos los negocios que le habian traído, se volviese á Navarra; y así lo hizo, despidiéndose con una amistad mas aparente que verdadera del rey de Castilla. A su llegada á Pamplona se celebró ahora solemnemente, con arreglo al fuero, el juramento y coronacion de los reyes D. Juan y D.^a Blanca, que se había dilatado por la ausencia del primero.

La paz entre Castilla y Aragon no estaba firmada y el rey D. Alonso deseaba renovar la guerra, de acuerdo con sus hermanos el de Navarra y D. Enrique, disgustado ya de la esclusiva privanza de D. Alvaro. El castellano, receloso de las intenciones del aragones, procuró explorar sus designios con embajadas; y solo

consiguió respuestas ambiguas que aumentaban los temores de la guerra.

En Navarra, la reina D.^a Blanca y el reino, desaprobaban acordemente la conducta de su Rey; pero el caracter de D. Juan era superior á toda contradiccion. Cometió el contrafuero de no admitir el consejo de paz de las cortes: estas le negaron por su parte los subsidios que necesitaba para la guerra; y el Rey vendió sus joyas y las de la Reina. Este empeño decidido de D. Juan en una guerra sin justicia, ni conveniencia, produjo el descontento general entre los señores principales ó ricoshombres. D. Godofre de Navarra conde de Cortes, y hermano natural de la Reina, se desnaturalizó y pasó al servicio de Castilla (1).

Finalmente la guerra se renovó, y el castellano, ocupado entonces contra los moros de Andalucía, se vió en la necesidad de hacer treguas con ellos para defenderse de los cristianos. En vano requirió á los reyes de Navarra y Aragon con la justicia y las relaciones de parentesco que debian inclinarles á la paz: ellos contestaron, que esas mismas razones les obligaba á

(1) Este caballero sirvió á Castilla en la guerra contra moros. La reina D.^a Blanca en su testamento, hecho en el año 1439, encargaba al príncipe de Viana, que si D. Godofre viniese á su obediencia le perdonase, y que por el condado de Cortes, que le había sido secuestrado, le diese el de Monfort en Francia, que se comprendía en el ducado de Nemurs. Mariana dice que D. Godofre ó Jofre era hombre inquieto amigo de novedades, y que por ser de sangre real pretendia apoderarse del reino de Navarra.



entrar en Castilla, para aconsejar á su Rey lo que debía hacer en sus reinos por el bien general.

De esa respuesta, de los dos reyes, infirió el de Castilla que tenían inteligencias secretas con algunos de sus vasallos y que el mal principal existía dentro de su casa. Para esto quiso precaverse con el juramento y pleito homenaje, que mandó le hiciesen todos los señores y caballeros principales de sus reinos en Palencia.

Ya para entonces D. Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, caballero castellano, amigo del rey de Navarra, con encargo de este, había fortificado á Peñafiel y otras plazas pertenecientes al mismo rey de Navarra en Castilla. El castellano marchó contra Peñafiel y logró someter al pueblo: no sucedió lo mismo con el castillo, que por ser muy fuerte se abandonó por entonces la empresa de su rendicion.

Los dos reyes de Aragon y Navarra se pusieron en campaña y entraron en Castilla con dos mil y quinientos hombres de armas y mucha infantería. El condestable D. Alvaro de Luna les salió al encuentro; mas no teniendo fuerzas suficientes se fué retirando á medida que los enemigos abanzaban: llegaron hasta el territorio de entre Jadraque y Cogolludo, donde ambos ejércitos tomaron posiciones. Allí se reunió al de Navarra y Aragon el infante D. Enrique con doscientos cincuenta caballos, despues que habia intentado en vano la sorpresa de Toledo.

Estaban ya á punto de dar la batalla, cuando el cardenal D. Pedro de Fóx se interpuso para restablecer la paz; y la reina de Aragon se presentó tambien, con el mismo objeto, colocándose con su tienda entre ambos ejércitos, decidida á ser atropellada antes que permitir que llegasen á las manos (1).

No fueron del todo infructuosas estas mediaciones de la religion y la amistad: se hizo la paz y se retiraron los reyes de Navarra y Aragon; pero el de Castilla no quiso ratificarla y mandó á sus pueblos fronterizos, que hostilizasen á los aragoneses y navarros, entre tanto que él marchaba con su ejército sobre Aragon, donde ganó á Monreal, quemó á Ariza y desoló otros muchos pueblos. Hecho esto se volvió á Castilla.

Viendo los reyes de Navarra y Aragon que los castellanos defendían fielmente á su Rey, siendo asi que aquellos tenían la principal confianza en la sublevacion de los pueblos, insistieron en la paz y á este efecto enviaron embajadores á Castilla. Este monarca contestó echando en cara á sus enemigos la injusticia de su agresion; pero que accedería, sin embargo, siempre que se le diesen las garantías necesarias.

(1) En aquellos tiempos caballerescos, las damas tenían el mayor influjo sobre los guerreros. Todas las pasiones de furor y de ira debían calmar á presencia del bello sexo. Las leyes apoyaban estas costumbres civilizadoras. Un caballero no podía herir á otro, á presencia de una señora, sin pagar una multa considerable ó presentarse con otros doce caballeros á pedirla perdon; é todos aquellos doce en sembla con eill deben besar en el pie á dueina, por fuero eilla debe perdonar al feridor. Fueros de Navarra lib. 5. tit. 1. cap. 3.



Entretanto algunas acciones parciales, entre Castilla y Navarra, aumentaban las dificultades de la paz. El rey de Navarra intentaba tomar á Briones; y Pedro Velasco general castellano tomó en Navarra á San Vicente. Sancho de Londoño mariscal de Navarra entró en Castilla y fué hecho prisionero. Ruy Diaz de Mendoza caballero sevillano, al servicio de Navarra, entró tambien en Castilla por la parte de Tudela; y al mismo tiempo el rey de Castilla confiscaba los estados que poseia el de Navarra en aquel reino. El castillo de Peñafiel cayó tambien en poder del castellano, y el conde de Castro, que lo defendía, fué declarado por rebelde, y espatriado. Perdióse ademas en esta guerra, por parte de Navarra, la villa de Laguardia; y se concluyó con una tregua de cinco años (1)

(1) Sirvió mucho al rey D. Juan, en esta guerra de Castilla, Mosen Bernat de Ezpeleta, caballero del príncipe de Viana. En recompensa le hizo el rey armar caballero y le dió en honor las pechas reales del lugar de Beire en el año 1431 durante su vida. En el de 1456, ampliando la gracia, le concedió el señorío absoluto del mismo pueblo con la jurisdicción baja y mediana para sí y sus sucesores de legítimo matrimonio; y un año despues le dió tambien, en iguales circunstancias, el lugar de San Martín de Unx. Pero la princesa D.^a Leonor gobernadora del reino, á representacion que le hicieron los pueblos de San Martín y Beire en el año 1475 diciendo ser contrafuero la concesion de las jurisdicciones, y todo lo demas fuera de las pechas ordinarias del rey, revocó las gracias en esta parte, y las confirmó en cuanto á las pechas. De Mosen Bernat de Ezpeleta descienden los condes de Ezpeleta. El hermano mayor de Bernat era vizconde de Val de Erro, que solo tuvo una hija, y hoy poseen este título los marqueses de Besolla.

El rey de Castilla estaba confederado con el conde de Armañac, que trabajaba para impedir que el de Navarra recibiese auxilios de Gascuña por parte de los ingleses. La misma buena amistad mantenía con el rey de Francia. Y á fin de contrabalancear esta liga, el de Navarra se unió con el conde de Fox, casando á la infanta D.^a Leonor, hija segunda del Rey, con el primogénito del Conde.

Hecho esto, y confiado el rey de Navarra en las treguas ajustadas con Castilla, determinó pasar á Nápoles, para ayudar á su hermano D. Alonso de Aragon, en la guerra que allá tenía contra la casa de Anjou, sobre la posesion de aquel reino. El rey de Aragon estaba ya en Sicilia, y el infante D. Enrique habia partido tambien para Italia, así como su otro hermano el infante D. Pedro.

El de Navarra dejó el gobierno en manos de la reina D.^a Blanca; el de Aragon habia hecho lo mismo con la suya; y ambas reinas, temiendo que en la ausencia de sus maridos finase la tregua con Castilla, se pusieron de acuerdo y solicitaron una proroga, en que no hubo dificultad de parte del castellano, que tenía bastante guerra dentro de su casa.

La primera empresa, de los reyes en Nápoles, fué la del sitio de Gaeta. Estaba ya muy apretado cuando el duque de Milan, aliado de Renato de Anjou, envió una escuadra genovesa, mandada por el general Blas Asareto, para socorrer á los sitiados. El rey de Aragon



salió al encuentro del enemigo con otra escuadra: avisáronse y los genoveses enviaron un heraldo diciendo, que su intento no era mas que sacar de Gaeta á los soldados, ciudadanos y mercaderes de su república, y que si esto se les permitía se escusaría la guerra; pero los aragoneses despreciaron la embajada: tenían los genoveses doce naves gruesas, tres galeras, una galeaza y una fusta; y los aragoneses catorce naves gruesas y once galeras. El combate fué de los mas sangrientos y la victoria quedó por los genoveses. Los reyes de Aragon y Navarra fueron prisioneros con el infante D. Enrique, el príncipe de Taranto y el duque de Sesa. El infante D. Pedro, no se halló en el combate, por haber pasado á Sicilia á traer la escuadra que allí había. Siguióse á esta desgracia una salida de los de Gaeta, en que derrotaron enteramente á los sitiadores.

La armada genovesa dió la vuelta á Génova con todas las naves aragonesas y prisioneros: allí quedó el rey de Navarra con la mayor parte de ellos: el de Aragon y el infante D. Enrique fueron conducidos á Milan con los restantes; y el rey D. Juan no tardó en ser llevado tambien á poder del Duque. Este, no solo los recibió con agasajo, sino que considerando las mayores ventajas que podrian seguirse de ganarlos por amigos, hizo estrecha liga con el rey de Aragon y dió libertad á los prisioneros, á pesar de las quejas de los genoveses que esperaban crecidísimos rescates.

El rey de Aragon volvió inmediatamente á su empresa sobre Gaeta, de la cual quedó encargado el infante D. Pedro y consiguió rendirla. Este infante murió tres años despues, de una bala de cañon, en la guerra de Nápoles.

El rey de Navarra regresó á su reino, poco antes de concluirse la tregua con Castilla. Vino en su compañía el infante D. Enrique; por que los caballeros castellanos, enemigos del condestable D. Alvaro de Luna, habían solicitado de la reina D.^a Blanca que se verificase así y la Reina lo comunicó á los dos hermanos.

A la partida del rey de Navarra, de Italia, el de Aragon le dió el título de lugarteniente de los reinos de Aragon y Valencia, dejando solo á la Reina el gobierno de Cataluña. Estaba este monarca irritado en aquel momento contra su muger por que arrebatada de los zelos había hecho ahogar á D.^a Margarita de Ijar su dama (1).

El primer cuidado del rey D. Juan, luego que tomó el gobierno de Aragon, fué el arreglo de la paz con Castilla; que efectivamente se hizo con varias condiciones y entre ellas la del casamiento de la infanta D.^a Blanca, hija mayor de los reyes de Navarra, con D.

(1) Algunos creen que la revocacion de los poderes de la Reina fué á persuasion é intrigas del rey de Navarra, cuya ambicion no tuvo compañera en aquel tiempo. *Compendio cronológico de la historia de España* por D. José Ortiz y Sanz: tom. 5. pag. 191.



1437. Enrique príncipe de Asturias primogénito del rey D. Juan de Castilla. Verificáronse los desposorios en Alávaro, á tiempo que los desposados tenían la edad de doce años. El tratado de paz se cumplió en todas sus partes, restituyendo á Navarra la villa de Laguardia y otras plazas que estaban en poder de los castellanos. Los estados ó cortes de cada reino habían jurado tambien su ejecución.

1438. Sin embargo de estas seguridades, el rey de Navarra y el infante D. Enrique no interrumpieron sus relaciones secretas con los enemigos de D. Alvaro de Luna, para derribarle de su privanza; pero no se declaraban abiertamente contra él, con el objeto de hacerse necesarios á los dos partidos y acertar en adherirse á su tiempo al mas fuerte, para recobrar en premio los estados que habían perdido en Castilla, y era por entonces todo su conato.

1439. Bien pronto la confederacion castellana, enemiga de D. Alvaro, se hizo bastante poderosa para obrar á cara descubierta. Entonces el rey de Navarra, su hermano D. Enrique y el conde de Castro entraron en Castilla con quinientos caballos; y como no declarasen su intento, ambos partidos los solicitaban y fundaban en su ayuda el buen éxito de su causa.

El rey de Castilla convidó á unas vistas á los dos hermanos, desde Cuellar donde se hallaba; y el de Navarra condescendió, usando de la singular confianza de que solo le acompañasen seis de á caballo. Co-

mieron juntos ambos reyes con la reina de Castilla D.^a María, hermana del navarro, y el príncipe de Asturias su yerno. Pero de estas vistas no resultó otra cosa que la de explorar los ánimos y entretenerse ambos monarcas con engañosas esperanzas.

El infante D. Enrique pasó á Peñafiel con la gente de guerra, y poco despues se vió con su hermano en Minguela, lugar cercano á Cuellar, donde con todo secreto concertaron lo que debía ejecutarse. El resultado fué reunirse nuevamente en Tudela de Duero con el objeto de complacer al Rey, haciendo el papel de mediadores con los coligados; mas no hubo medio de conciliacion.

Entretanto las tropas de una y otra parte iban en aumento: los de la liga contaban ya con seis mil solo de caballería; y el ejército del Rey había recibido un refuerzo de tres á cuatro mil hombres, que volvian de Francia al mando de D. Rodrigo de Villandrando primer conde de Ribadeo, á quien el rey de Castilla había enviado en favor del de Francia contra los ingleses. A los soldados de este ejército dieron los franceses el nombre de *ecorcheurs* ó desolladores, por que por falta de pagas hicieron cosas terribles en Francia ademas de sus hazañas contra los ingleses.

El rey de Castilla temía la guerra y se prestó á un ajuste con los descontentos; pero había dos dificultades invencibles: la separacion del Condestable, cosa durísima para el Rey, y la restitucion de los estados



confiscados al de Navarra y al infante D. Enrique, que poseian ya otros señores castellanos y no estaban dispuestos á cederlos. Quien mas decididamente manifestó su oposicion á esto, fué D. Gutierre Gomez de Toledo arzobispo de Sevilla, que poseia á Alba de Tormes y otros lugares pertenecientes al rey de Navarra. En tales circunstancias la guerra parecía inevitable y el encono de ambos partidos estaba en la mayor exaltacion.

Durante estos acontecimientos gobernaba en Navarra, por ausencia del Rey, la reina D.^a Blanca; y ahora se ajustó y verificó el casamiento del príncipe D. Carlos con Ines de Cleves, hija del duque de Cleves y sobrina del duque de Borgoña Felipe el Bueno. Esta princesa fué traída á Navarra, con magnífico acompañamiento, por el príncipe de Cleves su hermano. Pero volvamos á las cosas de Castilla.

Atemorizado este monarca con las fuerzas de los conjurados accedió en fin á la dolorosa separacion del condestable D. Alvaro de Luna; bajo cuya base se nombraron árbitros por ambas partes y declararon que el condestable saliese de la corte por seis meses: que en este tiempo no había de escribir al Rey, ni tratar cosa alguna contra el de Navarra, el Infante ni los caballeros de la liga: que á los dos primeros se les restituyese todo cuanto habían poseido en Castilla ó su equivalente: que todos despidiesen las tropas que tenian: que los de la liga evacuasen los pueblos ocupados;

y que se anulasen todos los procesos hechos contra algunos parciales del infante D. Enrique.

Consiguiente á esta determinacion salió de la corte el Condestable, aunque con manifiestas esperanzas de volver presto. El almirante D. Fadrique Enriquez, uno de sus mas señalados enemigos, le habló en secreto antes de partir, y luego se vió que le sustituyó en su privanza con el Rey. El de Navarra y el infante D. Enrique manifestaron disgustarse de la misteriosa mudanza que notaban en el Almirante; mas este les dió tales razones que les dejó convencidos y satisfechos.

Los amigos de D. Alvaro, desde que vieron disipada la tempestad, no se descuidaban en aprovecharse de la volubilidad del caracter del rey de Castilla para cambiar la marcha de los acontecimientos. Veian que con la privanza del Almirante no corrian las cosas á la par de sus deseos y que tiraba á suplantar al Condestable, lejos de ser fiel depositario de su valimiento. Al fin tuvieron maña para persuadir al rey de Castilla, que con toda resolucion se apartase del Almirante, del rey de Navarra y de todos sus parciales; y así lo hizo marchando arrebatadamente, desde Toro á Salamanca, con el arzobispo de Sevilla y los demas de su bando, y dejando burlados á los enemigos del Condestable.

Exasperado el rey de Navarra, se puso al frente de la liga, corrió en busca del castellano y se apoderó de Avila. El rey de Castilla se refugió en Bonilla, pue-



blo fuerte de la comarca de Salamanca, desde donde envió sus embajadores á los conjurados, á quienes ya había comenzado á temer. Estos le contestaron insistiendo en la separacion del Condestable, de quien decian le tenía *ligadas las manos y sus potencias con mágicas y diabólicas encantaciones*; y que era absolutamente necesario que el Rey se libertase de ellas. Al mismo tiempo la parcialidad de los conjurados se aumentaba, Toledo, Leon, Burgos, Avila, Zamora, Guadalajara, Segovia, Plasencia, Valladolid y otras ciudades se declaraban por ellos.

En estas circunstancias D. Juan II, accediendo á los deseos de los grandes, tomó la resolucion de convocar cortes en Valladolid. El rey de Navarra dió salvoconducto á todos, escepuando, con grande sentimiento del de Castilla, al Condestable; pero reunidas las cortes, el Rey insistió fuertemente en el salvoconducto de D. Alvaro y se le concedió, mas por miedo que por voluntad de complacerle; resultando de esto un nuevo embarazo para la paz, por que el príncipe de Asturias, sugerido por Juan Pacheco su privado, que era de los que mas aversion tenían al Condestable, se oponía á su regreso. Sobre esto el Príncipe se alteró contra el Rey su padre y apartó de su obediencia; aunque se reconcilió luego, haciendo salir de la corte á tres consejeros, hechuras de D. Alvaro, con que el Príncipe se satisfizo por entonces.

Por este tiempo se celebró en Valladolid el matrimo-

nio del mismo príncipe de Asturias con la infanta D.^a Blanca, de edad ya ambos de quince años. Hubo grandes fiestas con justas ó torneos en que murieron algunos nobles á causa de que pelearon con lanzas de hierros azerados, como se hacía en la guerra. Siguióse á esto un nuevo motivo de turbaciones para Castilla. Desde el dia inmediato á las bodas se esparció el rumor de que el Príncipe era inhabil para el matrimonio; y se decía tambien, que daba pocas esperanzas de enmendar los yerros del gobierno de su padre, por estar tan dominado de Juan Pacheco como aquel del Condestable.

Volvió D. Alvaro á la corte y con él toda su envidia y aborrecida influencia en el gobierno. Pacheco, á quien le hacía mas sombra que á ninguno, procuró y consiguió separar al Príncipe, por segunda vez, de la amistad del Rey y que se uniese con el de Navarra y sus parciales. Repitieron estos sus instancias al de Castilla para la separacion de D. Alvaro; mas el amor del Rey ácia este privado era seguramente encantador.

La reina de Castilla se adhirió tambien á los descontentos, y el Rey quedó solo y abandonado á la conjuracion que trataba de undir al Condestable; y aunque tentó nuevos medios de conciliacion se le respondió que lo primero era apartar á D. Alvaro de su lado. Celebróse una junta por los conjurados, convocose al Rey á ella y no quiso concurrir. Acudieron á las armas



una y otra parte; y por último el Rey dió poder á la Reina, al Príncipe, al Almirante D. Fadrique y á su sobrino el conde de Alba para arreglar las diferencias. La sentencia se redujo, entre otras cosas, á que D. Alvaro estuviere seis años en sus tierras sin comunicarse con el Rey, y así se ejecutó.

1442. En el año siguiente se celebraron cortes en Toro, con el fin principal de acabar de una vez con el Condestable, que trabajaba mas que nunca para recobrar su soberanía. Asistió tambien á ellas el rey de Navarra; y allí fué donde los partidarios de D. Alvaro, que aborrecian mortalmente al rey navarro y á su hermano D. Enrique, intentaron hacerlos perecer por medio de la explosión de una mina, que aunque no llegó á verificarse por haberse descubierto á tiempo, aumentó la irritacion de los partidos.

A este disgusto del rey de Navarra se siguió otro mayor. La reina D.^a Blanca, que había ido en romería al monasterio de Santa María de Nieva, murió en él. Dejó dispuesto en su testamento, con arreglo á lo pactado en la capitulacion matrimonial con el rey D. Juan, que el príncipe D. Carlos heredase el reino y el ducado de Nemurs; y declaró que despues de su muerte tenía el Príncipe derecho á nombrarse rey de Navarra y duque de Nemurs; pero al mismo tiempo le rogaba, que por honor á su padre le pidiese su consentimiento para usar de aquellos títulos. Dispuso tambien, que si el Príncipe muriese sin hijos, le heredase la infanta

D.^a Blanca princesa de Asturias, y á falta suya la infanta D.^a Leonor condesa de Fox.

Fué la Reina muy devota de María Santísima é instituyó, en honor y reverencia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, una órden con la divisa de una vanda azul con un pilar de oro esmaltado y un letrero al rededor que dijese *A tí me arrimo*. Ignórase el lugar de su sepultura.

Por muerte de la Reina, el príncipe D. Carlos entró en el gobierno del reino, titulándose lugarteniente del Rey su padre. Añadió á sus armas la empresa de un hueso, que roian dos lebreles, con el mote *Utrínque róditur*, aludiendo á los reyes de Francia y Castilla, que cada uno por su parte le iban usurpando sus tierras. En los ratos que le permitia el despacho de los negocios se ocupaba en el estudio de las letras, en que hizo grandes progresos y dejó escritas varias obras.

Los negocios de Castilla corrian siempre de la misma manera. El Rey pugnando por la vuelta del Condestable, y el de Navarra y los señores castellanos disputándose el valimiento y la influencia sobre el gobierno del estado. La preferencia, que el de Castilla daba al Almirante, produjo zelos en el de Navarra. El conde de Castro su amigo quiso tranquilizarle sobre esto y cimentar la amistad del Rey con el Almirante; á cuyo efecto le propuso por esposa á D.^a Juana Enriquez hija de aquel, y para su hermano D. Enrique á D.^a Beatriz, hermana del conde de Benavente. Agra-



1443. dole al Rey la idea de su amigo el conde de Castro, y ambos matrimonios se llevaron á efecto (1).

El almirante D. Fadrique, padre de la novia, era hijo de D. Alonso Enriquez almirante mayor de Castilla y nieto de D. Fadrique maestro de Santiago, á quien su hermano D. Pedro el Cruel hizo matar en Sevilla. Este D. Fadrique fué hijo natural de D. Alonso XI.

Con esta union el partido de la liga se hizo mas fuerte y animoso, y el rey de Castilla quedó enteramente á merced de los coligados; de manera que el de Navarra le tenía como preso con centinelas de vista; pero las intrigas de D. Fr. Lope de Barrientos obispo de Avila, con el príncipe de Asturias, hicieron que este se uniese con su padre en favor del Condestable, para contravalancear el influjo de sus contrarios.

1444. Entonces ambos partidos tomaron de nuevo las armas. El Condestable dejó su destierro y pasó á la corte; y el ejército del Rey se aumentó tanto, que el de Navarra, no considerándose con fuerzas suficientes, tuvo por bien abandonar el campo retirándose á su reino. Y el de Castilla aprovechándose de la debilidad de su enemigo le quitó las plazas que poseia en aquel reino, y tambien en Navarra á Belorado.

1445. El de Navarra volvió á reunir su ejército y entró en Castilla por Atienza: tomó á Torija, Alcalá de Henares, Alcalá la vieja y Santorcaz, donde se le reunió el

(1) El de el rey D. Juan se verificó en 1.º de setiembre de 1444.

infante D. Enrique con quinientos hombres de armas, y poco despues el Almirante y el conde de Benavente con mil soldados. En seguida ganaron á Olmedo y por haberse resistido ahorcaron á los que cerraron las puertas.

Aunque se entablaron nuevas conferencias con el rey de Castilla, el condestable D. Alvaro decidió la cuestion declarándose por la guerra. Diose una batalla muy reñida, aunque no sangrienta, cerca de Olmedo: la noche separó á los dos ejércitos; y la victoria quedó por el castellano. El Condestable salió herido en una pierna y el infante D. Enrique en la mano izquierda, de cuyas resultas murió luego. Fueron hechos prisioneros el conde de Medinaceli, el de Castro y otros grandes.

El rey de Navarra se retiró á Zaragoza, desde donde fomentaba las disensiones de los castellanos, entre tanto que el de Castilla se apoderaba de las villas de Atienza y Torija, únicos pueblos que al navarro le quedaban en aquel reino. Esta guerra duró, con diferentes correrías, hasta el año mil cuatrocientos cuarenta y ocho. En ella tomaron tambien parte los navarros: entraron unos por la Berrueza y ganaron á Santa Cruz de Campezo; y otros por la parte de Aragon se apoderaron, en el obispado de Cuenca, del castillo de Huelamo, que recuperaron luego los castellanos. Santa Cruz se devolvió tambien á Castilla á virtud de una embajada que el castellano envió al príncipe de Viana.

1446.

1448.



Ocurrió luego la muerte de la princesa de Viana D.^a Ana de Cleves, verificada en Olite sin haber dejado sucesion. Fué enterrada en Santa María de Pamplona.

En las cortes de Aragon se acordaron y ajustaron treguas con Castilla por siete meses. El estado de inquietud de esta monarquía no se mejoraba: la ambicion de D. Alvaro de Luna y de D. Juan Pacheco, apoderados el uno del Rey y el otro del príncipe de Asturias, tenían siempre en alarma á los partidos: los dos favoritos pretendían derribarse mutuamente aspirando al dominio esclusivo. La sagacidad del obispo de Avila D. Alonso de Fonseca logró reprimir por entonces sus efectos, haciendo amigos á los dos privados; y de esta alianza resultó la prision, y confiscacion de bienes, de muchos grandes adheridos al rey de Navarra contra el Condestable.

El almirante de Castilla y el conde de Castro pudieron sustraerse á estas persecuciones, acogiéndose á los reyes de Navarra y Aragon. Hallábase este último en Nápoles, y el Almirante, de acuerdo con el primero, pasó allá, solicitó su asistencia contra Castilla y la prometió el aragones, aunque limitándose por entonces á escribir al de Navarra encargándole la alianza y amistad con el príncipe de Asturias y los de su partido.

En efecto el rey de Navarra consiguió atraer al Príncipe; y algunos grandes de Castilla se ocupaban en disponer una nueva conjuracion. Pero otro cuidado

mas urgente llamó la atención del rey de Navarra, y dejó respirar por un momento al de Castilla.

Era el navarro aliado de los ingleses, que hacían la guerra á Carlos VII de Francia. El conde de Fox, yerno del primero, estaba al servicio del frances y de su orden había puesto sitio á Maulison villa fuerte, que en Gascuña pertenecía al de Navarra, gobernada por el condestable D. Luis de Beaumont. El rey D. Juan marchó en su socorro con seis mil hombres. Su yerno tenía doce mil, y aunque procuró seducirle con el parentesco y amistad, el conde se escusó con el honor y la fidelidad que debía á su rey; y como carecia de fuerzas suficientes para combatir contra estas razones se retiró á su reino, dejando abandonados á los sitiados, que se vieron en la dura necesidad de capitular y evacuar la plaza.

A su vuelta encontró el rey de Navarra que el príncipe de Asturias había cambiado de opinion uniéndose otra vez al Rey su padre. Al mismo tiempo las treguas entre Castilla y Aragon se concluyeron sin el arreglo definitivo de la paz, y comenzaron las hostilidades con el mayor encarnizamiento. La ciudad de Cuenca fué sitiada por los aragoneses, mas el valor de sus defensores, y la llegada del condestable de Castilla en su socorro, obligó á los sitiadores á retirarse. Además las cortes de Aragon, reunidas en Zaragoza, desaprobaban la guerra contra Castilla, alegando, entre otras razones, que los tesoros estaban agotados con la de



Nápoles. Y en estas circunstancias el rey D. Juan limitó sus hostilidades á fomentar las discordias interiores de aquel reino, por medio de inteligencias secretas con los grandes descontentos.

1450. El rey de Castilla, que necesitaba y deseaba la paz, procuró atraer á ella al de Navarra; y despues de largas contestaciones quedó acordado, que el Almirante y el conde de Castro volviesen libremente á Castilla restituyéndoles sus estados: que Juan Tobar, señor de Berlanga, y D. Enrique hermano del Almirante saliesen de la prision en que estaban, con restitucion tambien de sus bienes; y que D. Alonso de Aragon, hijo natural del rey D. Juan de Navarra, fuese restablecido en el maestrazgo de Calatraba. Mas al ejecutar estas capitulaciones, D. Pedro Giron, que poseia el maestrazgo, se hizo fuerte en Almagro; y aunque D. Alonso marchó con mucha gente para obligarle no lo pudo conseguir, ni el rey de Castilla tuvo la firmeza ó la voluntad necesaria para hacerse respetar de Giron. Y de esta manera las cosas quedaron en el mismo estado de rompimiento anterior á los tratados.

1451. Consiguientemente los castellanos, al mando del príncipe de Asturias, penetraron en Navarra, tomaron á Buradon y sitiaron á Estella: el rey de Castilla se presentó tambien en el sitio; y el príncipe de Viana que ó no tenía fuerzas suficientes, ó deseaba la paz con el castellano, entabló negociaciones, pasando personalmente al campo enemigo.

Hubo una conferencia, á que asistieron el príncipe de Asturias y D. Alvaro de Luna. De ella resultó que los castellanos sembrando desconfianzas, ó fomentando las que ya tenía el príncipe de Viana acerca de la conducta del Rey su padre, desde su segundo matrimonio, de que no dió cuenta al hijo ni al reino, lo atrajesen á su devocion y los tres príncipes firmaron la paz y alianza. En cambio de esta amistad el rey de Castilla levantó el sitio de Estella y se volvió á su reino.

El príncipe de Viana dió cuenta á su padre, que estaba en Zaragoza, de la paz ajustada con el castellano; quien no solo la desaprobó, sino que envió á Navarra á la reina D.^a Juana Enriquez con órden de que gobernase el reino en compañía del príncipe D. Carlos. Con este motivo dieron principio los dos bandos de Agramonteses y Beaumonteses (1) que envolvieron al reino en una guerra civil la mas desastrosa y acabaron con su dinastía. La reina D.^a Juana estaba [ya preñada y dió á luz en diez de marzo de mil cuatrocientos cincuenta y dos al célebre monarca Fernando el Católico. La madre sembró la discordia en Navarra y el hi-

1452.

(1) Los nombres de Agramonteses y Beaumonteses se les dió con alusion á los señores de Agramont y de Lusa, en la baja Navarra, que en el año 1438 se hicieron una guerra cruel, denominándose Agramonteses los que seguian al primero y Lusetanos los del segundo; y ahora dieron en llamar Agramonteses á los que seguian el partido del Rey, y Lusetanos á los del Príncipe, y tambien Beaumonteses por el nombre de su gefe.



jo la cultivó y cogió el fruto, despues de bien sazonado, como veremos en el discurso de esta historia.

Comenzaron los dos bandos por el desprecio que el rey D. Juan hacía del príncipe su hijo, asociándole en el gobierno á su madrastra, cuando él solo tenía derecho á manejar el cetro con total independencia, como heredero de su madre la reina D.^a Blanca. No quería D. Carlos disputar á su padre la posesion del trono: su genio dulce y pacífico y el respeto paternal le impedian obrar de otra manera; pero irritados la mayor parte de los pueblos, por la injusticia del rey D. Juan, representaron al Príncipe que no consintiese una transgresion tan manifiesta de las leyes fundamentales del reino y tan injuriosa á sus derechos hereditarios; protestando que si él no lo defendía ellos tomarían las armas en favor de las leyes y de su libertad.

Entonces el Príncipe dirigió al Rey su padre las mismas representaciones, suplicándole respetuosamente que reflexionase los riesgos á que se esponía si pasaba adelante en el empeño de desautorizarle; y habiendo experimentado inútiles todos los medios de la sumision, y del rendimiento, le escribió una carta en que le decía, que si hasta entonces había sacrificado sus derechos en obsequio del amor, y de la reverencia filial, ya no le parecía decente hacer el mismo sacrificio á la ambicion de una madrastra.

Dividiéronse los señores principales del reino, sosteniendo los unos al Rey y al Principe los otros. D.

Felipe de Navarra, mariscal del reino, fué cabeza de la faccion Agramontesa y el condestable D. Luis de Beaumont de la Beaumontesa. Era tanta la enemistad que ya se tenían estas dos casas, que solo ella bastó para que el uno tomase el partido contrario del otro. Ambos caballeros procedian de un mismo origen, que fué el de D. Felipe III el Noble, bisabuelo de los dos; esto és del Mariscal por D. Leonel de Navarra hijo natural de D. Carlos II, y del Condestable por D. Carlos de Beaumont hijo tambien natural de su hermano el infante D. Luis conde de Beaumont en Francia, de manera que D. Leonel y D. Carlos eran primos hermanos; y en ellos comenzó la enemistad de las dos familias, por los zelos del mayor favor del rey D. Carlos III á la una que á la otra, prefiriendo á la de D. Carlos con cuyo hijo D. Luis casó su hija natural D.^a Juana de Navarra.

Preparados así los ánimos, llegaron á exasperarse cuando observaron el desprecio que el rey D. Juan hacía de las representaciones de su hijo, y que D.^a Juana no solo gobernaba sin la debida legitimidad, sino que trataba al Príncipe con demasiada altanería. Eran entonces gefes de los dos bandos el condestable D. Luis de Beaumont conde de Lerin hijo de D. Carlos, y el mariscal D. Pedro de Navarra hijo de D. Felipe, por que su padre había muerto en Estella en el año mil cuatrocientos cincuenta.

El partido Beaumontes se componía de las gentes del



reino que miraban con disgusto el despojo de la corona, que debía estar en la cabeza del Príncipe, y no en la de su padre, particularmente desde que contrajo segundo matrimonio.

En el Agramontes estaban los adictos al rey D. Juan, que había ganado con astuta previsión en fuerza de beneficios. Decían estos que la voluntad de la reina D.^a Blanca, manifestada en su testamento, había sido, que el Príncipe no usase de la soberanía mientras viviese su padre y que así estaba pactado en el contrato matrimonial. En cuanto á las quejas que tenían los Beaumonteses, de no haber dado cuenta el Rey al Príncipe ni al reino de su segundo matrimonio, le disculpaban los Agramonteses con los graves negocios que le ocupaban al tiempo en Castilla.

No podían satisfacer á los Beaumonteses unas razones evidentemente falsas: ellos sabían que el rey D. Juan, según el pacto matrimonial, debió haber dejado el gobierno del reino desde la muerte de D.^a Blanca, y con mucha mas razon despues de su segundo matrimonio. Y sabían tambien lo duro que había de ser á D. Juan el descender del trono por su propio pie y despojarse de la corona por su propia mano.

Decidido finalmente el príncipe D. Carlos á sostener sus derechos, apoyado de los Beaumonteses, y de los castellanos, que deseaban introducir al rey D. Juan la guerra dentro de su casa, se apoderó de diferentes pueblos entre ellos Olite, Tafalla, Aibar y Pamplona.

Sin embargo la mayor parte del reino se mantuvo por entonces en la obediencia de su padre. El rey de Castilla y el príncipe de Asturias vinieron con un ejército en ayuda de D. Carlos.

La reina D.^a Juana se encerró en Estella: el rey de Castilla y el príncipe de Viana la pusieron sitio. El rey D. Juan, lleno de furor, vino en su socorro; y viendo que sus fuerzas eran inferiores, volvió á Zaragoza con el objeto de levantar otras y aumentar su ejército. Engañados el rey de Castilla y el príncipe de Viana con esta retirada, creyeron ya concluida la campaña, desistieron del sitio de Estella y el ejército castellano se volvió á Burgos.

Inmediatamente el rey D. Juan se presentó en Navarra con fuerzas mas numerosas y puso sitio á Aibar. El príncipe D. Carlos acudió á su socorro y estando ambos ejércitos á la vista mediaron algunas personas religiosas para la reconciliacion de padre é hijo. El príncipe D. Carlos se convenía, entre otras cosas, en que el Rey aprobase la paz hecha con Castilla: que concediese un perdon general: que jurase no sacar al Príncipe del reino contra su voluntad: que en ausencia de su padre gobernase el reino: que se restituyese al Príncipe su principado de Viana: que las rentas del reino se partiesen á medias entre padre é hijo; y finalmente, que teniendo pactado el Príncipe no hacer nada sin noticia del rey y príncipe de Castilla, se le diese tiempo para comunicárseles.



El rey D. Juan accedía á todo, menos en lo de dar noticia al rey de Castilla; añadiendo que el Príncipe había de estar á su disposicion, así como todos los castillos y fortalezas. También convino en esto el Príncipe; y la concordia se firmó y juró por ambos, teniendo en una mano la escritura, y una reliquia del lignum crucis en la otra (1).

Pero los ejércitos que se estaban mirando, y se componían de gentes que deseaban vengar ódios personales, no aspiraban á la paz, por que en aquella guerra los intereses particulares de los súbditos entraban á la parte con la voluntad y la conveniencia de los príncipes y no se tenía en nada el bien del público. Además los Beaumonteses bramaban de corage contra una paz tan indecorosa para su partido.

Comenzaron pues por injuriarse con denuestos los unos á los otros; siguieron desafiándose, y batiéndose en pequeñas escaramuzas, y bien pronto, tomando parte en mayor número, la accion se hizo general. Y el Rey y el Príncipe se vieron arrastrados á seguir la suerte de las armas: la batalla fué muy reñida y las primeras ventajas en favor del Príncipe que deshizo la vanguardia Agramontesa; mas la victoria quedó por el Rey y aquel prisionero de su padre, que le hizo en-

(1) Algunos autores adelantan un año estos acontecimientos: frecuentemente la inexactitud, y desconcierto de las crónicas antiguas, ocasionan la diversidad de las opiniones cronológicas que notará cualquiera que se dedique al cotejo de las historias. Tampoco he seguido siempre á Moret en esta parte.

cerrar en el castillo de Tafalla y despues en el de Monroy.

El rey D. Juan partió á Zaragoza, á donde le llamaban grandes cuidados, y el principal era juntar cortes para pedir dinero. Los aragoneses lo prometieron, aunque con la condicion de que su rey D. Alonso volviese de Nápoles á gobernar el reino.

Al mismo tiempo comenzó á descubrirse, que la opinion pública, en Aragon, no favorecía la causa de D. Juan: las cortes dieron orden para que las gentes pagadas para la guerra de las fronteras jurasen que no le ayudarian en las querellas contra su hijo. Así esplicaban los aragoneses su disgusto y desaprobacion en la conducta de D. Juan, y su repugnancia en sostener una guerra que no les interesaba. Las mismas cortes de Aragon habian nombrado cuarenta personas para la pronta espedicion de los muchos y graves negocios que ocurrian: uno de ellos fué procurar ablandar al rey D. Juan en favor del Príncipe.

Propusieron los cuarenta, de las cortes, al rey D. Juan, entre otras cosas, que el principado de Viana y las villas de Corella y Cintruenigo se entregasen al príncipe D. Carlos, ó se pusiesen en manos de aragoneses, con las demas fortalezas, hasta que el rey D. Alonso decidiese estos disturbios: que se diese un perdón general, y que las rentas del reino se dividiesen en dos partes para el Rey y el Príncipe. El rey D. Juan se negó á estas proposiciones si no se añadían otras más pesadas para el Príncipe; y al mismo tiempo es-



trechó é hizo mas dura la prision del hijo para obligarle á mejorar los tratados.

El reino de Navarra estaba entregado á una guerra civil desoladora. Por todas partes los Agramonteses y Beaumonteses cometian robos y asesinatos atroces; y todos los pueblos habian tomado el uno ó el otro partido, obligados á declararse por alguno. La ciudad de Pamplona pertenecia á los Beaumonteses y envió sus embajadores á las cortes de Aragon para que interpusieran su influjo con el Rey en favor del Príncipe; hicieronlo en efecto redoblando sus instancias; y al ver D. Juan el general interes que se tomaba por D. Carlos le hizo sacar de la fortaleza de Monroi y que lo entregasen en Zaragoza, en la sala de las cortes, á los cuarenta diputados, para que allí se tratase de la concordia en el término de treinta dias; y que no verificándose volviese el Príncipe á la prision. Prorogose despues el término, y no sin grandes dificultades se arreglaron las diferencias y se dió libertad al Príncipe, quedando en rehenes para la seguridad de lo pactado el condestable de Navarra, y sus dos hijos D. Luis y D. Carlos de Beaumont con algunos otros caballeros.

El encono de las gentes de los dos partidos, en Navarra, hizo inutil esta reconciliacion. El príncipe de Asturias fomentaba tambien la discordia, ayudando á los Beaumonteses para hacerse necesario al rey D. Juan, cuya alianza intentaba comprar á fin de quitar al rey de Castilla, su padre, el gobierno y arrinconarle. Y de

esta manera los pactos entre D. Juan y el príncipe de Viana no llegaron á ejecutarse.

El rey de Castilla estaba ocupado en la causa del condestable D. Alvaro de Luna. Desde el segundo matrimonio del Rey con D.^a Isabel, infanta de Portugal, verificado en el año mil cuatrocientos cuarenta y siete, había comenzado á declinar la suerte del valido, por que el contrario influjo de la nueva reina, y la tenaz persecucion de sus contrarios, llegaron á mudar el ánimo del Rey; y de tal manera, que reducido D. Alvaro á una prision se le formó ahora su proceso y fué condenado á muerte y degollado en la plaza de Valladolid. Cuando le llevaban al suplicio en una mula y el pregonero publicaba los delitos, que había cometido *en deservicio de Dios y del Rey*, dijo, por equivocacion, *en servicio de Dios y del Rey*. Y D. Alvaro contestó: *bien dices por mis servicios soy así tratado*. Estando ya en el cadalso vió al caballero del príncipe de Asturias, le llamó y le dijo: *id y decid al Príncipe, de mi parte, que en gratificar á sus criados no siga este ejemplo del Rey su padre* (1).

El príncipe de Asturias D. Enrique se ocupaba tambien al mismo tiempo en su divorcio con la infanta D.^a Blanca de Navarra. El era reputado ya por impotente; pero lo atribuia á hechizos ocultos que creia cesarian

(1) El Consejo de Castilla declaró inocente á D. Alvaro en el año 1658.



mudando de muger, y D.^a Blanca no lo resistía. Intentaron el divorcio, lo declaró el administrador del obispado de Segovia D. Luis de Acuña, lo confirmó el arzobispo de Toledo por comision especial del pontífice Nicolao V; y la infanta fué devuelta á su padre el rey de Navarra, segun se creia, tan doncella como antes de casarse. Dos años despues el príncipe de Asturias (siendo ya Rey) contrajo segundo matrimonio con D.^a Juana infanta de Portugal.

1454.

Poco tardó el rey D. Juan II de Castilla á seguir á su desgraciado valido D. Alvaro de Luna. Dejó de su segundo matrimonio una hija, que fué la célebre reina D.^a Isabel la Católica (1). El príncipe de Asturias le sucedió en el trono, bajo el nomdre de Enrique IV.

El rey D. Alonso de Aragon había dado, desde Nápoles á la reina, el encargo de pasar á la corte de Castilla y hacer las paces; y tambien de reconciliar al rey de Navarra con el príncipe de Viana su hijo; y ahora consiguió el primer objeto, bajo estas condiciones: que el rey de Navarra, su hijo natural D. Alonso de Aragon, y D. Enrique, hijo del difunto infante D. Enrique, renunciasen á la pretension de sus estados y dignidades en Castilla, dándoles en recompensa ciertas pensiones: que los que habían seguido el partido del rey de Navarra pudiesen volver á su patria; y que los

(1) Nació en el año 1451.

castillos que se habían tomado de una y otra parte se restituyesen.

No pudo la Reina arribar al segundo punto de su comision por la dificultad de conciliar á los dos partidos, de Beaumonteses y Agramonteses, que atizaban sin cesar el fuego de la discordia. Sin embargo consiguió una tregua y que durante ella se diese libertad al príncipe de Viana, quedando en rehenes el Condestable y los otros caballeros navarros que antes se habían constituido á serlo en Zaragoza. 1455.

En este tiempo, y desde el año anterior, se ocupó el príncipe de Viana en componer aquella historia ó crónica de los reyes de Navarra que comienza *Suenen las voces de los oradores*, y anda manuscrita y llena de errores de los copiantes.

Las treguas, entre el Rey y el príncipe de Viana, se concluyeron sin haber podido lograr una concordia permanente; y los dos partidos cada dia mas exasperados, comenzaron las hostilidades con mayor crueldad que nunca.

Mosen Pierres de Peralta era virey en Navarra, por el rey D. Juan, y como tal envió un mensagero al príncipe con cierto requerimiento. Traia este mensagero una cota con las armas de Mosen Pierres y entre ellas las cadenas de Navarra. El Príncipe mandó que le quitasen aquella bestidura y borrasen las cadenas, dejando solo las armas de Mosen Pierres. El Rey se indignó al saber esto, y que el Príncipe había tomado la villa



de Monreal y no queria restituirla, ni ponerla en tercería en la reina de Aragon, como tampoco á Pamplona y las otras plazas que siempre se habian mantenido por él.

Pero el Príncipe y los Beaumonteses, alegaban razones poderosas para estar tambien irritados contra el Rey. Sabian que este se había confederado con su yerno el conde de Fox á fin de acabar con el Príncipe y su partido; y en pago de esto le prometía el Rey entregarle, para despues de sus dias, el reino y el ducado de Nemurs para el Conde y sus descendientes.

Era capitan general del Príncipe, D. Juan de Beaumont, y del Rey, Mosen Pierres de Peralta: el mariscal D. Pedro de Navarra, aunque cabeza de los Agramonteses, tenía poca edad. D. Martin de Peralta (1) canceller del Rey, y merino de Tudela, sitió y rindió á Valtierra, Cadreita, Mérida, Santa Cara y Rada, y arrasó esta última poblacion sin dejar ni aun sus muros.

La reina D.^a Juana salió tambien á campaña y fué en persona á sitiar á Aibar, recuperada ya por el Príncipe. D. Martin de Peralta estuvo en este sitio hasta que tomó la villa, sustentando la gente á espensas propias; y en remuneracion le dió el Rey el señorío de Arguedas y Valtierra.

En esta segunda campaña, el Príncipe perdió cuan-

(1) De este Peralta dice Aleson en una parte que fué pariente, y en otra hermano de Pierres.

tas plazas había tomado, y dió fin con una batalla de ejército á ejército cerca de Estella. En el del Rey estaban las tropas auxiliares del conde de Fox. El del Príncipe fué deshecho y él se escapó á Pamplona, desde donde dejando encomendado el gobierno, de la parte del reino que le obedecía, á D. Juan de Beaumont su canceller y capitan general, y los negocios de su casa á la princesa D.^a Blanca, marchó por Francia á Nápoles con el fin de poner su fortuna en manos de su tío el rey D. Alonso de Aragon.

De paso se vió en Paris con el rey Carlos VII, á 1456. quien procuró desvanecer los siniestros informes que pudieran haberle dado su padre el rey D. Juan y su cuñado el conde de Fox, que pretendian atraerle á su partido. Tentó tambien, aunque sin efecto, la restitucion del ducado de Nemurs, que por las guerras precedentes, con los ingleses, estaba secuestrado por la Francia. Y hecho esto partió para Nápoles, y fué bien recibido de su tío.

El rey D. Alonso envió á España á Rodrigo Vidal, caballero de su casa, con una carta para el rey D. Juan, empeñándose en la composicion de las discordias. Vidal llegó á Tudela donde estaba el Rey; pero le halló tan irritado contra el Príncipe, que no solo no pudo sacar el menor partido, sino que ya para entonces, en unas cortes que el Rey había reunido de la parcialidad Agramontesa en Estella, estaba determinada la desheredacion del Príncipe y tambien la



de D.^a Blanca, su hermana mayor, por que le era adicta, declarando por heredera del reino á D.^a Leonor condesa de Fox hermana menor, y por ella al Conde su marido.

D. Juan de Beaumont, gobernador por el Príncipe, juntó tambien cortes en Pamplona con los diputados de los pueblos del partido Beaumontes, y en ellas aclamaron por rey á D. Carlos en diez y seis de marzo. Sabido esto por el Príncipe desaprobó la conducta de las cortes, mandó que no se le diese en adelante aquel título, y encargó á los de su partido, que considerasen los inconvenientes que se podían seguir, y el peligro de las vidas del Condestable y los otros caballeros que estaban en rehenes en poder de su padre. Tambien escribió el Príncipe al rey de Castilla rogándole cesase en hacer la guerra en su favor, pues no lo consideraba necesario teniendo su causa en manos del rey D. Alonso su tio.

Por este tiempo murió el obispo de Pamplona D. Martin de Peralta, y el rey D. Juan alcanzó la gracia del obispado para D. Martin de Amatriain dean de Tudela. Conoció el Príncipe, que las intenciones de su padre eran las de tener en esta dignidad una persona de su partido, y solicitó del Papa que revocase la gracia nombrando á D. Carlos de Beaumont arcediano de la Tabla y hermano del Condestable. El Papa, desentendiéndose del uno y del otro, nombró al cardenal Besarion arzobispo Niceno, quien envió por su

vicario general á Juan de Michele doctor en ambos derechos.

Viendo Rodrigo Vidal la mala disposicion del Rey, ácia el Príncipe, pasó á Pamplona y propuso á los Beaumonteses una suspension de hostilidades; y aunque ellos convinieron fué desechada por el rey D. Juan. Entonces Vidal volvió á proponer á los Beaumonteses, que el Príncipe, durante la vida de su padre, no se titulase señor ni propietario del reino, sino príncipe de Viana, duque de Nemurs y primogénito heredero de Navarra. A esto le preguntó el gobernador D. Juan Beaumont ¿si el rey de Aragón le había mandado hacer semejante proposicion? y respondídole que no, le dijeron, que ellos tenían orden de no apartarse de lo que el rey D. Alonso les ordenare; y que estimaban mas esponer sus vidas que disfrutar de una paz tan infame.

Despues de esto los reyes de Castilla y Navarra tuvieron unas vistas entre Alfaro y Corella. Asistió á ellas el gran prior de Navarra D. Juan de Beaumont, por parte del Príncipe, y tambien la condesa de Fox su hermana y enemiga, que acechaba todos los movimientos para impedir la reconciliacion del Rey con el Príncipe, á pesar de estar entonces atacada de un penoso accidente en un ojo. Sobre esto decía Rodrigo Vidal al Príncipe en una carta: *dícese señor que la condesa de Fox, vuestra hermana, está cerca de perder un ojo. A la mi fe señor, no tengais de ella*



gran dolor ó penar; car quien entiende en la perdicion de un tal hermano, bien merece perder un ojo aun el derecho. Ella viene sintiendo estos fechos á mas que de paso y hoi debe entrar en Tudela.

En estas vistas procuró el rey de Navarra atraer á su partido al de Castilla; y lo mismo hizo la reina D.^a Juana Enriquez con la otra D.^a Juana de Castilla. El gran Prior trabajó todo lo posible por la paz, y á este efecto proponía que las plazas de ambos partidos se pusiesen en poder del rey de Aragon, hasta que decidiese el punto con la sentencia; mas al rey D. Juan no le acomodó esta proposicion.

Cuando el rey D. Alonso supo el mal resultado de la embajada de Rodrigo Vidal envió á Luis Dezpuch, ó Despuig maestro de Montesa y á D. Juan de Ijar, personas de grande autoridad, para inclinar á su hermano á que comprometiese en él sus diferencias; y lo consiguieron, no sin grande resistencia, por el comprometimiento en que ya estaba con el conde de Fox su yerno. Hecho el compromiso cesó la guerra en Navarra, mediante una tregua de seis meses, y se dió libertad á los prisioneros de una y otra parte, excepto á los rehenes puestos por el Príncipe.

1458.

Pero todo se desbarató con la inopinada muerte del rey D. Alonso, ocurrida en Nápoles, sin haber llegado el caso de decidir el compromiso. Llamó por sucesor en el reino de Aragon á su hermano el rey D. Juan, á

quien tocaba de derecho, y despues de sus dias al príncipe de Viana. Del reino de Nápoles dispuso en favor de su hijo natural D. Fernando duque de Calabria.

Muchas ciudades, y algunos grandes señores de Nápoles, incitaban al príncipe D. Carlos á que saliese á la pretension de aquella corona, asegurándole que todo el reino le preferiría al nuevo rey por la bastardía. El príncipe, no solo desechó la proposicion, sino que, para no dar zelos á su primo, se salió de Nápoles y pasó á Sicilia.

Hízose amar el Príncipe en esta isla de cuantos le conocian, en tanto grado que el rey su padre llegó á tener zelos de sus aplausos. Las cortes de Sicilia le hicieron un donativo de veinte y cinco mil florines para sus gastos.

Vivia entregado á la literatura, como lo habia hecho en su retiro de Nápoles, donde tradujo en español las Eticas de Aristóteles, que dedicó al rey D. Alonso su tio; mas no pudo librarse de los lazos del amor: allí tuvo un hijo de una doncella siciliana de baja esfera, aunque de singular hermosura, llamada Capa: pusieronle por nombre D. Juan Alonso de Navarra y Aragon y vino á ser abad de San Juan de la Peña y despues obispo de Huesca. En Navarra habia tenido ya un hijo y una hija, que se criaban en Pamplona; esto es D. Felipe conde de Beaufort (1) habido en D.^a

(1) Este D. Felipe fué arzobispo electo de Palermo, del que renunció, sin haber llegado á consagrarse, por el maestrazgo de la



Brianda Vaca, y D.^a Ana en D.^a María de Armendariz.

La tranquilidad, que el Príncipe disfrutaba en Sicilia, desapareció luego. Tuvo aviso de que su padre recibía de su estancia en aquel reino; y de que las cosas de Navarra iban de mal en peor; por que el rey D. Juan, desde que heredó la corona de Aragon, puso en Navarra por gobernadora á la condesa de Fox. Movidó el Príncipe de esto, y de las instancias que le hacian sus apasionados, determinó volver á España y ponerse en manos de su padre. Exploró primero su voluntad y viéndole, al parecer, bien dispuesto á recibirle, ejecutó su viaje.

Arribó á las costas de Cataluña; pero una contraórden del rey D. Juan le obligó á pasar á Mallorca, donde no fué recibido con la dignidad correspondiente. Entre las concesiones, que el Rey hacía al Príncipe para este destierro, una de ellas era que se le entregasen el castillo de la ciudad y el de Belver y solo se verificó con el primero, dándole ocasion á tristes meditaciones, sobre el disfavor del padre y el aborrecimiento de la madrastra.

Desde Mallorca escribió á su padre una carta llena de sumision y de respeto: en ella le pedia la seguridad de su persona: quejábale de que se le prohibiese estar en Navarra y en Sicilia: suplicábale que diese libertad á sus rehenes: que los castillos y fortalezas de Na-

orden de Montesa; y murió cerca de Baeza, haciendo la guerra contra los moros al servicio de su tío Fernando el Católico.

varra, de la obediencia del Príncipe, se pusiesen en poder de aragoneses imparciales: que se le entregase su principado de Viana escepto los castillos: que en cuanto á la mitad de las rentas, que se le ofrecian en Navarra, se le asignasen en otra parte: que las cortes de ese reino hiciesen el juramento al Príncipe para asegurar su sucesion: que se pusiese en Navarra un gobernador imparcial de los reinos de Aragon: que á la Princesa su hermana se la restituyesen sus bienes: que se tratase del casamiento del Príncipe, propuesto por el rey de Portugal, con la infanta D.^a Catalina su hermana y de la reina de Castilla: que concediese el Rey un perdon general; y que restituyese y confirmase en sus bienes y oficios á los partidarios del Príncipe.

El Rey contestó á esto por medio de dos enviados, otorgando al Príncipe parte de lo que pedía, aunque escasamente y con muchas reservas. Hizó D. Carlos algunas réplicas y la principal fué, que ya que no se accedía á poner por gobernador en Navarra un aragones ó catalan, á lo menos fuese removida de ese cargo la infanta D.^a Leonor condesa de Fox y que saliese del reino; por que si ella quedaba, mas quería llegar á cualquier extremo que pasar por tal concordia. Tambien solicitaba que se le entregase la villa y estado de Gandia con sus rentas, y el Rey lo rehusaba diciendo que se lo había dejado el Príncipe en cambio del ducado de Nemurs, que era decir por nada; pues que



este ducado permanecía en poder del rey de Francia y sin esperanzas de arrancárselo.

En cuanto al casamiento del Príncipe no se hizo mención por ahora; pero era conocida la intención del Rey, desde que nació el infante D. Fernando, de que mas quería ver muerto que casado á su primogénito. Sin embargo D. Carlos dió poder á sus embajadores para el último ajuste de la concordia con su padre, ofreciéndole la obediencia de la ciudad de Pamplona y de todas las otras plazas que estaban á la suya y comprendian mas de la mitad del reino.

1460. En efecto se concluyó el tratado. El Príncipe quedó desterrado de Navarra y Sicilia: restituyósele el principado de Viana, solo para que gozase de sus rentas: dióse libertad al Condestable y á los demas caballeros que estaban en rehenes, con la restitucion de todos los estados menos la condestablia, que no se devolvió á D. Luis de Beaumont conde de Lerin por haberla dado el Rey mucho antes á Mosen Pierres de Peralta. La misma restitucion se hizo á cuantos habian seguido el partido del Príncipe.

Dejóse engañar D. Carlos hasta el punto de mandar que su hermana la princesa D.^a Blanca, y D. Felipe y D.^a Ana, sus hijos naturales, se llevasen al rey D. Juan como se ejecutó á pesar de que todos, menos el Príncipe, conocian que esto era entregarlos en rehenes para la perdicion del mismo Príncipe y de la Princesa.

Ejecutado todo lo convenido, no sin grande repug-

nancia de los Beaumonteses, el Príncipe se embarcó para Barcelona, sin esperar la licencia de su padre, á tiempo que este había pasado á Navarra al arreglo de las cosas de este reino, y mas principalmente al de la confederacion secreta que trataba con el almirante de Castilla su suegro, D. Alonso Carrillo arzobispo de Toledo, y otros grandes castellanos, para obligar á su rey D. Enrique á ciertas reformas en el gobierno, que decian ser necesarias para el mejor servicio de Dios y tranquilidad de la monarquía; esperando el rey D. Juan aprovecharse de estas turbaciones para recobrar los estados que antes se le habian confiscado, y para conquistar lo que no le pertenecia. Y en efecto se verificó la confederacion entre el rey D. Juan y los señores castellanos.

Desembarcó el Príncipe en la playa de Barcelona y se hospedó, fuera de ella, en el monasterio de Valdoncellas, donde se le recibió con grandes regocijos, como á primogénito del reino. Y aunque estaba dispuesta para el dia siguiente su entrada en la ciudad, con magnífico aparato, á semejanza de los triunfos antiguos, el Príncipe no lo permitió ni entró por entonces en Barcelona.

Escribió el Príncipe al Rey, procurando escusarse de haber venido sin su licencia, manifestándole que los aires de Mallorca eran contrarios á su salud. Su padre entró en sospechas, se llenó de indignacion al saber que los de Barcelona recibian á su hijo como á pri-



mogénito, antes que él lo hubiese mandado, y despachó una orden desde Olite, al obispo de Gerona su canciller, para que no se diese al Príncipe otro tratamiento que el que se debía á cualquiera infante hijo del rey; é inmediatamente dispuso tambien su vuelta á Barcelona.

Deseaba el Príncipe hablar á la Reina, separadamente, antes que esto se verificase, y así lo suplicó á su padre; pero la madrastra tenía muy poca gana de ver al Príncipe y el Rey no quería disgustarla. Para esto el Rey y la Reina marcharon juntos: el Príncipe no pudo hacer otra cosa que salir á recibirlos á Igualada, y en el camino, postrándose á los pies del primero, le pidió perdon y le beso la mano y con el mismo acatamiento hizo reverencia á la Reina. Ambos le correspondieron con muestras, mas aparentes que verdaderas, de su placer y los tres entraron en Barcelona.

Suscitose luego el negocio pendiente del casamiento del Príncipe con la infanta de Portugal; en el cual ostentaba entrar el Rey con el unico objeto de coligarse con el portugues para fortalecer la confederacion con los descontentos de Castilla; mas este monarca, noticioso de los tratos del rey D. Juan, le envió sus embajadores con el pretesto de darle la enhorabuena por la venida del Príncipe, y con el verdadero fin de ofrecer secretamente á D. Carlos su ayuda y la mano de la infanta D.^a Isabel su hermana.

El Príncipe había conocido ya la falaz reconciliacion de su padre, y aunque no dió respuesta positiva á los embajadores de Castilla, quedó muy inclinado á lo que le proponian. Había penetrado tambien, que el matrimonio de Portugal no iba de veras, sino que era una añagaza para entretenerle y engañar al portugues; por que siendo una de las condiciones, pedida por este monarca, que el príncipe de Viana fuese jurado antes por príncipe de Gerona, y heredero de todos los reinos de la corona de Aragon, el Rey estaba muy lejos de esto, por mas instancias que sobre ello le hacian todos los catalanes, y muchos de los otros reinos que amaban al Príncipe.

Por este tiempo el rey D. Juan juntó cortes, de los estados de Cataluña, en Lérida; y estando en ellas, un caballero castellano le trajo cartas del almirante de Castilla su suegro, avisándole de todo lo que habia pasado entre los embajadores de su Rey y el príncipe de Viana; y como el objeto del Almirante era perder al Príncipe para entronizar á su nieto D. Fernando, añadía que los Beaumonteses, incitados por el Príncipe, se prevenian para la guerra y que sin duda le seguirian los catalanes.

Alarmado el Rey con estas noticias hizo llamar al Príncipe. Algunos de sus amigos, que llegaron á penetrar la intencion del Rey, le avisaron que se escusase por que corría riesgo; y un médico del mismo Rey le dijo en secreto, que anduviese con cuidado, por que



era de temer *que le diesen algun bocado de muy mala digestion*. Pero el Príncipe les respondió que estaba determinado á obedecer á su padre. Presentóse en efecto á él, y despues de haber oido de su boca una severa y áspera reprehension, de las traiciones que se le suponian, fué encerrado, sin admitirle ninguna disculpa, en el castillo de Miravet.

La prision del Príncipe se recibió mal en todos los reinos de España : desagradó al rey de Castilla : exasperáronse los Beaumonteses, y se indignaron los catalanes hasta el punto de que las cortes de Lérida enviaron dos embajadores al Rey, solicitando la libertad del Príncipe y protestándole, con arrogancia, los males que debian seguirse de semejante procedimiento, dirigido solo á complacer á la Reina y á su padre el almirante en el esterminio del primogénito con el fin de elevar á los hijos de aquella. Aseguraban al Rey, al mismo tiempo las cortes, que los catalanes emplearian sus vidas, y todos sus medios, por defender al Príncipe de cualquiera injuria y librarle de tan inicua prision. El rey oyó con calma á los diputados y contestó con firmeza, que no pensaba mudar en su propósito por ninguna pasion, ni solicitud importuna de sus vasallos.

Conjuráronse con esta respuesta los catalanes: juntaron gran número de gente y obtuvieron del rey D. Enrique de Castilla el socorro de mil quinientos caballos, conducidos por el comendador Gonzalo de Saavedra.

Con estas fuerzas se encaminaron á Lérida para apoderarse del Rey y acabar con los de su partido. Aunque el Rey no tuvo noticia de esta conjuracion, hasta el momento en que se iba á ejecutar el golpe, pudo escaparse de Lérida y meterse en Fraga, á donde tambien le siguieron los conjurados; de manera que se vió obligado á refugiarse en Zaragoza.

Aumentose el número de los rebeldes con muchos que se les reunieron de Valencia, Aragon, Sicilia y Mallorca. Entretanto no estaban en inaccion los Beaumonteses de Navarra cuyo ódio, renovado contra los Agramonteses, envolvió otra vez al reino en todos los horrores y calamidades de una guerra civil, la mas encarnizada.

El rey D. Juan viendo tantos desórdenes y desventuras, de que la opinion pública le acusaba, y dando oido á las amonestaciones que de nuevo le fueron hechas, principalmente por un religioso cartujo, tenido entonces por profeta, se resolvió á soltar al Príncipe y entregarle á los catalanes. Le tenía entonces en el castillo de la Aljafería de Zaragoza y dispuso que la Reina le llevase á Barcelona. Los barceloneses, que la miraban con desafecto, no la permitieron entrar en su ciudad, por mas que ella lo procuró; y la entrega del Príncipe se hizo en Villafranca, donde fué recibido en triunfo con grandes fiestas y regocijos, que presto se cambiaron en luto y en horror.

En Navarra continuaba la guerra, á pesar de la liber



dad del Príncipe. Carlos de Artieda se había apoderado, á su nombre, de Lumbier. El rey D. Juan envió á su hijo D. Alonso, con buen número de gente, para atacar la plaza; y el mismo Rey le siguió despues con los de Sangüesa y otros pueblos del partido Agramontes. Pero Artieda pidió socorro á los castellanos; y las tropas del comendador Gonzalo de Saavedra, y Rodrigo Marchena, vinieron contra el Rey, á quien obligaron á levantar el sitio, y á que se contentase, por entonces, con poner guarniciones de su satisfaccion en Pamplona, Lerin y otras plazas Beaumontesas, de quienes debía desconfiar aunque estaban en su poder. Hecho esto marchó para Calatayud, donde celebraban cortes los aragoneses, dejando en el gobierno de Navarra á sus hijos naturales D. Juan y D. Alonso de Aragon.

Poco tiempo despues, el rey D. Enrique de Castilla, llegó á Logroño con un poderoso ejército é hizo llamar, ademas, á todos los hombres capaces de tomar las armas en las provincias de Alava, Vizcaya y Guipuzcoa, en favor de su primo el príncipe de Viana.

El número que acudió fué tan crecido que los navarros del partido del Rey, espantados de tanto poder, sin esperar á ser combatidos, rindieron muchas plazas y entre ellas Laguardia, Los Arcos y San Vicente. Viana fué atacada con furor y del mismo modo defendida por su gobernador el condestable Mosen Pierres de Peralta; aunque al fin se vió obligado á ren-

dirla al comendador Saavedra general del ejército castellano. Mosen Pierres manifestó su profundo sentimiento, saliendo vestido de luto por una puerta, mientras que los castellanos entraban alegres por otra.

Cuando estas cosas pasaban en Navarra, el príncipe de Viana estaba en Barcelona rodeado del amor y del respeto de los catalanes. Había obtenido de su padre el gobierno y rentas de aquel principado; y tambien había arreglado, á toda satisfaccion, su casamiento con la infanta D.^a Isabel, hermana del rey de Castilla, por medio de Juan Trellas caballero catalan, que intervino como enviado del Príncipe en esta negociacion.

Pero todo sucedió de muy distinta manera. Desde la libertad del Príncipe se notó que no disfrutaba un solo dia de salud; y que su enfermedad se agrababa sensiblemente; de manera que poco despues de los conciertos matrimoniales llegaron á perderse las esperanzas de su curacion.

Algunos de Barcelona, que sospechaban el negro misterio de esta desgracia, aconsejaban al Príncipe que se casase con D.^a Brianda Vaca, legitimando á su hijo natural D. Felipe para arrebatar á la reina D.^a Juana el premio criminal á que aspiraba su ambicion; por que la imputaban haber envenenado al Príncipe por amor á su propio hijo D. Fernando y que para ello se valió de cierto médico extranjero.

El príncipe de Viana no quiso consentir en esto y murió á los cuarenta años de su edad, pidiendo per-



don á su padre de haber tomado las armas contra él. Dejó sus bienes libres á sus hijos naturales D. Felipe conde de Beaufort, D. Juan Alonso y D.^a Ana de Navarra. Tambien se acordó de su padre, mandándole mil florines y que se los pagase su hermana D.^a Blanca, á quien declaró por heredera del reino de Navarra y á sus descendientes, en conformidad de los testamentos del rey D. Carlos el Noble su abuelo y de su madre D.^a Blanca.

Enterrose en el monasterio de Poblet en el real panteon de los reyes de Aragon, donde se venera como santo. Muchos años despues de su muerte dió comision la sede apostólica á D. Pedro de Cardona arzobispo de Tarragona, que entró á serlo en mil quinientos quince, para que recibiese informacion de la vida y milagros del príncipe D. Carlos. (1)

(1) Un erudito español me ha comunicado la siguiente nota, acerca del príncipe D. Carlos. « D. Carlos de Viana no solo fué un buen príncipe, sino un literato distinguido, y bajo ambos respectos es acreedor á la estimacion y aprecio de la posteridad. Su obra mas conocida es la crónica de los reyes de Navarra, que manuscrita y mal copiada anda en manos de los aficionados. De ella hay cinco códices en la biblioteca real de Madrid, uno en el monasterio del Escorial, otro en la biblioteca de la academia española, y dos en la de la historia. Del cotejo de todos ellos pudiera sacarse un buen texto acompañado de notas, que sería el mejor monumento que la gratitud de los navarros pudiera consagrar á la memoria de aquel virtuoso y desgraciado príncipe. Hay además entre los manuscritos de la biblioteca real de Madrid la traducción en romance de la Etica de Aristóteles, que D. Carlos hizo y dedicó á su tío el grande Alfonso de Nápoles; y en otro códice

Sabida por el rey de Castilla esta muerte, determinó retener á Viana y continuar la guerra contra el rey D. Juan. Puso sitio á Lerin y á Mendigorria (1) y no pudiéndolas tomar se retiró á Logroño, despues de algunos descalabros que sufrió en esta campaña; uno de ellos bastante considerable junto á Abarzuza, donde una gruesa partida de Castilla fué deshecha por las tropas mandadas por D. Alonso de Aragon.

No obstante, esta guerra, cuya causa principal había desaparecido con la muerte del príncipe de Viana, llegó á terminarse luego entre los reyes de Castilla y Aragon, que firmaron la paz, precedidas varias conferencias tenidas en Tudela y Zaragoza. El rey D. Juan dió por rehenes á Laguardia, Los Arcos, San Vicente

« separado, una carta dirigida á los letrados de España, en que el Príncipe les consultaba el plan de una obra, que se proponia escribir, sobre el gobierno y officios de una república bien constituida, y no llegó á realizar. En el archivo de Barcelona existe una noticia de las monedas y medallas antiguas que poseia, y una lista de varios libros de que se componia su biblioteca particular; pero hasta ahora no han parecido las coplas que su musa le inspiraba en el lenguaje de los trovadores, y cuyo canto acompañaba con la vihuela, sin duda para entretener su ánimo angustiado, y distraerse de las penas que aquejaban su corazón. Todavía se encuentran otros documentos de apuntes, y noticias sueltas, diseminados en la coleccion de manuscritos que poseen los cuerpos literarios de la corte y los archivos de Aragon y Cataluña, que son materiales muy importantes para el que de nuevo se proponga ilustrar los hechos del príncipe de Viana. »

(1) En el año 1463, el rey D. Juan, concedió á Mendigorria el privilegio de buena villa con asiento en cortes por haber resistido al rey de Castilla y á los deservidores del de Navarra.



y Larraga; y el de Castilla á Lorca, en el reino de Murcia, y á Cornago en tierra de Soria.

Los catalanes se pacificaron tambien, jurando y reconociendo por príncipe de Gerona, y heredero de Aragon, al infante D. Fernando; pero duró poco esta paz. Una voz vulgar de que el alma del príncipe de Viana andaba de noche por las calles de Barcelona, pidiendo venganza contra la reina D.^a Juana su madrastra, sublevó á los pueblos.

Comenzó la rebelion en el Rosellon y el Ampurdan y se comunicó luego por casi toda la Cataluña. Levantaron los sublevados un ejército poderoso y tomaron por caudillo al conde de Pallars. La Reina pasó á Gerona con el príncipe D. Fernando, creyendo apaciguar así la rebelion. Y el conde marchó sobre aquella ciudad y la puso sitio: sus habitantes, fieles á la Reina, determinaron defenderla á todo trance.

A pesar de esto, el empeño de los sitiadores fué tal, que llegaron á apoderarse de la ciudad. La Reina se hizo fuerte en la torre de la catedral, en cuyo recinto se atrincheró el maestro de Montesa con la gente del Rey y continuó en repeler á los sitiadores. Hubo un momento en que la Reina, creyéndose ya en poder de sus furiosos enemigos, perdió el sentido; pero sus defensores se portaron tan valerosamente que los arrojaron de la ciudad, aunque sin poder obligarles á desistir de la empresa, por la confianza que tenian en que la plaza no sería socorrida.

Entretanto los barceloneses, á donde tambien había cundido la rebelion, echaron de la ciudad á todos los adictos al Rey y resolvieron negarle la obediencia para dársela al de Castilla. El rey D. Juan no tenía ejército ni dinero: los ánimos de los aragoneses estaban mal dispuestos; y los navarros imposibilitados por la guerra civil que los deboraba.

En este conflicto se dirigió á Luis XI de Francia pidiendole trescientos mil escudos de oro sobre los condados de Rosellon y de Cerdaña, con la condicion de que no volviendo aquella suma dentro de diez años, cesase la facultad de redimir las hipotecas, quedando de consiguiente unidas á la monarquía francesa. Esta proposicion fué aceptada; y el rey D. Juan levantó en Francia dos mil y quinientos caballos al mando del conde de Fox su yerno. Con estas tropas, y las que pudo sacar de Navarra y Aragon, obligó al conde de Pallars á desistir del sitio de Gerona, y redujo á la obediencia á muchos pueblos de Cataluña.

Halláronse en esta guerra varios caballeros navarros del partido Agramontes; entre ellos el condestable Mosen Pierres de Peralta, que ganó á Tortosa. Por la singularidad de su caracter haremos mencion tambien de otro llamado Sancho de Erbiti, de quien se dice, era tan tenazmente porfiado que hacía vanidad de serlo, llevando escrito en la orla de su escudo este mote *Que sí, Que nó*. Tenía muchos desafíos sobre ello, confia-



do en sus grandes fuerzas y destreza de las armas; pero algunas veces salía descalabrado.

Los barceloneses, lejos de decaer de ánimo, con los progresos de las armas del Rey, se irritaban mas; llegaron á declararle públicamente por enemigo de la patria y opresor de sus vasallos, y enviaron embajadores al rey de Castilla ofreciéndole la obediencia y pidiéndole socorros.

Este monarca, no queriendo despreciar una coyuntura que lisongeaba su ambicion, aceptó la oferta de los catalanes y les envió dos mil y quinientos caballos al mando de D. Juan de Beaumont gran prior de Navarra y de D. Juan de Torres caballero de Soria. El mismo rey D. Enrique de Castilla vino hasta Agreda para dar calor á la guerra.

En esta ocasion un hidalgo de Tudela, cuya ciudad pertenecía al bando Agramontes, pasó á verse con el rey de Castilla y habló en secreto con su valido D. Beltran de la Cueva conde de Ledesma: propúsole, que si el Rey le premiaba haría que se le abriese una de las puertas de la ciudad y se le entregase una torre con su fortaleza.

Prometiéronle una renta, y en seguida partió para Tudela Pedro de Guzman con veinte hombres bien armados, siguiéndole las tropas bastantes para la empresa; mas apenas llegó cuando á él y á los veinte compañeros los hicieron presos. El rey D. Enrique envió luego mil caballos, al mando del conde de Ledesma,

para que talasen toda la tierra de Tudela; pero la ciudad convino en la entrega de los prisioneros y evitó las hostilidades (1).

Seguía la guerra en Cataluña, con ventaja del Rey, que despues de haber reducido á varios pueblos, y tenido sangrientas batallas, puso sitio á Barcelona. Sin embargo la tenaz resistencia de los sitiados, y sus frecuentes salidas, obligaron al Rey á levantar el campo y á que se contentase con la debastacion del pais.

De allí pasó á Villafranca, que fué tomada á viva fuerza; y por haber muerto en la accion dos capitanes franceses uno de ellos el senescal de Begorra, cuatrocientos de sus vecinos fueron sacados de la iglesia y ajusticiados de órden del Rey. Muchos pueblos se entregaron, poseidos de terror, cuando supieron lo ejecutado en Villafranca. Poco despues se entregó tambien Tarragona.

Los progresos del Rey precisaron á los catalanes á enviar tres embajadores al de Castilla, pidiéndole nuevos socorros de gente y que se intitulase rey de Aragon y conde de Barcelona. Muchos señores y comunidades de Valencia y Aragon le incitaban á lo mismo; mas el castellano queriendo asegurar la ganancia, sin mucho riesgo, contestó á los catalanes manifestándoles

(1) La ciudad premió á Juan Gonzalo de Alcántara, que fué el que dió noticia de la traicion, con 1100 florines de oro. El P. Aleson dice que el que entregaba la plaza, y el que dió aviso para ganar el premio, eran una misma persona.



la necesidad de dinero y que la gravedad de la materia, exigia reflexionarse; y aunque ellos ofrecieron entregarle, dentro de sesenta dias, setecientos mil florines de oro, cantidad increíble para aquellos tiempos, el Rey trataba de dar largas haciéndose desear de los catalanes, y temer del de Aragon, para el proyecto que meditaba y le habian sugerido el arzobispo de Toledo y el marques de Villena, que le manejaban como á un niño.

El plan se reducía á vender la paz al rey D. Juan en cambio del reino de Navarra, ó mucha parte de él, creyendo que lo cedería facilmente por que le dejasen disfrutar tranquilamente de Aragon y Cataluña. A este efecto el rey de Castilla solicitó del de Aragon enviase á uno de sus capitanes franceses para tratar de la paz; y al mismo tiempo negociaba con el rey Luis XI de Francia pidiéndole se prestase á ser árbitro de las diferencias de Castilla con Aragon, y preparaba su ánimo para cuando llegase el caso.

1463. El aragones envió su embajador á Monteagudo, donde ya estaba el rey de Castilla con el arzobispo de Toledo y el marques de Villena. En esta conferencia acordaron pedir al de Francia, que interviniese como comisario y que enviase un embajador á Castilla para entender en las negociaciones de la paz. El rey D. Juan, que confiaba en el favor del de Francia, consintió en todo; y al mismo tiempo envió á su corte á la Reina para que informase á Luis XI de las razones que le asistian.

El francés aceptó la comisión y envió á Castilla á su almirante, con encargo de inclinar al aragones y al castellano á un congreso en la frontera para la decision del compromiso; y efectivamente acordaron se celebrase en Fuenterrabia y San Juan de Luz.

En el dia señalado concurren los reyes de Castilla y Francia á Andaya, pueblo frances sobre la embocadura del rio Bidasoa. El rey D. Juan no quiso hallarse presente, ya por evitar inconvenientes, sobre puntos de preferencia, y ya por creer que en el arzobispo de Toledo y el marques de Villena, á los cuales habia procurado ganar, tenia dos agentes para con el rey de Castilla á quien acompañaban; y para con el de Francia al conde de Fox yerno de D. Juan. Tambien asistieron al congreso los tres embajadores de Cataluña, que seguian á la corte de Castilla insistiendo en sus pretensiones.

Era, el rey Luis, de grande estatura y bien formado; mas andaba tan mal vestido que solo se distinguía de la gente comun en una Nuestra Señora de plomo que traia en su gorra; y siempre que mandaba sacrificar á alguno, á la justicia ó á la política, se quitaba la gorra y besaba el plomo en descargo de su conciencia. D. Enrique de Castilla era feo y desairado, pero estaba extraordinariamente engalanado. Las comitivas de ambos monarcas hacian un contraste singular por el desaliño de la una y el lujo de la otra: el modo sencillo de los franceses dió ocasion al menosprecio de los castellanos,



y el lucimiento de estos escitó la aversion de los franceses.

Ocupóse la sutil y tortuosa perspicacia del rey Luis, durante las conferencias, en estudiar el caracter de los cortesanos de Castilla y luego penetró que el arzobispo de Toledo, y el marques de Villena, no resistirían á la seducción. Efectivamente, no solo los dejó bien dispuestos para dar en todas ocasiones, al Rey su amo, consejos ventajosos á la Francia, sino que sembró en sus pechos una zizaña secreta para dividirlos y asegurar mas con esto la dependencia que de él habian de tener.

No tardó el rey Luis en dar su sentencia, reducida á que el de Castilla se abstuviese de la guerra de Cataluña: que en recompensa de los gastos de ella le entregase el aragones á Estella con toda su merindad, y cierta cantidad en dinero, dentro de seis meses, poniéndose entretanto en rehenes la reina D.^a Juana en la villa de Larraga y en poder del arzobispo; y que los catalanes volviesen á la obediencia del rey D. Juan concediéndoles un perdon general.

Los embajadores catalanes fueron los primeros que se resintieron de la sentencia, diciendo, que los consejeros de Castilla habian engañado á su rey. Los mismos monarcas quedaron tambien engañados. El de Francia había creido que el de Castilla consentiría en darle en empeño la provincia de Guipuzcoa por las grandes sumas de dinero, que pretendía estar debien-

do á la Francia desde la guerra del rey D. Enrique de Trastamara con su hermano D. Pedro el Cruel; pero fué desechada esta pretension. El aragones veia con disgusto la desmembracion de Navarra. Y el castellano malogró, como se verá luego, la adjudicacion de Estella.

El rey D. Juan se preparaba á remediar el mal cuando ya los navarros, de todos los partidos, habían levantado el grito contra la sentencia y contra su rey que la habia aceptado: este se escusaba diciendo que no procedia de su voluntad y que estaba decidido á reclamar de ella. Entonces, reunidas las cortes, nombraron á Martin de Villaba y Carlos de la Raya, para que en compañía del Rey pasasen, como en efecto pasaron, á San Juan de Luz donde todavía se hallaba el de Francia, á quien los embajadores de las cortes declararon, que lo determinado en la sentencia era de ningun valor y en deshonra y mengua de la monarquía mas antigua de España: que el rey de Navarra no había dado ni podido dar poder para la desmembracion del reino, por que no podía hacer paz, ni guerra, ni aun tregua, con ningun príncipe, ni otro hecho grande sin consejo y acuerdo y espreso consentimiento de las cortes y de los sabios varones del reino conforme á sus leyes; y que si se daba lugar á semejante agravio, los navarros, siguiendo su notoria justicia, se encomendarían á rey y señor que los defendiese y los amparase contra tan tiránica fuerza y sinrazon.



Agregábase, á esta representacion de los navarros, otro motivo bastante poderoso para inclinar al rey de Francia: el conde de Fox, que pensaba reinar en Navarra, había casado poco antes á su primogénito con Madama Magdalena, hermana de Luis XI. Sea como quiera, de la fuerza de estas razones, el artificioso y disimulado rey de Francia contestó que la sentencia se había dado contra su voluntad, y que aunque era verdad que en una noche, á deshora, su canciller hizo cierta declaracion por via de concordia, y no como sentencia, su ánimo era defender con todo su poder sus cosas y las de sus amigos.

Con esta respuesta marchó el Rey á Tudela y allí dispuso que Mosen Pierres de Peralta se metiese con gente de guerra en Estella y se apoderase de la ciudad y su castillo, ostentando una rebelion. La villa de Los Arcos se había sometido ya en siete de julio á los comisarios del rey de Castilla, bajo la condicion de guardarle sus fueros, usos, costumbres y libertades de Navarra, y de no separarla nunca de la corona de Castilla (1).

El rey D. Enrique, á quien no tanto le faltaba el entendimiento como la voluntad, conoció la maraña; y arrepentido de haber abandonado á los catalanes quiso animarles ofreciéndoles su ayuda; mas ellos le

(1) Desde este tiempo estuvieron Los Arcos, y los pueblos de su partido, bajo la dominacion de Castilla hasta el año 1753 en que fueron reunidos á Navarra.

contestaron que ya era tarde, por que se habían dirigido á la casa de Portugal y elegido por su rey á D. Pedro, condestable de aquel reino y nieto de D. Juan I.

Tentó luego el cumplimiento de lo tratado en cuanto á la entrega de Estella; y viendo las dificultades que se presentaban, hizo marchar un poderoso ejército que puso á la ciudad en los mayores apuros; pero sus vecinos, á pesar de esto y de las órdenes que les daba el rey D. Juan para que se entregasen, cediendo á las circunstancias, lo resistieron con tal valor que los castellanos tuvieron que retirarse sin conseguir su objeto.

El rey de Castilla envió sus embajadores al de Navarra quejándose de la falta de cumplimiento de lo pactado. La contestacion se redujo á echar la culpa á la inovediencia y rebeldía de los pueblos; y los embajadores se volvieron á Castilla sin adelantar nada. Entretanto los agentes secretos, que allí tenía el rey D. Juan, engañaban á D. Enrique persuadiéndole á que hiciese una tregua por que así le convenía para no enemistarse con el rey de Francia. Esta tregua se publicó luego en Pamplona y fué jurada por una y otra parte y tambien por el conde de Fox y la infanta D.^a Leonor, como herederos presuntivos de Navarra; por que á la princesa de Viana D.^a Blanca, hermana mayor, la contaban ya como muerta. El rey su padre la había puesto en poder del conde su cuñado, y pronto vereinos la buena cuenta que dió de ella.



1464.

A la tregua se siguió el ajuste de las diferencias, entre Castilla y Navarra, entregando al rey D. Enrique los pueblos de Monjardin y Dicastillo y algunos otros, dentro y fuera de Navarra, en prendas hasta el cumplimiento de la sentencia del rey de Francia. Pero todo esto no era mas que entretener al de Castilla, cuya ruina, hasta arrancarle la corona, andaban maquinando el arzobispo de Toledo y el marques de Villena de acuerdo con el rey y la reina de Navarra.

Uno de los pactos fué, que el rey de Castilla abandonase á los navarros y aragoneses que, protegidos por él, hacian la guerra al rey D. Juan en Cataluña. Y ahora se arreglaron tambien las discordias entre el Rey y los Beaumonteses en Tarragona á veinte y dos de noviembre. Intervinieron, por parte de D. Luis de Beaumont conde de Lerin, hijo del otro D. Luis que murió por este tiempo, Carlos de Artieda y Arnaldo de Ozta.

La primera condicion era que á la princesa D.^a Blanca se la sacase del poder de su cuñado, poniéndola en una de las ciudades ó buenas villas de Navarra y que allí se reuniesen las cortes, las cuales, con asistencia del Rey y del conde de Fox y su muger y de los adheridos á la Princesa, tratasen y acordasen acerca de su libertad y de la sucesion del reino; y que lo que determinasen se pusiese en ejecucion.

Tambien se acordó que á D. Luis de Beaumont se le diese la ricohombria y las tenencias de los castillos

de Larraga, San Martin y Grañon, y que se le restituyese todo el patrimonio de su padre; pero quedó escludida, como anteriormente, la condestablia que poseia Mosen Pierres de Peralta y la cancelleria dada á su hermano D. Martin. La misma restitucion se estipuló con respecto á los demas caballeros que habian seguido al príncipe D. Carlos y á D.^a Blanca.

Esta Princesa desgraciada, nació con la misma estrella que su malogrado hermano el príncipe D. Carlos. Había quedado D.^a Blanca en poder de su padre desde la reconciliacion de este con el Príncipe. En el matrimonio de D. Gaston de Fox con Magdalena de Francia, hermana de Luis XI se pactó, entre otras cosas, que D.^a Blanca fuese entregada al conde de Fox para asegurar este su sucesion al reino de Navarra, estorbando que la Princesa, que había estado casada con el rey D. Enrique de Castilla y se había disuelto el matrimonio, se volviese á casar con ningun otro. En cambio de esto el de Fox se ofreció á servir al rey D. Juan su suegro contra el de Castilla y que tambien el de Francia le ayudaría con todo su poder; de manera que la Princesa se entregó en sacrificio de esta alianza.

Consiguiente á lo tratado, el rey su padre la mandó que se dispusiese á pasar los Pirineos, asegurándola era para casarla con el duque de Berri. Conoció D.^a Blanca el engaño y se resistió con humildes súplicas; pero el inflexible monarca mandó á Mosen Pierres de



Peralta que la llevase desde Olite, donde á la sazón se hallaba.

Cumplió el Condestable esta dura comision y habiendo llegado á Roncesvalles, en veinte y tres de abril del año mil cuatrocientos sesenta y dos, tuvo forma la Princesa de hacer una protesta, reducida á que la llevaban contra su voluntad; y que teniendo entendido la entregarían al rey de Francia ó al conde de Fox, para obligarla á renunciar el derecho de la corona en la infanta D.^a Leonor su hermana ó en el infante D. Fernando de Aragon, protestaba, que si tal sucediese no se considerase de ningun efecto si no lo hacía en favor del rey de Castilla ó del conde de Armañac.

Despues de esto fué llevada á San Juan de Pie del Puerto y allí conoció, que no solo se trataba de la sucesion del trono, sino de la vida. Entonces dió poder al rey de Castilla, al conde de Armañac, al de Lerin, á D. Juan de Beaumont, y á Pedro Perez de Iru-ríta, para que tratasen de su libertad por todos medios, y de su matrimonio con cualquiera rey ó príncipe que les pareciese.

Pero habiendo sabido que el Rey la mandaba llevar á San Pelai, en el Bearne, y ponerla en poder de sus enemigos, llegó á desesperar del todo é hizo donacion del reino, y de sus estados, al rey de Castilla D. Enrique, como el protector mas poderoso de que podia valerse en aquellas circunstancias.

Efectivamente fué entregada luego al Captal de Buch

y encerrada en el castillo de Ortés, donde vivió dos años llena de padecimientos, hasta dos de diciembre de mil cuatrocientos sesenta y cuatro en que, viéndose sus enemigos en el caso de entregarla para traerla á Navarra, la hicieron morir con veneno que la dió una dama de la condesa de Fox por orden de sus amos. Fué enterrada en la Catedral de Lescar.

El conde de Fox, y su muger D.^a Leonor comenzaron desde luego á intitularse príncipes de Viana, y quedaron por gobernadores del reino. Pero aspiraban á mas; y les pareció buena ocasion el embarazo de su padre, en la guerra de Cataluña y el de el rey de Castilla en la que le habian declarado sus vasallos por los vicios de su gobierno y la ambicion de sus validos. El conde de Fox y la princesa D.^a Leonor querian reinar con absoluta independencian y recobrar los lugares ocupados en Navarra por el rey de Castilla, lisongeando al mismo tiempo de esta manera los ánimos de los navarros que lo deseaban.

Con este objeto sitió el conde á Calahorra y la rindió. En seguida envió sus embajadores á D. Enrique de Castilla y á los sediciosos, asegurándoles, separadamente, que dirigía sus armas en favor de cada uno de los dos partidos á fin de confederarse despues con el mas poderoso. El rey de Castilla le requirió que saliese de su reino; y entonces el Conde manifestó que la toma de Calahorra era en represalias de los lugares de Navarra que D. Enrique retenía.



Mediaron algunas embajadas entre el rey de Castilla y el Conde. Este proponía que se le restituyesen las plazas de San Vicente, Lagnardia y Los Arcos, y que él haría lo mismo con Calahorra. Convino en ello el castellano, y ya estaban á punto de darse los rehenes de una y otra parte, para el cumplimiento, cuando el Conde mudó de parecer, sugerido de los señores de Castilla, conjurados contra el Rey, que ofrecían al Conde cosas que nunca se verificaron. Ayudó á esto el obispo de Pamplona D. Nicolas de Chabbarri, íntimo consejero del Conde y amigo de los castellanos descontentos.

1466.

El príncipe D. Gaston prosiguió la guerra contra el castellano, y sitió á Alfaro: á pesar de los repetidos asaltos de los sitiadores los vecinos hicieron una resistencia tan vigorosa, incluso las mugeres, que dieron lugar á que les viniese un socorro de cinco mil infantes y mil y trescientos caballos mandados por D. Alonso Ramirez de Arellano señor de los Cameros. El Príncipe, no pudiendo resistir á tanta fuerza, se retiró con tiempo á Tudela; ni paró en esto su desgracia, por que animados los de Calahorra, con el suceso de Alfaro, se sublevaron y pasaron á cuchillo á la guarnicion del Príncipe compuesta de franceses.

Murmuraban los navarros de estas fatalidades, echando la culpa de todo al obispo de Pamplona, que habia embarazado los convenios con el rey de Castilla y fué causa de que, en lugar de restituirse á Navarra las

villas enagenadas quedasen para siempre en poder del castellano (1). El Príncipe, avergonzado del mal éxito de sus empresas, y receloso del resentimiento de su suegro, se retiró á Bearne.

El rey D. Juan seguía haciendo la guerra á los catalanes con buen éxito, á pesar de la presencia de su nuevo rey D. Pedro de Portugal. Muchas plazas se le habian entregado; y en el sitio de Cerbera fué donde el príncipe D. Fernando su hijo, de edad de trece años, hizo la primera campaña, acompañado del conde de Prades, y comenzó la carrera de sus futuras glorias. Pero el pretense rey D. Pedro acabó la suya muriendo envenenado cuando se estaba disponiendo para pasar al socorro de Tortosa.

Por grandes que fuesen los motivos que el rey D. Juan tenía para estar irritado contra los ambiciosos é ingratos príncipes sus yerno é hija, razones superiores de política le hacian conocer cuanto le convenia no aumentar los enemigos dentro de su casa; y la reina D.^a Juana se encargó de restablecer la paz y la confianza doméstica.

Con este objeto tuvo unas vistas con la princesa D.^a Leonor, en Ejea de los Caballeros, donde hicieron confederacion como se pudiera hacer entre dos príncipes guerreros. Juraron que serían amiga de amiga y enemiga de enemiga y contra todas las personas del

(1) Véase la nota de la pag. 312.



mundo, sin exceptuar ninguna, á fin de conservar sus vidas y estados y del príncipe D. Fernando; de manera, que la princesa de Navarra procuraria defender la sucesion de los reinos de Aragon y Sicilia y de los otros estados pertenecientes al Príncipe; y la Reina defendería la sucesion del reino de Navarra, y del ducado de Nemurs, para la Princesa. Tambien acordaron que Pierres de Peralta hiciese homenaje á la Princesa, por la tenencia del castillo de Tudela, para despues de los dias del rey su padre. Y finalmente que se nombrasen personas que determinasen en Zaragoza las diferencias que había entre el Rey y el conde D. Gaston su yerno. En esta concordia de las dos princessas intervinieron el arzobispo de Zaragoza y el obispo de Pamplona.

1467. Muerto el pretense rey de los catalanes, estos se dividieron acerca de la eleccion de nuevo monarca: algunos querian constituirse en república; pero prevaleció la opinion de nombrar á Renato de Anjou, señor de Marsella, príncipe de la sangre real de Francia que aceptó, aunque viejo, y á pesar de la amistad que tenía con el rey D. Juan. Luis XI dió permiso para el paso de sus tropas por Francia que se reunieron con las catalanas en Manresa y sitiaron á Gerona.

El rey D. Juan achacoso ya, y ciego del todo, no pudo salir en persona contra este nuevo enemigo; y envió á su hijo el príncipe D. Fernando, que obligó al de Anjou á levantar el sitio. Hecho esto, en lugar

de perseguir al enemigo, se dirigió á recorrer la costa de Ampurias; y entre tanto Renato aumentó considerablemente su ejército con los socorros que le envió el rey de Francia al mando del conde de Armañac.

Entonces el príncipe D. Fernando buscó al enemigo y dádole vista en Demat, se trabó una sangrienta batalla en que el Príncipe quedó vencido con gran riesgo de su persona. Al saber esto el rey D. Juan, ciego como estaba, se hizo llevar por mar á la costa de Ampurias donde se había refugiado el Príncipe: saltó en tierra, recobró la vista como por milagro, y sin mas dilacion marchó contra los franceses. No considerándose estos seguros, se retiraron á Perpiñan á esperar un socorro de diez mil hombres que nuevamente enviaba el rey de Francia al duque de Anjou.

Con este refuerzo volvió el Duque á la campaña; y cuando el rey D. Juan se ocupaba en batir á Peralada, el ejército frances le sorprendió y puso al del Rey en precipitada fuga. El mismo D. Juan se salvó con mucho peligro en Figueras, á donde llegó sin sombrero.

El Rey volvió luego al sitio de Peralada y la rindió; el Duque por su parte ganó á Gerona; pero habiendo pasado á Barcelona á reunir mas gente le atacó una calentura que le acabó en medio de sus victorias y de sus lisonjeras esperanzas. Los franceses, viéndose entonces sin caudillo, se volvieron á Francia, dejando á los catalanes abandonados y al rey D. Juan dueño de



la campaña. En esta situación la ciudad de Gerona, y otros pueblos, se sometieron á la obediencia del Rey, así como muchos caballeros principales.

Volviendo á las cosas de Navarra; en el año anterior había nacido el infante D. Francisco Febo, del primogénito del príncipe conde de Fox y de Madama Magdalena de Francia. Gobernaba el reino la princesa D.^a Leonor, desde que el príncipe su marido había pasado á Bearne; y en este tiempo se verificó la recuperación de Viana que estaba en poder de los castellanos. El obispo de Pamplona y D. Luis de Beaumont, conde de Lerin, fueron los caudillos de esta empresa.

El Conde pasó á dar cuenta del suceso al rey D. Juan en Cataluña; y el Rey por gratificarle, y asegurarle en su obediencia, le dió por esposa á su hija natural D.^a Leonor de Aragon con quince mil florines de dote, ofreciendo legitimarla antes de la solemnidad del matrimonio. Los desposorios se verificaron; mas ya fuese por que el Rey se arrepintió ó por otra causa, que se ignora, se retardó tanto la entrega de la novia, que dió lugar á que el Conde, de acuerdo con ella, resolviese sacarla secretamente, como en efecto lo hizo, del palacio de la Aljaferia de Zaragoza, donde estaba, y á las ancas de su caballo la puso en lugar seguro de Navarra.

No se contentó el Conde con esto solo, sino que tambien hizo presa del tesorero de Aragon, á quien encerró en Lerin, hasta que aseguró la paga del dote de su

esposa; y el mismo rey D. Juan tuvo que salir fiador paralibrar á su tesorero. Sin embargo de este acontecimiento el conde de Lerin consiguió luego la gracia del Rey; pero un Agramontes y un Beaumontes no podian ser amigos largo tiempo.

Poco despues murió la reina D.^a Juana Enriquez, de un cancer que dicen le comenzó á roer el pecho izquierdo á luego de la muerte del príncipe de Viana. Dicen tambien que en medio de sus congojas, atormentada de tristes memorias, dijo repetidas veces, señalando á su hijo D. Fernando; *Oh hijo y que caro me cuestas!* y añaden, que en uno de estos arrebatos, de la turbacion de su conciencia, reveló el secreto del envenenamiento del príncipe D. Carlos, y que sabido por el Rey se encerró en su cuarto y no la quiso ver desde aquel momento.

Se habian hecho varias tentativas para el matrimonio del príncipe D. Fernando con la infanta D.^a Isabel de Castilla, principalmente despues que los sangrientos debates y conspiraciones contra el rey D. Enrique su hermano y la muerte del infante D. Alonso, hijo único del Rey, decidieron de la sucesion de aquella corona en favor de D.^a Isabel, escluyendo á D.^a Juana, que aunque nacida de la reina de Castilla, durante su matrimonio con D. Enrique, la reputaban generalmente por bastarda é hija de D. Beltran de la Cueba, llamada por esto la *Beltraneja*. Ahora se verificó este deseado casamiento, para el cual el príncipe D. Fer-



nando recibió el título y dignidad de rey de Sicilia. Nada de esto se hizo con voluntad de D. Enrique; pero este monarca, despreciado de sus vasallos, había llegado á ser el juguete de las facciones.

Los negocios de Navarra no tenían mejor aspecto que los de Castilla. El impaciente príncipe D. Gaston, mal satisfecho de la concordia de la Reina y la Princesa, renovó sus pretensiones á la soberanía del reino. Hallábase todavía en Bearn de donde, escitado por el partido Beaumontes, que no había cesado de aborrecer la usurpada dominacion del rey D. Juan, vino á Navarra con el objeto de hacer valer sus derechos por la fuerza de las armas.

Estaba el rey D. Juan muy ocupado en la guerra de Cataluña, y D. Gaston se apoderó facilmente de la mayor parte del reino. Queriendo hacer lo mismo con Tudela, que pertenecía al bando Agramontes, vino el Rey en su socorro y el Príncipe se vió obligado á retirarse. Mortificábale la sospecha de que se trataba de enagenar esta ciudad de la corona de Navarra y que sobre ello había habido algun concierto secreto en las últimas vistas de la Reina y la Princesa.

D. Luis de Beaumont conde de Lerin se había declarado tambien por el Príncipe y se apoderó de Pamplona, que siempre había pertenecido á su facción. De esta manera la guerra civil se renovó con todos sus horrores. Ni faltaron facinerosos que, alentados por la impunidad de los crímenes, perseguían á los hombres

de todos los partidos. Un bandolero, llamado Sancho Rota, era de los de esta clase. Tenía su cuartel general en la espesura de los pinares de la Bardena, cerca de Tudela, desde donde recorría la tierra haciendo robos y apresando gentes para obligarlas á pagar rescates.

La venida del rey D. Juan á Navarra, animó á los Agramonteses y debilitó la audacia de sus contrarios. El Príncipe, aconsejado de sus parciales, envió una embajada á su suegro, solicitando con la persuasion lo que no podía con la fuerza. El rey D. Juan convenia en asegurar, para despues de sus dias, la sucesion del reino á los príncipes, quedando estos en el entretanto, como hasta entonces, por gobernadores. Y estaban ya para concluirse los tratados cuando las nuevas ocurrencias de Cataluña obligaron al Rey á trasladarse al teatro de aquella guerra.

En este intermedio ocurrió la desgraciada muerte del primogénito del príncipe D. Gaston de Fox, llamado tambien D. Gaston, casado, como queda dicho, con Madama Magdalena hermana del rey de Francia. Acabó sus dias á la edad de veinte y seis años en un torneo en Liburna cerca de Burdeos de un astillazo de su propia lanza, quebrada en la coraza de su contrario. Dejó por hijos, de D.^a Magdalena, á D. Francisco Febo, y á D.^a Catalina que acababa de nacer.

El obispo de Pamplona D. Nicolas de Chabbarri murió en la misma época asesinado de orden del con-



destable Mosen Pierres de Peralta. Habian sido ambos íntimos amigos; y la influencia de Mosen Pierres con el papa Pio II, á tiempo que en el año mil cuatrocientos sesenta y dos se hallaba en Roma, como embajador del rey D. Juan, fué la que le consiguió el obispado por renuncia del cardenal Besarion. Para obligar mas al sumo pontífice fingió Mosen Pierres que D. Nicolás era su pariente; pero Su Santidad, que acaso penetró la ficcion del Condestable, quiso probar hasta donde llegaba la fuerza de su amistad con el pretense obispo y le alargó la mano, formando con los dedos una cruz, para que jurase la verdad del parentesco. Mosen Pierres juró, y el Papa le concedió la gracia. Entonces el Condestable volvió á pedir á Su Santidad le concediese tambien la de la absolucion del juramento como lo hizo.

Pasado algun tiempo el Obispo llegó á ser el privado de la princesa D.^a Leonor y esto le atrajo los zelos y la rivalidad del Condestable. Celebrábanse ahora cortes en Tafalla, por la Princesa, con el objeto de hacer cesar los bandos. Los cortesanos tenian los ánimos vidriosos: se irritaron con facilidad en las disputas, y pasaron á palabras descompuestas. El Obispo y el Condestable se señalaron mas particularmente, tratándose con la mayor aspereza. El primero se escedió tomando osadia de las infulas episcopales y de la gracia de la Princesa; y Mosen Pierres, arrebatado de la passion de la venganza, le hizo matar, á tiempo que, mon-

tado en una mula, pasaba desde su casa al convento de San Francisco, á donde la Princesa le había llamado estando haciendo una novena.

El gobernador del obispado declaró luego por excomulgado al Condestable: este escribió una carta llena de injurias y amenazas al gobernador y apeló al arzobispo de Zaragoza y despues al Papa, que le absolvió al fin con la condicion, entre otras, de ir á la guerra contra infieles.

Por lo demas el delito de Mosen Pierres quedó sin castigo. El Rey se avocó la causa; y aunque las cortes reclamaron su justicia, el Rey amaba demasiado á Mosen Pierres y mandó que los agraviados la pidiesen en Zaragoza, dando á entender lo poco que habia que esperar contra el atentado del Condestable.

No estaban arregladas todavia las diferencias entre el Rey y los Príncipes; y las quejas de estos contra su padre tenian el mismo origen y el mismo carácter que las que en su tiempo habian ocurrido con el príncipe D. Carlos. Tampoco llevaban á bien la impunidad de la muerte del obispo de Pamplona, cometida por el Condestable, que no podia menos de ser enemigo de los Príncipes siendo amigo del Rey.

A estas quejas se añadian otras, apoyadas todas por sus partidarios. Reclamaban la revocacion de muchas mercedes y privilegios que el Rey habia concedido á varias personas en perjuicio del patrimonio real y particularmente á la ciudad de Tudela y otros pueblos.



Pedian que el castillo de esta ciudad se quitase á Mosen Pierres entregándolo á los Príncipes: que se hiciese lo mismo con los pueblos que en la merindad de Estella ocupaban los castellanos; y de cuya recuperación, decian, cuidaba poco el Rey con la mira de que recayesen en su hijo D. Fernando, como heredero presunto de Castilla. Y finalmente solicitaban los Príncipes la restitucion de los ducados de Gandía y Monblanc, el condado de Ribagorza y el señorío de Balaguer, que, segun los contratos matrimoniales del Rey con la reina D.^a Blanca, pertenecian á los herederos de Navarra. Y sobre todo esto enviaron una embajada al Rey su padre, que á la sazón estaba en Zaragoza. Pero su contestacion se redujo á buenas palabras, que solo sirvieron para irritar mas á los Beaumonteses.

1471. Sin embargo, en fuerza de las repetidas instancias de los Príncipes, consiguieron al fin que el rey D. Juan viniese á Olite á tratar con D.^a Leonor, á tiempo que D. Gaston se hallaba en Francia; y ahora padre é hijo se pusieron secretamente de acuerdo sobre el modo de acabar con las facciones. De lo que acerca de esto determinaron, solo se dió al público lo que á la política del Rey convenia que se supiese; esto es que todos los pueblos reconociesen y obedeciesen á D. Juan sin contradiccion: que los Príncipes mantuviesen los privilegios y libertades del reino: que las cortes les hiciesen el juramento de fidelidad para despues de la muerte del Rey: que fuesen gobernadores perpe-

tuos del reino, escepto cuando el Rey se hallase dentro de él: que el Rey y los Príncipes jurasen que no enagenarian el reino ni parte alguna: que los tres estados jurasen tambien de estar unidos para que el Rey y los príncipes cumpliesen lo pactado: que se concediese una amnistia general: que se restituyesen recíprocamente todos los prisioneros y las presas, menos los frutos y muebles: que fuesen nulas todas las donaciones hechas, durante las turbulencias, por el Rey y los Príncipes; pero que no se comprendiesen en esto las diferencias que habia entre el conde de Lerin, D. Juan de Beaumont y Carlos de Artieda con el condestable Mosen Pierres de Peralta y el mariscal D. Pedro de Navarra, quienes quedaban citados para que dentro de doce dias viniesen á la obediencia del Rey y á pedir justicia, y que de lo contrario fuesen reputados por contumaces y rebeldes.

Hecho esto, y ratificado por D. Gaston en Francia, el Rey volvió á la guerra de Cataluña, y la Princesa se dedicó al gobierno del reino, dando principio por llamar á su presencia al conde de Lerin, Carlos de Artieda y otros caballeros de su bando. Propúsoles el sometimiento á la autoridad real; pero ellos que, ademas de estar descontentos con los pactos, habian comenzado á recelar que la Princesa, abandonando á los Beaumonteses que tanto le habian favorecido, estaba ya ganada por su padre, que miraba con mejores ojos á los Agramonteses, pidieron tiempo para resolverse en una materia que tenia graves dificultades; pues bien



conocía el conde de Lerin que la obediencia, que debía prestar al Rey, exijía que se despojase del dominio de Pamplona y de otras plazas, y que de esta manera vendría á quedar desarmado y á merced de sus enemigos.

Por otra parte la Princesa no podía gobernar si todos los partidos no se sometian á su autoridad. El de los Agramonteses estaba pronto, por que seguía el impulso del rey su padre; mas no la era tan facil desarmar á los Beaumonteses y preveía lo poco que debía esperar de la suspicacia del conde de Lerin su gefe, si aguardaba su determinacion.

En estas circunstancias, abandonando los medios amistosos y persuasivos, entabló relaciones secretas con los vecinos Agramonteses de Pamplona á fin de sorprender la plaza, y resolvió presentarse en ella, la misma Princesa, acompañada del mariscal D. Pedro de Navarra. Antes de moverse envió sus embajadores á la ciudad y al conde de Lerin para explorar los ánimos. Contestáronla que viniese enhorabuena, pero con condicion de que la habian de recibir como á Reina y no como á gobernadora de su padre, que nada tenía que ver en el reino; suplicándola al mismo tiempo que no trajese consigo al Mariscal por que su vista causaria alteraciones en la ciudad. Hubo sobre esto varias contestaciones y réplicas, en las cuales, no queriendo intervenir el Conde, se marchó á Lerin, dejando en su lugar á su hermano D. Felipe.

Creyó el Mariscal que la ausencia del Conde era una oportunidad ventajosa para su intento, y se puso de acuerdo con la Princesa y con los Agramonteses de Pamplona. Las llaves de las puertas estaban en poder de los regidores cabos y en aquel año lo era de la Poblacion de San Nicolas un tal Ugarra. Este ofreció abrir una noche la puerta que llamaban de la Zapatería.

Llegó el Mariscal con su gente á la hora aplazada y viendo que tardaban demasiado en abrir, comenzaron á forzar la cerradura. Sucedió que el mozo de un horno de los que, segun costumbre del pueblo, andaban de noche avisando á los vecinos para cocer el pan, llegó á aquel paraje y asustado con el ruido, que sintió en la puerta, corrió á dar aviso á su amo: este lo hizo á D. Felipe de Beaumont, que mandó tocar al arma cuando ya el regidor Ugarra había dado entrada al Mariscal y su gente en la ciudad. Bien pronto D. Felipe le salió al encuentro con la suya, que engrosándose por los Beaumonteses, que acudian de todas partes, arrollaron al Mariscal y le obligaron á retirarse. No siéndole posible volver ya por donde había entrado, no tuvo mas arbitrio que acojerse al patio de la casa de la moneda, que ahora es convento de San Francisco, donde murió peleando con todos los suyos, excepto D. Felipe, hijo del Mariscal, que cayó prisionero.

Desembarazados los Beaumonteses de enemigos exteriores, volvieron su furia contra los Agramonteses que vivian en la ciudad y habian celebrado con algazara



la entrada de sus partidarios: muchos acabaron con el cordel y el cuchillo; y entre ellos el regidor Ugarrá, que fué encontrado escondido tras de una cuba en la bodega de su casa.

La princesa D.^a Leonor hizo formar causa al conde de Lerin, á D. Felipe su hermano y á todos los demas de su confederacion, y fueron declarados por reos de lesa magestad y condenados á muerte y confiscacion de bienes. Al mismo tiempo D. Gaston, reuniendo la gente que pudo de sus estados en Francia, había llegado ya á Roncesvalles, donde una muerte inesperada le arrebató al sepulcro y acabó para siempre con la fatal pasion que le agitaba sin cesar para empuñar el cetro. Entró en la sucesion del condado de Fox su nieto D. Francisco Febo, siendo de edad de cinco años, bajo la tutela de su madre la princesa D.^a Magdalena.

1472. Sin embargo D.^a Leonor no decayó de ánimo: juntó cortes en Olite, en las cuales se trató de levantar gente para la recuperacion de las plazas que ocupaban los rebeldes y entre ellas Santa Cara, Caparrosa y Milagro, con la condicion de que no pudiesen ser jamas enagenadas de la corona real; circunstancia estudiada de propósito para hacer menos tenaz su resistencia, por que mejoraba la suerte de los pueblos; y en efecto se recuperaron varios, uno de ellos Milagro.

El rey D. Juan se hallaba embarazado en la guerra del Rosellon contra los franceses; y en medio de ella,

y de las negociaciones en que mutuamente trataban de engañarse el mismo rey D. Juan y Luis XI, le llegó la noticia de la muerte del rey D. Enrique de Castilla; que dió fin á su existencia aborrecido y despreciado de sus vasallos. 1474.

La princesa D.^a Isabel y con ella el príncipe D. Fernando su marido, llamados los Católicos, heredaron aquella corona; á pesar de que D. Enrique en su testamento, revocando lo hecho anteriormente, llamó á la sucesion á D.^a Juana la *Beltraneja* declarando ser hija legítima; y á pesar tambien del partido que D.^a Juana tenía en su favor. Pero D. Fernando, aconsejado de la política de su padre el rey D. Juan, supo vencer todas las dificultades. Una de ellas fué la pretension del conde de Medinaceli para que el rey D. Fernando le ayudase en el derecho á la corona de Navarra, que decía pertenecerle por su muger D.^a Ana de Navarra, hija natural del difunto príncipe de Viana; y aunque D. Fernando, conociendo lo infundado de esta pretension, se desentendió de ella, el rey su padre le aconsejó que favoreciese al Conde en otras cosas; y así lo hizo, satisfaciendo tambien á la ambicion de los demas señores de Castilla para asegurar su fidelidad.

La princesa D.^a Leonor, seguia en su empresa de la reduccion de los Beaumonteses, y para fortalecer su partido hizo las pazes con el condestable Mosen Pierres de Peralta, que aunque Agramontes se hallaba en desgracia de la Princesa desde la muerte del obispo de



Pamplona. El conde de Lerin tampoco estaba en inacción: había sitiado á Mendigorria, que por espacio de dos meses la defendian sus vecinos con el mayor valor, sin embargo de haberles derribado noventa ó cien casas del arrabal y dos arcos del puente, y taládole todos sus campos los vecinos de los pueblos inmediatos. La Princesa acompañada de Mosen Pierres, hizo levantar el sitio.

1475. Se había desposado la princesa D.^a Juana, desheredada de Castilla, con el rey D. Alonso de Portugal, quien pretendia la sucesion de aquel reino por su muger, aun antes de efectuado el matrimonio. El rey Luis XI de Francia favorecia al portugues y envió un ejército al mando de Aman de Albret ó Labrit, padre del desgraciado D. Juan, que despues vino á reinar en Navarra.

El rey D. Fernando de Castilla pasó á Vitoria para oponerse á los franceses, que habian sitiado á Fuenterrabía. Sospechaba que Pamplona y las otras fortalezas de Navarra, que estaban por el conde de Lerin, se declararían por el frances y determinó adelantarse apoderándose de Pamplona. El Conde marchó á Vitoria y dispó los recelos de D. Fernando, asegurándole, que su ánimo era que el reino de Navarra no viniese jamas á manos de príncipe estraño, ni saliese de las de su legítimo heredero.

En esta ocasion trató el rey D. Fernando de reconciliar á los dos partidos de Agramonteses y Beaumontes:

teses: los dos caudillos Mosen, Pierres de Peralta y el conde de Lerin, se reunieron con este objeto en Vitoria; y aunque no se logró por entonces, se prepararon los ánimos para la paz, arreglando ahora algunas diferencias y una suspension de hostilidades.

Desgraciadamente el rey D. Fernando se apasionó de los Beaumonteses, tanto como su padre lo estaba de los Agramonteses. Ambos eran movidos por una pasión opuesta ácia el condestable Mosen Pierres de Peralta: el padre le amaba escesivamente, y el hijo le aborrecia por ser consuegro y amigo del arzobispo de Toledo (1), que entonces era el mayor enemigo del rey Fernando y fautor principal del de Portugal.

De esta manera las dos facciones se hacian mas animosas é insolentes; y llegaron á quebrantar las treguas acordadas. Los clamores de la princesa D.^a Leonor y de muchos navarros, que deseaban la paz, inclinaron á los dos monarcas á juntarse de propósito en Vitoria para poner remedio á tantos males.

Concurrieron ambos en el tiempo señalado: el padre acompañado de mas de trescientos caballeros, escogidos de la primera nobleza de Aragon y Navarra, la mayor parte de sesenta años de edad; y el hijo de una corte muy lucida, compuesta de caballeros mozos de Castilla. El padre llegó despues y el hijo salió á recibirle fuera de la ciudad: quiso besarle la mano, 1476.

(1) D. Troilo Tarrillo, hijo del arzobispo, habia casado en el año 1467 con D.^a Juana Peralta, hija del Condestable.



pero no solo no lo permitió, sino que hizo que el hijo se colocase á la mano derecha y así entraron en Victoria, dando ocasion á las murmuraciones de los cortesanos. También concurrió la princesa D.^a Leonor.

En estas conferencias, el rey D. Fernando manifestó ya su naciente espíritu conquistador; y su padre la indiferencia con que miraba el dominio pasagero de Navarra y el conato de aumentar, á espensas de este reino, el poder y el esplendor de la corona de Castilla que le deslumbraba. Ambos monarcas parece que se olvidaron del objeto de su reunion.

Limitáronse á declarar que la sucesion del reino de Navarra pertenecía á D.^a Leonor, y después de ella al conde de Fox D. Francisco Febo su nieto. Al mismo tiempo, acordaron tambien, que por los gastos hechos por Castilla, cuando el rey D. Fernando fué al socorro de su padre, sitiado en Perpiñan, y en la entrada que hizo el príncipe de Asturias D. Enrique con el Almirante y sus tropas en Navarra, se diese á D. Fernando en empeño la merindad de Estella, aunque con la condicion de que ninguno de sus pueblos se enagenase de la corona de Navarra y que fuesen juzgados segun sus fueros y leyes.

En efecto se entregaron al rey de Castilla los pueblos de Bernedo, Larraga y Miranda; y lo mismo se hubiera verificado de Estella si el condestable Mosen Pierres de Peralta, irritado al ver semejante injusticia, no lo hubiese resistido con todo empeño. Y el conde

de Lerin y todos los Beaumonteses se unieron entonces á los Agramonteses para sostener los derechos de su patria; con lo que lograron que los reyes desistiesen de su empeño, dilatando la conclusion á otras vistas que concertaron para Tudela.

Reuniéronse los dos monarcas en la ermita de Nuestra Señora de Mismanos, en los montes llamados de Cierzo, entre Tudela y Alfaro: concurrieron tambien el conde de Lerin y Pierres de Peralta, de quienes pudieron conseguir que dejasen sus diferencias en manos de los reyes. En los poderes que dieron, especifica cada uno los pueblos de su séquito en cuyo nombre obraban. Los del conde de Lerin, ó partido Beaumontes, eran Pamplona y su merindad, Viana, Puente la Reina, Huarte Araquil, Lumbier, Torralva, Estuñiga ó Zuñiga, Artajona, Larraga, Lerin, Mendavia, Andosilla y otros comarcanos. Los de Pierres, ó del partido Agramontes, Tudela, Estella, Sangüesa, Olite, Tafalla y otras villas y lugares de sus merindades.

Pero las diferencias eran tan difíciles de resolver que fué necesario para ello acordar previamente una tregua de ocho meses. Tambien se acordó que el Mariscal D. Felipe de Navarra, prisionero del Conde desde la sorpresa de Pamplona, se pusiese en terceria en poder del rey de Castilla hasta que restituyese al Conde las fortalezas de Murillo el Fruto y Milagro, y todas las otras que D. Juan de Beaumont tenia al tiempo de la paz. En igual terceria se pusieron la ciudad de Pam-



plona y los demas pueblos que seguian al conde de Eerin, proveyéndolas de gobernadores aragoneses y castellanos.

Dispuestas asi las cosas, á gusto de ambos monarcas, todavía les quedaba el recelo de la princesa de Viana D.^a Magdalena, que con sus hijos estaba en Pau, pues de D.^a Leonor hacian cuanto querian. Para asegurarse envió el rey D. Juan á Berenguer de Sos, dean de Barcelona, á Pau con instrucciones vestidas de elocuencia y desnudas de razon: quiso persuadir á la Princesa de los grandes cuidados y fatigas que los dos reyes habian tomado sobre sí, tan solo con el fin de dar una paz estable al reino de Navarra. Pero D.^a Magdalena ni sus consejeros no se dejaron seducir de la retórica del Dean. Habian visto ya lo que se hacia por la curacion del reino, y ahora se confirmaron en la idea del grande peligro que corria el enfermo en manos de médicos que le deseaban heredar. Así fué que la Princesa respondió al enviado con palabras corteses y no mas.

1477. Los dos monarcas se volvieron á sus cortes, y la princesa D.^a Leonor, como gobernadora, recuperó pacíficamente, en virtud del compromiso y tregua, las plazas de que estaba apoderado el conde de Lerin, excepto Casada que quiso resistirse y fué necesario tomarla por fuerza. En esta defensa temeraria murió aquel famoso porfiado Sancho de Erbiti, de quien se lleva hecha mencion.

Parece que los dos reyes, padre é hijo, se habian puesto de acuerdo en tener dividido al reino para manejarlo mas á su placer; lo cierto és que sin haber dado la sentencia compromisal dejaron pasar el término de las treguas. Además el rey de Castilla, se declaró de tal manera en favor del partido Beaumontes, que las cortes de los Agramonteses (pues cada partido celebraba las suyas) tuvieron que recurrir al rey D. Juan con amargas quejas de los males que sufrían y los que les amenazaban si prontamente no se ponía remedio decidiendo el compromiso; y que de lo contrario se verían en la necesidad, para asegurar sus vidas, de buscarle en otra parte; dando á entender que se valdrian del rey de Francia.

La situación de la princesa gobernadora era tambien demasiado crítica: ella habia abandonado el partido Beaumontes por complacer á su padre, de quien esperaba grandes socorros que no se le dieron, ni los podia sacar del reino en la deshecha tempestad que padecia.

Rotas ya las treguas, el conde de Lerin tomó á la Princesa la villa de Estuñiga; y el merino de Estella se alzó con esta ciudad y su fortaleza, aunque luego la recobró D.^a Leonor. Y de esta nueva guerra resultó que la Princesa, de acuerdo con su padre, despojó por sentencia pública al conde de Lerin de todos sus estados y bienes, haciéndolo de esta manera su enemigo irreconciliable.



1478. El rey D. Juan estaba ocupado en Barcelona en las bodas de la infanta D.^a Juana, su hija, con el rey de Nápoles D. Fernando su sobrino, cuando le llegó la muerte. Los últimos pensamientos, con que acabó su vida, eran los de casar á la princesa D.^a Leonor con el conde de Medinaceli, viudo ya de D.^a Ana de Navarra. De esta manera creia ganar para sí al Conde y poner alguna sombra de remedio á las cosas de Navarra.

1479. Murió el rey D. Juan de edad de ochenta años y enamorado de una doncella muy hermosa. Mandó que se fundasen dos monasterios de la orden de San Gerónimo, que son el de Santa Engracia de Zaragoza y el de Santa María de Belpuche en Cataluña, y aconsejó á su hijo que menospreciase las grandezas de este mundo. Decíase de él en Navarra, que habia querido al reino como propio y lo habia tratado como ajeno: y que habia sido muy pródigo en dar á sus favorecidos: de esta prodigalidad dicen que nació el proverbio para desengaño de los ambiciosos de *Ya se murió el rey D. Juan.*

Con la muerte de este monarca la corona de Aragón se unió á la de Castilla en la cabeza de su hijo D. Fernando el Católico.

Doña Leonor.

1479. Sucedió al rey D. Juan, en el reino de Navarra, la princesa D.^a Leonor su hija y fué jurada por las cortes

en Tudela, precedido el juramento acostumbrado de la Reina para la observancia de los fueros, en veinte y ocho de enero del año mil cuatrocientos setenta y nueve.

Su reinado fué como un relámpago, entre los torbellinos de una horrorosa tempestad: murió en doce de febrero siguiente y fué enterrada en el convento de San Francisco de Tafalla.

Solo fué feliz en la dilatada sucesion, que tuvo de su marido D. Gaston, compuesta de cuatro hijos y cinco hijas. El primero fué D. Gaston, padre del rey D. Francisco Febo y de la reina D.^a Catalina. El segundo el infante D. Juan señor de Narbona, que casó con su prima Madama María de Francia, hermana de Luis XII. El tercero el infante D. Pedro, que fué cardenal, y el cuarto el infante D. Jaime, que casó con D.^a Catalina, hija del conde de Lerin y no tuvo sucesion: otros dicen que murió soltero en Francia en servicio de Luis XII.

Las hijas fueron la infanta D.^a María, que casó con Guillermo marques de Monferrato. D.^a Juana, que casó con el conde de Armañac, aquel á quien el rey Luis XI de Francia, despues de haberle hecho volver de España, donde estaba refugiado, con promesas de amistad, le hizo matar á puñaladas, repitiendo lo que antes habia hecho con el otro conde su padre. D.^a Margarita, que casó con el duque de Bretaña y tuvo por hija á la hermosa Ana, que casó sucesivamente con



los reyes Carlos VIII y Luis XII de Francia. D.^a Catalina, que casó con el conde de Candala; y de este matrimonio nació Ana, casada con Ladislao rey de Ungría y de Bohemia. Y finalmente D.^a Leonor, que murió doncella.

D. Francisco Febo.

1479. Por muerte de la reina D.^a Leonor ocupó el trono de Navarra D. Francisco Febo su nieto, hijo de D. Gaston y de Madama Magdalena de Francia, hija de Carlos VII y hermana de Luis XI. Llamáronle Febo, los gascones, por su mucha hermosura.

Con la muerte de D.^a Leonor, los Beaumonteses y Agramonteses se abandonaron á nuevos escesos. El conde de Lerin se apoderó de Pamplona; y muchos pueblos de la Montaña y la Rivera, ó tierra llana, seguían su partido. Las merindades de Estella, Sangüesa, Olite y gran parte de Tudela, eran del de Mosen Pierres. Unicamente quedaba en la obediencia del Rey la merindad de San Juan de Pie del Puerto ó baja Navarra (1). Es verdad que todos decían que querían al Rey; pero cada uno le quería á su modo, llevando por delante el interes de su partido. Y la anarquía era tan general, que ningun natural ni extranjero podia viajar

(1) Esta parte componía la sexta merindad de Navarra y en ella se comprendían San Juan de Pie del Puerto, que era la capital; y las tierras de Baigorri, Arberoa, Oses, Mixa, Ostabares y Cisa.

por el reino sin tomar escolta y marchar en forma de guerra.

La princesa D.^a Magdalena, bajo cuya tutela quedó el joven monarca su hijo, vino luego á Navarra en compañía de su cuñado el infante cardenal D. Pedro de Fox, á quien dió el encargo de Virey, para arreglar las discordias y allanar las dificultades de la coronacion. Fueron bien recibidos en Pamplona y en otras partes donde estuvieron; pero inutilmente trataron de los medios de conciliacion á pesar de haber intervenido el rey de Francia Luis XI y muchos grandes señores de Castilla y Aragon.

La villa de Viana, que estaba tambien por el conde de Lerin, se habia disgustado de su mando, ya por que los Agramonteses esparcieron la voz de que era enemigo del Rey y ya por las escesivas pechas que exigia de los labradores. El mariscal D. Felipe formó el proyecto de ganarla; se puso de acuerdo con los vecinos y entró en el pueblo; mas no pudiendo tomar el castillo, defendido por los Beaumonteses, ni mantenerse en la villa, quiso entregarla á los castellanos. Para esto se vió con D. Juan de Ribera, gobernador de aquellas fronteras por el rey D. Fernando, y puso en sus manos el pueblo, que inmediatamente fué ocupado por una buena guarnicion castellana.

Irritado el conde de Lerin, reunió sus gentes y marchó sobre Viana, que no solamente recobró del poder de los castellanos, sino que les quitó tambien á Larra-



ga, que desde los años pasados estaba en su dominio, En seguida consiguió lo mismo de Miranda de Arga, donde hizo ahogar en el rio á los gefes de la guarnicion castellana; y no hubiera parado, si las fuerzas se lo permitieran, hasta apoderarse de Los Arcos, Laguardia, San Vicente y cuanto los castellanos poseian en Navarra.

En este tiempo el rey de Castilla pasó á Zaragoza. El poder colosal de Fernando el Católico debía decidir de la suerte de Navarra. Sus reyes habian venido á quedar en la absoluta dependencia de su amistad; y la princesa D.^a Magdalena, debía buscar en ella la proteccion que necesitaba, para la paz del reino y la seguridad de la corona en la cabeza de su hijo.

Pasó personalmente á verle y consiguió que se tentasen algunos medios. Uno de ellos fué el casamiento del mariscal D. Felipe con una hija del conde de Lerin y llegó á concertarse, acordando treguas al mismo tiempo para los tratados, que tambien se verificaron en Aoiz (1), entre la Princesa y el conde de Lerin. Un artículo de estos tratados decía que los officios ó empleos deberian repartirse á medias entre los Beaumonteses y Agramonteses (2). Pero una mano oculta lo des-

(1) El privilegio concedido por la princesa D.^a Magdalena á la villa de Aoiz, en el año 1479, dice, que en ella se firmó la paz y recibió la obediencia de todos los vasallos de su hijo, despues de 30 años de guerra.

(2) Efectivamente, así se verificó, hasta el año 1628, en que se estableció por ley, que todos los destinos se diesen indistintamen-

barataba todo: el rey Fernando, que tenía en la suya la paz y la guerra, ostentaba en público buenos deseos, al paso que sus capitanes obraban en sentido contrario, caminando ahora de acuerdo con la faccion Agramontesa, antes enemiga del rey Católico. Algunos de este partido, lograron, con su zizaña, no solo retraer al Mariscal del concertado matrimonio, sino que se esplicase con injurias contra el Conde.

Este juró vengarse, y bien pronto se le presentó la ocasion. Supo que el Mariscal pasaba de Sangüesa á Villafranca, para verse con D. Juan de Ribera y otros capitanes de Castilla, y le salió al encuentro con gente armada, cerca de Melida y del monasterio de la Oliva. El Mariscal, que tenía poca compañía, apretó las espuelas al caballo; pero cayó en lo mejor de la carrera seguido de su contrario: entonces viéndose perdido dió de puñaladas al animal diciéndole: *no matarás á otro*, y volviéndose al Conde que ya le tenía sobre sí le dijo sin turbarse *Ah Señor primo á Dios*; y el Conde le respondió *Y á vos y á Viana mal caballero* y le traspasó con su lanza. Murieron tambien la mayor parte de los que le acompañaban; y así acabó D. Felipe de Navarra, tercer mariscal de esta casa, á quien sucedió su hermano D. Pedro.

1480.

te á los Beaumonteses y Agramonteses, cesando la distincion de las dos parcialidades. Los canonicatos, las judicaturas y hasta los sindicos, ó consultores del reino, eran uno de cada bando, Agramontés y Beaumontés.



Furiosos los Agramonteses con la muerte de su caudillo, y con el recuerdo de la de su padre el mariscal D. Pedro, se disponian á la venganza; pero les faltaba un gefe que los dirigiera: el nuevo mariscal D. Pedro era muy jóven, y el condestable Mosen Pierres demasiado viejo (1)

1481. Por otra parte el Consejo de la princesa D.^a Magdalena, que se había retirado á Pau con el infante cardenal, determinó que el mismo infante y su hermano D. Jaime viniesen á Navarra á tratar de la pacificacion de los bandos. Llegaron en efecto, con poderes amplios del Rey, y fueron bien recibidos; mas nada consiguieron á pesar de que se juntaron cortes en Tafalla con este objeto.

Viendo los Infantes el mal estado de las cosas, se dirigieron otra vez al rey D. Fernando que se hallaba en Zaragoza. Este monarca les aconsejó, que volviesen á Navarra con personas de autoridad, de su corte, que les dió para que les acompañasen y persuadiesen á los sediciosos.

Renováronse las cortes en Tafalla, espusieron en ellas los Infantes los males que affligian al reino y propusieron el remedio en la pronta venida del Rey á ser

(1) El continuador de Moret, duda si había muerto ya Mosen Pierres; pero en los manuscritos de D. Juan Antonio Fernandez mi paisano, de quien se hace honorífica mencion en el prólogo del diccionario geográfico histórico de la academia española, he visto una nota, de su puño, que dice que aquel caballero murió en su palacio de Marcilla donde testó en el año 1488.

jurado. Las cortes contestaron, que si su Alteza (1) no había tenido libre entrada en el reino, no era culpa de todos, sino de algunos pocos que lo alborataban; y que si el Rey se presentaba no faltarian á cosa alguna de las que debian hacer los buenos vasallos. Comunicaron esta respuesta de las cortes al rey Fernando y fué de parecer que el de Navarra viniese cuanto antes á Pamplona; pero armado para hacerse respetar.

1482. Hecho esto volvieron los infantes á Pau, y consultado con la Princesa se dispuso la venida del Rey, que partió para Navarra acompañado de su madre, de los dos Infantes y de mucha nobleza de Francia, y escoltado de mil y quinientos caballos y mayor número de infantería. Al mismo tiempo se arrimaron á la frontera de Castilla muchas tropas de orden de su Rey.

El de Navarra fué bien recibido y el conde de Lerin entregó á Pamplona, donde debía verificarse la coronacion con arreglo al fuero, como en efecto se hizo con toda formalidad en seis de noviembre de mil cuatrocientos ochenta y dos. Hubo fiestas y torneos, con tan grande y general regocijo que nadie pensaria que hubiese la menor division entre los ánimos de los navarros.

Despues de la coronacion visitó el Rey los principales pueblos del reino, á fin de examinar por si mis-

(1) Era el tratamiento de los reyes y algunas veces el de Señoría. El de Magestad había comenzado tambien á introducirse por este tiempo, y en Francia el primero que lo recibió fué Luis XI.



mo los males y aplicar los remedios. Mandó entre otras cosas, con consejo de la Princesa y del Cardenal, que nadie, pena de la vida, apellidase bando de Agramontes ni Beaumontes. Restituyó al conde de Lerin en el supremo cargo de condestable, de que estaba desposeída su casa había mas de treinta años, y le hizo merced de la villa de Larraga y de los demas pueblos que el Conde había recuperado de los castellanos, menos Viana que reservó como patrimonio de los príncipes herederos; pero le dió su castillo en tenencia perpetua. La misma liberalidad observó con otros caballeros, pueblos y personas; de manera que se atrajo el amor de todos, con las mas lisongeras esperanzas de un feliz reinado.

Tenía el Rey la edad de quince años, y á Fernando el Católico le ocurrió casarle con su segunda hija la infanta D.^a Juana, que despues lo hizo con el archiduque D. Felipe y fué madre del emperador Carlos V. La princesa D.^a Magdalena, dominada y sujerida de su hermano el rey Luis XI de Francia, enemigo irreconciliable de Castilla, no solo reusó este matrimonio sino que, temiendo los amaños de Fernando, sacó al hijo de Navarra contra su voluntad y la de sus vasallos y lo llevó á Bearne. El proyecto del de Francia era casarle con la princesa D.^a Juana la *Beltraneja* hija de D. Enrique IV y competidora de D.^a Isabel al trono de Castilla: tenía muchísima mas edad que el Rey y era monja profesa en el convento de Santa Clara de

Coimbra, dónde se habia metido por desengaño, ó por despecho, al ver su causa perdida y sin haberse verificado el matrimonio con el rey de Portugal con quien se había desposado.

Dicen que antes de marchar el Rey habian conseguido los enemigos del conde de Lerin infundirle tales sospechas contra él, que una noche, hablando con el Cardenal su tio, á puerta cerrada, le dijo que era necesario, para la tranquilidad del reino, matar al Conde; por que sabía de cierto que en volviéndose el Rey á Bearne se habia de alzar con Pamplona y otros lugares. El Cardenal, que era amigo del Conde, trató de disuadirle de esta idea; pero el Rey constante en ella hizo llamar á un caballero de la casa de Ayanz y le dijo: *á mi me conviene que muera el Condestable: es menester que vos le mateis en Roncesvalles cuando vaya acompañándome á Bearne, que yo os daré seguridad; y si allí no hubiese sazon será en Bearne, á donde le llevaré conmigo.* Respondió el caballero Ayanz: *Señor, cosa fuerte me manda vuestra Alteza; pero si tal conviene á su servicio, hacerse há.*

El Cardenal avisó secretamente al Condestable del peligro que corria si iba hasta Bearne. Dispuesta la marcha llegaron á Aoiz, tomando este camino por la particular inclinacion que el Rey tenía á ese pueblo, donde hicieron dos noches. Al dia siguiente montó el Condestable en un caballo muy brioso, y estando fuera de la villa le manejó de manera que, dando una



carrera, cayó sin daño alguno, y fingiendo que se le había desconcertado una costilla se volvió á Aoiz para curarse. Al punto que supo que el Rey había repasado los montes pasó á Pamplona y se apoderó de las torres fuertes de San Cerní, San Nicolas y San Lorenzo.

1483. Llegó el Rey á Pau, bien ageno de estos cuidados y del suceso que le esperaba. Era buen músico y tocaba con primor varios instrumentos. Poco tiempo despues, un día acabando de comer, tomó una flauta para divertirse y apenas la hubo llegado á la boca cuando se sintió mortalmente herido de un veneno tan violento, que le acabó dentro de dos horas. Las sospechas de este crimen se repartieron entre el Rey Católico y el conde de Lerin: acerca del primero por el interes que tenía en evitar el casamiento proyectado por el rey de Francia, y del segundo por la venganza con motivo del caso referido. Fué enterrado en la catedral de Lescar en Francia.

Doña Catalina.

1483. Sucedió en el reino la princesa D.^a Catalina, única hermana del Rey difunto, de edad al tiempo de trece años; por lo cual prosiguió en la tutela, y el gobierno, la princesa D.^a Magdalena su madre. La primera disposicion que dió, fué la venida á Navarra de los infantes el Cardenal y D. Jaime, para juntar cortes y hacer el juramento á la nueva reina. Se veri-

ficó todo sin la menor dificultad; pero el Cardenal, de acuerdo con el partido Beaumontes, había concebido el proyecto de casar á D.^a Catalina con el príncipe D. Juan primogénito de Castilla. Y como esto no fuese del gusto de D.^a Magdalena le retiró del gobierno, dejando al infante D. Jaime que no pensaba como su hermano.

El Condestable habia entablado sus relaciones, y estaba conforme con el rey de Castilla, acerca del mismo matrimonio. Y aunque el infante D. Jaime lo sabía todo, y conocia cuan peligroso enemigo era el Condestable, carecia de los medios necesarios para remediar el mal. Al mismo tiempo el rey Fernando enviaba tropas castellanas á la frontera de Navarra para apoderarse de las plazas, anticipándose á prevenir los proyectos hostiles con que el de Francia pudiera contrariar sus intenciones.

A estas inquietudes se agregaba que el infante D. Juan de Fox, Señor de Narbona, tío mayor de D.^a Catalina como hijo de su abuela D.^a Leonor, salió á la pretension del reino por la decantada ley Sálica de Francia; y aunque esta solicitud no encontró apoyo en los reyes de Francia y de Castilla, á quienes recurrió D. Juan, sin embargo era un enemigo mas para Navarra cuando necesitaba de amigos que la consolasen.

Tentó el rey Fernando los medios ordinarios para el casamiento proyectado: envió sus embajadores á



Pau, y se hicieron presentes á la princesa D.^a Magdalena las razones de conveniencia que había en la union de Navarra con Castilla; y aunque la Princesa manifestó su convencimiento, estaba tan supeditada, y tenía tanto miedo al rey de Francia, que la era imposible dar un paso sin consultarlo con él. Así lo hizo, y el resultado fué como el que debía esperarse de un enemigo de Castilla.

El rey Luis se opuso al matrimonio llenando de temores á su hermana: D.^a Magdalena debía temer tambien al castellano: ambos monarcas eran poderosos y ambos tenían á su disposicion, á una y otra parte de los Pirineos, los estados de la reina pupila; y tal era la fatalidad de la Princesa que no podía complacer al uno sin disgustar al otro.

La reina D.^a Isabel de Castilla vino en persona á Victoria para procurar el casamiento y envió una embajada sobre ello á D.^a Magdalena; cuya contestacion se redujo á decir, que aunque deseaba que se efectuase el matrimonio no podía resolverse por la desigualdad grande de la edad de la Reina su hija, que ya tenía trece años, y el príncipe D. Juan aun estaba en la cuna; y que de esperar tanto tiempo podian seguirse graves inconvenientes, y mayores todavia en los estados de Fox y de Bearne que ya estaban amenazados del infante D. Juan señor de Narbona.

No tardó mucho en morir el rey Luis XI de Francia. Rodeado de reliquias para prolongar la vida, prodi-

gando dones á los santuarios y lugares pios y solicitando la proteccion de San Francisco de Paula, á quien de propósito hizo venir desde Calabria á su lecho, para ahuyentar la muerte, que le llenaba de espanto, acabó Luis sus dias y pagó el tributo comun á la naturaleza.

Con la exaltacion de su hijo Carlos VIII al trono, á la edad de trece años, nada mejoraron las cosas de Navarra. El gobierno frances siguió, en el negocio del casamiento de la reina D.^a Catalina, los pasos de Luis XI, y la princesa D.^a Magdalena siguió tambien, por inclinacion y por debilidad, el camino que la trazaba la Francia. 1484.

En unas cortes, celebradas por los Beaumonteses, se quejaban los navarros á la Princesa de que no venía con la Reina á vivir en el reino: de la remocion del Cardenal en el vireinato; y de que no solamente se dilataba el casamiento de D.^a Catalina, con el príncipe de Castilla, sino que se trataba de hacerlo con persona desigual. Y concluian diciendo que hasta que todo se remediase no recibirian á la Reina ni á la Princesa, ni obedecerian á nadie sino al Cardenal. Pero estas intimaciones no podian nada contra el influjo de la Francia.

Luego que la reina D.^a Isabel de Castilla conoció el mal estado de la negociacion aumentó la gente de guerra en sus fronteras, é introdujo en Navarra algunas tropas, con el pretexto de resistir á los franceses en caso necesario. Al mismo tiempo procuró atraer á su devo-



cion á varios caballeros, y algunos pueblos de Navarra, que miraban como ventajosa la union con Castilla y la deseaban. El castillo de Tudela estaba por los castellanos quienes aumentaron su guarnicion; y lo mismo hicieron en otros pueblos de su dominio en Navarra. D. Juan de Ribera, general de Castilla, había tomado á Viana y otras fortalezas del reino; y el conde de Lerin abandonando sus nobles pensamientos, de la independencia de su patria, se había entregado enteramente al influjo de Castilla. Esto produjo [un cambio admirable en la situacion de los dos partidos Beaumontes y Agramontes: el último vino á ser luego el defensor de la legitimidad como antes lo había sido el primero.

El rey Católico llegó á Tarazona para dar impulso á lo que la Reina había comenzado; y la ciudad de Tudela le envió una embajada manifestándole, que sus deseos eran la conclusion del matrimonio entre el príncipe D. Juan y la reina D.^a Catalina, y que así lo tenía significado á la Princesa su madre, quien aunque al principio dijo que le placia, se entendió después que tenía otras miras. Que la ciudad había entendido también que el rey D. Fernando estaba determinado á seguir con todo su poder en la recuperacion de cualquiera derecho que tuviese al reino de Navarra: que esto podia perjudicar mucho á la ciudad, como la mas espuesta á los primeros golpes de la guerra: que en el caso de que se tratara de otro ma-

trimonio que no fuese con el Príncipe, sin consentimiento de las cortes, suplicaba la ciudad al rey D. Fernando, que entretanto que no viniese la respuesta positiva de la Princesa, sobre este punto, no se hiciese daño alguno á la ciudad por la gente de guerra; pues le ofrecia que en todo evento ella, usando de su derecho, elegiria por marido de la Reina al príncipe D. Juan y le daría la obediencia, precediendo el juramento de la observancia de los fueros. Añadieron los embajadores de la ciudad, que llegado el caso del matrimonio deseado, se uniria con los pueblos que la siguiesen al reino de Aragon; pero que de allí adelante habia de proponer la ciudad tres sugetos al rey para la tenencia de su castillo. El rey Católico contestó dando gracias á Tudela por su buena voluntad y ofreciéndola mantener sus privilegios, aun mas exactamente que lo habia hecho ninguno de los reyes de Navarra hasta entonces. Y todo esto se pactó y juró por una y otra parte con aprobacion de Mosen Pierres de Peralta antiguo caudillo de los Agramonteses (1)

La reina D.^a Catalina se vió luego envuelta en dos guerras: la que la hacia el infante D. Juan señor de Narbona en los estados de Fox y Bearne, á que habia limitado ya sus preteusiones, y la del conde de Lerin

(1) Queda dicho que Pierres era muy viejo. Aleson no quiere que se hallase en este tratado suponiendo, que habia muerto ó estaba ausente. En la nota de la pag 346 dejamos espuestas nuestras razones para considerarle vivo.



y los castellanos en Navarra. El Conde intentaba ocupar las montañas para impedir los socorros de Francia, y el infante virey D. Jaime reunió mucha gente en Isaba para oponerse á sus intentos. Pero una embajada que la reina D.^a Catalina envió al rey D. Fernando su tío, pudo suspender entonces el nublado que amenazaba por la parte de Navarra.

1485. Por la de Francia la guerra con el infante D. Juan seguía con el mayor encarnizamiento y con fortuna varia; ni la reina D.^a Catalina podía esperar auxilio alguno de Francia ocupada en las discordias civiles que la agitaban por las pretensiones de los duques de Orleans y de Borbon al gobierno del reino en la menor edad de Carlos VIII.

1486. En estas circunstancias la princesa D.^a Magdalena se apresuró á casar á la Reina su hija, para poner el cetro en manos de un hombre que le manejase con la firmeza necesaria y eligió á D. Juan de Albret ó Labrit, hijo y heredero de Aman de Labrit, señor el mas poderoso de la Guiena confinante con Navarra, y que tambien poseia otros muchos estados en lo interior de Francia. Este matrimonio se verificó en la catedral de Lescar.

*D. Juan III, y Doña Catalina, últimos reyes
de la dinastía de Navarra.*

1486. Procuraron luego los reyes D. Juan y D.^a Catalina

atraer á su obediencia al conde de Lerin, á la ciudad de Pamplona y á los Beaumonteses, y lo consiguieron, por el momento, en fuerza de mercedes y de prodigalidades; pero incurrieron al mismo tiempo en el inconveniente de desagradar á los Agramonteses. Enviaron por virey desde Pau, donde entonces se hallaban los Reyes, al señor de Labrit su padre, que se habia desgraciado con el rey de Francia en las últimas disensiones civiles, envolviendo en esta enemistad á los reyes de Navarra, y por lugarteniente, en sus ausencias, al señor de Abenes hermano del de Labrit.

El nuevo Virey pudo con su política, su justicia y su templanza mantener en su tiempo la paz en el reino. Entabló relaciones de amistad con Castilla por medio de D. Juan de Ribera, capitán general en la frontera por el rey Fernando; y despues de varias conferencias pasaron ambos á Valencia, donde á la sazón estaban los reyes Católicos. Manifestóles el señor de Labrit que se hallaba injustamente despojado de sus tierras por el rey de Francia, á causa de haber favorecido á su hijo D. Juan, rey de Navarra, contra el señor de Narbona que le queria despojar de sus estados de Fox y de Bearne, apoyado del frances; y tambien por haberse puesto de parte del duque de Bretaña, marido de la infanta de Navarra D.^a Margarita, en las últimas turbulencias ocurridas en Francia. Y que pues tenía la dicha de hallarse en los dominios de sus Magestades les suplicaba le recibiesen en su amparo; así

1487.

1488.



como al rey de Navarra su hijo, al duque de Bretaña, al de Orleans y á los demas señores de la liga, de los cuales traia órden para implorar su auxilio, ofreciendo en cambio ayudar á los reyes de Castilla á recuperar el condado de Rosellon.

El rey Católico aceptó las proposiciones del señor de Labrit: mandó que D. Juan de Ribera restituyese á Navarra la villa de Viana y lo demas que había tomado desde la muerte del rey Febo, y dispuso que se aparejase una buena armada para pasar á Bretaña en favor de aquel duque y de los señores coligados contra el rey de Francia. El mismo señor de Labrit se embarcó con la gente castellana en San Sebastian, dejando por gobernador en Navarra á su hermano el señor de Abenes.

La espedicion llegó á Bretaña; pero las armas francesas triunfaron, quedando prisioneros el duque de Orleans y el príncipe de Orange, quienes y los demas señores de la liga vinieron al fin á reconciliarse con el rey de Francia; así como el de Labrit, que cuatro años mas adelante, con encargo del de Castilla, trabajó en aquella corte para la restitution de los condados del Rosellon y de Cerdaña y se verificó perdonando Carlos VIII á Fernando los trescientos mil escudos recibidos, por el padre de este de Luis XI, en empeño. Esta restitution se hizo, segun dicen los escritores franceses, bajo el pacto de que el castellano no ayudase á sus primos, los reyes de Nápoles y Sicilia, con-

tra quienes el frances disponia la guerra, que emprendió despues; y se quejan de que luego que el rey Católico se vió en la posesion del Rosellon, y la Cerdaña, hizo todo lo contrario, y no con el fin de ayudar á sus primos, sino de conquistar para sí aquellos reinos, como á la larga vino á suceder.

Durante la ausencia del señor de Labrit, el conde de Lerin, siempre inquieto y suspicaz, no cesó de acrecentar su poder ocupando varios pueblos. La ciudad de Pamplona estaba absolutamente entregada á su voluntad y mandaba en ella como príncipe soberano. Y entonces fué cuando los reyes D. Juan y D.^a Catalina se decidieron á venir á coronarse y regir por sí mismos la monarquía, por que las cortes reunidas en Oñate les enviaron un mensaje diciéndoles, que su ausencia era la causa de todos los males del reino: quejábanse de que el Condestable y la ciudad de Pamplona no habian querido acudir al congreso, y manifestaban que este habia acordado un donativo de ochenta mil libras y diez mil para el gasto del gobernador; pero con la condicion de que los Reyes viniesen por todo el mes de agosto y que de lo contrario fuese nulo el donativo.

Sin embargo, su venida se retardó cuatro meses mas, por que tenían que allanar la dificultad de la guerra que les hacía en Fox su tio el infante D. Juan. El Señor de Labrit, que debia acompañar al rey de Francia á la guerra de Nápoles, se encargó de este nego-



cio y con la mediacion del mismo Rey se ajustó la paz, quedando las villas de Sabardun, Masieres, Montaut y Gibel para el Infante, y todo lo demas de Fox y Bearne para la reina D.^a Catalina.

1493. Hecho esto salieron los reyes acompañados de la princesa D.^a Magdalena, y de mucha nobleza de Bearne con buenas tropas, y llegaron en veinte y uno de diciembre del año mil cuatrocientos noventa y tres á las puertas de Pamplona, que hallaron cerradas por orden del conde de Lerin. No insistieron los reyes en que se les abriese, y fueron á alojarse al lugar de Egües, donde pasaron las pascuas y hasta principio del año inmediato.

1494. En este intermedio se allanaron las dificultades para la entrada de los reyes en Pamplona y la ciudad les abrió las puertas, aunque á disgusto del conde de Lerin. Inmediatamente se verificó la coronacion con las formalidades acostumbradas y con mayor obstentacion y concurrencia de gentes que nunca. Siguiéronse grandes fiestas y regocijos, y no faltaron representaciones teatrales, donde la sátira de los partidos se ejercitaba en daño de la paz. En una de estas piezas se cantaron los siguientes versos en bascuence.

| | |
|----------------------------|--------------------------|
| <i>Labrit, etá Erregué</i> | Labrit padre y Rey hijo, |
| <i>Aitá, Semé diráde,</i> | Si quereis acertarlo, |
| <i>Condestable Jauna</i> | Al Señor Condestable |
| <i>Arbizate Anáie.</i> | Tomadle por hermano. |

El conde de Lerin fué quien menos contento mani-

festó en los regocijos públicos. Retirose de ellos á su condado, decidido á renovar la guerra con mas empeño que nunca (1), y dió principio á sus preparativos en que ocupó algunos meses.

Ya en diez de setiembre el Conde se había apoderado de la iglesia de San Pedro de Viana (2) y los reyes D. Juan y D.^a Catalina escribian con este motivo á la ciudad de Tudela para que redoblase su vigilancia. Los castillos de Tiebas, Sangüesa y otros, estaban tambien en poder del Conde. Y entretanto que las gentes del Rey sitiaban el primero, y lo batian con artillería, los roncaleses se encargaban de la recuperacion del segundo.

Al mismo tiempo la ciudad de Tudela enviaba gente, con orden del Rey, á Caparroso á reunirse con el señor de Lautrec su primo para pasar al socorro de los que estaban fortificados en la iglesia de Santa Cara contra el castillo poseido por el Conde. Los vecinos de Tudela cayeron prisioneros y el Conde los hizo encerrar en Mendabia en un oscuro subteraneo que llamaban la *Ciega*, para obligarles en fuerza de padecimientos á rescatarse por dinero, segun costumbre. D. Martin Miguel, clérigo de aquel pueblo, escribia una

(1) Aleson nada dice de esta guerra del año 1494, suponiendo al Conde, sino en paz con los Reyes, á lo menos en inaccion; pero yo he visto varios documentos del archivo de Tudela que no admiten duda.

(2) Las iglesias, comunmente estaban fortificadas.



carta á la ciudad de Tudela haciéndole relación del miserable estado de sus vecinos, que dá bien á entender la inhumanidad, la dureza y la feroz avaricia de los guerreros de aquel tiempo: concluía diciendo *que sino los rescataba antes de ocho dias, enviase un asno cargado de mortajas para enterrarlos en forma de cristianos* (1); y añadía, que el Condestable no quería que se rescatasen en particular, sino todos juntos.

La mediacion de los reyes de Castilla produjo una tregua de veinte dias entre los de Navarra y el Conde y tras ella la paz. Siguióse á esto la muerte de la princesa D.^a Magdalena ocurrida en Pamplona.

1495.
1496. Pero la paz se quebrantó luego. El rey D. Juan viéndose en la necesidad de pedir subsidios, intentó atender á ella con ciertas imposiciones al uso de Francia. Opúsose el Condestable, irritose el Rey trayendo á la memoria las cosas pasadas; y la guerra se encendió de nuevo y con mas violencia.

El Rey tomó varios pueblos al Condestable y este hizo otro tanto por su parte. Las fuerzas del primero eran muy superiores y el Condestable iba á ser abismado, sin remedio, cuando el rey de Castilla su cuñado, que lo acechaba todo, se interpuso entre los dos para prolongar la lucha.

(1) Tal era la desnudez en que yacian en la prision. Los guerreros mas moderados dejaban á sus prisioneros la camisa; pero en todos, la costumbre de pagar rescates, hacia que la crueldad cediese á la avaricia en las batallas.

Con esta intervencion se acordaron unas treguas y que durante ellas las tierras pertenecientes al Condestable, quedasen en tercería en poder del rey mediador, obligándose los de Navarra á que no darian entrada á los franceses por su reino. Para seguridad de esto pusieron en poder del castellano á la infanta D.^a Magdalena su hija mayor, aunque con el pretesto de educarse en la corte de sus tios. Tambien se entregó al rey Fernando, en rehenes, la ciudad de Sangüesa por tiempo de cinco años.

En recompensa de lo que el Condestable dejaba en Navarra, en tercería del rey de Castilla, le dió este rentas equivalentes en el reino de Granada y el marquesado de Huescar.

De esta manera el Condestable quedó al servicio de Castilla, su monarca satisfecho y Navarra comenzó á disfrutar de alguna calma en su lánguida existencia.

Dedicose entonces el Rey, con mas libertad, al gobierno interior del estado; pero el trastorno general era por desgracia mas poderoso que los medios de que el caracter naturalmente apacible del Rey podia disponer para este objeto. La licencia de los tiempos pasados había creado una multitud de facinerosos, con el nombre de partidarios, y era necesario castigar á todos indistintamente. Sin embargo se observó que la vara de la justicia se torcía al menor impulso, por que, con estraña novedad, el Rey vino á ser fautor de los Beaumonteses y la Reina de los Agramonteses, debi-



litándose así la energía del gobierno contra los desórdenes de todos. Los judíos, que acaso no pertenecian á ningun partido, fueron luego particularmente el objeto de sus providencias; y á imitacion de lo practicado en Castilla, seis años antes, se mandó que saliesen del reino los que no quisiesen convertirse. Eran aborrecidos de todos por su religion, por sus usuras y por sus riquezas (1).

1499. La muerte del rey Carlos VIII de Francia obligó á los de Navarra á pasar á sus estados de aquel reino, para estar á la mira de las alteraciones que solian ocurrir en semejantes casos. Desde Pau atendian al gobierno de la monarquía; y ahora consiguieron amistosamente del rey de Castilla que les restituyese las tierras de Navarra que estaban en su poder. Entre ellas se comprendian San Vicénte y Bernedo y los castillos de Toro, y Herrera, y otros lugares de la Sonsierra (1).

Pretendian tambien que se les entregase el infantazgo de Castilla, el ducado de Peñafiel, señorío de Lara y otros muchos pueblos de Castilla y Aragon, á que

(1) No dice la historia cuantos judíos salieron de Navarra; ni tengo mas que un dato, y este bastante debil, para poder conjeturar los que se convirtieron. En Tudela el número de estos ascendia á 180 familias en el año 1510, sin contar los muertos desde el año de la espulsion; y esto indica que la mayor parte de los judíos prefirieron convertirse á la espatriacion.

(1) El P. Aleson incluye tambien á Los Arcos; pero este pueblo, ni los de su partido, no salieron del poder de Castilla hasta el año 1753, como tengo dicho en la nota de la pagina 312.

alegaban derecho por el contrato matrimonial del rey D. Juan II y de la reina D.^a Blanca sus bisabuelos; y ademas la restitucion del dote de cuatrocientos veinte mil ciento y doce florines de Aragon que el rey D. Juan había recibido cuando casó con ella. A este fin enviaron por embajadores á Castilla á dos religiosos de San Francisco; pero solamente sirvió para despertar mas á quien no dormía. Al rey D. Fernando le ocurrió entonces hacerse propietario en Navarra de los pueblos del conde de Lerin y le propuso un cambio dándole tres veces mas valor en Castilla. El Conde no consintió en esto, y los reyes de Navarra, luego que lo supieron, entraron en gran cuidado con el proyecto del castellano: volvieron á Pamplona, y alli determinó el Rey pasar personalmente á la corte de Castilla, para desvanecer una negociacion que podia meterles en casa un vecino que era tan peligroso aun estando lejos.

Partió el rey D. Juan quedando la Reina en el gobierno del reino y llegó á Sevilla, donde á la sazón estaban los reyes Católicos. En las primeras conferencias repitieron estos monarcas la manifestacion de sus deseos de que los pueblos del Condestable, en Navarra, quedasen para Castilla, cediendo D. Juan y D.^a Catalina los derechos de soberanía por una crecida suma de dinero. Y aunque esto era precisamente lo que el rey D. Juan deseaba evitar, quiso sin embargo explorar la opinion del Condestable, á quien, olvidando por en-

1500.

tonces sus enojos, le consultó, y la respuesta fué *que no debía trocar almenas por plata*; indicando en ello que todavía conservaba algun interes por la integridad de su patria.

El rey de Navarra procedió con el de Castilla segun el consejo del conde de Lerin y cesaron las negociaciones sin adelantar mas que una ratificacion de su amistad; pero el Condestable se reconcilio con el Rey, que le admitió en su gracia perdonándole todo lo pasado. D. Juan volvió á Navarra y poco despues le siguió el Conde á quien para asegurarle mas en su confianza le regaló algunos caballos.

1501. Desde este tiempo, desarmadas las facciones, los reyes D. Juan y D.^a Catalina comenzaron á ser verdaderos soberanos. Dedicáronse, entre otras cosas, á la reforma del patrimonio real y de las contribuciones, arreglando la desigualdad que se observaba en la que se llamaba *cuarteles* (1); y juntaron muchas vezes las cortes con este objeto.

Tenía el Rey aficion particular á las obras de literatura y reunió una biblioteca bastante numerosa. Gustaba tambien de ocuparse en las genealogías de las casas nobles. Conversaba con la mayor familiaridad con

(1) Contribucion anual, que solian conceder las cortes al rey sobre los bienes raices, segun la tasacion de su valor. Pagábase en cuatro plazos de tres en tres meses, y cada plazo se llamaba un *cuarter* *cuartel* ó cuarta parte; y de aquí vino el nombre de *cuarteles*.

sus vasallos: concurría á los festines del pueblo, donde bailaba con las damas, y á vezes en las calles al uso del pais; y tampoco tenía reparo en comer y cenar en casas particulares de mediana esfera, convidándose él mismo con una franqueza singular.

Nació por este tiempo el príncipe de Viana D. Enrique, tres dias despues de la muerte de su hermano D. Andres Febo. Ya antes habia muerto tambien el príncipe D. Juan, que fué el primero de los hijos. El nacimiento de D. Enrique sucedió en Sangüesa, donde se bautizó al tercer día, siendo sus padrinos dos desconocidos que pasaban peregrinando á Santiago de Galicia y los Reyes los eligieron por devocion. 1502.

La guerra, suscitada entre Francia y Castilla, sobre el reino de Nápoles, despues que el castellano se posesionó del Rosellon y de Cerdaña, pudo comprometer á Navarra por una circunstancia particular. El rey Luis XII destinó para mandar un ejército, que enviaba por la Guiena para Guipuzcoa, á Aman de Labrit padre del rey D. Juan, que antes habia ido á Italia. Pero este general estaba en relaciones secretas con el rey de Castilla, de quien era mas amigo que del frances su competidor y mas afortunado, como se verá á su tiempo, en la pretension de la mano de Ana de Bretaña, hija mayor del duque Francisco y de Margarita, hija de la reina D.^a Leonor de Navarra. El ejército frances se disipó sin haber llegado el caso de obrar, y el señor de Labrit se disculpó diciendo que 1503.

aguardaba socorros del rey de Navarra su hijo, cuando este corría en toda paz con el de Castilla.

Sin embargo los reyes de Navarra vivían con el mayor cuidado, observando los acontecimientos de una guerra que podía atraerles la enemistad del francés ó del castellano á cual mas peligrosa; por que el inmenso poder de uno y otro no reconocía mas obstáculos que su recíproca rivalidad (1). Estos cuidados, y el estado de las relaciones de Navarra con aquellos dos monarcas, se espresan bastante bien en el manifiesto hecho por los reyes D. Juan y D.^a Catalina á las cortes de Pamplona en veinte y siete de noviembre de mil quinientos y tres. « Considerando (decían) que las « cosas de nuestro Estado, de tan grande diferencia,

(1) Carlos VII de Francia, había echado á los ingleses de la Guiena. La feliz, aunque negra política de Luis XI su hijo, había conseguido reunir á esa monarquía, en el año 1477, la Borgoña con la trágica muerte del duque Carlos el Temerario, su enemigo mas terrible, y último campeón del feudalismo entre los franceses. Fernando el Católico, é Isabel, habían arrojado de Granada en 1492 los restos del imperio de los moros en España; y no cabiendo ya su cetro en la Península, se extendía por el oceano y enlazaba un nuevo mundo á la cadena de su fortuna y de sus glorias. La Europa toda, se regeneraba formando grandes edificios sociales, mas fuertes y mejor organizados, sobre las ruinas del fatal feudalismo que la había tiranizado. El sistema de conquista se había hecho necesario á la política del siglo: no se conocía otra alternativa, que la de subyugar ó ser subyugado. Y la pequeña monarquía de Navarra, rodeada por todas partes de dos imperios poderosos, fluctuaba, como un pequeño bajel, batido por las olas de un mar tempestuoso, chocando sin cesar con dos grandes navíos que acechaban el momento de aprovecharse de sus despojos.

« como es la que de presente está trabada entre los
« reyes de Francia y de Castilla, podrían recibir al-
« gun inconveniente ó peligro, segunt la vecindat que
« este nuestro reino tiene con los suyos, y estamos
« puestos entremedios de dos tan grandes fuegos, co-
« mo quiera con ambas partes tengamos deudo tan
« allegado, alianzas, paz y asiento, é nuestra voluntad
« é gana todos tiempos ha seido y es de les goardar,
« conservarnos en aqueillo todos los dias de nuestra
« vida quanto á Nos fuese posible; mas por que no sa-
« bemos lo que dello se podría seguir será bien que
« en este medio, que Dios nuestro Señor apiadado de
« tanto danio infunda su gracia y envíe la paz que Nos
« deseamos entrellos, por tanto bien de la cristiandat,
« vosotros por vuestra parte mireis, entendaes y nos
« aconsejeis. » (1).

La muerte de la infanta D.^a Magdalena, hija mayor de los reyes de Navarra, ocurrida en Medina del Campo, donde estaba en poder de sus tíos los de Castilla, fué lo que vino á alterar ahora la tranquilidad que disfrutaban nuestros monarcas. Y poco despues, la armonía desconcertada con el Condestable, alteró tambien la paz en todo el reino. En razon á esto y teniendo que ausentarse los reyes á sus estados de Francia pidieron al de Castilla no diese favor al Condestable, en las cosas que contra ellos volvía á intentar, repi-

1504.

(1) Archivo del reino de Navarra: seccion de Córtes.



tiendo tambien la antigua pretension de que se les restituyese las villas y lugares desmembrados de Navarra en el principado de Viana y lo demas que en tierras y dinero se les debía por Castilla y Aragon. El rey D. Fernando concedió poco, dando bien á entender que pensaba en otra cosa.

Un grande cuidado ocurrió luego al rey de Castilla. Murió la reina D.^a Isabel, dejando por heredera del reino á la princesa D.^a Juana su hija mayor, casada con el archiduque de Austria D. Felipe, hijo del emperador Maximiliano; pues el príncipe D. Juan, á quien se había intentado casar con D.^a Catalina, murió tambien en el año mil cuatrocientos noventa y siete sin sucesion. La princesa D.^a Juana tenía privado el juicio, de resultas de cierto arrebató de zelos contra su marido, por causa de una doncella flamenca de extraordinaria hermosura, de quien la Princesa se vengó metiéndola en su retrete atada de pies y manos y desfigurándola el rostro y cuerpo con una nabaja. La reina D.^a Isabel queriendo evitar, al mismo tiempo, que los castellanos fuesen gobernados por una loca, ó mas bien pretestando esto por satisfacer á las instancias del rey Fernando, dispuso que este administrase los reinos de Castilla, en el caso de no sanar la Princesa, hasta que su hijo, nieto de D.^a Isabel D. Carlos de Austria, tuviese la edad de veinte años. Antes de hacer esta disposicion exigió juramento á su marido D. Fernando, de que no se casaria y así lo prometió.

No llevó á bien el archiduque D. Felipe el testamento de su suegra; pues que él tambien se consideraba capaz, y con mas derecho que su suegro, á ser tutor de su propia muger. Por esta razon y por que el Archiduque sabía que los castellanos, al punto que le viesen, le reconocerian por su rey, estaba disponiendo una gruesa armada en los puertos de Flandes. Y viendo el rey D. Fernando esta tempestad trató de disiparla, haciendo las pazes con el de Francia, en quien encontró buena disposicion por que comenzaba á temer el engrandecimiento del austriaco.

Hicieron la paz y alianza, tomando el rey D. Fernando por muger á D.^a Germana (1) de Fox sobrina de Luis XII, como hija del infante de Navarra, hijo de D.^a Leonor, D. Juan Vizconde de Narbona y de Madama María hermana de Luis XII. Ofreció el rey Fernando ceder á la Francia el reino de Nápoles, en caso de no tener hijos de D.^a Germana y tambien si él moria antes que su muger. El rey Luis, y esto es lo mas singular, prometió por su parte al de Castilla ayudarle á conquistar el reino de Navarra para dárselo á D. Gaston de Fox duque de Nemurs hermano de la novia.

El rey Católico consiguió luego ser declarado por gobernador de los reinos de Castilla en las cortes de Toro; y los de Navarra le enviaron embajadores, para renovar la buena amistad y las pretensiones sobre la

(1) Este matrimonio se llevó á efecto entrado ya el año 1506.



restitucion de las tierras de Castilla y Aragon. Ahora pedian tambien la conclusion del matrimonio del príncipe de Viana D. Enrique, con una de las hijas del archiduque D. Felipe, concertado en el año anterior (1), y la libertad del duque de Valentinois, cuñado del rey D. Juan, que estaba preso en el castillo de la Mota de Medina del Campo y de quien se hablará luego. El rey Católico respondió á lo de la restitucion con buenas palabras como otras veces. En cuanto al matrimonio convino en que se tratase de él; pero se negó absolutamente á la libertad del Duque.

1506. A poco tiempo el archiduque D. Felipe y la reina D.^a Juana vinieron á Castilla, decididos á hacer valer sus derechos con las armas y el rey Fernando se vió al fin obligado á dejar el gobierno en manos de su yerno y á retirarse á sus estados de Aragon, y en seguida á Nápoles.

Colocado el rey D. Felipe en el trono de Castilla,

(1) Aleson supone, que esta fué la primera vez que se trató de este matrimonio; pero ya en 23 de diciembre de 1503 los Reyes dieron poder á D. Fernando de Egües prior de Roncesvalles, al capitán Juan de Santpau, y al protonotario Martín de Jaureguizar, para que tratasen con los reyes de Castilla y arreglasen la capitulacion matrimonial del príncipe D. Enrique con la infanta D.^a Isabel, hija del archiduque D. Felipe y de D.^a Juana, y nieta de los reyes de Castilla. Y en el discurso ó manifiesto hecho por los de Navarra á las cortes de Pamplona en 1.^o de Agosto de 1504 decian, que siguiendo el parecer de las mismas cortes quedaba concertado el matrimonio. Lo que no sabemos es las causas que intervinieron para deshacerse lo tratado.

Navarra comenzó á respirar; por que ademas de haber hecho alianza entre ambos reinos, era D. Felipe franco y generoso, y su suegro Fernando reservado, político, suspicaz y emprendedor. Pero la muerte inopinada de D. Felipe y la vuelta del rey Católico al gobierno de Castilla, que se verificó un año despues, á pesar de la oposicion del emperador Maximiliano, hicieron desaparecer toda esperanza de paz para Navarra.

Cuando comenzaban de nuevo las hostilidades entre el rey D. Juan y el Condestable D. Luis de Beaumont llegó á este reino el célebre duque de Valentinois (1), bastardo del Papa Alejandro VI español de la casa de Borja. Luego que Alejandro arribó al pontificado quiso dar el capelo á Cesar Borja (que así se llamaba el duque), á pesar de su oposicion al estado eclesiástico. Pero encontraba la dificultad de ser hijo ilegítimo, y esto se arregló haciendo que le adoptase una honrada familia española de Roma confesando ser hijo suyo. Hízole primero obispo de Valencia y despues de Pamplona. Tenía Cesar una hermana muy hermosa llamada Lucrecia, casada con el duque de Viselo, hijo natural del rey de Nápoles: enamorose de ella y mató á su cuñado por que la guardaba. Tambien hizo matar

(1) Nos detendremos mas de lo que quisiéramos en la historia de este Duque, por que el caracter de los otros personajes, que intervienen en ella, interesa demasiado para que el lector conozca á fondo el teatro de la política de aquellos tiempos y los actores con quienes Navarra tenía que hacer su papel en la trágica escena de sus desgracias.



á su propio hermano, el duque de Gandia por que, naciendo antes que él, le había llevado la primogenitura.

Conociendo el Papa la aversion de Cesar al estado eclesiástico le secularizó, dejando entonces la púrpura con los obispados. En seguida le dió la comision de llevar al rey de Francia el repudio que, hacia mucho tiempo solicitaba, de la reina su muger, para que en cambio diese á Cesar por esposa la princesa de Nápoles, que se criaba en aquella corte.

Encargó el Papa á Cesar que guardase la sentencia del repudio con todo secreto hasta que el Rey accediese á su pretension. Este le llenó de beneficios por consideraciones á lo que esperaba de Alejandro y uno de ellos fué el ducado de Valentinois; pero repugnaba condescender á lo del matrimonio, al mismo tiempo que deseaba complacer al Papa; y tomó el partido de remitir á Cesar á la Princesa. Esta que conocía bien á su pretendiente le dirigió al rey de Nápoles D. Fadrique de Aragon su padre.

Fiábase mucho Cesar del obispo de Septa y le comunicó el secreto del repudio y dispensa para el nuevo casamiento del Rey: el Obispo lo reveló á este, añadiendo que la malicia del duque de Valentinois le impedía el casarse luego. El Rey obligó al Duque á entregar la dispensa, y Luis XII celebró sus bodas con la hermosa Ana de Bretaña viuda de Carlos VIII. El Duque se vengó del Obispo haciéndole dar veneno de

que murió; y ya no pensó mas en la princesa de Nápoles, por que no la apreciaba ó por que no esperaba conseguirla. Cuando felicitó á los reyes Cristianisimos, sobre su casamiento, les suplicó que le diesen una muger que no fuese tan melindrosa como la que había pretendido; y entonces le dieron á Carlota de Labrit, una de las diez hermanas del rey D. Juan de Navarra que se criaba con la reina de Francia.

Verificado este matrimonio, el duque de Valentinois fué encargado por el rey de Francia, y por el Papa, de pasar á Italia á la conquista de Milan y de Nápoles para el primero, y de los estados enagenados de la Santa Sede para el segundo; y en esta guerra hizo el Duque cosas heroicas y llenó de espanto á la Italia; pero llegó á faltarle el dinero y era necesario buscarle de cualquier manera.

En aquel tiempo los papas heredaban á los cardenales: Adrian Corneto, uno de ellos, y otros dos ó tres eran reputados por muy ricos. Resolvió pues darles veneno. A este efecto fueron convidados á una casa de campo del mismo cardenal Corneto. El Duque tuvo cuidado de echar el tosigo á uno de los frascos de vino, instruyendo al sumiller para que diese de beber de aquel á los cuatro cardenales; el sumiller lo equivocó y emponzoñó al Papa y al Duque: el veneno hizo luego su efecto y el Papa, que no bebía el vino tan aguado, murió luego. El Duque se hizo meter en el vientre de una mula y salvó su vida, aun-



que á costa de una larga y dolorosa enfermedad.

El nuevo papa Pio III aborrecia al duque de Valentinois: no lo ignoraba Cesar y enfermo, como estaba, se hizo sacar de Roma en unas andas y que le llevasen á la Romaña, que habia conquistado de los Ursinos (1), y donde tenia sus tropas. Los Ursinos, que le esperaban cerca de Roma, le acometieron y se vió precisado á volver á la ciudad y encerrarse en el castillo de San Angelo, donde habia un gobernador puesto de su mano, á quien exigió juramento de que le dejaría salir, siempre que quisiese, aun cuando el Papa le mandara lo contrario. Este murió á los veinte y seis dias de su pontificado.

El cardenal de San Pedro Advincula pretendia la tiara: era enemigo irreconciliable del Duque; pero lo necesitaba para que le procurase los votos de los cardenales, hechuras de Alejandro VI. Pasó pues al castillo de San Angelo y ofreció al Duque su amistad con aquella condicion y ademas el casamiento del hijo único de la casa de Rovere, á que pertenecía el Cardenal y debía heredar el ducado de Urbino, con la hija única del Duque. Este, aunque no se fiaba del Cardenal vino en ello, conociendo que de todos modos tenia mucho partido. El Cardenal fué elegido papa y tomó el nombre de Julio II, sin dejar de aborrecer al duque de Valentinois.

(1) Una de las primeras familias de los estados de la Iglesia, que poseia grandes señorios y riquezas.

Sin embargo creyó necesario disimular por entonces. Quería Julio adquirir para sí la Romaña ocupada por las tropas de Cesar. Los venecianos habian tomado á Faenza y el Papa propuso al Duque la reconquista de esta plaza juzgando, en su interior, que despues le sería mas facil sacarlas todas del poder de Cesar que de los venecianos. El Duque habia perdido las esperanzas de conservar la Romaña y la ofreció á Su Santidad para contentarle; mas el Papa se empeñó en la reconquista de Faenza y le hizo general de las tropas de la Iglesia. Esto solo bastó para que el doliente Cesar recobrase la salud, y marchó á la guerra.

Apenas salió de Roma el Duque, cuando el Papa se arrepintió de no haber aceptado sus plazas y de haberle dado el cargo de general, y mandó que fuesen en su seguimiento y lo prendiesen. Volviéronle á Roma atado de pies y manos, y el pueblo le recibió con un regocijo universal jamas conocido, creyendo se iba á ejecutar en él algun castigo afrentoso. El Papa reflexionó, que si maltrataba al Duque, los gobernadores de las plazas de la Romaña se darían á los venecianos y mudó de plan. Comenzó pues á tratarle bien: le visitó en su prision, le acarició y le ofreció la libertad, y su proteccion, si le daba sus plazas en depósito; y el Duque convino en ello, no sin graves dificultades.

El Papa envió un emisario á Cesena para que se entregase de la plaza segun lo tratado. Su gobernador D. Pedro de Obiedo preguntó al emisario ¿si el Duque



estaba ya libre? y respondídale que no, pero que pronto lo estaría, le hizo ahorcar. Este hecho tan temerario causó á Julio II la mas sensible mortificacion que jamas tuvo. Sin embargo, y de ser naturalmente el mas impaciente de los hombres, prevaleció en su ánimo el temor de que todo se barajase: se contentó con quejarse en el retiro de su cámara, donde estuvo encerrado veinte y cuatro horas sin permitir que nadie le viese, y ocultó el suplicio de su enviado, sacrificándolo todo á la política.

Ofreció al Duque todas las seguridades necesarias para su soltura, entregada que fuese la Romana, y le dió á escoger la persona del sacro colegio que él quisiese para ser puesto en sus manos. El Duque eligió al cardenal Carvajal: este admitió la comision, aunque conocía ser muy delicada, persuadido de que el Papa, cuando recobrase las plazas, no dejaria de vengarse del Duque, quien y el Cardenal marcharon á Ostia, despues de haberse entregado esta ciudad al Papa. Su Santidad juró por su parte, que al punto que tuviese aviso de la restitution de las otras plazas, el Cardenal daría libertad al Duque, aunque le amenazase con todas las censuras eclesiásticas. En Ostia convinieron el Cardenal y el Duque, en que este escribiese al gran capitán, Gonzalo Fernandez, para que le enviase buques en que se pudiera embarcar, y refugiarse en Nápoles, al mismo punto que recobrase la libertad; y así se hizo.

Gonzalo le recibió con ostentosa magnificencia, alojole en el mas sobervio palacio de Nápoles, diole un tren de rey, y le visitaba todos los dias. Persuadido el Duque por tantas caricias, de que la España se queria valer de él para acabar la conquista de Italia, propuso un plan manifestando al general español todas las inteligencias secretas de que podian valerse; pero la suspicacia de Gonzalo determinó deshacerse de un hombre tan peligroso y escribió á los reyes Católicos diciéndoles, *que el Duque era una bestia feroz y era menester enjaularla: que él le había recibido en Nápoles para impedir que la Francia se aprovechase de sus artificios; mas que era de parecer se llevase á España y se le encerrase en un castillo.*

Los reyes Católicos convinieron luego en ello, y el Duque fué preso, traído á España y encerrado en el castillo de la Mota de Medina del Campo. Allí estuvo dos años, hasta que logró escaparse y venir á Navarra con grande sentimiento del rey Fernando y temor del Papa Julio II.

Fué bien recibido el Duque del rey de Navarra su cuñado, por ser cuando mas útil podia serle su persona. El conde de Lerin, no solo había llegado hasta el punto de resistir á las órdenes del Rey, sino que hizo dar de palos á un oficial real que pasó á notificarle cierto mandato; de cuyas resultas se le formó causa y fué condenado en rebeldía á perdimiento de vida y confiscacion de bienes.



Daremos fin al año mil quinientos y seis con el nacimiento del glorioso apóstol de las Indias San Francisco Javier, hijo de D. Juan de Jaso señor de Javier, ocurrido en el mismo pueblo en siete de abril.

1507. El Rey nombró por su capitán general al duque de Valentinois; cuya primera empresa fué la de sitiar la villa de Larraga, aunque la resistencia de su guarnición le obligó á levantar el campo.

Estaba el Duque impaciente por acabar la guerra y pasar á Flandes, en solicitud de la venida del emperador Maximiliano con el príncipe D. Carlos su nieto á mandar en Castilla, como lo deseaban algunos señores descontentos de Fernando el Católico, cuyo regreso al gobierno querían evitar por que reprimía el orgullo del feudalismo.

Hallábase la villa de Viana en poder del rey D. Juan; y ocupaban su castillo las gentes del conde de Lerín. El Rey y el Duque determinaron reducirlo y en efecto se le puso en el mayor aprieto por falta de víveres. El Conde, que tenía dentro á su hijo primogénito, resolvió socorrerle á todo trance y con este objeto se situó en Mendavia con doscientos caballos escogidos y alguna gente de á pie para espiar la ocasión.

No pudo ser mas favorable la que se le presentó aquella misma noche. Levantóse una horrorosa tempestad de vientos y grandes aguaceros. El Duque creyó que los enemigos no saldrían al campo, para socorrer á los sitiados, y retiró las centinelas abanzadas, al paso

que el infatigable Conde hizo marchar sesenta caballos de Mendavia, cada uno con un saco de harina á la grupa, y socorrieron el castillo por una puerta falsa sin ser sentidos.

A la mañana siguiente, al volverse la gente de á caballo reconoció en el camino de Logroño alguna caballería y haciendo juicio que sería un socorro de trescientos caballos castellanos, que el duque de Nágera había prometido al Condestable, gritaron *Beaumont, Beaumont.*

Oyó el Duque, desde Viana, estas voces: salió apresuradamente con mil caballos y mucha infantería; y siguiendo el alcance del enemigo se adelantó él solo por el camino de Mendavia, diciendo en alta voz *¿donde está, donde está ese Condecillo?* El Conde, que había salido de Mendavia con alguna gente para dar favor á sus sesenta caballos, vió que un solo caballero, montado en un brioso caballo con una larga y gruesa lanza de dos hierros, les iba siguiendo á toda furia gritando *esperad, esperad caballeros.*

Los sesenta caballos, al ver que parecían aunque algo lejos muchas gentes, no se atrevieron á parar hasta donde estaba el Conde; el cual volviéndose á los suyos les dijo *¿es posible que no ha de haber algunos de los míos que salgan al encuentro á ese caballero?* Al oír esto tres hidalgos de sus guardias salieron al camino y esperaron en un barranco, donde el Duque no se pudiera revolver ni valerse de su grande ánimo y destreza.



Allí se combatió fatalmente para el Duque; por que al levantar el brazo, para herir con la lanza á uno de los contrarios, otro llamado Garces, natural de Agreda, le dió tal lanzada que faltándole el arnes le pasó todo el cuerpo de parte á parte y quedó muerto. Los vencedores le desnudaron de sus ricas armas y bestidos y le dejaron en cueros; y así le encontraron los suyos.

Fué enterrado en la iglesia de Santa María de Viana, donde se le labró un sepulcro, que existía en la capilla mayor por los años mil quinientos veinte y tres, con el epitafio siguiente.

Aquí yace en poca tierra

El que toda le temía

El que la paz y la guerra

En su mano la tenía.

O tu que vas á buscar

Dignas cosas de loar,

Si tu loas lo mas digno

Aquí pare tu camino

No cures de mas andar!

El célebre Maquiavelo sirvió algun tiempo de secretario á Cesar Borja. No sabemos quien de los dos fué discípulo del otro; pero las abominables doctrinas del secretario en su famoso libro del *Príncipe* están de acuerdo con los hechos de Cesar.

El rey D. Juan prosiguió la guerra contra el Condestable. Favorecian al primero el condestable de Cas-

tilla, que le envió cien lanzas y dos mil infantes, y los condes de Aguilar y de Nieva; y al segundo el duque de Nágera, cuya hija estaba casada con D. Luis heredero del conde de Lerin. El arzobispo de Zaragoza, hijo natural del rey Católico y virey de Aragon, enviaba tambien tropas contra el rey D. Juan.

Rendido al fin el castillo de Viana se dirigió el Rey á Larraga, que se entregó igualmente por capitulacion. A este tiempo el gobierno de Castilla á nombre de la nueva reina D.^a Juana, estando todavia el rey D. Fernando su padre en Italia, requirió á los de Navarra que cesasen en los procedimientos contra el conde de Lerin.

Muchos navarros intercedian á este mismo efecto con los Reyes. Respondian estos, que si el Conde volviese sinceramente á su obediencia, como súbdito, le recibirian y tratarian con clemencia; pero el inflexible Conde estaba muy lejos de someterse, y la proteccion de Castilla aumentaba su temeridad. Entretanto las armas del rey de Navarra fueron ocupando los pueblos y fortalezas del Conde, hasta que desposeido enteramente de cuanto tenía en este reino se refugió al abrigo del castellano.

Poco despues volvió de Italia el rey Católico y á favor de un gran partido, que supo atraerse contra su competidor el emperador Maximiliano, tomó de nuevo las riendas del gobierno de Castilla. En medio de los cuidados que le rodeaban no se olvidó de su cuñado

1508. el conde de Lerin. Reclamó de los reyes de Navarra, como agravio, todo cuanto se había obrado contra él y aun les amenazó con la guerra que el mismo Conde estaba preparando, asistido de sus amigos.

A estas disposiciones del rey Católico se agregaban las de su íntimo amigo el de Francia que favorecía la empresa, antes acordada entre ambos, para colocar en el trono de Navarra á D. Gaston de Fox. Los reyes D. Juan y D.^a Catalina respondieron á Fernando manifestándole los excesos del conde de Lerin y estrañando, al mismo tiempo, que mostrase sentimiento de que se hiciese en Navarra, con los vasallos rebeldes, lo que el rey de Castilla practicaba con los suyos.

Murió luego en Aranda de Jarque el expatriado conde de Lerin; y su muger D.^a Leonor hermana del rey Católico siguió mas adelante la misma suerte en Tortosa. Quedaron de este matrimonio cuatro hijos legítimos, dos varones y dos hembras: el primero D. Luis, que le sucedió en todos sus estados: el segundo D. Fernando, cuya sucesion se acabó presto. La hija primera D.^a Catalina, que casó con D. Jaime de Fox cuarto hijo de la reina D.^a Leonor y murió sin sucesion: la segunda hija, D.^a Ana, casó con D. Juan de Mendoza hermano del marques de Zenete. Tambien tuvo el Conde un hijo natural, llamado D. Juan.

1509. El primogénito D. Luis prosiguió, con el rey D. Fernando, las instancias de su padre para la restitucion de sus estados. El rey Católico dió los pasos convenientes,

acerca de ello, con los de Navarra; pero estos, que habían llegado á penetrar que el castellano no insistía tanto en este asunto por el bien del conde de Lerin, como por tener dentro del reino un agente poderoso para lo que su política meditaba, estuvieron inflexibles en su anterior resolucion, con la esperanza de que el emperador Maximiliano de Austria prevalecería en la competencia, todavía pendiente, sobre el gobierno de Castilla con su consuegro el rey Fernando.

En vista de esto el rey Católico, de acuerdo con el conde de Lerin, mandó secretamente á su capitán general de las fronteras de Navarra, que ayudase al Conde en la guerra que disponia para recobrar sus estados; y lo mismo ordenó á las provincias de Alava y Guipuzcoa y señorío de Vizcaya. Pero los reyes de Navarra se previnieron fortificando sus fronteras, y entonces el Católico escribió al Conde una carta diciéndole, que no hiciese guerra abierta *sino por via de maña ó de furto* segun habian convenido; por que el poco secreto, guardado en el negocio, habia hecho que los navarros tomasen precauciones que ponian en peligro la empresa, y que convenia disimular; pues cuando de otra manera se hubiese de obrar, el rey Fernando lo avisaría (1).

(1) He aquí literalmente la carta é instruccion que, acerca de esto, dirigió el rey Católico al conde de Lerin en 23 de julio de 1509. « El Rey: Condestable mi primo: ví vuestra letra de 14 del presente; y en lo que toca á los mensajeros, que van y vienen á

Mientras este monarca trabajaba con tanta sagacidad, para introducir la guerra en Navarra no se des-

« mi de Navarra , perded cuidado , que no se proveerá cosa que sea
« en perjuicio vuestro , ni para que Yo deje de tener vuestra cau-
« sa por propia. En lo que me escribis , por la dicha vuestra car-
« ta , parece que quereis entender , en ese vuestro negocio de
« otra manera que conmigo quedasteis concertado , y no debeis de
« escder de aquello en ninguna manera ; mayormente estando la
« otra parte , por la manera y poco secreto que se ha tenido en
« el negocio , tan avisada y prevenida ; antes debeis ahora disimu-
« lar , para que despues podais tener la manera que me dijisteis , como
« mas largamente lo digo por la cédula que va dentro de esta. Así
« mismo , en lo de San Adrian , no cureis de entender , por que
« tengo seguridad de la parte que me la entregará cada vez que
« Yo quisiere para que Yo mande ver sumariamente sus títulos y
« los vuestros y la entregue á quien de justicia perteneciere ; así
« que lo que se puede acabar por derecho , tan brevemente , no
« es razon de ponerlo por fecho ; y así os ruego que en esto no to-
« queis en ninguna manera. —Yo el Rey. — Por mandado de Su
« Alteza, Miguel Perez de Almazan. »

Cédula ó instruccion que se cita.

« Dice Su Alteza , que ya sabe el Condestable , que quedó con-
« certado , que había de trabajar de tomar por furto alguna cosa
« buena , si pudiese , y despues de tomada que Su Alteza mandase
« desde agora , para en viniendo el dicho caso , que se la ayuda-
« sen á defender ; y que por lo que agora escribió el Condestable
« á Su Alteza , de la gente que públicamente envia á demandar á
« sus parientes y amigos , y de su determinacion , parece que quie-
« re entender en lo de Navarra , no por via de maña ni de furto ,
« sino por via de fuerza de romper abiertamente la guerra , sin
« tomar primero nada por furto ni por trato , y que para esto nun-
« ca Su Alteza dió licencia ni facultad , por que cuando desta ma-
« nera se hubiere de hacer , Su Alteza declarará el tiempo en que
« se haya de hacer y dará para ello tal orden que se haga con la
« autoridad y seguridad que en tal caso se requiere ; y que agora
« estando avisados y prevenidos en Navarra de lo que el Condes-

cuidaba en debilitar interiormente á esta combatida monarquía : para ello procuraba atraer á su devocion, y separar de la obediencia de sus reyes , á los navarros que mas influencia tenian en el reino. Ofreció con este objeto , aunque inutilmente , partidos ventajosos al Mariscal en ocasion que sabía estaba descontento con sus soberanos. Y finalmente constituyéndose en juez de la causa de los reyes de Navarra , contra el Conde su vasallo , despojó á los primeros del vizcondado de Castelvó y la baronía de Castellon de Farfaña en Cataluña , cuyas rentas fueron secuestradas en favor del Condestable.

Al mismo tiempo se ajustaron las diferencias entre el rey Católico y el emperador Maximiliano : el primero quedó con el gobierno de Castilla y los reyes de Navarra acabaron de perder las esperanzas de tener por vecino á otro monarca menos ambicioso de la gloria de las conquistas. Sin embargo , confiados en la bondad y sinceridad de Maximiliano , le buscaron como

1510.

« table quiere facer , y teniendo avisados y proveidos los lugares y
« las fortalezas , no podria facer cosa que aprovechase sino iendo
« á ello poderosamente y esto no se ha de facer agora ; y no lo
« haciendo desta manera en lugar de aprovechar podria ser reci-
« biera alguna vergüenza Y por esto dice Su Alteza que por agora
« disimule el Condestable , para que despues pueda entenderse en
« el negocio de la manera que con Su Alteza quedó concertado ; y
« que no haga cosa de otra manera ; é que si puidiere tomar alguna
« buena cosa por trato ó por furto que la tome , y que los de Su
« Alteza se la ayuden á defender despues. » *Archivo del reino de Navarra.*



á mediador para inclinar al rey Católico á que abusase menos de su poder. Y el Emperador, que miraba con cariño á los reyes de Navarra, escribió una carta á su consuegro; mas una carta no podía cambiar el carácter de Fernando ni detener la marcha de su política.

Aumentaba los embarazos de Navarra el rey de Francia, protegiendo siempre las pretensiones del señor de Narbona: proponía ahora aquel monarca, á los de Navarra, una transaccion adjudicando á Narbona los señoríos del otro lado de los Pirineos ó los de la parte de España, á eleccion de los reyes. Los berneses convidaban á los navarros á unirse para resistir esta separacion con todo su poder; pero los grandes acontecimientos que se siguieron llamaron á otra parte los cuidados de la Francia, y formaron una horrorosa tempestad que vino á descargar sobre Navarra.

Estaban en guerra el Papa, el Emperador, el rey de Castilla y el de Francia, unidos por el tratado de Cambray, contra los venecianos. Esta república puesta en el mayor apuro entró en negociaciones con Julio II, quien despues de haber logrado de ella, separadamente, cuanto quiso sin contar con los aliados, se retiró de la liga. Quejáronse altamente el Emperador y el rey de Francia, cuyas pretensiones contra los venecianos quedaban sin satisfacer. El Papa contestó, que como padre comun era obligado á tener siempre un oido reservado para atender á los llantos de los miserables, en las ocasiones mismas en que eran indignos de toda gra-

cia. Sin embargo, decía tambien, que estaba pronto á cumplir con el tratado de Cambray.

Però las intenciones de Julio II, despues de haber sometido enteramente á los venecianos á su voluntad, eran las de echar de Italia á los franceses sus mayores amigos. Para este efecto se valió primero del rey de España, á quien secretamente atrajo á consentir y favorecer la paz hecha con los venecianos y á formar una nueva liga. En cambio de esto le dió el Papa la investidura del reino de Nápoles por una hacanea blanca, sin pagar los cuarenta mil ducados como sus predecesores. Y aunque el rey Católico conocía que la idea de Julio era echar de Italia á todos los extranjeros, y que ahora esceptuaba al español por valerse de un clavo para sacar otro, sin embargo á la España la convenía, por el momento, espeler á los franceses para conservar á Nápoles.

Ademas, el papa Julio, atrajo tambien á los suizos á esta liga, dándoles el título de *defensores de la Santa Sede*; y finalmente tenía bastante bien dispuesto al rey Enrico VIII de Inglaterra. Concertada de esta manera la confederacion por el Papa, le restaba solo un pretesto para declarar la guerra á los franceses ó que estos se la declarasen, y pronto se le presentó la oportunidad. Alfonso duque de Ferrara poseia las salinas de Comáchio, y el Papa, que era dueño de las de Cérvia, solia vender su sal en la Lombardia. Alfonso había hecho con el rey de Francia, señor entonces de aquel



estado, el contrato de dársela mucho mas barata. El arrendador de las salinas del Papa se quejó de esto á Su Santidad, quien al punto mandó al Duque romper los pactos hechos con el Rey: escusose el Duque con razones poderosas; pero el Papa le declaró la guerra y entró en sus estados.

Entonces el Duque recurrió al rey de Francia, su protector, quien no pudiendo abandonarle, por la alianza que con él tenía, interpuso con el Papa su mediacion y ruegos, aunque inutilmente; de manera que se vió precisado á tomar las armas, y de acuerdo con el emperador Maximiliano hicieron marchar sus tropas contra las del Papa y los venecianos.

Las primeras operaciones militares fueron contrarias á Su Santidad: sin embargo el Emperador, y el rey de Francia, se dirigieron al de Castilla, que todavía no estaba declarado abiertamente, para que redujese á la paz á Julio; mas el rey Católico, haciendo el papel de medianero, fingía apaciguar al Papa animándole mas á la guerra, y sacando los secretos de todos, los traia entretenidos para obrar á su tiempo segun las circunstancias.

El Papa se negó en efecto á toda proposicion, y ademas excomulgó á sus enemigos. El rey de Francia no pudiendo escusar la guerra convocó una asamblea de la iglesia galicana, que examinó ocho proposiciones relativas á la injusticia con que se decia obraba Julio y á la nulidad de la excomunion. La resolucion de

la asamblea fué en todo favorable al Rey; pero al mismo tiempo acordó, que este enviase sus embajadores al Papa convidándole con la paz; y que en caso de rehusarla se le avisase, de parte de los aliados, que se juntaria concilio general, conforme á lo decretado en el de Basilea. Así lo hizo el Rey, mas el Papa, no solo no quiso oir á los embajadores, sino que excomulgó de nuevo á los aliados y á varios cardenales, arzobispos y prelados, adjudicando sus estados al primero que los ocupase. De esta excomunion apelaron todos al futuro concilio, y la guerra se renovó con el mayor ardor por ambas partes.

En este estado, los cardenales y prelados descontentos del Papa, convocaron un concilio general á Pisa y citaron á Julio para él. Suponian, que los pueblos cristianos habian transferido al Sacro Colegio la eleccion de los pontífices y la facultad de juzgar si la eleccion era canónica y deponerlos en su caso. Añadian que existian pruebas de que Julio II habia venido á ser Papa por simonía: que los concilios de Constancia y de Basilea tenían decretado que se tuviesen concilios generales de diez en diez años y que el Papa debia sujetarse á esta constitucion. Los teólogos de Julio alegaban que los pontífices no podían ser depuestos sino en el caso de heregía; y que la convocacion de los concilios dependía absolutamente de la voluntad del Papa.

Sin embargo Julio II entró en gran cuidado y trató

1511.



de hacer la paz á cualquier precio ; pero ya de todas partes marchaban á Pisa los convocados al concilio , escepto de Castilla , á pesar de que el rey Fernando era solicitado por el Emperador y por el rey de Francia ; y mucho menos de Navarra por que sus reyes tenían bastante á que atender , en ocasion en que el de Francia estaba mas decidido que nunca á despojarles del reino para dárselo á D. Gaston de Fox su sobrino , que le servia en la guerra de Italia como generalísimo. Ademas debian estar atentos á la marcha de la política castellana para no disgustar á su monarca , necesitando tanto de su amistad.

Así es que cuando la Europa ardía en disensiones , los reyes de Navarra solo trataban de su propia conservación. Con este fin visitaron sus estados de Francia para asegurarse del buen espíritu de sus vasallos ; y al mismo tiempo enviaron una embajada al rey Católico , renovando las relaciones amistosas y pidiéndole que en el caso de hacer algun tratado con el de Francia se comprendiese al reino de Navarra. Repetian tambien la antigua pretension de que se les restituyese los pueblos ocupados por los castellanos. Y á todo esto contestó el rey Fernando , como siempre , con la misma ambigüedad de su política misteriosa , é inculcando en la entrega de sus señoríos á D. Luis de Beaumont. Tal era la situacion entonces de los reyes de Navarra , precisados á ser los mas justos y moderados de todos , por que tambien eran los menos poderosos.

Las negociaciones , para la paz con el Papa , no tenían efecto , y el ejército frances hacia progresos en la guerra. Julio solicitaba con vehemencia que el rey Católico se declarase de una vez en su favor , á quien no dejaría de seguir el de Inglaterra su yerno , como estaba ya concertado. Despues de esto supo el Papa que el de Francia , fatigado de algunos escrúpulos y á ruegos de la Reina , habia mandado á su general que no hostilizase las tierras de la Iglesia ; y entonces Julio comenzó á mostrarse mas duro y mas implacable que nunca.

Al mismo tiempo convocó el concilio Lateranense en Roma , para diez y nueve de abril del año mil quinientos doce (1) , declarando nulo el de Pisa y citó á los Cardenales , que en él habia , amenazándoles con degradarlos y privarles de todos sus beneficios. Ellos respondieronlo que en ocasion semejante habia respondido Julio á Alejandro VI , esto és , que Su Santidad no le podía dar caucion suficiente para la seguridad de su vida. La abertura del concilio Lateranense fué solemnisima y la terminó un sermon muy largo , predicado por Fr. Gil de Viterbo religioso agustino , cuyo último trozo fué un panegírico del papa Julio , ponderando mucho que Su Santidad no se habia dejado engañar como sus predecesores , que solo se valieron de las llaves de San Pedro , sino que habia empuñado la espa-

(1) Su abertura se dilató hasta 10 de mayo.



da de San Pablo y era el terror de los reyes y de los emperadores.

Habiase abierto ya el concilio de Pisa en primero de noviembre de mil quinientos y once, á donde concurrieron diez y seis obispos de Francia y del Milanese, con algunos abades, doctores y procuradores de las universidades. El cardenal de Labrit obispo de Pamplona (1), hermano del rey de Navarra, no quiso concurrir por mas órdenes que tuvo del rey de Francia; por cuya causa este le mandó prender en Milan. Los pisanos manifestaron luego el poco respeto con que miraban al concilio; y sus sesiones dieron principio en medio de alborotos y discordias de la guarnicion francesa y florentina, en tanto grado que obligó al concilio á trasladarse á Milan.

El Papa logró al fin que el rey de Castilla se declarase en su favor: la república de Venecia y la de los suizos entraban tambien en esta liga. Y el célebre conde Pedro Navarro pasó á Nápoles con la armada y gente de guerra que le encomendó el rey Católico.

Era Navarro de humilde nacimiento, natural de la villa de Garde en el valle de Roncal, y su propio nombre el de Pedro de Bereterra. Unos tratantes genoveses lo llevaron á su pais donde sentó plaza de soldado de marina. Ocupóse algun tiempo en el corso; y en la guerra de los Florentines contra los pisanos, se halló en

(1) Fué elegido obispo en el año 1510.

el sitio de Pisa donde comenzó á ser célebre su nombre, que ya era el de *Navarro* por su patria. Principiaba entonces el uso de las minas: el ingeniero que las dirigía era poco diestro; hizo volar una con muy mal efecto, y Navarro, que lo observaba todo, se ofreció á hacer otra y con admiracion de todos se vió la brecha practicable, y la ciudad se rindió. Muchos príncipes solicitaron atraerle á su servicio; pero eligió el de el rey Católico, donde creció su crédito y su fortuna, por que Fernando le dió el condado de Oliveto en Nápoles. Despues, como su capitan general en Africa, se apoderó de Mazalquivir, Oran y Tripoli; y tuvo otras muchas empresas militares que le llenaron de gloria, hasta la desgraciada rota de los españoles en la isla de los Gelves, en que Navarro recogió las reliquias del ejército y se retiró á Tripoli. Allí estaba cuando el rey de Castilla le destinó á la expedicion de Nápoles, como queda dicho; y en ella ocupó el destino de maestre de campo general de la infantería contra los ejércitos franceses, mandados por otro navarro celeberrimo D. Gaston de Fox, nieto de la reina D.^a Leonor y pretendiente á la corona de Navarra.

Las acciones militares de esta guerra fueron muchas y sangrientas: en las ciudades asaltadas, los habitantes eran degollados sin distincion de edad ni sexo: el horror y la desolacion y todos los crímenes eran compañeros inseparables de los ejércitos de ambos partidos. D. Gaston de Fox adquirió una reputacion prodigiosa



despues de Alejandro y Cesar ningun general habia sido tan universalmente estimado. El rey Luis XII de Francia le prometió la corona de Nápoles si conseguía echar de allí á los españoles y le ratificó que le colocaria en el trono de Navarra, con todos los estados que le pertenecian y le habian pertenecido en la antigüedad, esto és desde montes de Oca hasta cerca de Tolosa de Francia.

De cualquier manera, la suerte de Navarra debía decidirse en el tribunal de la política de los dos monarcas vecinos, y rivales de su engrandecimiento respectivo. No se ocultaba el peligro á los reyes D. Juan y D.^a Catalina; ni desconocian que la fidelidad de sus pueblos era el único apoyo de su existencia. Reunieron cortes en Tudela y en ellas se les prometió por aclamacion cuanto podian desear. Dinero, haciendas, vidas, todo lo puso entonces la generosa fidelidad de los navarros á disposicion de sus monarcas. Y al ver esto el de Castilla, que procuraba mas bien adormecer que despertar la vigilancia de las víctimas que pretendía sacrificar al interes de su corona, comenzó á dar muestras de paz y lo hizo creer así á los reyes de Navarra.

Las instigaciones del Papa, para que la Inglaterra obrase contra la Francia, no habian producido todavia un efecto decisivo. El obispo de Moray se encargó ahora de hacer este servicio á Su Santidad, con la esperanza de conseguir el capelo. Un barco cargado de buenos vinos, y de todo género de regalos, enviado

por Julio II á Enrique VIII, sirvió para reanimar los espíritus y el ódio contra la Francia. En memoria de hombres, no se había visto en Inglaterra navío de Italia con las armas del Papa: todo el mundo acudió á verle y apenas le descargaron, el rey Enrique hizo un convite á los principales del parlamento regalándoles con las cosas de Su Santidad. Y el Obispo, aprovechando la disposicion de los ánimos, arengó en el mismo parlamento cargando á Luis XII con la nota del mas peligroso cismático que hasta entoncés se había declarado contra la Iglesia: de esta manera consiguió se decidiese la guerra contra los franceses.

La famosa batalla de Ravena, en que murieron quinientos mil hombres de ambas partes, quitó á los reyes de Navarra un enemigo poderoso sin desvanecer por eso el mal que les amenazaba. D. Gaston de Fox fué uno de los que perecieron en la pelea, si bien la victoria se declaró por los franceses. El conde Pedro Navarro quedó prisionero y ademas en desgracia del rey Fernando, que le abandonó para siempre sin pensar en su rescate. Francisco I de Francia le tomó despues á su servicio, pagando veinte mil escudos al duque de Longavilla, de quien era prisionero, y le honró con el cargo de general de la infantería gascona. Sabido por el rey Fernando quiso atraerle entonces para sí, con proposiciones ventajosas, pero ya era tarde (1).

(1) Se atribuyó á Navarro la pérdida de la batalla de Ravena, tachándole de hombre duro y tenaz en sus dictámenes, que nunca



Sin embargo de la victoria, conseguida por los franceses, su fortuna comenzó á declinar desde entonces. Los ingleses amenazaban ya las costas de Francia: el rey Luis, cuyo ejército habia padecido mucho en la batalla, tenía que dividir sus fuerzas para atender á los nuevos enemigos; y sus aliados, viéndole en el peligro, le abandonaban para no ser envueltos en su desgracia, al paso que el partido del Papa se aumentaba, bajo el título de la *Liga Santísima*, animados de la esperanza de adquirir cada uno para sí nuevas plazas y dominios, sin ahorrarse con el Santo Padre, que en este punto tuvo mucho que sufrir de la *Santísima Liga*.

Las tropas francesas fueron al fin echadas de Italia, y los ingleses y españoles se dirijian á la Guiena. Ahora el rey Luis XII buscó por amigos á los reyes de Navarra y envió por embajador al vizconde de Orbal, precisamente á tiempo que el parlamento de Tolosa

quiso convenir con el de Fabricio Colonna, y demas capitanes italianos, para que no se dividiesen las fuerzas del ejército de los aliados, sino que entró en la batalla separadamente con los españoles. Desnaturalizado Navarro del servicio de Castilla, segun el uso de aquellos tiempos, siguió con su acostumbrada fidelidad en el servicio de la Francia hasta el año 1528, que en la retirada del ejército frances, del sitio de Nápoles, fué hecho prisionero por los españoles. El emperador Carlos V mandó que fuese degollado en el castillo nuevo donde estaba preso; pero antes de la ejecucion se le halló muerto en la cama. Sospechábase que el alcaide del castillo, llamado Icartle ahogó con la ropa, para que no se dijese que tan gran soldado recibia del Emperador semejante pago en su vejez, despues de tantos servicios. *Compendio de la historia de España* por Ortíz tom. 6 pag. 79 y 167.

acababa de declarar, contra aquellos, que el señorío de Bearne era feudo de la monarquía francesa. El rey D. Juan contestó manifestando la necesidad que tenía de vivir en paz con Castilla; pero el Vizconde le replicó con viveza, que tambien necesitaba conservar la soberanía del Bearne; y que le importaba mucho enviar á la corte de Francia á su padre Aman de Labrit para terminar este negocio.

El rey D. Juan convino en esto, aunque con la condicion de no hacer guerra contra el Papa ni contra el rey Católico. Se ignora lo que Aman de Labrit trató con el rey de Francia, por que jamas se publicó, aunque hay autores que dicen, que mirando por sus propios intereses y abusando de la confianza del hijo, escediendo los límites de su comision, asentó una liga perpetua de amigos de amigos y enemigos de enemigos; que se anularía la sentencia dada por el parlamento de Tolosa en lo del Bearne: que el príncipe D. Enrique casaría con la hija menor del rey de Francia: que los reyes de Navarra ayudarían al frances contra los ingleses y españoles: que aquel ayudaría tambien al navarro á la conquista de ciertas tierras de Castilla y Aragon: que el príncipe de Viana D. Enrique se pondría en rehenes en poder del rey de Francia: que este daría al de Navarra el ducado de Nemurs y el condado de Armañac: que le daría tambien veinte y cuatro mil francos de pension y trescientas lanzas pagadas, esto es cien para el rey de Navarra, otras cien pa-



ra el Príncipe y las restantes para Aman de Labrit; y además cuatro mil infantes pagados durante la guerra: que también le daría cien mil escudos de oro para hacer gente en favor del rey de Francia; y últimamente que restituiría al señor de Labrit las tenencias, oficios y pensiones de que había sido despojado en aquel reino. Otros autores afirman que los pactos existían en el archivo de Pau y en el de París, y que en ellos, no solo no había cosa que pudiera ofender al rey de Castilla ni al Papa, sino que fueron escludidos espresamente, y que únicamente se obligó el rey de Navarra contra los enemigos del de Francia de la parte acá de los Alpes, escluyendo toda la Italia.

Pero lo que dá una idea mas clara del estado de las relaciones entre Navarra, Francia y Castilla, en aquel tiempo, es el manifiesto de los reyes D. Juan y D.^a Catalina hecho á las cortes de Pamplona en veinte de junio de mil quinientos y doce (1). En uno de sus párrafos decían que á repetidas instancias de su tío el rey Fernando acababan de enviarle la ratificación de la paz ajustada en tiempo de la reina D.^a Isabel, solo por complacerle, pues que no era necesario habiendo sido ya ratificada anteriormente. En otro párrafo daban no-

(1) Este documento ha sido ignorado de todos los historiadores: existe en el archivo del reino de Navarra, y aunque está por copia simple, sus caracteres son de aquellos mismos tiempos en que no puede haber sospechas de ficción, y en que los reyes de Navarra no podían ocultar á las cortes del reino la verdad sin esponerse á ser abandonados.

ticia á las mismas cortes del estado de los negocios con la Francia, y se esplicaban de esta manera « Así mes-
« mo, como veis, el cristianísimo rey de Francia envió
« á Nos, é á nuestro tío, á Mosen de Orbal, haciendo-
« nos saber que dejados los enojos, que por causa de
« Mosen de Narbona nuestro primo, á quien Dios re-
« ciba en su gloria, ata aqui habia tovido, le place de
« aqui adelant tener amor et alianzas et amiztat con
« Nos. E por que siguiendo el consejo y parecer del
« Católico rey nuestro tío é senior, é de otros, nues-
« tro deseo siempre fué y es de tener paz y amor é
« amiztat con el dicho Cristianísimo rey y con todos los
« otros príncipes cristianos, mayormente reservando y
« goardando las alianzas suso dichas, que con el dicho
« Católico rey nuestro tío habemos tovido y tenemos,
« como lo acordamos de facer, se ha principiado algu-
« na platica con el dicho rey Cristianísimo sobre las
« dichas alianzas, é del arreste que fué dado sobre
« nuestro señorío de Bearne, é el saneamiento de otros
« señoríos de nuestro Estado; lo coal ata agora está
« por concluir, y de lo que pasa é suceyere, de con-
« tino se os dará parte para que nos aconsejeis en lo
« que mejor os pareciere. »

Así caminaban los negocios por la mañana del veinte de junio, y por la tarde una novedad inesperada puso en alarma á todo el reino. Los reyes recibieron un mensaje del de Castilla diciendo, que no se daba por satisfecho con la ratificación de la paz sino se



le entregaban para su seguridad algunas fortalezas.

Los Reyes lo comunicaron luego á las cortes, y un movimiento general de indignacion se manifestó en todo el congreso, contra las pretensiones del rey Católico. En aquel mismo instante las cortes determinaron que se levantasen trescientos de á caballo y cuatro mil infantes; y en la sesion de diez y siete de julio concedieron tambien al Rey cinco cuarteles y acordaron que, ademas de la gente referida, estuviese todo el reino sobre las armas para cuando el caso lo requiriese.

Mas el rey Fernando no pensaba hacer una guerra abierta sino *por via de maña ó de furto* como el mismo aconsejaba tres años antes al conde de Leriu. Reunió un ejército pretestando ser para la conquista de Guiena, de acuerdo con los ingleses, cuya armada se esperaba en Bayona. Este ejército, al mando de D. Fadrique de Toledo duque Alba, se componía de mil hombres de armas, quinientos ginetes y seis mil infantes. Las cortes de Aragon ofrecian ademas doscientos hombres de armas y trescientos ginetes.

Al mismo tiempo el rey Católico continuaba en requerir al de Navarra para que le asegurase la paz por sus fronteras, mientras su ejército se ocupaba en la Guiena; y para esto le pedía en rehenes al príncipe de Viana ó bien que las fortalezas del reino se pusieran en personas del mismo, que fuesen de la confianza del rey Fernando. El rey D. Juan ofrecia toda seguri-

dad para en cuanto á Navarra; pero decia, que no le era posible hacer otro tanto por los estados de Francia sin perderlos luego; ademas de que escepto el Bearne, que estaba en pleito, todos eran feudos de aquella corona.

En esta situacion el rey de Navarra no podía dar un paso para alejarse de un peligro sin acercarse á otro: el mas temible por el momento era el rey Católico y tambien el mas difícil de contentar, por que lo quería todo. Ya el duque de Alba estaba en Vitoria y con él D. Luis de Beaumont trabajando con sus amigos, los Beaumonteses de Navarra, para sublevar el pais en favor del rey Fernando, cuando llegó á Pasages en Guipuzcoa la armada inglesa que debía obrar de acuerdo con el ejército castellano en la empresa de la Guiena.

Y entonces el rey Católico mandó que sus tropas, dejando el camino mas recto y mas llano de Guipuzcoa para Bayona, se metiesen por Navarra. El rey D. Juan llegó á consentir en que se entregasen en rehenes de seguridad algunas fortalezas, esceptuando las de Estella y San Juan de Pie del Puerto. Pero ya el plan de campaña estaba decidido: el ejército castellano se dirigió sobre Pamplona y el rey Católico pidió al general ingles hiciese lo mismo con el suyo diciendo que importaba no dejar enemigos á la espalda para la conquista de Guiena; mas el general ingles se escusó con que no tenía orden de hacer la guerra contra Navarra.



Entró el duque de Alba con su ejército en este reino, viniendo al frente el conde de Lerin y sus partidarios. El rey D. Juan viéndose perdido, salió de Pamplona del veinte al veinte y uno de julio de mil quinientos y doce y marchó con la Reina y sus hijos á Lumbier, en donde se le reunió mucha parte de la nobleza del reino con el intento de formar un cuerpo de ejército, valiéndose de la buena disposicion de los ánimos de los navarros.

Poco despues que el Rey salió de Pamplona llegó el ejército castellano á dos leguas de esta ciudad y el Duque de Alba la intimó la rendicion. Pidió algunos dias de término para ver si su Rey la socorrería; pero el Duque contestó como buen guerrero *que los vencedores solian dar leyes á los vencidos y no los vencidos á los vencedores y que tratasen de entregarse á discrecion, sino querían experimentar las muertes y daños de las ciudades entradas á saco.*

Con esta arrogante respuesta volvieron los embajadores de la ciudad, y el ejército castellano se situó sobre Pamplona en el campo llamado la Taconera. Publicaban ahora los castellanos que los navarros, que no abandonasen á su Rey, estaban excomulgados y eran hereges, por ser fautor de los franceses cismáticos que intentaban matar al Papa: y que así lo tenia declarado Su Santidad en una bula, aplicando el reino de Navarra al rey Católico, en recompensa de los gastos que debía hacer en defensa de la Iglesia.

Viéndose la ciudad sin medios para resistir á tanta fuerza, y sin esperanza de socorro, acordó entregarse al Duque, precedida una capitulacion. A este efecto salieron los diputados de la ciudad y convinieron sustancialmente, en veinte y cuatro de julio, en lo que sigue. Que á los que quedasen por vasallos de los reyes Católicos se les guardase sus privilegios y oficios: que á los que habian hecho lo contrario, tan solamente se les pagase lo corrido hasta la entrega de la ciudad: que á los vecinos se les respetase sus propiedades, haciéndose lo mismo con los que estaban al servicio de los reyes de Navarra si dentro de treinta dias se sometian al rey Católico, olvidando ademas los crímenes que hubiesen cometido en los tiempos pasados á causa de los partidos de Beaumonteses y Agramonteses: que no fuesen obligados los vecinos á dar alojamiento sin pagarlo, como se hacia en Zaragoza, Valencia y Barcelona: que cualesquiera deudas de los reyes D. Juan y D.^a Catalina, á los vecinos de Pamplona, se les pagase justificándolo dentro de ocho dias; así como las talas y daños que las tropas hubiesen hecho en los campos.

Otros capítulos pedidos por la ciudad los reservó el General á la determinacion del rey Católico. Era uno de ellos que la jurisdiccion temporal y rentas se administrasen en nombre de los reyes de Navarra; y que si estos en algun tiempo, con próspera fortuna, fuesen poderosos señores del campo pudiese la ciudad entre-



garse á ellos, ó á sus sucesores, sin cargo alguno. La respuesta á esto fué dada cinco dias despues por el rey Católico, que entonces estaba en Logroño, negándolo absolutamente.

El rey D. Juan se vió obligado á salir del reino con toda la familia real y refugiarse en sus estados de Francia. Siguiéronle el mariscal D. Pedro, el condestable D. Alonso de Peralta y otros muchos caballeros y consejeros de los reyes, y entre ellos D. Juan de Jaso señor de Javier presidente del Consejo y padre de San Francisco Javier. Muchos caballeros del partido Beaumontes le acompañaron tambien. Y abandonado el reino á las armas del rey Católico todos sus pueblos fueron siguiendo el ejemplo de la capital, y algunos precedida capitulacion formal de que se les guardaría sus privilegios, como lo hicieron Lumbier y el valle de Roncal, el primero en diez de Agosto y el segundo en tres de setiembre.

Por la frontera de Aragon otro ejército del rey Fernando, mandado por el arzobispo de Zaragoza D. Alonso, su hijo natural, invadía á Tudela y su merindad. Esta ciudad había recibido ya orden del rey D. Juan con fecha de tres de julio para enviar quinientos hombres á la defensa del puerto de Osquiate. En otra carta del Rey y la Reina, de veinte de julio, decian á la misma ciudad, desde Pamplona, que el duque de Alba había llegado á Salvatierra, y la encargaban enviarse treinta de á caballo con el Alcalde. En otras del

veinte y uno y veinte y siete, escritas en Lumbier, se quejaba el Rey de que la ciudad de Pamplona había obrado flojamente, y encargaba á Tudela enviase sus diputados, como lo decia á las demas universidades ó pueblos, para tratar de hacer la guerra; y que entre tanto se defendiese la ciudad.

Para este tiempo la Reina, y demas familia real, habían pasado los Pirineos y fijádose en Ortés; y el rey D. Juan entablaba negociaciones, desde Lumbier, con el duque de Alba. El Rey lo decia así á Tudela en carta del treinta (1); pero añadía, que debiendo ser comunicadas al rey Católico su tío, entretanto que llegaba la respuesta tenía determinado pasar á visitar á la Reina; y que los tribunales se estableciesen en Olite.

Estas esperanzas se desvanecieron como el humo. El arzobispo de Zaragoza requirió á Tudela, en catorce de agosto, para que se entregase, prometiendo que la recibiría á nombre del rey de Aragon su padre y á los fueros de ese reino, y juraba que así lo cumpliría. La contestacion de Tudela se reducía á manifestar al Arzobispo la mas estraña admiracion de que creyese que la ciudad era capaz de faltar á la fidelidad debida á sus monarcas: deciale que estaba cuasi atónita de ello *por que siempre habemos creído (añadía) que si alguno*

(1) Toda esta correspondencia, y la que Tudela tuvo con el rey Católico, existe original en el archivo de esta ciudad y anda impresa en el *Diccionario histórico-político* de la misma, que publiqué en el año 1828.



contra nuestra fidelidad nos quisiese en algo tocar, V. S. sería el primero en nos amparar y defender et cuando lo contrario hiciésemos, lo que ninguno podía creer que lo tuviese á bien, V. R. debía resistirlo. Decía también la ciudad, al Arzobispo, que no podía menos de ponerlo todo en noticia de sus reyes; y así lo hizo suplicando la dijese como debería obrar.

La reina D.^a Catalina contestó desde Ortés en veinte de Agosto, diciendo á la ciudad, que se estaba disponiendo un ejército para reconquistar lo perdido: que procurase sostenerse entretanto; y que no admitiese mas mensajes.

Otra carta del rey Católico, de la misma fecha en Logroño, decía á la ciudad, que se maravillaba de que teniéndola tanto amor fuese la última en reducirse á su obediencia. Pero la contestacion de la ciudad fué muy semejante á la que había dado al Arzobispo; decía entre otras cosas; *ni Dios nuestro Señor quiere, ni es su voluntad que nosotros creamos que vuestra Excelencia, siendo tan justo y católico Rey, quiera ni mande enturviar tan lucida y clara fidelidad de tan querida y amada ciudad, ni la desee con tan malo, feo y abominable renombre.*

El rey Fernando, queriendo quitar á la ciudad de Tudela los generosos escrúpulos de su fidelidad, se valió del último medio artificiosamente inventado para turbar las conciencias de los piadosos navarros. La decía en una contestacion de veinte y tres de agosto, que

se alegraba de que tragese á la memoria la fidelidad; pero que era necesario distinguir en qué consistía; y que para esto debía saber la ciudad que el Pontífice, por una bula publicada en Calahorra, había excomulgado al rey de Francia como fautor principal de los cismáticos y á todos los que le seguian; y que por tanto era un crimen guardar fidelidad á los reyes de Navarra.

La ciudad no contestó otra cosa sino que nada de esto había llegado á su noticia: que daba cuenta de todo á sus reyes y que avisaría de la respuesta. Pero bien sabía la ciudad que no solamente no estaban excomulgados los reyes de Navarra, sino en buena correspondencia y amistad con el papa Julio II, por que en aquellos mismos dias había recibido una bula, dada en Roma á veinte y uno de junio anterior, concediendo Su Santidad varios privilegios al dean de Tudela á petición de sus *ilustres carísimos hijos en Cristo* los reyes de Navarra D. Juan y D.^a Catalina (1).

(1) El P. Aleson alega en los Anales, tom. 5 pag. 338, poderosos fundamentos y opiniones contra la existencia de la excomunion de los reyes de Navarra; y yo pretendo disipar ahora enteramente las dudas que todavía pueda haber acerca de ello. Ni el arzobispo de Zaragoza ni el rey Católico, en sus primeras cartas á la ciudad de Tudela, hablaron nada de la excomunion siendo cosa tan esencial, como que despues se quiso fundar en la misma todo el derecho de la conquista. La carta de 23 de agosto, en que Fernando para disipar los escrúpulos de infidelidad de dicha ciudad la hablaba de la excomunion, dice literalmente «Habeis de saber, que nuestro muy Santo Padre por la bula publicada en la iglesia de Calahorra, queriendo, como buen pastor universal de los cristianos, remediar los grandes daños y calamidades é impiedad, contra nuestra san-



Escribió la ciudad á sus reyes dándoles cuenta de todo: de la gente que se reunia para combatirla: que

« ta fe católica , que el rey de Francia ha procurado en la cristian-
« dad con la cisma que ha puesto en la Iglesia , dividiendo la uni-
« dad de ella ; y que los rebeldes , como miembros podridos , sean
« apartados , para que no estraguen ni inficionen á los verdaderos
« hijos y obedientes á la Iglesia , declara y manda que *todos los que*
« *siguen al rey de Francia, fautor principal de los cismáticos, sean*
« *excomulgados, entredichos, maldichos.* » No decía el rey Ca-
tólico que los reyes de Navarra estaban excomulgados , ni tampoco
que eran aliados del rey de Francia , aunque lo daba por supuesto.

El P. Mariana dice que la sentencia de excomunion contra el rey de Navarra , como aliado de Francia , se pronunció en 18 de Febrero de 1512 ; y ya queda visto en la pag. 401 que en 20 de junio siguiente todavía eran enemigos ambos monarcas y el de Navarra amigo del de Castilla y solicitado de este , aunque con pretensiones exageradas , para conservar la paz.

Finalmente la bula de los privilegios del dean de Tudela prueba tambien que los reyes de Navarra estaban en buena amistad con el Papa en 21 de junio. Esta bula existe original en el archivo episcopal de Tudela : he aquí algunas de sus cláusulas « *Julius Episco-*
« *pus , servus servorum Dei , ad perpetuam rei memoriam. Ad Ro-*
« *mani Pontificis spectat officium , suorum prædecessorum sequendo*
« *vestigia , illaque per ipsos prædecessores , et canonicè alios secu-*
« *lares Principes laudabili et provida ratione , pro Ecclesiarum pre-*
« *sertim collegiatarum insignium , et illarum personarum , facilí*
« *successu , et decore animarumque Christi fidelium salute gesta sunt*
« *ut majorem obtineant firmitatem quo sæpius fuerint , Apostolico*
« *præsidio communita , sui presidij munimine roborare : ac etiam*
« *illa de novo concedere , prout rationabiles esse suadent , et id*
« *Catholicorum Regum vota exposcunt , et etiam id in Domino cons-*
« *picit salubriter expidere. Sanè charissimus in Christo Filius noster*
« *Joannes Rex , et charissima in christo filia nostra Catharina Regi-*
« *na Navarræ illustres Datum Romæ apud Sanctum Petrum ,*
« *anno incarnationis Domine millesimo quingentesimo duodeci-*
« *mo : undecimo kalendas Julii : Pontificatus nostri anno nono .* »

ya era el único pueblo que restaba someterse en todo el reino ; y concluía pidiendo socorro para defenderse. La Reina contestó en veinte y ocho de agosto diciendo que al presente no podía socorrer á la ciudad , pero que procurase resistirse por quince ó veinte dias mas.

En el dia treinta y uno el ejército de Aragon habia bloqueado ya el pueblo y robado todos los ganados de sus vecinos. La carta de la misma fecha , que escribió la ciudad á la Reina , decía. « Toda esta merindad está dada
« al rey Fernando : el arzobispo de Zaragoza está apo-
« sentado en Cascante que es á vista de esta ciudad ,
« y los caballeros , con toda la gente de armas de Ara-
« gon , nos tienen como en cerco : ya todos nuestros
« ganados son tomados y todas las haciendas , que los
« vecinos de esta ciudad tenían en Aragon , han sido con-
« fiscadas y nosotros declarados por cismáticos y con-
« denados por esclavos . » La ciudad daba fin á su carta pidiendo á la Reina tres mil hombres , con los cuales se ofrecia á resistir al enemigo. Pero no tuvo contestacion ; y tres dias despues , esto es en tres de setiembre , volvió á escribir á los Reyes diciéndoles que habia alcanzado del Arzobispo quince dias de término , entregando veinte hombres en rehenes y las torres del portal de Calahorra « Todo este vuestro reino (decia) ha
« jurado al rey Fernando por su rey : todos los caba-
« lleros , los alcaldes de Corte , jueces de Consejo y to-
« dos en general quedan ya por él , y quedamos noso-
« tros sin esperanzas de remedio , sino sola la fe que



« con vuestras Excelencias tenemos. Si dentro de los
« quince dias no nos viene el socorro , llegaremos al
« extremo de no poder menos de entregar esta vuestra
« ciudad al rey Fernando , pues otra cosa no podremos
« hacer. Así muy escelentes Señores, humildemente les
« suplicamos nos envíen , con el portador , el socorro
« que nos libre del descargo que á nosotros cumple ;
« y quieran vuestras Altezas hallar mas poblada esta
« su ciudad de nuestros hijos que no de estrangeros. »
Tampoco recibió la ciudad contestacion á esta última
carta , y desengañada de las vanas esperanzas que la
entretengan se entregó en nueve de setiembre , bajo la
condicion de que se la guardasen sus privilegios.

Los mensajeros de la ciudad pasaron á Logroño y
allí prestaron la obediencia al rey Fernando en quince
de setiembre , y el Rey por su parte confirmó á la ciu-
dad sus privilegios. En cuatro de octubre el mismo Fer-
nando pasó en persona á Tudela y juró, segun cos-
tumbre antes de entrar en el pueblo , los privilegios
de la ciudad y de la moreria , y en seguida lo repetió en
la iglesia.

En tanto que estas cosas sucedian en Tudela , el rey
Católico enviaba nuevas tropas al duque de Alba para
asegurar las plazas ocupadas y seguir la conquista has-
ta lo que los reyes de Navarra poseian en Francia. Pa-
ra explorar los pensamientos de estos y los auxilios con
que podian contar envió Fernando, con el aparente tí-
tulo de embajador , á D. Antonio de Acuña obispo de

Zamora , aquel á quien hizo ahorcar despues el alcal-
de Ronquillo como á gefe de los comuneros (1); pero
no pudo llegar á donde los Reyes estaban , por que al
entrar en Bearne , los bearneses , que sabian el objeto
de la venida del Obispo , le trataron como á espia , le
hicieron preso y le obligaron á rescatarse por dinero.

El duque de Alba estaba á punto de pasar á Bearne
para vengar la injuria hecha en el Obispo ; mas vien-
do que los pueblos comenzaban á inquietarse , con el
rumor que corria de la venida del rey D. Juan con ejér-
cito de Francia , se detuvo ; y para asegurar la fide-
lidad de los pamploneses trató de exigirles juramento.

Para esto dispuso que se juntasen los vecinos mas
principales , en el convento de San Francisco , donde
les hizo un largo razonamiento con que creia justificar
la conquista de Navarra ; y luego les requirió prestasen
el juramento de vasallos al rey Católico. Ellos pidieron
y se les concedió tres dias de término , al fin de los cua-
les dijeron al Duque que harian el juramento como *súb-
ditos* pero no como *vasallos* : él les preguntó ¿ que di-
ferencia había entre vasallos y súbditos ? á que respon-

(1) Este obispo estaba preso en la fortaleza de Simancas : quiso escaparse y mató al alcaide con un ladrillo que tenía escondido en la bolsa de los breviarios. Entonces el emperador Carlos V dió órden al alcalde Ronquillo para que le colgase de una almena en el año 1526. D. José Ortiz dice , en su compendio cronológico de la historia de España , que todo lo demas que se cuenta , acerca de la muerte de este obispo , debe despreciarse como una conseja. *Tom. 6 pag. 160 nota 6.*



dieron, que *vasallo* se entendía aquel á quien el señor podía tratar bien ó mal como á él le pareciese; mas el *súbdito* debía ser siempre bien tratado. Entonces el Duque les dió á entender, que el rey Fernando les trataría con todo amor; y juraron.

Comenzó efectivamente el rey Católico, su reinado en Navarra, tratando á los pueblos con tanta dulzura, que casi no distinguían la mudanza de dueño. Y por que mostraban aversion á los aragoneses les dió esperanzas de unirlos á la monarquía de Castilla, á pesar de que sus intentos eran los de formar otra separada con las coronas de Navarra y Aragon, si se le cumplian sus deseos de tener un hijo en la reina D.^a Germana.

Cuando vió realizado su plan de la conquista de Navarra se olvidó enteramente de la alianza con los ingleses y de la empresa sobre la Guiena. Y no solo esto, sino que envió un embajador al excomulgado rey de Francia, ofreciéndole su alianza y ayudarle á la recuperación del ducado de Milan con tal que aquel Monarca no interviniese en las cosas de Navarra.

Pero el rey Cristianísimo no quiso oír al embajador castellano; y ahora fué cuando el de Navarra, precisado de la adversidad, se hizo amigo del menos injusto de sus enemigos y se coligó con el frances contra Fernando para la recuperación de su corona. A este efecto reunieron ambos un ejército muy considerable en el cual se contaban siete mil hombres, sacados de

Navarra por la faccion Agramontesa. Dividiose en tres cuerpos al mando del rey D. Juan, Francisco de Valois conde de Angulema (1) y Carlos de Borbon duque de Montpensier.

El duque de Alba se había abanzado hasta San Juan de Pie del Puerto y fortificádose allí ventajosamente. El rey de Navarra, sin detenerse á desalojar estos enemigos, pasó adelante con dos mil alemanes, cuatro mil gascones y mil hombres de armas que hacían tres mil caballos, ademas de los siete mil navarros conducidos por los Agramonteses.

Este ejército atravesó los Pirineos por entre Aezcoa y Roncal, y bajó á Burguete sin ser sentido. Mr. de la Paliza era capitan general del rey D. Juan: la plaza de Burguete estaba bien guarnecida de tropas castellanas, mandadas por el capitan Valdés de la guardia del rey Fernando. Colocóse una batería y abierta brecha fué asaltada la plaza, tomada y pasados á cuchillo todos sus defensores. La Paliza trabajó mucho por salvar la vida al capitan Valdés y lo consiguió. El ejército aliado perdió mil hombres en esta empresa.

Pero el rey D. Juan, en lugar de ocupar luego los desfiladeros de Roneesvalles, para cortar al ejército castellano que estaba en San Juan, se quedó en las cercanías de Burguete; y el duque de Alba pudo retirarse sobre Pamplona, á donde llegó con mucha oportu-

(1) Francisco conde de Angulema y duque de Valois, que reinó en Francia, despues de Luis XII, bajo el nombre de Francisco I.



nidad, por que sus vecinos, arrepentidos del juramento prestado al rey Fernando, habian prometido ya al de Navarra que se declararían por él al punto que le viesen al frente de un buen ejército. Esta conspiracion era tan general, que no pudo ocultarse á la penetracion del Duque y le obligó á reunir todas sus fuerzas bajo los muros de aquella capital.

Entretanto que el rey D. Juan emprendía con su cuerpo de ejército la reconquista de Navarra, los otros dos, mandados por el conde de Angulema y el duque de Montpensier, se dirigieron á Guipuzcoa donde destruyeron á Irun, Oyárzun, Rentería y Hernani y sitiaron á San Sebastian. La defensa de esta provincia estaba encargada al valor y á la fidelidad de sus naturales, y en San Sebastian se había encerrado voluntariamente toda la nobleza de Guipuzcoa y Vizcaya. Lautrec, general frances, mandaba las operaciones de los sitiadores; pero los sitiados rechazaron hasta ocho asaltos y el ejército frances, estenuado con las pérdidas que experimentaba, se vió obligado á levantar el sitio.

El rey D. Juan se dirigía ácia Pamplona, al mismo tiempo que varios de sus capitanes, destacados sobre diferentes puntos, hacian sacudir el yugo castellano á muchas plazas. D. Juan Ramirez de Baquedano, señor de San Martin, reconquistaba á Estella: D. Ladron de Mauleon á Miranda: D. Martin de Goñi á Tafalla: D. Pedro de Rada á Murillo: D. Jaime Velez de Medrano á Santa Cara; y otros por varias partes.

El duque de Alba, sin abandonar el objeto principal de la defensa de Pamplona, enviaba tropas al mando de capitanes Beaumonteses, al servicio de Castilla, que impidiesen las sublevaciones y contuviesen los progresos del enemigo. D. Frances de Beaumont, primo del conde de Lerin, asaltó á Estella y tomó la ciudad, aunque no el castillo, y recuperó el de Bernedo. D. Pedro Beaumont, hermano del conde de Lerin (1), recobró á Monjardin y reforzó á los sitiadores del castillo de Estella, hasta obligar á D. Juan Ramirez de Baquedano á su rendicion con honrosas capitulaciones, quien, saliendo de la fortaleza con los honores militares, se reunió al ejército del rey D. Juan que se puso luego al frente de Pamplona.

El ejército castellano, de esta plaza, era poco menos que el de el Rey; y sus vecinos estaban tan oprimidos que no podían reunirse sin ser luego dispersados. Las tropas del Rey no bastaban para sitiar toda la ciudad y lo hicieron solo por la puerta de San Nicolas, para impedir la venida de víveres de la parte de Castilla. Sin embargo las operaciones de los sitiadores fueron vigorosas, abrieron brecha y dieron el asalto en veinte y siete de Noviembre; pero los sitiados rechazaron con el mayor valor al enemigo. Al mismo tiempo los víveres escaseaban en el campo, y tropas numerosas venian en socorro de la plaza; de manera que el rey D. Juan se vió

(1) En la relacion de los hijos del anterior conde, pag. 384, nada se dice de D. Pedro; es verosímil que haya error en el nombre.



forzado á levantar el sitio, á tiempo que la parte del ejército que había atacado á San Sebastian venía á reunirsele.

El arzobispo de Zaragoza llegó á Olite y desde allí envió á Pamplona un socorro de seiscientos aragoneses, que fueron deshechos á media legua de San Martín por solos noventa roncaleses de á pie y cinco de á caballo, y los despojaron hasta dejarlos en camisa. El rey D. Fernando había reunido en Puente la Reina un ejército de quince mil hombres al mando de D. Pedro Manrique, duque de Nágera, quien se puso sobre las alturas de Reniega ó del Perdon á dos leguas de Pamplona en primero de diciembre; pero el día anterior se había levantado el sitio de esta plaza y el Duque no pasó adelante.

El ejército del rey D. Juan, y los otros dos cuerpos de Angulema y Montpensier, que no llegaron á reunirse con el primero, viendo la empresa perdida tomaron el camino de Francia, á pesar de estar ya los Pirineos cubiertos de nieve. Había pasado la avanguardia del ejército del Rey, por los desfiladeros de Velate y Elizondo, cuando la retaguardia fué improvisamente atacada por los guipuzcoanos y montañeses que la espiaban. Hicieron en ella mucha mortandad tomándole doce cañones que se trageron en triunfo á Pamplona. De esta empresa tomó despues la provincia de Guipuzcoa la del escudo de sus armas.

El rey Católico vino entonces de Logroño á Pamplona,

así para dar las órdenes necesarias para lo poco que faltaba de la conquista, reducido á la villa de Maya y algunos pueblos de Roncal, como para recibir la obediencia de los lugares que no la habían prestado en la tierra llana.

Dábale cuidado la conservacion del reino, por la necesidad de poner un ejército para la campaña siguiente si los franceses repasaban otra vez los Pirineos. Estaba cierto de que los castellanos no le harían servicio alguno, de gente ni dinero, por que las últimas cortes le habían declarado, que sino se contentaba con lo que sus reyes anteriores exigian de ellos le quitarían la regencia de Castilla. Agregábase á esto que muchos castellanos estaban mal con la conquista de Navarra por haber entendido, que el rey Fernando trataba de unir este reino con el de Aragon. Y los Beaumonteses comenzaban á arrepentirse de lo hecho, por que no se les tenía tanta consideracion desde que se les necesitaba menos con la retirada de los franceses.

Todos estos peligros fueron vencidos por la sagaz política del rey Católico. Consiguió formar una alianza entre el de Inglaterra y el emperador Maximiliano su yerno y consuegro: ambos embistieron á la Francia, por la frontera de Flandes, con un ejército formidable que puso al rey Luis en el mayor conflicto. Y aprovechándose Fernando de este momento propuso al frances una tregua de un año, para que en este tiempo pudiera ocuparse en la recuperacion del ducado de



Milan que era lo que mas deseaba el rey Cristianísimo; pero que en esta tregua se comprendiesen tambien todos los estados y súbditos de ambas monarquías en cualquiera parte del mundo.

El rey de Francia, deslumbrado con la proposicion del rey Católico, que lisongeaba sus vehementes deseos de la reconquista de Milan, al paso que le dejaba obrar mas libremente contra los ingleses y alemanes, conformó en todo; y de esta manera el rey de Navarra vino á quedar con las manos atadas para cualquiera empresa; pues no podía sacar tropas de sus estados del Bearne, ni de las principales casas de Gascuña sus aliadas, como sujetas al imperio frances. Este tratado no se publicó tan pronto: el rey Fernando esperó á que muriese el papa Julio II á quien lo procuró ocultar por ser muy contrarios los pensamientos de Su Santidad.

1513.

Murió Julio II en veinte y cinco de febrero de mil quinientos trece, agoviado de los grandes proyectos que traía en su cabeza, y uno de ellos el de echar á los españoles de Italia, pues que ya no le eran necesarios despues que le habian servido para arrojar á los franceses. A este fin tenía puestos los ojos en los suizos y tomadas sus medidas para que pasasen hasta treinta mil hombres al reino de Nápoles.

Luego que faltó el papa Julio, se publicó la tregua acordada entre España y Francia y se prorogó despues por un año. Ella produjo los efectos que el rey Fer-

nando se proponía: el de Francia emprendió la recuperacion de Milan, y el Católico alejó la guerra de Navarra y puso en nuevos embarazos á su enemigo. El ejército frances fué derrotado por los suizos y el rey Fernando, gozándose de este acontecimiento, encargaba á su embajador cerca del rey de Inglaterra, que estaba en campaña contra los franceses, que le dijese *que mire bien que los ingleses, teniendo en poco á los franceses por esta grande rota, no se desordenen, sino que antes agora fagan con mayor tiento y orden lo que hubieren de facer y habrán victoria.*

El nuevo papa Leon X se dedicó inmediatamente á estinguir el cisma y restablecer la paz. El rey de Francia se reconcilió con Su Santidad y obtuvo plena absolucion de todo lo pasado, así como sus parciales.

Imposibilitados los reyes de Navarra, como queda dicho, de poder obrar en la reconquista, los navarros que habian seguido su partido fueron volviendo y sometiéndose á Fernando, que los recibía benignamente restableciéndolos en sus casas bienes y oficios.

El rey Católico marchó á Castilla dejando por virey en Navarra á D. Diego Fernandez de Córdoba alcaide de los Donceles (1), que juntó cortes en Pamplona en veinte y tres de marzo de mil quinientos trece. En ellas juró con

(1) Aleson dice, que dejó por virey al duque de Alba y que este tomó el juramento del reino en 23 de Marzo; pero es un error: el rey Fernando dió sus poderes al alcaide de los Donceles, haciéndole virey, en Logroño á 17 de diciembre de 1512.



poder, y á nombre del Rey, los fueros en la forma acostumbrada⁽¹⁾ y los navarros juraron tambien que recibian por su rey á Fernando y le serían fieles, guardarian su persona y estado y le ayudarian á mantener y guardar el reino y los fueros y leyes, *segun que buenos é fieles súbditos y naturales son tenidos de facer, como los fueros y ordenanzas del reino disponen.*

1514. Sin embargo el rey Católico se titulaba *depositario* del reino de Navarra y con este nombre gobernó hasta que perdió las esperanzas de tener un hijo en la reina D.^a Germana para que sucediese en los reinos de Na-

1515. varra y Aragon. Entonces juntó cortes en Burgos, y complaciendo á un mismo tiempo á los castellanos y navarros, hizo la incorporacion de Navarra en la corona de Castilla, llamando por sucesora á la reina D.^a Juana su hija y despues de sus dias al príncipe D. Carlos su nieto, y á sus herederos en los reinos de Castilla, guardando los fueros y costumbres del de Navarra.

Había muerto por este tiempo el rey de Francia Luis XII y sucedióle Francisco I conde de Angulema y duque de Valois, hijo de Carlos de Orleans y nieto de Luis hermano de Carlos VI de Francia. Siguiendo Francisco I la empresa de su antecesor, en la recuperacion del ducado de Milan, pasó á Italia con un poderoso ejército y logró felizmente sus deseos.

(1) Ya el Rey lo había jurado antes; y así lo expresa en el poder dado al alcaide de los Donceles. Este juramento del Virey fué ratificado por el Rey en Valladolid en 12 de junio de 1513.

Entonces los reyes de Navarra, animados de la esperanza, que ya les había dado el rey Francisco, prometiendo ayudarles á la reconquista de su reino, concluida que fuese aquella guerra, hicieron una embajada al rey Católico requiriéndole la restitucion de la corona y citándole, de lo contrario, para el tribunal de Dios, de quien esperaban la justicia. Pero Fernando contestó, que él había conquistado justamente el reino de Navarra á virtud del entredicho del Papa, que se lo había dado á quien primero le conquistase, y que Dios le había hecho la gracia de conservar su conquista por la fuerza de las armas.

Un año despues murió el rey Fernando. Precedieron 1516. á su muerte penosas dolencias que sufrió, por espacio de dos años, á causa de cierto brevage que le dió la Reina con el objeto de que se le cumpliesen los deseos que le mortificaban de tener un hijo (1).

Nombró por sucesora, en todos sus reinos y dominios, á su hija D.^a Juana y á sus hijos y nietos, varones y hembras, de legítimo matrimonio; y por que D.^a Juana era inhabil para el gobierno lo dejó encargado al príncipe D. Carlos, hijo de aquella, que entonces se hallaba en Flandes; y hasta que se verificase su venida dispuso que en Castilla, Navarra y Nápoles, gobernase el cardenal Jimenez de Cisneros arzobispo de Toledo, y en Aragon el arzobispo de Zaragoza;

(1) Del matrimonio con D.^a Germana, solo tuvo un hijo que nació en el año 1509 y vivió algunas horas.



aunque los aragoneses declararon esto por contrario.

El rey D. Juan, creyendo que el interregno de Castilla le presentaba una ocasion favorable para recuperar su corona, y lisongeadó por el buen ánimo de sus naturales, habia reunido un ejército en sus estados de Francia y con él se puso sobre San Juan de Pie del Puerto; y entretanto que sitiaba aquel castillo, guarnecido de tropas castellanás, envió al mariscal D. Pedro de Navarra con un cuerpo de seis mil hombres para que penetrase, como lo verificó, por Maya y por Isaba. Aquí fué detenido y derrotado por el coronel Hernandó de Villalva que le esperaba con muchas tropas. El mismo Mariscal quedó prisionero y murió en la fortaleza de Simaneas en el año mil quinientos veinte y tres (1) por haber rehusado constantemente prestar el juramento de fidelidad al rey de Castilla. Tambien fueron prisioneros D. Antonio de Peralta heredero del conde de San Estevan, D. Pedro Enriquez de Lacarra y otros caballeros navarros. Sabida por el Rey esta desgracia levantó el sitio de San Juan y se retiró á Bearne.

El cardenal Jimenez juzgó conveniente, para la seguridad de Navarra, que se demoliesen todas sus fortalezas; y no considerando á propósito al Virey, que entonces era D. Fadrique de Acuña, le reemplazó con

(1) Garibai dice que, segun fama pública, se suicidó con un cuchillo.

D. Antonio Manrique duque de Nágera, que fué el cuarto virey de Navarra (1).

Luego que llegó hizo juntar cortes, para prestar el juramento acostumbrado á la reina D.^a Juana y á D. Carlos su hijo. En este juramento se añadió la cláusula de que el Rey tendría á Navarra como reino de por sí y separado, no obstante su incorporacion con el de Castilla. En seguida dió principio á la demolicion de las fortalezas, aunque no se concluyó hasta la ordenada por el emperador D. Carlos en el año mil quinientos veinte y uno, esceptuando la ciudad de Pamplona, Lumbier, Puente la Reina, y el castillo de Estella.

Poco despues, en veinte y tres de Junio de mil quinientos diez y seis, murió el rey D. Juan de Labrit, agoviado de sus desgracias, en el castillo de Sgarabaca, junto al village de Munein en Bearne, donde se habia retirado. Su cuerpo se depositó en la catedral de Les-car hasta que se pudiese traer á la de Pamplona, como lo dejó dispuesto.

La reina D.^a Catalina tomó el gobierno de sus estados de Francia y recordó á Francisco I la promesa de restituirla en el reino de Navarra. El monarca frances tenia pensado llevar este negocio por via de composicion y habia instado varias veces sobre ello al nuevo rey de España D. Carlos, que todavía estaba en Flan-

(1) Primero, el alcaide de los Donceles: segundo, D. Pedro Castro conde de Isla: tercero, D. Fadrique de Acuña.



des. Ahora acordaron que se reuniesen los plenipotenciarios de ambos soberanos en Noyon, en la Picardia, para dar fin á las diferencias que tenían y á las de sus aliados de una y otra parte.

Tambien la reina D.^a Catalina envió sus embajadores á este congreso. En él se determinó que el rey D. Carlos se casase con la princesa Luisa de Francia, hija mayor del Rey, cediendo el frances todos los derechos que pretendía tener al reino de Nápoles y pagándole el español cincuenta mil ducados anuales de pension. El rey D. Carlos prometió restituir, con toda paz, á la reina D.^a Catalina y á su hijo D. Enrique, príncipe de Viana, el reino de Navarra dentro de seis meses, y que cumplido este tiempo sin ejecutarlo, el rey Francisco quedaba autorizado para entrar sus ejércitos en Navarra.

Ambos reyes juraron y firmaron este tratado; pero el Consejo de España, y el cardenal Regente, se opusieron con tanta energía y fueron tales los inconvenientes que representaron al Rey que le obligaron á mudar de parecer. La reina D.^a Catalina le reconvino sobre esto; y D. Carlos se escusó con decir, que nada podía hacer hasta venir á España y consultarlo con sus vasallos.

El cardenal Cisneros tenía un empeño decidido en la conservacion de Navarra para Castilla; y ponía todos los obstáculos posibles para que no se restituyese á
1517. D.^a Catalina, Negoció con el Papa á fin de que el car-

denal de Labrit no viniese nunca á su obispado de Pamplona (1), y removi6 de los destinos principales á los navarros que los ocupaban y podian tener alguna influencia en los negocios públicos.

La reina D.^a Catalina sobrevivió poco á estos acontecimientos. Murió en Montmarsan á doce de febrero de mil quinientos diez y ocho, de edad de cuarenta y siete años (2), y fué depositada en la iglesia de Lescar en Bearne, para que á su tiempo se trasladase á la de Pamplona, como estaba determinado con respecto á su marido.

Había venido ya á España el rey D. Carlos, en setiembre del año mil quinientos diez y siete, y se hallaba en Barcelona cuando le llegó la noticia de haber muerto su abuelo el emperador Maximiliano y de su eleccion para ocupar el trono imperial; y marchó in-

(1) Ya á fin del año 1512 el rey Católico había conseguido del papa Julio II que quitase la administracion del obispado al Cardenal y la diese al arzobispo de Cosencia.

(2) Sin embargo de lo que dice Aleson, parece que la muerte de la Reina se verificó un año antes, esto es en el de 1517. En su misma relacion se notan dos contradicciones: 1.^a que la Reina falleció ocho meses menos cinco días despues de su marido, que murió en 23 de junio de 1516; y estos ocho meses no pueden coincidir sino con el año 1517: 2.^a que al tiempo de su muerte tenía la edad de 47 años; y habiendo fallecido su padre D. Gaston en el año 1469, como queda dicho en su lugar, á tiempo que acababa de nacer D.^a Catalina, la edad de esta debia ser 49 años en el de 1513. Todo esto se salva con la opinion de Mariana que dice, que D. Gaston murió en 23 de noviembre de 1470, y la reina D.^a Catalina su hija en 1517.



1520. mediatemente á tomar la posesion (1). El cardenal Cisneros habia muerto tambien en noviembre del año mil quinientos diez y siete; y ahora el Emperador dejó por gobernador en España al cardenal obispo de Tortosa Adriano Florencio su maestro, á quien asoció despues, por el descontento y turbaciones de Castilla, al condestable D. Iñigo Fernandez de Velasco, y al almirante D. Fadrique Enriquez.

Durante la ausencia del Emperador, en Alemania, algunos descontentos de Castilla formaron una sedicion. Quejábanse, entre otras cosas, de que los cargos principales se daban á los extranjeros. Las maquinaciones fueron tan poderosas, y los espíritus estaban tan preparados, que consiguieron sublevar á muchas ciudades de Castilla, tomando el título de *Santa Junta* y vulgarmente *Comunidades* y *Comuneros*. Sus gefes principales fueron Juan de Padilla y D. Antonio de Acuña obispo de Zamora.

1521. Mientras que estos revolucionarios se armaban, en los contornos de Tordesillas y Toro, y el gobierno tomaba sus providencias contra ellos, el príncipe D. Enrique de Labrit formaba su plan para la reconquista de Navarra; y el rey de Francia á quien, ademas de los celos contra el engrandecimiento del Emperador, no le faltaban poderosas razones para ayudar al príncipe por no haberse ejecutado el tratado de Noyon,

(1) En este viaje pasó el Emperador por Tudela; y en 9 de Febrero de 1520 se hallaba en esta ciudad jurando sus privilegios.

envió un ejército de trescientos hombres de armas y seis mil gascones al mando de Andres de Fox Señor de Asparrot, joven sin esperiencia aunque de gallardo espíritu.

Este ejército, unido á la gente que el Príncipe pudo juntar en sus estados, se apoderó de San Juan de Pie del Puerto en quince de Mayo de mil quinientos veinte y uno. De allí se encaminó á Pamplona por Roncal. El Príncipe habia recibido avisos anticipados de la buena disposicion de los ánimos de los navarros para recibirle.

Era virey D. Antonio Manrique duque de Nágera, y su principal consejero D. Rodrigo de Mercado obispo de Avila. La conmocion del reino con la cercanía del ejército frances fué tal, que el Virey y el Obispo tuvieron que marchar con la mayor precipitacion á Castilla, acompañados de la poca gente castellana que tenían y algunos naturales. La casa del Virey fué saqueada por el pueblo; y aunque la ciudad de Pamplona nombró al señor de Orcoyen, fiel servidor del Emperador, para que gobernase en ausencia del Virey, esto duró poco, por que dos dias despues apareció sobre la ciudad el general Asparrot con su ejército y se apoderó de ella.

Se habia encerrado en el castillo el célebre D. Iñigo ó Ignacio de Loyola caballero guipuzcoano, entonces capitán de infantería y despues santo y fundador de la compañía de Jesus; y animando con su presencia á la corta guarnicion que tenía, se dispuso á la de-



fensa colocándose sobre el muro. El general Asparrot comenzó á batir la fortaleza; y la primera bala destruyó una pierna al capitán Loyola, le hirió muy mal la otra, cayó este guerro en el foso y el castillo se rindió. Ignacio fué conducido á su casa para curarse, con salvoconducto del general frances.

El imprudente y fogoso Asparrot, en lugar de fortificarse en Navarra, esperando nuevos refuerzos, pasó á Castilla y puso sitio á Logroño. Fiábase en que los comuneros ganarian la batalla, que se disponian á dar en Villalar; pero la perdieron, al mismo tiempo que los vecinos de Logroño defendian valerosamente su ciudad. Acusábase tambien á Asparrot de otro desacierto vergonzoso: decíase que en aquel lance había licenciado parte de sus tropas por ahorrar para sí los sueldos, con que debilitó su ejército cuando mas lo necesitaba.

Derrotados los rebeldes de Castilla, todas las fuerzas cargaron sobre el punto de Logroño. Un ejército de catorce á quince mil hombres se aproximaba contra Asparrot y este general se vió obligado á repasar el Ebro, seguido siempre del ejército castellano hasta Noain donde hizo alto el frances.

Tenía Asparrot mucha gente en Pamplona: en Tafalla dos mil gascones y navarros conducidos por el señor de Olloqui (1), y seis mil navarros que al dia si-

(1) Llamábase Juan de Olloqui, dueño del palacio de Olloqui, á quien los reyes D. Juan y D.^a Catalina habian hecho su caballerizo

guiente debian llegar á su ejército, por que todo el reino, y hasta la ciudad de Tudela, se había sometido con placer á D. Enrique (1). Pero la indiscreta impaciencia del general frances no le permitió aguardar: creyó vencer, atacó al ejército castellano, y los franceses fueron enteramente derrotados con muerte de cinco mil y algunos caballeros navarros; entre ellos D. Carlos de Mauleon, D. Juan de Sarasa, el capitán San Martín, y Carlos Navascues. El mismo general Asparrot, herido de un golpe de maza en la frente, quedó prisionero rindiéndose á D. Frances de Beaumont. Diose esta batalla en treinta de junio de mil quinientos veinte y uno. El general Asparrot se rescató por diez mil y quinientos escudos, y quedó ciego de resultas de la herida.

Con la derrota del ejército frances, Pamplona y to-

mayor en el año 1493. Siguió despues la suerte del príncipe D. Enrique y murió en Abbeville de Francia, donde testó en 30 de diciembre de 1545, dejando encargado al mismo D. Enrique rey de la baja Navarra, y á la reina su muger, que repartiesen sus bienes muebles entre sus hijos, que despues de muerto el padre volvieron á Olloqui.

(1) La alegría, con que fué recibido el general frances, se manifiesta en una representacion hecha por la ciudad de Tudela al inquisidor general, intercediendo por los cristianos nuevos, á quienes se les formaba causa sobre haber injuriado á los familiares del Santo oficio: dice así: « Con los regocijos é alborozos que en este reino « de Navarra hobo, por la nueva reducción que del se fizo al príncipe D. Enrique en la venida del ejército de los franceses, algunos « cristianos nuevos vecinos de esta ciudad hobieron hablado algunas palabras, é dichos, contra los oficiales é ministros del Santo « oficio Archivo de Tudela.



dos los pueblos de Navarra, volvieron á la obediencia de Castilla. El partido Agramontes comenzaba á perder sus esperanzas: los pueblos agoviados necesitaban del descanso de la paz y se sometían á su destino para disfrutarla.

— Pero renovada la guerra entre el Emperador, y Francisco I, revivió la esperanza y se alentó la animosidad de los vencidos para multiplicar inutilmente las desgracias. Guillermo Gufier, almirante de Francia, amenazaba con un ejército á Navarra por la parte de San Juan de Luz y un destacamento suyo tomó el castillo de Poënan, que estaba en las montañas de Roncesvalles. En seguida ganó á Maya y puso de guarnicion en ella á D. Jaime Velez de Medrano con doscientos caballeros Agramonteses fugitivos de su patria. La intencion del general frances era apoderarse de Fuenterrabía, como en efecto lo consiguió, diciendo que lo hacía en nombre del rey D. Enrique de Labrit.

— Durante estos acontecimientos el Emperador y el rey de Francia trataron de la paz por mediacion del ingles; y ya estaban convenidos en las bases cuando llegó al de Francia la noticia de la toma de Fuenterrabía. El Emperador pidió al frances que le restituyese esta plaza: el rey Franciseo contestó que el Emperador restituyese el reino de Navarra á D. Enrique; y de esta manera se rompieron las negociaciones.

1522. La fortaleza de Maya fué sitiada por el virey conde de Miranda. Acompañóle el condestable D. Luis de

Beaumont: los sitiados se resistieron vigorosamente hasta que los sitiadores abrieron brecha; y entonces capitularon quedando prisioneros de guerra: la fortaleza fué arrasada. Entre los prisioneros estaba el presidente D. Juan de Jaso señor de Javier, que tuvo medio para escapar, disfrazado de muger, desde su prision en Pamplona. El caballero Velez y su hijo murieron en ella con sospechas de veneno.

El Emperador vino á Navarra, entró en Pamplona á nueve de octubre de mil quinientos veinte y tres; y dió orden para que sus ejércitos penetrasen en Francia hasta el señorío de Bearne y los otros estados de D. Enrique de Labrit: así se verificó y ocuparon á San Juan de Pie del Puerto. Poco despues sitiaron y recobraron á Fuenterrabía.

Los Agramonteses, que habian pasado á Francia, viendo la absoluta imposibilidad en que había quedado el príncipe D. Enrique, se sometieron al Emperador y los mas principales de ellos prestaron á nombre de todos el juramento de fidelidad en Burgos, á donde Carlos V había pasado con su corte. Consiguientemente les fueron restituidos sus bienes y oficios. D. Pedro de Navarra, hijo del otro D. Pedro que murió en Simancas, obtuvo su mariscalia y el marquesado de Cortes como su padre, y despues vino á ser del consejo de estado y de guerra. D. Alouso de Peralta conde de San Esteban, á quien el rey D. Juan había hecho condestable en lugar del conde de Lerin, fué tam-

1523.

1524.



bien restituido, por el Emperador, en todos sus estados y confirmado en el oficio de camarero mayor de los reyes de Navarra; y en recompensa de la condestablia, á que había vuelto el de Lerin, se le dió el marquesado de Falces.

De igual generosidad usó el Emperador con todos los demas nobles Agramonteses. Y el reino de Navarra jamas había experimentado mas exactitud en la observancia de sus fueros, leyes y libertades.

La baja Navarra siguió la misma suerte; pero aunque el Emperador mantenía una guarnicion bastante numerosa en San Juan de Pie del Puerto, no era suficiente para contener las frecuentes correrías de los franceses; y conociendo las dificultades y gastos, en la conservacion de este pais, lo abandonó en el año mil quinientos treinta, á pesar de los deseos de sus naturales por estar unidos á Navarra, á quienes concedió el goze de los privilegios de los demas navarros y que pudiesen obtener los empleos políticos y militares y beneficios eclesiásticos en todos los reinos de Castilla. La baja Navarra se gobernó despues por algun tiempo como república independiente, hasta que el príncipe de Bearne D. Enrique, titulado siempre *Rey de Navarra*, se apoderó de ella como parte de su antigua monarquía.

1525. La guerra entre el Emperador, y la Francia se hacía ahora en Italia: el rey Francisco I pasó allá en persona y la famosa batalla de Pavia le hizo caer en poder

del Emperador. Defendióse el rey Francisco, herido y á pie, largo rato con su espada, despues de muertos cuantos estaban á su lado, contra los soldados españoles que, codiciosos de tan ilustre prisionero, peleaban ansiosamente para prenderle. Ya Juan de Urbieta natural de Hernani, y Diego de Avila, le tenían puestas las espadas en el pecho y el último apoderándose de la manopla (1), cuando llegó el virey de Nápoles Lanoy, á quien el Rey se dió luego por prisionero. El príncipe de Navarra D. Enrique, que había seguido al rey de Francia, tuvo la misma suerte; pero por fortuna pudo evadirse de la prision en Pavia.

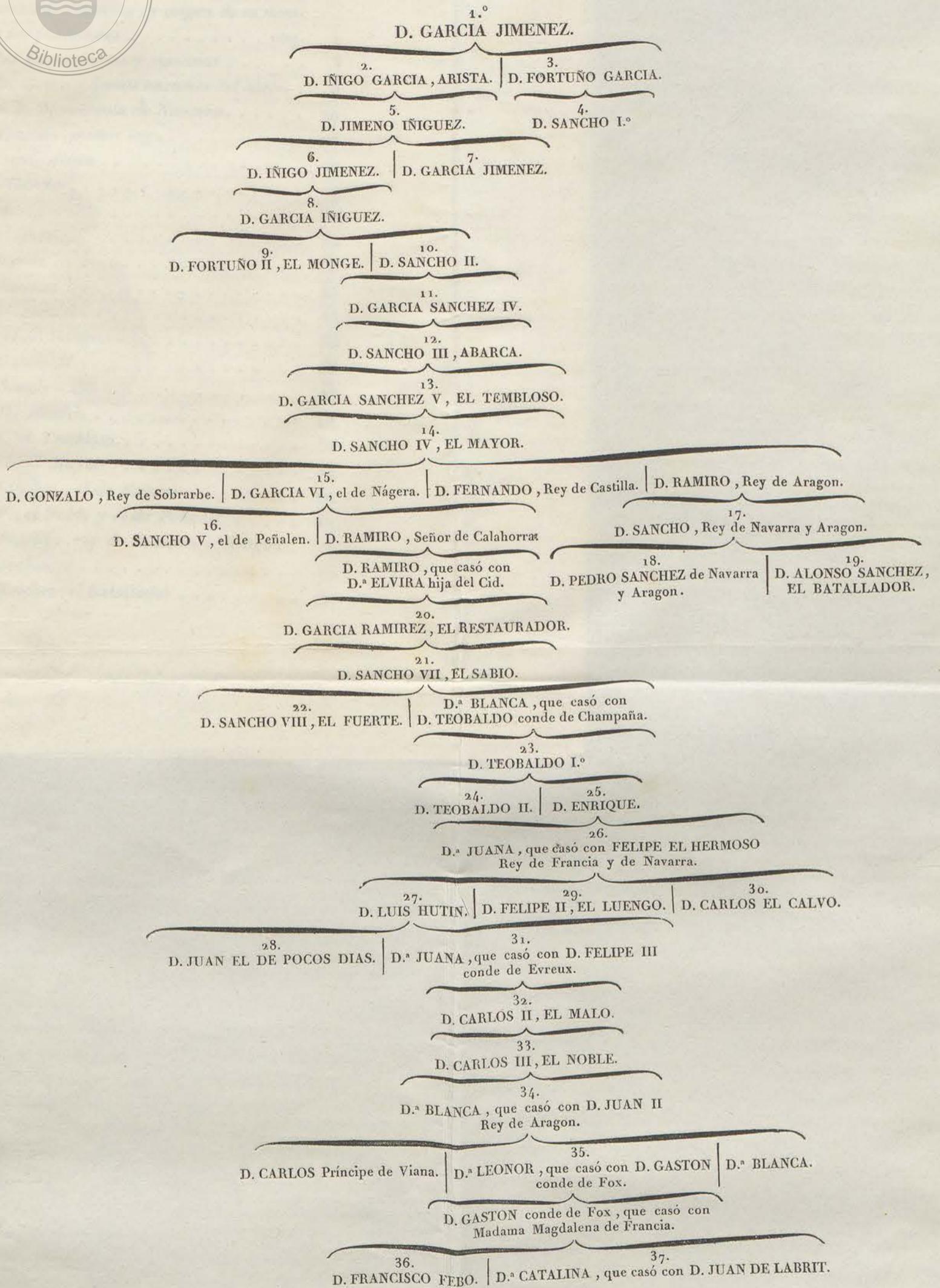
El rey de Francia fué conducido á Madrid donde, despues de repetidas negociaciones, se ajustó la paz. Uno de sus capítulos decía que el rey Francisco procuraria con todo su poder, que D. Enrique de Labrit renunciase el derecho, que tenía al reino de Navarra, en favor del Emperador; y que si lo rehusase, de ninguna manera le hubiese de asistir con sus fuerzas.

Verificada la libertad del rey de Francia, solicitó de D. Enrique la renuncia de sus derechos á Navarra. Este príncipe se negó con la mayor firmeza á ceder del mas

(1) Garibay dice, que Urbieta fué quien prendió al rey Francisco; y Aleson añade que el doctor Isasti, en su compendio historia de Guipuzcoa, trae á la letra la certificacion del Rey, donde confiesa haberle prendido Juan de Urbieta. Yo he visto un manuscrito del doctor Isasti y en él la certificacion de Francisco I; pero solo declara que Urbieta fué uno de los primeros que acudieron á librarle del furor de los soldados.



GENEALOGIA DE LOS REYES DE NAVARRA.



NOTA.

Los números indican el orden cronológico de los monarcas.



| | |
|---|-----|
| <i>D. Garcia Ramirez, el Restaurador</i> | 94 |
| <i>D. Sancho VII el Sabio</i> | 103 |
| <i>D. Sancho VIII, el Fuerte</i> | 111 |
| <i>D. Teobaldo I.</i> | 125 |
| <i>D. Teobaldo II.</i> | 130 |
| <i>D. Enrique.</i> | 140 |
| <i>Doña Juana.</i> | 142 |
| <i>D. Felipe I y Doña Juana</i> | 150 |
| <i>D. Luis Hutin.</i> | 156 |
| <i>D. Juan, el de pocos dias.</i> | 160 |
| <i>D. Felipe II el Luengo</i> | 160 |
| <i>D. Carlos I, el Calvo</i> | 164 |
| <i>D. Felipe III el Noble y Doña Juana.</i> | 166 |
| <i>D. Carlos II, el Malo.</i> | 178 |
| <i>D. Carlos III, el Noble.</i> | 237 |
| <i>D. Juan, y Doña Blanca</i> | 250 |
| <i>Doña Leonor.</i> | 340 |
| <i>D. Francisco Febo.</i> | 342 |
| <i>Doña Catalina.</i> | 350 |
| <i>D. Juan III, y Doña Catalina, últimos reyes de la dinastía de Navarra.</i> | 356 |

ERRATAS QUE CONTIENEN ALGUNOS EJEMPLARES.

| <u>Páginas.</u> | <u>Lineas.</u> | <u>Dice.</u> | <u>Léase.</u> |
|-----------------|----------------|-------------------|-------------------|
| 3 | 8 . | irupciones . . . | irrupciones |
| 3 | 25 . | antidiluvianos . | antediluvianos |
| 42 | 28 . | Argencia | Argoncia |
| 73 | 2 . | hasta, Durango | hasta Durango, |
| 76 | 13 . | Castellar | Castelar |
| 77 | 11 . | mimos | mismos |
| 81 | 13 . | públio | público |
| 84 | 24 . | aragones | aragoneses |
| 85 | 23 . | los partidos. . . | los dos partidos |
| 91 | 1 . | San Milan . . . | San Millan |
| 105 | 8 . | coalizacion. . . | coalicion |
| 105 | 16 . | 1156 | 1159 |
| 110 | 20 . | 1186 | 1189 |
| 121 | 6 . | ofreció millon . | ofreció un millon |
| 131 | 9 . | Rina | Reina |
| 131 | 26 . | quien | quienes |
| 135 | 27 . | intentada. . . . | intentaba |
| 177 | 20 . | ambos partes. . | ambas partes |
| 184 | 16 . | Manbue | Maubue |
| 195 | 24 . | Glaquin | Clauquin |
| 210 | 20 . | Bloix | Blois |
| 239 | 18 . | hermanó | hermano |
| 243 | 22 . | rey Aragon. . . | rey de Aragon |
| 335 | 1 . | Mosen, Pierres | Mosen Pierres |
| 335 | 27 . | Tarrillo. | Carrillo |



INDICE DE LOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

| Numero | Titulo | Folios |
|--------|--------|--------|
| 1 | ... | ... |
| 2 | ... | ... |
| 3 | ... | ... |
| 4 | ... | ... |
| 5 | ... | ... |
| 6 | ... | ... |
| 7 | ... | ... |
| 8 | ... | ... |
| 9 | ... | ... |
| 10 | ... | ... |
| 11 | ... | ... |
| 12 | ... | ... |
| 13 | ... | ... |
| 14 | ... | ... |
| 15 | ... | ... |
| 16 | ... | ... |
| 17 | ... | ... |
| 18 | ... | ... |
| 19 | ... | ... |
| 20 | ... | ... |
| 21 | ... | ... |
| 22 | ... | ... |
| 23 | ... | ... |
| 24 | ... | ... |
| 25 | ... | ... |
| 26 | ... | ... |
| 27 | ... | ... |
| 28 | ... | ... |
| 29 | ... | ... |
| 30 | ... | ... |
| 31 | ... | ... |
| 32 | ... | ... |
| 33 | ... | ... |
| 34 | ... | ... |
| 35 | ... | ... |
| 36 | ... | ... |
| 37 | ... | ... |
| 38 | ... | ... |
| 39 | ... | ... |
| 40 | ... | ... |
| 41 | ... | ... |
| 42 | ... | ... |
| 43 | ... | ... |
| 44 | ... | ... |
| 45 | ... | ... |
| 46 | ... | ... |
| 47 | ... | ... |
| 48 | ... | ... |
| 49 | ... | ... |
| 50 | ... | ... |
| 51 | ... | ... |
| 52 | ... | ... |
| 53 | ... | ... |
| 54 | ... | ... |
| 55 | ... | ... |
| 56 | ... | ... |
| 57 | ... | ... |
| 58 | ... | ... |
| 59 | ... | ... |
| 60 | ... | ... |
| 61 | ... | ... |
| 62 | ... | ... |
| 63 | ... | ... |
| 64 | ... | ... |
| 65 | ... | ... |
| 66 | ... | ... |
| 67 | ... | ... |
| 68 | ... | ... |
| 69 | ... | ... |
| 70 | ... | ... |
| 71 | ... | ... |
| 72 | ... | ... |
| 73 | ... | ... |
| 74 | ... | ... |
| 75 | ... | ... |
| 76 | ... | ... |
| 77 | ... | ... |
| 78 | ... | ... |
| 79 | ... | ... |
| 80 | ... | ... |
| 81 | ... | ... |
| 82 | ... | ... |
| 83 | ... | ... |
| 84 | ... | ... |
| 85 | ... | ... |
| 86 | ... | ... |
| 87 | ... | ... |
| 88 | ... | ... |
| 89 | ... | ... |
| 90 | ... | ... |
| 91 | ... | ... |
| 92 | ... | ... |
| 93 | ... | ... |
| 94 | ... | ... |
| 95 | ... | ... |
| 96 | ... | ... |
| 97 | ... | ... |
| 98 | ... | ... |
| 99 | ... | ... |
| 100 | ... | ... |



SE HALLA DE VENTA.

En Madrid en la librería de *Perez* calle
de las Carretas.

En Pamplona en casa del *Autor*.

En Zaragoza en la librería de *Polo*.

Y en San Sebastian en la imprenta de
Baroja.

A 32 reales vellon en rústica.